Por el autor de
EL LIBRO DE LAS PUERTAS

GARETH BROWN

La SOCIEDAD *de los* OBJETOS *extraordinarios*



MAEVA

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos
http://www.maeva.es/guias-lectura

Índice

Cubierta

Prólogo. El atlas de las cosas perdidas (2015)

Primera parte. Aventura en la noche eléctrica

- El lugar favorito de Magda Sparks
- Una reunión extraordinaria
- El Chifonier de Relojería
- El relojero de Blandford Street
- Un paseo con Mr. Wei
- Fideos
- La hipótesis del artesano
- La primera libertad de Magda Sparks
- El hombre de la pistola
- Interludio: la resurrección de Imelda Sparks (2017)

Segunda parte. Nada dorado permanece

- Un intruso en casa
- Dos mentiras
- El hombre que detuvo el mundo
- A solas con los recuerdos
- El hombre mariposa (2010)
- La Sociedad de los Objetos Extraordinarios se reúne
- Visitante inesperado
- La muerte de Dennis Wei y la vida de James Wei (2007-2025)
- El libro y la carta
- Querida Magda
- Interludio: un extraño en River House (2020)

Tercera parte. Esto es magia

- Alguien que tema lo peor
- Un paseo por el bosque
- El ajuste de cuentas

Una reunión en Masters
Will Pinn descubre un secreto
El hombre de la mochila
Esto es magia
La Sociedad, disgregada
Will y Frank
Cuarta parte. Las Rosas De Bell Street
Magda está destrozada en casa
Un beso antes de partir
Lo que Lukas no puede hacer
Una promesa
Cosas que se guardan
Cosas que llegan a su fin
Cosas que empiezan de nuevo
Epílogo. Frank's Books
Agradecimientos
Créditos

A May, por el amor a los libros.
Y a los libreros de todo el mundo, por la misma razón.

Prólogo

El atlas de las cosas perdidas

(2015)

Imelda Sparks se encontraba sola y agotada en los parajes de Nevada y nunca había sido tan feliz.

Se sentó en una roca al borde del sendero de montaña, dejó caer la mochila de bandolera a sus pies y sacó una botella de agua. El sol del atardecer era una intensa mancha naranja justo encima del horizonte y, poco a poco, el cielo que cubría el desierto de la Gran Cuenca iba adquiriendo el color del algodón de azúcar y los melocotones. A lo lejos, los nubarrones se alzaban desde la llanura parda como el humo de una hoguera, e Imelda pensó que aquella era una de las vistas más hermosas que había contemplado en su vida.

Miró hacia abajo, más allá de sus pies, donde la ladera caía en picado. El fondo del barranco era un estanque de sombras que ascendía lentamente hacia ella. Pronto habría demasiada oscuridad para encontrar lo que había ido a buscar, puede que incluso tanta que la caminata de una hora que debía completar para volver al coche se tornara traicionera.

—Imbécil —murmuró.

Volvió a guardar la botella de agua en la mochila y rozó con la mano la flor que Magda le había bordado en la solapa de lona hacía un montón de años. Se preguntó cómo habría pasado el día en Londres. Seguro que había ido a trabajar y luego había dedicado la tarde a escribir. Quería ser novelista y eso parecía consumir todo su tiempo y atención. A veces, a Imelda le preocupaba que su hija no dejara un solo hueco en su vida para los amigos o el amor, pero Magda siempre supo lo que quería, incluso cuando todavía era una cría. Sonrió al recordarla a una edad mucho más temprana, patullando por la casa y fingiendo ser un dinosaurio mucho después de que la mandaran a la cama. Aquel recuerdo feliz se desvaneció cuando desvió la mirada hacia la lejanía y vio que la parte inferior del sol se aplanaba al tocar el horizonte.

—Venga, ponte manos a la obra —murmuró para sí.

Se sacó una hoja de papel del bolsillo trasero y la desdobló para estudiarla a la luz rosa y dorada. Era un mapa dibujado a mano. Las líneas de tinta negra detallaban el entorno que la rodeaba y, en el centro de la página, el garabato de una estrella indicaba la ubicación del objeto perdido, como la equis que marca el lugar del tesoro en el mapa de atrezo de una película. El boceto había cambiado desde la última vez que la mujer lo consultó, hacía quince minutos; de hecho, la imagen del papel cambiaba constantemente, porque no se trataba de un mapa normal. Era el Atlas de las cosas perdidas, una guía de artefactos mágicos extraviados.

El Atlas llevó a Imelda de viaje por casi toda Europa. Encontró la moneda de oro desgastada en un pequeño museo de Baviera; el crucifijo, en una caótica tienda de antigüedades del romano barrio del Trastévere, y el clavel azul, el objeto que recuperó hacía solo un

par de días, en la solapa de un marchito cultivador de bulbos que trabajaba en los campos de tulipanes del este de Ámsterdam. Después de que se hiciera con la flor —para lo cual necesitó persuadir al anciano con sutileza y hacerle una generosa donación económica—, el Atlas le mostró a Imelda que podía encontrar otro objeto perdido en el desierto de Nevada, en Estados Unidos. Cogió un vuelo en Schiphol, al llegar al aeropuerto de Las Vegas alquiló un coche y, después, condujo durante cuatro horas hacia el desierto, en dirección norte por la autopista 93 para después girar hacia el oeste por el sendero de montaña.

Mientras escudriñaba el Atlas a la escasa luz del final del día, el cansancio le nublaba la vista. Tenía el cuello agarrotado por las horas que había pasado al volante y las punzadas que sentía en las rodillas y en la zona lumbar eran unas compañeras de viaje gruñonas que le estaban fastidiando la caminata con sus incesantes quejas.

Sacudió la cabeza para aclararse la vista y se concentró en el Atlas. El objeto perdido estaba cerca, puede que a solo unos metros de donde estaba sentada. Si se diera prisa en encontrarlo, podría iniciar el camino de regreso al coche antes de que la luz del día se agotara por completo. Cerró los ojos y fantaseó con un par de noches de lujo en un hotel caro de Las Vegas, un gran baño de burbujas y una bandeja de comida del servicio de habitaciones.

—Sería maravilloso —musitó.

Estaba exhausta, lo sabía, y no solo por haber caminado durante una hora con unas piernas de sesenta años, sino también por los tres meses de viajes y aventuras vividas. Imelda siempre tuvo una vida fácil: era hija de padres ricos (aunque ausentes y en ocasiones

problemáticos) y dedicó su vida adulta a trabajar como artista, a vivir con comodidad de su herencia mientras pintaba paisajes y retratos con un éxito moderado. Después de tener a Magda —de manera inesperada, cuando rondaba los treinta y cinco años—, volcó toda su energía en ser el tipo de madre que ella no tuvo: presente, atenta y cariñosa. Pero su hija ya era adulta e Imelda se dio cuenta de que cada vez tenía más tiempo para sí misma, un tiempo con el que no sabía qué hacer. Por eso, tres meses antes, la idea de emprender una gran aventura a solas en busca de objetos perdidos le pareció maravillosa.

Y, en efecto, fue una aventura, y muy próspera, además. Porque volvería junto a Frank con varios objetos que añadir a la colección de la Sociedad. Incluido, con suerte, el que quizá encontrara en el sendero de montaña.

—Si te pones a buscarlo de una vez —murmuró—, en lugar de quedarte aquí sentada soñando despierta.

Estudió el Atlas una vez más y este le mostró que ahora estaba sentada justo encima del objeto perdido.

—Pero eso no tiene sentido —masculló, confusa, mientras rotaba el papel por si lo estaba leyendo mal (algo que no resultaba difícil en el caso de un mapa que cambiaba constantemente). Se levantó y se dio la vuelta para pasear la mirada por la ladera y los peñascos, por el suelo desnudo que la rodeaba, todo ello bañado ahora por una luz tenue e incolora—. Estaba justo aquí.

La oscuridad inminente era una amenaza de la que Imelda intentaba hacer caso omiso, pero unas sombras espesas se agazapaban en los rincones como animales esperando para atacar en cuanto el sol desapareciera. Se estaba quedando sin tiempo.

Exhaló con frustración y, sin prestar atención al sol que se hundía, trató de encontrarle alguna lógica al Atlas. Sin embargo, el objeto perdido se había movido de nuevo y ahora aparecía algo más atrás y a la derecha. ¿Sería porque se encontraba en un arroyo? ¿O flotando en el aire en una corriente térmica? ¿Cómo era posible que se moviera? Suspiró, exasperada, y le dio una patada a una piedrecita, que salió volando hacia el espacio antes de caer y bajar dando botes por la ladera hasta el barranco.

—¡No tengo tiempo para esto! —exclamó levantando la cabeza hacia el cielo.

Volvió a mirar hacia la ladera, la examinó de arriba abajo en busca de respuestas o de inspiración, pero solo vio más piedras, matorrales y peñascos. Y…

«¡Hay alguien observándote!».

Imelda ahogó un grito de sorpresa y, con el corazón interpretándole un redoble de tambor improvisado, se llevó una mano al pecho. Había un desconocido en la ladera, un hombre, más arriba, a solo tres o cuatro zancadas del sendero. Y la estaba mirando.

«¿De qué narices va esto?».

El extraño estaba perfectamente inmóvil, acuclillado con los brazos alrededor de las rodillas, pero de cara a Imelda. Y supo al instante —sin el menor resquicio de duda— que la estaba vigilando.

Que, de hecho, llevaba vigilándola desde el momento en el que se encaramó a la roca.

Se le erizó el cuero cabelludo y la cabeza se le llenó de advertencias y preocupaciones.

«¿Por qué no me ha avisado de que estaba ahí? ¿Quién hace algo así?».

Cuando se hizo evidente que Imelda lo había visto, el hombre se puso en pie con un único movimiento rápido. Llevaba unos viejos vaqueros azules y un abrigo marrón encerado encima de una camisa de franela a cuadros y una camiseta; una gorra de béisbol de un azul descolorido le cubría la cabeza. Se quedó paralizado un momento, con la brisa agitándole el cuello de la camisa y los brazos un poco separados del cuerpo, como si estuviera decidiendo qué hacer.

Mientras lo miraba, la mujer se sintió incómoda de una forma que no fue capaz de identificar. No se trataba solo de la inquietud que le provocaba que aquel hombre la estuviera observando; era otra cosa, algo que no lograba precisar, algo relacionado con lo que sentía en los ojos y en el cerebro cuando lo miraba. Lo único con lo que se le ocurrió compararlo fue con la sensación de mareo que se produce en un barco, pero aquello no tenía ningún sentido.

—No estaba haciendo nada —dijo de repente el hombre, y su voz sonó como un gañido—. No te estaba espiando.

«Eso es mentira. Sí me estabas espiando. Lo primero que me has dicho es una mentira».

—No pasa nada —contestó Imelda procurando mantener un tono de voz neutro.

Después, desvió la mirada hacia el suelo y su mente evocó el recuerdo de un encuentro ocurrido hacía muchos años, cuando era mucho más joven y estaba sola en una estación de metro de Londres tras una larga noche en la ciudad. Aquel día había un vagabundo en el andén y, al principio, se mostró encantador, un

borracho feliz que compartía bromas con ella. Pero, luego, en un momento espantoso, cambió. Imelda aún veía el instante en el que su sonrisa se convirtió en una mueca agresiva, el instante en el que, sin motivo alguno, sin que ella hiciera nada, la atacó de manera inesperada para quitarle el dinero que dio por hecho que llevaba. La engatusó para que bajara la guardia y luego la golpeó, y no paró hasta que la ráfaga de aire y el chirrido de los frenos señalaron la llegada del metro. La mujer nunca olvidó lo vulnerable y débil que se sintió aquella noche, tendida en el andén entre lágrimas mientras su agresor huía. Ahora, en el sendero, con aquel extraño que la estaba observando y que le provocaba mareos, aquella misma vulnerabilidad horrible hacía que se le helaran los huesos.

«Estás sola, a una hora del coche y es casi de noche. Y este hombre tiene algo raro. En menudo lío te has metido, Imelda».

El desconocido volvió a hablar:

—Yo estaba aquí antes que tú.

Ella asintió con la intención de mostrarse agradable y tranquila a pesar de la adrenalina que le corría por las venas.

—Sí —le dijo—. Lo sé. Perdón.

El hombre dio tres pasos desgarbados y atropellados ladera abajo y se detuvo a escasa distancia de ella. Imelda reaccionó retrocediendo e intentó calibrar las intenciones del extraño, aunque el cuerpo entero le imploraba que se diera la vuelta y echara a correr.

«Darte la vuelta y renquear, si acaso. En tu estado, no vas a llegar corriendo a ninguna parte. Es imposible que seas más rápida que él, ¿no?».

Bajo la gorra, el rostro del hombre era alargado y fino, bronceado y curtido por los elementos, como si pasara mucho tiempo al aire libre. No dejaba de mover los ojos oscuros, no los posaba en ningún sitio y evitaba cruzarse con la mirada de Imelda. A esta le pareció que era más joven que ella, que quizá acabara de entrar en la cuarentena, pero era difícil saberlo con certeza. No obstante, el pelo que le asomaba bajo la gorra era castaño, sin rastro de canas, y una barba incipiente le oscurecía las mejillas. En apariencia, el hombre no tenía nada raro; al contrario, sus rasgos podrían haberse considerado objetivamente atractivos.

Y, aun así…

A Imelda se le erizó el vello de la nuca al pensar en que había estado observándola sin que ella lo supiera. ¿Qué le habría hecho si no lo hubiera visto? ¿Y qué hacía solo en mitad del desierto al anochecer?

—No te estaba espiando —repitió y clavó los ojos en los de Imelda un segundo antes de apartarlos a toda prisa.

«Tiene una mirada esquiva. Eso es lo que es. Esquiva».

—Te creo —mintió la mujer.

El desconocido bajó la vista hacia la mochila de Imelda, que seguía posada en el suelo como un balón medio desinflado. Después, le recorrió el cuerpo con la mirada, despacio, sin emoción, como un modisto que evalúa un traje en una modelo. Ella se estremeció mientras su mente se resistía con todas sus fuerzas a la abrumadora sensación e intentaba comprender qué era lo que estaba alterando su sensibilidad de aquella manera.

«¡Tiene el objeto perdido!».

La respuesta surgió de la nada y todo tuvo sentido al instante. El Atlas la había guiado hasta un objeto extraviado que andaba por allí cerca y el hombre estaba allí desde el principio. Debía de tenerlo él, quizá en un bolsillo. Tenía que ser el objeto perdido lo que le provocaba aquel malestar.

Pero la respuesta llevaba a otras preguntas, a otros asuntos de los que preocuparse.

«¿Qué tiene en su poder? ¿Qué va a hacer con él? ¿Qué va a hacerte a ti, Imelda?».

La mujer dio otro paso atrás, recelosa del objeto perdido y desconocido que poseía aquel extraño. Tomaría la mochila, se disculparía y se pondría en camino. Sin embargo, el hombre amusgó los ojos cuando Imelda se movió, y ese simple cambio en su expresión, como si una nube pasara sobre el sol, multiplicó la incomodidad que sentía. Se parecía demasiado al cambio que vio en el rostro del vagabundo del metro hacía años; se parecía demasiado al momento anterior al ataque.

«¡Va a pasar otra vez!».

El pánico reventó las ataduras con las que intentaba contenerlo y todos sus pensamientos racionales se hicieron añicos. El cuerpo de Imelda tomó las decisiones por ella y retrocedió dos pasos acelerados hacia la mochila. En la segunda zancada, donde debería haber encontrado tierra firme, uno de sus pies no pisó más que espacio vacío.

«¡Mierda!».

Se dio cuenta de su error enseguida y soltó un grito. De pronto, perdió el equilibrio, estaba inclinada hacia atrás y no había nada que la estabilizara. Giró los brazos automáticamente en busca de algo a

lo que agarrarse, y el Atlas de las cosas perdidas se le escapó de la mano y aleteó en la brisa como un polluelo intentando volar. La sorpresa hizo que el hombre abriera los ojos y la boca. Se precipitó hacia delante justo cuando Imelda sintió que se escoraba más allá del punto de no retorno y tendió los dedos gruesos y sucios hacia ella, como si intentara sujetarla. La mujer se dio cuenta de que le repugnaba la idea de que la tocase, aunque fuese para evitar que se cayera. Cuando los dedos establecieron contacto con ella, le rozaron la ropa y se engancharon al crucifijo que colgaba de una cadena, al crucifijo que había encontrado hacía unas semanas en Roma. Imelda sintió que la cadena se le clavaba en la nuca al soportar su peso y el alivio y la incredulidad la inundaron al mismo tiempo. Entonces, la cadena se partió con un sonoro crac y ella quedó suspendida en el aire, cayó dando tumbos hasta perder de vista la luz y se adentró en las sombras del barranco atestado de rocas.

La asaltó un recuerdo: la imagen de la última vez que voló, hacía muchos años, con Magda sonriendo en el aire a su lado. Entonces, Imelda se desnucó contra un peñasco situado seis metros más abajo y murió en el acto.

Así permanecería durante casi dos años.

Primera parte

AVENTURA EN LA NOCHE ELÉCTRICA



El lugar favorito de Magda Sparks

El lugar favorito de Magda Sparks se encontraba en el número 114 de Bell Street, en el barrio londinense de Marylebone, en una casa adosada de estilo georgiano de cuatro plantas sin nada espectacular e idéntica a muchos otros edificios de la calle.

La planta baja y los dos pisos siguientes estaban ocupados por una librería de viejo y de segunda mano llamada Bell Street Books. En esas habitaciones, las paredes estaban forradas de baldas desde el suelo hasta el techo y, allá donde había espacio, una estantería se apoyaba en las viejas tablas de madera del suelo. Había libros embutidos en todos los rincones disponibles, ejemplares de tapa dura y álbumes ilustrados, volúmenes de bolsillo con las páginas amarillentas y el lomo agrietado, e incluso cómics antiguos con los colores desvaídos por el paso del tiempo. La tienda estaba más hecha de libros que de ladrillos y, en opinión de Magda, eso era mucho mejor. Había pasado muchas horas de feliz soledad en Bell Street Books descubriendo novelas largamente olvidadas, a veces con notas manuscritas en los márgenes o en la portada, marcas borrosas de tinta y lápiz hechas por personas desaparecidas hacía tiempo. Pero, a pesar de lo mucho que le gustaba la librería, Bell Street Books no era la razón de que el número 114 de Bell Street fuese el lugar que más le gustaba en el mundo.

El último piso de la casa se transformó en un apartamento en el que el dueño de la librería, Frank Simpson, vivía solo desde que

Magda lo conocía. Frank era lo más parecido a un padre que había tenido nunca. Como su madre le dijo una vez, ella era el precioso resultado de un coqueteo ebrio, sin duda mediocre y anónimo, y ella, Imelda, fue la única encargada de criarla (con gran éxito, en opinión de Magda). Pero a su madre siempre le encantó leer y fue clienta habitual de la tienda durante la infancia de su hija, lo cual sembró la semilla del amor que esta, a su vez, desarrolló por los libros a una edad muy temprana. Fueron muchos fines de semana en los que Imelda llevó a Magda a tomar tarta y un batido en una cafetería cercana o a comerse un helado en una de las concurridas heladerías de Covent Garden, donde observaban a los turistas y, después, se dirigían a Bell Street para comprar nuevos libros. Frank siempre estaba allí, colocando volúmenes en las estanterías o leyendo en su silla tras el viejo escritorio que utilizaba a modo de mostrador. Se le iluminaba la cara cada vez que Magda y su madre aparecían; se sentaba a la niña en el regazo para hacerla botar y la llamaba Sparks, «chispas», por el color rojo intenso de su pelo, o disfrutaba mientras la veía corretear por la tienda en busca de libros ilustrados y cómics.

—¡Las librerías no deberían ser silenciosas y sombrías! —sentenciaba si alguno de sus clientes chistaba o fruncía el ceño ante el entusiasmo de Magda—. Esto no es una biblioteca. Somos un lugar de historias y aventuras, ¡y los niños deben ser ruidosos si quieren!

A veces, Magda y su madre visitaban a Frank en su apartamento y él le daba pasteles o bombones de un armario al que siempre se refería —con un guiño secreto solo para ella o con un destello en los ojos— como la «Despensa mágica de Magda». Más tarde, cuando la

chica empezó a estudiar Derecho en la universidad y se fue a vivir a una residencia de estudiantes, lo visitaba todas las semanas y ambos se ponían al día con la radio sonando de fondo mientras comían y charlaban o jugaban a juegos de mesa. El librero vivía solo, pero su piso nunca parecía un lugar solitario: era cómodo y acogedor, tenía lámparas de mesa que arrojaban una luz del color de la miel hacia los rincones y asientos mullidos que, cuando te hundías en ellos, parecían el abrazo de un amigo. Las ventanas abuhardilladas del apartamento ofrecían una vista de los tejados de Marylebone, y Magda recordaba que, cuando era niña, se sentaba en ellas a contemplar el mundo que se extendía más abajo, el techo de color fresa de los autobuses de dos pisos que circulaban por las calles cercanas. Había formado muchos recuerdos tan felices como aquel en el piso de Frank, tanto de niña como de adulta, pero el número 114 de Bell Street no era su lugar favorito de todo el mundo ni siquiera por eso.

Escondido donde nadie lo veía, sin ningún tipo de indicio externo que delatara su existencia, debajo de Bell Street Books había un sótano. En su día, en las épocas georgiana y victoriana, aquel lugar fue la residencia de los sirvientes que trabajaban largas y arduas horas para los londinenses adinerados que ocupaban los pisos superiores. Durante la primera parte del siglo xx, la planta baja del edificio se convirtió en una sastrería, y el sótano pasó a utilizarse como almacén de telas, lanas y retales. Y, luego, cuando a mediados de siglo la sastrería se transformó en una librería, aquel espacio pasó a ser algo totalmente distinto, y el lugar favorito de Magda Sparks en todo el mundo era ese sótano del 114 de Bell Street.

Porque era un lugar que guardaba un increíble secreto entre sus paredes, un lugar de misterios y magia.

Era el lugar de encuentro de la Sociedad de los Objetos Extraordinarios.

Una reunión extraordinaria

Desde que Magda era miembro de la Sociedad de los Objetos Extraordinarios, solo se habían celebrado dos reuniones al año: una a finales de abril y otra a finales de octubre. Como miembro más antiguo del grupo y presidente de la Sociedad, Frank Simpson podía convocar un encuentro extraordinario siempre que quisiera, pero nunca lo había hecho, al menos hasta una soleada mañana de principios de otoño, diez años después de que Magda se uniera a la Sociedad.

—Tengo que convocar una reunión —dijo Frank, que interrumpió el desayuno de Magda con una llamada telefónica—. Esta tarde.

—¿Hoy? —preguntó ella con una taza de té en una mano, el teléfono en la otra y una descarga de adrenalina recorriéndole el cuerpo entero como un coche deportivo—. ¿Una reunión?

—Sí —confirmó Frank—. ¿Puedes venir? ¿Estás ocupada?

Magda era novelista y, dado que acababa de terminar la revisión de su séptimo libro, su plan para aquel día era pasar el mayor tiempo posible en pijama, leyendo y tomando té en la comodidad de su salón. No estaba ocupada.

—Claro que puedo ir —respondió—. Pero ¿por qué tenemos que reunirnos?

—Te lo diré cuando llegues. Todavía puede esperar unas cuantas horas.

Una respuesta poco útil, pero no inesperada.

Magda vivía en Norfolk Road, en el barrio londinense de St John's Wood, en una casa georgiana independiente construida en estilo neogótico Tudor alrededor de 1830. La casa era mucho más cara de lo que podría haberse permitido con sus ingresos de escritora, pero su madre se la legó tras su muerte, junto con una gran fortuna. Había muchas cosas que Magda adoraba de la casa: lo espaciosa que era, los grandes ventanales que dejaban entrar la luz, el jardín con los árboles maduros y el simple hecho de que todas las habitaciones le recordaran momentos felices de su infancia. Sin embargo, una de sus mejores características era que estaba a un corto trayecto en metro de Bell Street Books.

Visitaba a Frank a menudo, para cenar o charlar, o solo para curiosear en la tienda. Aquel día, Magda decidió ir caminando, pues sentía la necesidad de quemar parte de la energía nerviosa que la invadió con la llamada del librero a la hora del desayuno.

Salió de casa con tiempo de sobra y dio un agradable paseo por una ciudad bañada por la cálida luz de una tarde de principios de otoño. Las sombras alargadas se extendían por las aceras como tinta derramada y los árboles verdes, cuyas hojas superiores comenzaban a tornarse doradas, parecían manzanas untadas en caramelo. Cuando se acercó a la librería, vio a Frank a través de la ventana, sentado con aire solemne detrás del viejo escritorio y con la nariz enterrada en un maltrecho libro de tapa dura. Era un hombre delgado, desgarbadamente incrustado en la silla, con las piernas dobladas en ángulos y puntas torpes. Detrás de él, en la estantería donde guardaba las primeras ediciones y otros libros valiosos, también había una colección de las seis novelas que Magda había publicado hasta el momento, un ejemplar de cada una de ellas con

la cubierta vuelta hacia la tienda. Aquella imagen siempre le calentaba el corazón, era una demostración tangible del orgullo que Frank sentía por su éxito como escritora. El librero levantó la vista cuando Magda se acercó y la invitó a entrar con un gesto de la mano. El ambiente de la tienda estaba cargado, ya que el sol la había calentado durante todo el día, pero impregnado del reconfortante olor de los libros viejos.

—¡Sparks! —exclamó Frank al mismo tiempo que se ponía en pie.

Iba vestido, como siempre, como un maestro de escuela: con un jersey de cuello de pico color burdeos sobre una camisa y una corbata, unos pantalones de pana marrones y unos zapatos cómodos y sencillos también marrones. Llevaba el pelo corto y gris bien peinado y los ojos le brillaron detrás de las gafas mientras se apretujaba para pasar entre el escritorio y los libros apilados en precario equilibrio contra la pared. Frank era alto y Magda baja, así que, cuando se abrazaron, la mejilla de esta se apretó contra el jersey del hombre. El olor de su detergente y los muchos recuerdos de las horas pasadas en su compañía le invadieron los sentidos. Pero, más que eso, notó lo delgado que estaba Frank bajo la ropa.

«Es todo aristas duras. No tiene ni un gramo de grasa. Es como abrazar una tabla de planchar. ¿Siempre ha sido así?».

—¡Has venido! —exclamó el librero cuando se separó del abrazo.

—Como si fuera a perdérmelo —murmuró ella—. ¿Qué voy a hacer si no cuando convocas una reunión extraordinaria? Por cierto, ¿a qué viene todo esto?

Frank agitó una mano para restarle importancia a la pregunta mientras volvía a embutirse detrás del escritorio.

—Tendrás que esperar —contestó mientras evitaba la mirada inquisitiva de la joven—. Ve bajando, yo iré dentro de un momento. —Se sentó, cogió su libro y volvió a cruzar las piernas: la postura de un hombre que no iba a ir a ningún sitio dentro de un momento—. Tengo que cerrar la tienda.

—No tiene pinta de que vayas a cerrar —señaló Magda, que intentó no mostrar la irritación que sentía—. Has vuelto a sentarte.

Él se encogió de hombros en la silla.

—Quiero terminar este capítulo.

Frustrada por la falta de respuestas e impaciente por ponerse manos a la obra, la chica franqueó la puerta que había en la esquina de la habitación y se adentró en el estrecho espacio que había al otro lado. Unas escaleras antiguas y desgastadas conducían a una puerta de madera. La puerta parecía vieja, pero Magda sabía que era de acero reforzado. En la pared del fondo había un teclado de seguridad incongruentemente moderno que requería de un código de seis dígitos para desbloquearla. Cuando llegó al pie de la escalera, Magda tecleó los números y esperó un momento hasta que las cerraduras magnéticas se abrieron. Una emoción familiar le vibró en el pecho como el rasgueo de las cuerdas de una guitarra, igual que la primera vez que le permitieron acceder al sótano hacía una década.

Cuando entró, Magda vio que Will Pinn ya estaba allí, sentado a la enorme mesa redonda que había en el centro de la sala y sin quitarles ojo a sus manos entrelazadas. Levantó la mirada al oírla llegar.

—Magda —dijo, y esbozó una sonrisa vacilante.

—Hola, Will —respondió ella.

El hombre se puso de pie cuando se acercó y se dieron un abrazo breve.

Will no era una persona de las que abrazan con facilidad, pero a ella parecía hacerle ciertas concesiones.

—¿Cómo te va? —le preguntó Magda, que esperaba que él supiera tan poco como ella de la razón por la que Frank había convocado la reunión.

Will asintió.

—Muy bien, gracias, ¿y a ti?

—Bueno, ya sabes —contestó con una sonrisa—. Tan feliz como siempre.

Will era relojero y tenía un pequeño taller en una calle tranquila situada entre Marylebone y Mayfair. Magda pensaba que ese oficio encajaba a la perfección con su carácter. Era un hombre introvertido y daba la sensación de que prefería pasarse el día a solas en una habitación haciendo un trabajo complejo que tratar con seres humanos impredecibles. Era delgado, unas gafas de montura de alambre le enmarcaban los ojos azules, el pelo rubio le caía sobre la frente y tenía la piel pálida de quien pasa la mayor parte del tiempo bajo una luz eléctrica. Magda sabía por experiencia que a Will le gustaban las cosas buenas de la vida. Bebía café del caro y comía lo que se vendía en las mejores tiendas *gourmet* de Londres y, a pesar de su carácter solitario, siempre vestía trajes a medida de buena calidad; era su armadura contra un mundo incierto e irracional. Will era miembro de la Sociedad desde hacía más tiempo que ella, pues ingresó a la muerte de su padre, que falleció varios años antes que Imelda, la madre de Magda.

—¿Cómo te va la vida de escritora? —preguntó el hombre mientras Magda deshacía el camino alrededor de la mesa.

—Bien, bien. —Se encogió de hombros—. Acabo de terminar de revisar mi próximo libro. Supongo que saldrá a finales del año que viene.

Will asintió despacio, como si fuera un dato interesante, pero Magda dudaba mucho que hubiera leído alguna de sus obras. Escribía novelas de suspense y aventuras bajo el seudónimo de Miranda Hepworth, y Will le comentó una vez que prefería leer libros de no ficción, sobre todo de ingeniería y ciencia. La irritó —de manera totalmente involuntaria— al confesarle: «No me gustan las historias inventadas».

—¿Sabes de qué va la reunión? —preguntó Will.

Magda negó con la cabeza.

—Frank no me ha desvelado nada. —Se quitó el abrigo para colgarlo sobre el respaldo de la silla—. Y está claro que a ti tampoco. Pero tiene que tratarse de Henrietta, ¿no?

Will frunció el ceño.

—Henry —murmuró.

A Magda le dio la impresión de que hacía bastante tiempo que Will ni siquiera pensaba en Henry.

Henrietta Wiseman —o Henry— era el cuarto miembro de la Sociedad, pero hacía más de tres años que no asistía a ninguna reunión. Nadie sabía nada de ella ni conocía su paradero, pero Frank se negó a sustituirla pese a su prolongada ausencia.

—No convocó ninguna reunión cuando Henry dejó de asistir —observó Will—. ¿Por qué iba a hacerlo ahora? Nunca hemos

celebrado una reunión extraordinaria, Magda. Nunca. Ni siquiera por Henry.

La mujer notó que a Will le temblaba la voz de preocupación y su ansiedad amenazó con contagiarla.

—Tiene que ser por ella —dijo para intentar autoconvencerse.

Miró hacia el otro lado de la mesa, a la silla vacía en la que siempre se sentaba Henrietta, y se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos la presencia de la otra mujer. Henry debía de tener unos veinte años más que Magda, pero siempre tenía la vitalidad de una persona mucho más joven. Era carismática por naturaleza, descarada e irreverente hasta el punto de resultar conflictiva, pero siempre tenía una sonrisa encantadora o un brillo en los ojos que hacía que la gente le perdonara todos los pecados. Las reuniones de la Sociedad no habían vuelto a ser tan divertidas desde que Henrietta dejó de asistir.

—No se me ocurre qué otro motivo podría haber —continuó Magda—. ¿Será que Frank ha sabido algo de ella?

Will asintió, pero parecía distraído; se estaba dando golpecitos en los nudillos de una mano con los dedos inquietos de la otra. La joven suspiró, decepcionada porque el hombre no pudiera arrojar ninguna luz sobre por qué los habían convocado. Recorrió el sótano con la mirada para comprobar que todo estaba en orden. Era un espacio amplio y rectangular, con fluorescentes brillantes que zumbaban en el techo. Al igual que en la librería de más arriba, la mayor parte de las paredes estaban cubiertas de estanterías que iban desde el suelo hasta el techo, pero aquí no solo había libros. Las baldas estaban atestadas de cajas y latas, montones de papeles y otros trastos, un surtido de objetos cotidianos olvidados, rotos o extraviados.

Lejos de las estanterías, apartada a un lado, había una pequeña mesa cargada con una tetera, una cafetera y cajas de galletas. En el suelo, debajo de esa mesa, había una mininevera con un zumbido bajito. En la pared, sobre la mesa, había una galería de fotografías de antiguos y actuales miembros de la Sociedad. Entre ellas había una imagen grande de Magda con su madre, tomada apenas un año antes de la muerte de Imelda. En la esquina opuesta, junto a una pared de estanterías, un par de viejos sillones descansaban sobre una alfombra, con una mesita baja entre ellos y uno de los paisajes pintados por Imelda colgado en la pared. En conjunto, el sótano era un lugar cómodo, una caja cuadrada y anodina suavizada a base de cachivaches, muebles y recuerdos. Pero, al igual que en el caso de la puerta reforzada, había un secreto detrás de lo que se veía. Lo más importante del sótano estaba oculto a la vista. Si se pulsaba un botón escondido, una de las estanterías se abría hacia fuera y dejaba al descubierto un hueco. Magda solo había visto el interior de aquel hueco en un puñado de ocasiones, y nunca durante más tiempo que el día en el que se unió a la Sociedad de los Objetos Extraordinarios diez años antes.

Pero, si iban a mantener una reunión extraordinaria, quizá…

«¿Y si no tiene nada que ver con Henry? ¿Y si es por otra cosa? ¿Por algo emocionante?».

Las posibilidades empezaron a estallarle y chisporrotearle en la cabeza como fuegos artificiales, pero entonces la sacudió para poner freno a sus ensoñaciones infantiles. Se acercó a la mesa que había a un lado de la habitación para distraerse preparando las bebidas.

—Toma —le dijo a Will unos minutos más tarde al ponerle delante una taza de café instantáneo que no había pedido. El hombre

escudriñó el líquido mientras Magda dejaba dos galletas sobre la mesa, junto a la taza—. Tómatelo.

Will obedeció y dio un sorbo, y ella lo vio intentar esbozar una sonrisa de apreciación mientras tomaba su propia taza y volvía a su asiento.

—Riquísimo —dijo el relojero con una expresión que sugería justo lo contrario.

La puerta que daba a la escalera se abrió y apareció Frank. A Magda se le aceleró el corazón: la reunión estaba a punto de empezar. No sabía si estar ilusionada o preocupada, y la incertidumbre le recordó los horribles nervios que solía experimentar antes de los exámenes: «¿He repasado lo suficiente? ¿Voy a suspender? ¿Estoy preparada?».

—Bien —anunció Frank, que cerró la puerta con un pum sólido y tranquilizador y se dirigió a su asiento—. La tienda está cerrada, he terminado mi capítulo y ya estamos todos aquí. —Los miró a los dos por turnos al mismo tiempo que se subía las gafas por la prominente nariz con un dedo—. Podemos entrar en materia.

Frank era ya un anciano y, cada vez que Magda lo veía, estaba más viejo. Al librero siempre le gustó contar historias largas y sinuosas, pero desde hacía un tiempo era más habitual que perdiera el hilo de sus relatos y, en más de una ocasión, Magda lo vio atascado en un callejón sin salida narrativo, preguntándose cómo había llegado hasta allí. Durante las últimas reuniones de la Sociedad, hubo momentos en los que parecía que perdía la capacidad de atención, como si se quedara dormido o como si su mente se desplazara a otro lugar durante unos instantes. Magda se fijó en ello sin hacer ningún comentario, siempre aliviada cada vez

que Frank recuperaba la concentración y volvía a ser al instante el hombre de siempre: cálido, entretenido, lleno de historias, conocimientos y secretos; el presidente de la Sociedad. A la joven le resultaba insoportable la idea de que Frank ya no fuera capaz de dirigir la Sociedad, o de que dejara de existir por completo; era el tipo de pensamiento oscuro al que le daba la espalda cada vez que aparecía. El tipo de pensamiento oscuro que la estaba invadiendo en aquel momento mientras se tomaba un té y reflexionaba sobre la razón de que Frank los convocara de manera tan inesperada.

—¿A qué se debe todo esto, Frank? —preguntó Will en un tono casi de súplica—. En principio, no teníamos que vernos hasta dentro de cuatro semanas.

—¿Es por Henrietta? —preguntó Magda antes de que Frank tuviera tiempo de responder.

—De tres semanas —le dijo el anciano a Will—. Está previsto que nos reunamos dentro de tres semanas, no de cuatro.

El relojero lo miró con cara de no entender nada.

—Vale, está previsto que nos reunamos dentro de tres semanas. ¿Qué ha sucedido para que hayamos tenido que reunirnos ahora? Nunca pasa nada, Frank.

El presidente de la Sociedad negó con la cabeza.

—A veces pasan cosas.

—No —insistió Will—. Nunca pasa nada. Nunca hay nada de qué hablar. Venimos aquí. Tomamos café y comemos galletas baratas. —Levantó una de las galletas que Magda le había dado para ilustrar su argumento—. Convenimos que todo va bien y luego nos marchamos otra vez.

Magda contuvo el fastidio que le provocaba la petulancia de Will y deseó que dejara hablar a Frank.

—A mí me gustan mucho estas galletas —comentó el anciano.

—Y, luego, volvemos a repetirlo todo seis meses después —prosiguió el relojero—. Me parece bien. Tolero esa rutina porque es predecible. Pero convocar reuniones con tan poca antelación… Eso no ha pasado nunca. Me pone nervioso.

—Will, déjale hablar —farfulló Magda, incapaz de seguir reprimiéndose.

El hombre la miró con dureza y luego clavó los ojos en la mesa.

—No pretendo ponerte nervioso, Will —dijo Frank, que estiró una mano para darle un apretón tranquilizador en el brazo. Magda se sintió fatal al instante por haberle hablado mal—. Lo siento mucho.

—Bueno… A ver, no importa —murmuró el relojero.

—Pero me temo que no he tenido elección —continuó Frank, y su expresión se tornó seria—. No se trata de Henrietta, cuyo paradero sigue siendo un misterio.

Magda volvió a mirar el asiento vacío al otro lado de la mesa. Una parte de ella se sintió decepcionada por no recibir noticias acerca de su amiga, pero, si Henrietta no era el motivo de la reunión…, ¿cuál era?

—Se trata de algo totalmente distinto —dijo Frank.

Magda cogió una galleta y le dio un mordisco solo por hacer algo. El cuerpo entero le temblaba por culpa de la energía nerviosa. El presidente de la Sociedad se quedó callado durante unos instantes, como perdido en sus pensamientos, mirando hacia delante con los ojos vacíos. A la mujer le entraron ganas de sacudirlo y exigirle que lo soltara de una vez.

Al fin, por suerte, Frank volvió a hablar:

—Hace casi cuarenta años que se depositó el último artefacto en el Chifonier de Relojería —dijo—. Vosotros ni siquiera erais miembros por aquel entonces. Y yo era muy joven. —Negó con la cabeza un segundo, como si de pronto se diera cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo—. Hemos esperado cuarenta años durante los que hemos protegido el archivo, lo hemos mantenido a salvo, siempre a la búsqueda de algo que añadir a la colección.

—¿Qué estás queriendo decir? —preguntó Will mientras lo miraba.

Magda se dio cuenta de hacia dónde se dirigía Frank con todo aquello y se quedó boquiabierta.

—Hemos encontrado un objeto —dijo Frank con una sonrisa. A la mujer le pareció que el anciano apenas era capaz de creérselo—. Por primera vez desde hace cuarenta años, un nuevo objeto ha salido a la luz. —Sacudió de nuevo la cabeza antes de decir—: Tal vez.

Magda no sabía qué decir. El frigorífico zumbaba en el silencio, y Will miraba a Frank con las cejas muy arqueadas.

—Estás de broma —dijo al final, aunque sabía que no era así.

Frank nunca bromeaba cuando se trataba del trabajo de la Sociedad.

—No —confirmó el presidente. Se inclinó hacia delante sobre la mesa—. Así que ahora debemos actuar. Que no hayamos tenido que hacerlo durante cuarenta años no quiere decir que ahora podamos descuidar nuestras responsabilidades. Por eso estamos aquí. —Miró a Will—. Por eso hemos tolerado todas estas reuniones sin sentido a lo largo de los años. Porque sabíamos que algún día volveríamos a ser necesarios.

Magda se sorprendió asintiendo, extrañamente conmovida por las palabras de Frank.

Desde hacía ochenta años, la Sociedad de los Objetos Extraordinarios existía con un único propósito: coleccionar, proteger y mantener en secreto los artefactos mágicos del mundo. Durante cuarenta años, no salió a la luz ni un solo objeto nuevo y el mundo de las cosas mágicas permaneció en silencio, con la colección de la Sociedad imperturbable en el hueco oculto tras la librería.

—Al parecer, este artefacto mágico se encuentra en Hong Kong —dijo Frank mientras asentía para sí mismo—. Y tenemos que hacer algo al respecto, antes de que caiga en malas manos.

El Chifonier de Relojería

—El objeto es una pieza de ajedrez de marfil —dijo Frank—. Una torre.

—¿Qué hace? —preguntó Magda, que se echó hacia delante en su asiento, desesperada por saber.

Se fijó en que el librero fruncía las cejas, como hacía siempre que reprobaba una pregunta.

Todos los objetos mágicos hacían algo: eran artefactos comunes y cotidianos que permitían que sus poseedores hicieran cosas insólitas y extraordinarias. A lo largo de la historia de la Sociedad, se descubrieron varias piezas de ese tipo —algunas, gracias a un esfuerzo concertado; otras, por pura casualidad, en los lugares más extraños o en las circunstancias más inesperadas—. Y, ahora, esa colección, el archivo de la Sociedad, estaba oculta en el sótano de Bell Street Books, a salvo del mundo.

—Ni idea —respondió Frank—. En cualquier caso, lo importante no es eso.

Para ser el responsable de custodiar los objetos mágicos, Frank se mostraba obstinadamente desinteresado respecto a lo que eran capaces de hacer, y eso era algo que sacaba de sus casillas a Magda. ¿Cómo era posible que alguien no quisiera saber más sobre la magia? Muchas veces había pensado que, si ella fuera la propietaria de una colección de entes mágicos, dedicaría todo su

tiempo a estudiarlos y a experimentar, no a mantenerlos ocultos donde nadie pudiera verlos.

—¿Cómo nos hemos enterado siquiera de la aparición? —preguntó Will.

Frank se recostó contra el respaldo de su asiento y Magda lo oyó suspirar con pesadez, como si le doliera todo el cuerpo.

—Esa es, en parte, la razón por la que estamos aquí —reconoció el hombre—. Porque alguien ha violado la confidencialidad de la Sociedad.

—¿Qué? —jadeó Magda.

La Sociedad de los Objetos Extraordinarios la crearon en secreto Arthur Simpson —el abuelo de Frank— y tres de sus amigos en la década de 1940 y, desde entonces, era un secreto que siempre se había transmitido a través de estas cuatro familias. Se suponía que, en cualquier momento de la historia, solo cuatro personas vivas conocían la existencia de la Sociedad. Arthur Simpson les puso a los artefactos mágicos el nombre de «objetos extraordinarios», dado que eran imposibles de comprender, y sus amigos y él establecieron cuatro reglas para guiar el trabajo de la Sociedad, cuatro reglas que Frank aún les recordaba con regularidad:

> En primer lugar, los objetos extraordinarios de la colección de la Sociedad deben mantenerse a salvo de quienes pretendan utilizarlos.
>
> En segundo lugar, los objetos extraordinarios de la colección de la Sociedad deben mantenerse en secreto para el resto del mundo.
>
> En tercer lugar, los objetos extraordinarios de la colección de la Sociedad no deben ser utilizados por nadie, excepto por los miembros de la Sociedad con el fin de obtener otros objetos extraordinarios.
>
> En cuarto lugar, las decisiones sobre los objetos extraordinarios en poder de la Sociedad debe tomarlas la Sociedad en conjunto.

Mientras Magda asimilaba la revelación, Frank se quitó las gafas para limpiarlas con un pañuelo que se sacó del bolsillo.

—No os preocupéis, no habéis sido ninguno de vosotros.

—¿Quién ha sido, entonces?

Frank señaló a Will con las gafas mientras las frotaba.

—El padre de Will —contestó—. Ellery Pinn.

Magda solo había visto al padre de Will, el doctor Ellery Pinn, en un par de ocasiones, ambas muy breves y anteriores a que ella conociera la existencia de la Sociedad. Recordaba a un hombre que se parecía mucho a Will: delgado, bajo, con el pelo rubio y lacio y reservado hasta el punto de resultar socialmente torpe.

—¿Mi padre? —preguntó Will.

Fue como si le drenaran el poco color que tenía en las mejillas. En aquel momento, Magda lo vio como el alumno perfecto al que el director pillaba haciendo algo que no debía.

—Tu padre viajaba mucho a Hong Kong, ¿no es cierto? —preguntó Frank—. ¿No estuvo unos cuantos años vinculado a un hospital universitario de allí?

Will sopesó la pregunta unos instantes y a Magda le pareció que se mostraba reacio a contestar.

—Sí, creo que sí.

—¿Hizo algún amigo mientras estaba allí? —inquirió Frank—. ¿Te habló de alguien?

Will frunció los labios, mantuvo la mirada clavada en el tablero de la mesa. Cuando volvió a decir algo, lo hizo en voz más baja.

—Mi padre no hablaba de gran cosa; al menos, conmigo.

A la respuesta le siguió un silencio y Magda cambió de postura en la silla, de repente incómoda ante la excepcional franqueza de su

compañero. Miró a Frank, pero este continuó limpiando las gafas y sin decir nada.

—¿Qué está pasando, Frank? —lo apremió para intentar que fuera al grano.

—Un joven ha establecido contacto conmigo —respondió el anciano mientras volvía a ponerse las gafas—. Un hombre de Hong Kong. Un tal Mr. James Wei. Asegura que es hijo de un amigo de Ellery Pinn. Sabía que Ellery murió hacía varios años, de ahí que se pusiera en contacto conmigo. Por algún motivo, conoce la existencia de la Sociedad y sabe lo que hacemos. Y cree que ha encontrado un objeto mágico.

Frank se encogió de hombros, con una expresión vaga en la cara, y no dijo nada más; se quedó mirando a Magda y a Will por turnos, como si esperara que uno de los dos hablase. La joven se echó de golpe hacia atrás, con la taza en la mano. Se dio cuenta de que al librero no le hacía ninguna gracia que alguien conociera sus secretos y notaba que su descontento flotaba en el aire y enrarecía el ambiente.

—En cualquier caso, no es culpa de Will, ¿no? —dijo al final—. Él no ha revelado los secretos.

—Doctor Dennis Wei —continuó Frank mirando a Will—. Ese es el nombre del padre. ¿Te suena de algo?

El relojero negó despacio con la cabeza.

—No sabría decirte nada de los amigos de mi padre.

Frank carraspeó con fastidio, sin apartar la mirada de Will en ningún momento. Magda esperó con el ceño fruncido y clavando los ojos alternativamente en uno y en otro. Era como si estuvieran hablando con evasivas de un tema del que Magda no sabía nada,

como si la estuvieran excluyendo de la conversación a pesar de que estaba allí mismo. Era exasperante.

—No sé qué quieres que te diga, Frank —se quejó Will al final—. Yo no le he contado nada acerca de la Sociedad a ese hombre. Fue mi padre. Ve a desenterrar sus huesos y míralo mal a él si quieres sentirte mejor.

El librero se frotó la cara y se subió las gafas por la nariz. Luego, se levantó y se acercó a la pequeña nevera; entretanto, Magda observó a Will, que se hundió en su asiento. Frank cogió una galleta y la mordisqueó mientras volvía a la mesa; las migas le aterrizaban sobre el jersey y la joven se fijó en que llevaba una botella de limonada en la otra mano. A Frank siempre le encantaron las bebidas azucaradas; Magda estaba segura de que era gran parte de la razón por la que disfrutaba tanto yendo a visitarlo con su madre cuando era más pequeña: porque en su frigorífico siempre había botellas de limonada con gas, de refresco de cereza o de Coca-Cola.

—Por cierto, estas galletas no son baratas —le dijo a Will—. Las compro en Waitrose. A propósito para la Sociedad.

Abrió la limonada con un chasquido sibilante y luego bebió de la botella.

—¿Podemos confiar en él? —le preguntó Magda mientras se bebía la limonada a grandes tragos—. En el tal James Wei, quiero decir.

Frank asintió.

—Sí, hasta donde yo sé. He hecho algunas comprobaciones. Me dijo que Ellery y su padre fueron amigos hace años. Incluso me envió una foto de los dos juntos. —Se sacó el teléfono del bolsillo y jugueteó un momento con él antes de pasárselo a Will—. ¿Lo ves?

Este miró la pantalla con los ojos entornados.

—Sí, es mi padre.

Frank giró el teléfono hacia Magda, que vio a dos hombres vestidos de traje, de pie el uno al lado del otro y sonriendo para la cámara: el padre de Will y un chino más alto y de aspecto distinguido. En opinión de la joven, ambos parecían felices, como viejos amigos reunidos tras una larga separación.

Frank eructó de forma ruidosa y Magda olió el limón en el aire. Al otro lado de la mesa, vio que el rostro de Will se crispaba brevemente de asco.

—Parece que Ellery le contó a su amigo todo lo relacionado con nosotros —continuó Frank— y que, por tanto, incumplió la segunda regla de la Sociedad. Le dijo a este hombre que lo avisara si alguna vez se topaba con un objeto inusual. Y el doctor Dennis Wei se lo contó a su hijo antes de morir. No es una historia descabellada. Podría haber pasado.

—¿Qué motivo podría haber tenido mi padre para contárselo a este hombre? —preguntó Will a la estancia en general. Luego, concentró su atención en Frank—. Tú debías de conocer a mi padre mejor que yo. ¿Tampoco lo sabes?

—No tengo ni idea —respondió Frank con la voz tranquila y la mirada fija en la pared que tenía justo enfrente.

Will frunció el ceño y empezó a golpetearse los labios con los dedos, inquieto.

—Pero eso ya es historia, supongo —reflexionó Frank—. Con independencia de lo que Ellery hiciera o dejara de hacer, tenemos que ocuparnos de este objeto.

—¿Qué propones? —preguntó Magda.

—Uno de nosotros tiene que ir a Hong Kong —contestó el librero —. Tal vez no sea nada, pero tal vez sea algo.

Magda miró a Will, pero este no le devolvió el gesto.

—En caso de que sea un artefacto —continuó Frank—, sería la primera vez que añadimos algo al archivo desde hace casi medio siglo.

La joven sintió que, a medida que la conversación se alejaba de los temas incómodos y se centraba en la acción, el entusiasmo que había perdido volvía a ella como la crecida de una marea. Sin embargo, al observar a Frank no fue entusiasmo lo que vio: fue inquietud, como si todo aquel asunto lo desconcertara.

—Tendríamos que abrirlo —dijo Frank, que volvió la cabeza hacia la estantería de la pared del fondo—. Por primera vez desde hace años.

Magda sabía muy bien a qué se refería. El archivo de la Sociedad estaba oculto tras las estanterías, a buen recaudo dentro del Chifonier de Relojería.

Magda se sorprendía a menudo recordando el día en el que, hacía diez años, vio el Chifonier de Relojería por primera vez. Fue un momento de gran transcendencia en su vida. Muy poco tiempo después de la muerte de su madre, descubrió que la magia existía en el mundo y que en el sótano de la librería de Frank se escondía una colección de objetos mágicos.

—Sabes que hay artefactos mágicos —le dijo Frank mientras Will y Henrietta los observaban—. Pero, como nuevo miembro, es importante que creas que eso es cierto, que experimentes la

realidad de la magia. De lo contrario, ¿cómo serías capaz de entender la importancia de nuestro trabajo?

El librero cruzó la habitación para pulsar el botón oculto de la estantería y soltar el pestillo que permitía que los estantes se abrieran. El Chifonier de Relojería se encontraba en el hueco oscuro que había detrás. Magda se colocó delante del mueble junto a Frank, con el corazón en un puño y consciente de que todos la estaban mirando, juzgándola.

Era un chifonier grande, barnizado en un tono caramelo dorado que permitía que los remolinos claros y oscuros de las vetas de la madera fueran visibles. En la parte delantera, había una serie de veinte cajones de tamaños distintos, cada uno de ellos con un número estarcido en dorado en el frente. En el lado derecho, había ruedas de diferentes tamaños y, en el izquierdo, botones e interruptores de madera. Según le dijo Frank, un maestro artesano fabricó el chifonier en la década de 1960, y los cajones solo se abrían girando las ruedas y pulsando los botones o accionando los interruptores en un orden determinado para cada uno de ellos. Cada cajón tenía su propia secuencia exclusiva, igual que una cerradura mecánica de combinación. El Chifonier de Relojería era el lugar en el que la Sociedad guardaba su archivo de artefactos y, por lo que Magda tenía entendido, la mayoría de los veinte cajones contenía un objeto.

—Elige un número —le dijo Frank mientras señalaba el chifonier—. Elige un cajón y te enseñaré lo que hay dentro; te enseñaré un objeto mágico.

Magda titubeó antes de elegir el cajón número doce. Entonces, Frank se acercó al mueble, pulsó los botones en una secuencia que

Magda no fue capaz de seguir y giró las ruedas del lado derecho. Unos instantes después, sacó un cajón tirando un poco de él, como si estuviera atascado, e introdujo la mano en el interior para extraer un objeto.

—Aquí tienes —le dijo a Magda al entregarle un pequeño cubo de madera, un dado con las letras «S» y «N» grabadas en las caras, en lugar de los puntos o números habituales.

—¿Qué es? —preguntó la chica mientras tanteaba el objeto agitándolo en la mano.

Le pareció anormalmente pesado.

—Es el dado del Sí/No —le explicó Frank con algo nuevo en los ojos, algo que Magda no le había visto nunca, algo contundente en aquel hombre que ella conocía como tierno y reconfortante. El librero le hizo señas para que volviera a la mesa y ambos se sentaron a ella de nuevo—. Hazle cualquier pregunta que pueda responderse con un «sí» o un «no», y siempre te dirá la verdad. Ese es su poder mágico.

—¿Cualquier pregunta? —repitió Magda, a la que le costaba creer que aquello pudiera ser cierto.

¿Cómo iba a ser capaz un simple dado de madera de saber la respuesta a cualquier pregunta? Era absurdo.

Frank se encogió de hombros.

—Ponlo a prueba. Pregúntale algo cuya respuesta solo sepas tú.

Magda miró en torno a la mesa.

—Adelante —la animó Henry con una sonrisa.

Así pues, Magda experimentó. Formuló preguntas sobre su propia historia personal, cosas a las que ninguna otra persona habría sabido contestar, y, cada vez que lanzó el dado, este le dio la

respuesta correcta. Luego, preguntó: «¿Existe la magia?», y el dado respondió: «Sí». A continuación, en un momento que recordó muchas veces a lo largo de los años siguientes, hizo una pregunta más: «¿Es peligrosa la magia?».

Frank asintió con la cabeza antes de que ella tirara el dado, como si aprobara la pregunta. Cuando lo lanzó sobre la mesa, el dado giró sobre sí mismo hasta detenerse al fin con una «S» en la parte superior.

—Sí —dijo Frank solo para pronunciar en voz alta la respuesta que el dado ya les había proporcionado.

—¿No es emocionante? —preguntó Henrietta con los ojos brillantes al mismo tiempo que le dedicaba una hermosa sonrisa a Magda—. Puedes preguntarle acerca del futuro, de los secretos, de los deseos y los anhelos de la gente. Con algo así, podrías hacer mucho bien en el mundo.

—O mal —replicó Will, las primeras palabras que dijo desde el comienzo de la reunión.

—Ya está —dijo Frank para acallarlos, y Magda vio que Henrietta ponía los ojos en blanco, pero sin perder la sonrisa.

—Una cosa tan sencilla y pequeña… —reflexionó Magda tras levantar el dado hacia la luz.

—Sí —convino Frank al quitárselo de las manos—. Y este es solo uno de los objetos del chifonier.

Acto seguido, cruzó la estancia para devolver el dado al cajón doce. Magda lo observó mientras cerraba el cajón y volvía a colocar la estantería en su sitio para ocultar el bello frente del Chifonier de Relojería.

—Todos los objetos poseen un poder enorme —prosiguió Frank tras clavar en Magda una mirada que era una advertencia. La joven nunca lo había visto tan serio, ni siquiera cuando su madre murió—. Todos ellos podrían resultar devastadores si cayeran en las manos equivocadas. Por eso los guardamos aquí. Por eso los mantenemos ocultos. Y a salvo. Ese es el trabajo de la Sociedad.

—Iré yo —dijo Magda, diez años después, y tanto Will como Frank la miraron—. A Hong Kong. Iré yo.

La respuesta del anciano fue un ceño inmediato.

—¿A qué viene esa mirada? —lo desafió Magda.

—Había pensado que fuera Will —dijo Frank, y el relojero se apartó al instante de la mesa mientras negaba con la cabeza.

—No voy a ir a Hong Kong —dijo alzando la voz a causa de la sorpresa—. ¿Estás loco?

—Se trata del hijo de un amigo de tu padre —dijo Frank—. Hay una conexión.

—No es amigo mío —argumentó Will con las mejillas repentinamente sonrosadas—. No conozco a ese hombre. Nunca he estado en Hong Kong. Y, además, tengo un negocio que atender, Frank. Que vaya Magda si quiere. Es escritora, es dueña de sus días. Yo no tengo tiempo para andar paseándome por el mundo.

—Ya he dicho que iré —espetó Magda, cuya irritación se convirtió en un objeto afilado que ahora apuntaba a Frank—. A menos que opines que no estoy a la altura. ¿Es eso lo que ocurre, Frank?

El anciano evitó mirarla y se removió en el asiento.

—No es eso…

—Entonces, está decidido —replicó Magda, que dio varios manotazos en la mesa, como un subastador que golpea con el mazo para hacer una venta—. Iré a Hong Kong. Mañana tomaré el primer vuelo en el que haya plazas disponibles. Conciértame una cita con ese tal James Wei para cuando llegue y envíame los detalles.

Will asentía para mostrar el entusiasmo con el que aceptaba la propuesta, pero Frank seguía con el ceño fruncido.

—¿O es que quieres ir tú, Frank? —insistió Magda con la intención de pincharlo—. ¿Quieres viajar a Hong Kong? Adoras los climas cálidos, ¿me equivoco? No has salido ni una sola vez del país desde que te conozco. No puedes obligar a Will a ir, así que o vas tú o voy yo.

El librero apretó los labios y clavó la mirada al frente, como un hombre que se metiera inesperadamente en un callejón sin salida y no supiera cómo dar marcha atrás.

—¡En serio, Frank! —exclamó Magda—. ¿Qué sentido tiene que forme parte de esta sociedad si no confías en mí para nada?

—Bien —murmuró el anciano al final—. Ve tú.

Magda asintió, satisfecha, y una oleada de emoción la recorrió de arriba abajo ante la perspectiva de un viaje a Hong Kong, ante la posibilidad de encontrar un nuevo objeto mágico y ante la idea de que el Chifonier de Relojería se abriera de nuevo.

—¡Me muero de ganas! —dijo, y le lanzó una sonrisa radiante a Frank.

El relojero de Blandford Street

La tarde siguiente, más o menos a la misma hora en la que el vuelo de Magda Sparks despegaba desde Heathrow con destino a Hong Kong, Will Pinn se encontraba sentado a la mesa del taller que tenía detrás de su pequeña relojería. Estaba trabajando en la reparación de un viejo reloj de bolsillo de plata con leontina que le llegó por correo. Esos eran los encargos que más le gustaban. Nunca rechazaba a un cliente que entrara en la tienda por casualidad, pero prefería reducir el contacto humano al mínimo posible. La gente era imprevisible y, a veces, difícil de interpretar. Una carta o un pedido, por el contrario, eran claros y directos. Eso era lo que le gustaba a Will. Le gustaba que las cosas estuvieran en negro sobre blanco, que fueran definitivas.

Durante un tiempo, tuvo empleada a una mujer para que atendiera a los clientes de la tienda, pero aquello le suponía más gastos de los que podía justificar. Era el propietario del local —la planta baja de una casa adosada, de ladrillo rojo, situada en una calle tranquila del extremo sur de Marylebone, casi en Mayfair—, pero el trabajo de reparación y venta de relojes no generaba tantos ingresos como para permitirle pagar el sueldo de una dependienta, así que la despidió. Ahora Will se ocupaba personalmente de los clientes esporádicos. Nunca disfrutaba de esa actividad y, aunque comprendía lo autodestructivo que era preferir que la gente no visitara la relojería, no conseguía cambiar su manera de sentir.

Sustituyó una pieza desgastada del mecanismo y estaba mirando a través de una lupa mientras volvía a montar los engranajes internos del reloj. Aquella era su parte favorita de cualquier trabajo de reparación y mantenimiento: colocarlo todo de nuevo en su sitio, donde las cosas encajaban a la perfección y cumplían con el cometido para el que fueron diseñadas. Cerrar la tapa y pulir el reloj ensamblado siempre era un momento de gran satisfacción para él. Sin embargo, el placer que solía producirle su propio trabajo le resultaba algo escurridizo aquel día, algo intangible que era difícil de asir. Suspiró, lo cual empañó la lupa durante unos instantes, y soltó las pinzas antes de apartar la silla de la mesa de trabajo.

Miró hacia la parte delantera de la tienda mientras reflexionaba sobre su propio estado de ánimo. Estaba intranquilo desde la tarde anterior, cuando celebraron la reunión de la Sociedad. No durmió bien, no fue capaz de hacer frente al desayuno de aquella mañana y llevaba todo el día siendo incapaz de concentrarse en el trabajo. Porque un objeto mágico había aparecido en algún lugar del mundo.

Lo cierto era que Will odiaba todo lo relacionado con la magia, así que detestaba tener que formar parte de la Sociedad. La magia era la mismísima definición de la impredecibilidad, de lo que no seguía las reglas de la realidad. Era lo que más temía y despreciaba.

Desde que era miembro de la Sociedad —algo que hacía por obligación, puesto que su padre se lo pidió al morir—, nunca había sido necesario que se enfrentara a la magia de una manera significativa. Will vivió su vida tal como prefería: como si la magia no existiese. Toleraba las reuniones semestrales de la Sociedad porque no eran asuntos exigentes. Se decía que era bueno para él mantener algún tipo de contacto humano y, a decir verdad, ni Frank ni Magda

lo incomodaban. Además, los objetos mágicos siempre estaban encerrados en el Chifonier de Relojería, donde no podía verlos. Will odiaba incluso ese nombre: el Chifonier de Relojería. Cualquier persona con sentido común sabía cómo era un mecanismo «de relojería». Aquel chifonier no tenía nada que ver con un reloj.

—Tendrían que haberlo llamado el Chifonier Mecánico —murmuró para sí no por primera vez.

Pero ahora había un objeto y Magda iba a recuperarlo. Y, lo que era aún peor, parecía que Frank lo culpaba en cierta manera de algo que quizá hizo su padre. Como si fuera culpa de Will que su padre le hubiera hablado de la Sociedad a un amigo.

Habría otra reunión cuando Magda regresara, Will estaba convencido de ello. Incluso si volvía sin el artefacto, Frank querría que se reunieran de nuevo para hablar de ello hasta la saciedad. Y la próxima reunión programada se celebraría al cabo de tres semanas, y eso ya le rondaba la cabeza. Will soltó un suspiro de fastidio. Él no había accedido a tantas reuniones. Era demasiado, así de sencillo.

Se levantó de la silla y se encaminó hacia la mesa que había junto a la pared de enfrente. Encendió su pequeña cafetera exprés. El café solía calmarle los nervios. Sabía que era extraño —la mayoría de la gente se alteraba más con el café—, pero a él siempre le ocurría lo contrario.

Mientras esperaba a que la cafetera acabara, recorrió el taller con la mirada: los numerosos cajones con piezas y herramientas mecánicas, la mesa de trabajo que ordenaba todas las noches, los catálogos y manuales de relojería alineados en filas ordenadas en el estante alto que había sobre la ventana. Le encantaba su taller. Era el lugar donde se encontraba más cómodo, incluso más que en su

propia casa. Todo estaba organizado y ordenado y tenía sentido. Era la antítesis de la magia.

Cuando el café estuvo listo, abrió la puerta que había bajo el escritorio y sacó una botella de Baileys; se vertió un tapón en la bebida y la removió con una cucharilla. No siempre se añadía Baileys al café, solo los días en los que se sentía especialmente inquieto. Luego, cogió la taza y se dirigió a la entrada de la tienda dejando atrás las vitrinas y la colección de relojes de bolsillo enmarcados que había en la pared, unos relojes que él mismo compró y reparó durante los períodos de poco trabajo. Se tomó unos minutos para acercarse al escaparate y observar la calle. Hacía un día fresco y despejado y Marylebone bullía de actividad: la *brasserie* del otro lado de la calle se preparaba para recibir a los comensales de la noche; en la cafetería, los estudiantes sentados de cara al escaparate no apartaban la mirada del portátil. Todo era normal, predecible, rutinario. Eso le gustaba. No como la Sociedad. Negó con la cabeza y dio un sorbo al café.

—Quizá lo mejor sea dejar de ir —murmuró para sí.

Durante un momento, soñó despierto con esa posibilidad, con acabar de una vez para siempre con todo aquello. Se acabó la Sociedad, se acabó la magia, se acabaron las obligaciones incómodas. Asintió para sus adentros como si tomara una decisión, se tomó el último sorbo de café y regresó a la trastienda.

Mientras enjuagaba la taza, pensó en Magda. Se sintió mal por ella. La joven le caía bien; siempre se había mostrado agradable con él, aunque a veces era un poco hiperactiva y mandona.

Era una pena que Magda no supiera la verdadera razón por la que Henry ya no acudía a las reuniones de la Sociedad.

Era una pena que no supiera que todo lo que Frank les había contado sobre la Sociedad era mentira.

—No es mi problema —se dijo Will, y asintió de nuevo mientras se secaba las manos.

No quería involucrarse.

Magda lo averiguaría por sí misma, tarde o temprano.

Un paseo con Mr. Wei

En su suite del hotel Four Seasons de la isla de Hong Kong, Magda se despertó tras cuatro horas de sueño profundo sintiéndose como si fuera la hora de irse a la cama. El desfase horario jugueteaba con su reloj corporal, pero su emoción era mejor que cualquier alarma, así que se levantó de un salto y abrió las cortinas para contemplar las vistas de la ciudad.

A su llegada al hotel, era media tarde y la ciudad estaba preciosa bajo el cielo azul brillante, con rascacielos a diestro y siniestro y barcos en el puerto azul verdoso que se extendía a sus pies. Pero ahora, tras la puesta de sol, Hong Kong ardía de luz, destellaba y palpitaba como una máquina de *pinball*.

—Qué bonito —murmuró Magda en tono de aprobación.

Fue dando saltitos al cuarto de baño, se duchó, se lavó el pelo y luego se preparó un café mientras revisaba sus correos electrónicos y mensajes. Frank se había puesto en contacto con ella mientras dormía para confirmarle que había concertado la cita con James Wei delante del hotel Península. En una hora.

—¡Genial! —exclamó.

Había estado inquieta por si le tocaba esperar de brazos cruzados a que se organizara la cita. Se puso un traje oscuro y una blusa naranja que hacía juego con su pelo; se la dejó abierta en el cuello para que se viera el collar con el colgante de jade que heredó de su madre. Luego, abandonó la refrescante calma del hotel para abrirse

paso por las calles bulliciosas y estrechas hacia la terminal de Star Ferry. Los edificios, de una altura imposible, se alzaban por todas partes a su alrededor, y el aire espeso y húmedo era un popurrí siempre cambiante de olores agradables y desagradables: de humo de cigarrillo y colonia cara, del apetitoso aroma del arroz recién cocido mezclado con los gases del tráfico. La gente guapa y bien vestida que iba y venía hacía que Magda se sintiera baja, regordeta y poco arreglada, y el ruido de los parloteos, los motores de los coches y el martilleo de las señales en los pasos de peatones dominaban el mundo. La joven lo vivía como un ataque contra sus sentidos desorientados y tenía la sensación de que la ciudad estaba diseñada a propósito para incomodar a los recién llegados. Se tiraba de la blusa mientras caminaba, consciente de que le sudaba la espalda, y en cada escaparate por el que pasaba veía lo sonrojadas que tenía las mejillas, por lo general pálidas.

—No estoy hecha para este tiempo —masculló, pero se dio cuenta de que estaba sonriendo.

A pesar de lo desconcertante que le estaba resultando aquel paseo, también estaba entusiasmada con él, le encantaba estar viva y camino de una reunión para hablar sobre magia, aunque las palabras de advertencia de Frank le volvieron a la cabeza.

—Ten cuidado —le dijo por teléfono antes de que saliera hacia el aeropuerto el día anterior—. Este James Wei parece honrado, pero no sabemos nada de él.

—Sí, Frank —contestó ella—. Es un detalle que te preocupes, pero no soy una niña. Estaré bien, te lo prometo.

—No corras ningún riesgo —continuó Frank haciendo caso omiso de sus palabras—. Estate atenta a cualquier señal de peligro.

Magda sonrió con indulgencia ante su preocupación y desestimó su cautela, pero ahora, en las abarrotadas calles de Hong Kong, con los ruidos y las vistas asaltándole los sentidos y el desfase horario amortiguándole los pensamientos, la joven se descubrió inesperadamente alerta. Intentó sacudirse la sensación de encima aferrándose a su entusiasmo por la misión casi como si fuera un amuleto contra la mala suerte.

Llegó a la terminal de Star Ferry y dedicó unos instantes a averiguar cómo comprar un billete a Tsim Sha Tsui, situado en el lado Kowloon del puerto. Cuando el ferri llegó, siguió a la pequeña multitud de lugareños que subían por la rampa hasta el barco y, luego, continuó hasta la cubierta abierta. La breve travesía le permitió volverse para contemplar la isla de Hong Kong, los imponentes edificios comerciales y las numerosas torres que, a su espalda, escalaban la colina coronada por el Pico Victoria. Magda se sonrojó de felicidad mientras disfrutaba de las vistas. El desfase horario seguía convirtiendo su mente en una nebulosa, pero la brisa fresca disipó su inquietud anterior. Se sorprendió soñando despierta, imaginando a personas misteriosas que se encontraban en el ferri e intercambiaban secretos, y empezó a preguntarse quiénes serían esas personas. Aquel era el comienzo de una nueva novela, lo sabía, y en ese momento decidió que Hong Kong sería el escenario de lo siguiente que escribiera, fuera lo que fuese. Llevaba casi seis meses esperando su siguiente idea, no había tenido nada que escribir desde el momento en el que terminó su última novela. Por alguna razón, le pareció apropiado que aquella aventura —aquel encuentro sobre la magia y el entusiasmo que le generaba— alimentara su creatividad.

—Algo en Hong Kong —se dijo mientras asentía con la cabeza y clavaba la vista en el paisaje para estudiar los detalles.

Se fijó en una anticuada embarcación de las conocidas como juncos. Tenía las velas de color escarlata y, cuando atravesó en perpendicular la estela del ferri, oyó el estruendoso parloteo de los huéspedes que viajaban a bordo. Decidió que tomaría notas más tarde, tras la reunión, para intentar captar el ambiente y cómo se sentía. La novela que escribiera después arrancaría en Hong Kong, tal vez en el mismo ferri en el que se encontraba en aquel momento.

En Kowloon, Magda recorrió a pie la corta distancia que la separaba del hotel Península y empezó a sentir que cada paso que daba en aquel aire espeso era un esfuerzo. La rotonda que había delante del hotel estaba repleta de clientes y transeúntes, de taxis que dejaban y recogían pasajeros, de empleados con traje verde y guantes blancos que se movían de un lado a otro. Fue saltando de una persona a otra con la mirada para tratar de identificar a James Wei. Entonces vio un rostro por encima de la multitud, un hombre que sobresalía por encima de las cabezas de los que lo rodeaban y que movía los ojos con impaciencia como si buscara algo. Pasó de largo por encima de Magda con la mirada y, enseguida, la desvió de nuevo hacia ella. La joven vio que la expresión le cambiaba, que la incertidumbre le desaparecía del rostro en cuanto la vio y, luego, esbozaba una sonrisa amplia y levantaba una mano para saludarla con brío. Era un hombre alto, vestido con un pulcro traje gris y una camisa blanca almidonada, con la piel ligeramente bronceada y una espesa cabellera negra ondulada sobre la cabeza. Tenía los hombros anchos y los pómulos afilados, así como la corpulencia bien proporcionada de un hombre que hace ejercicio con regularidad,

pero no en exceso. Mientras él seguía saludándola, como si le preocupara que no lo viera, Magda decidió que era guapo.

—¿Ms. Sparks? —le preguntó el hombre cuando por fin llegó hasta él.

—¿Mr. Wei? —preguntó ella a su vez con la cabeza levantada para mirarlo, puesto que era al menos treinta centímetros más alto que ella.

Ambos se tendieron la mano al mismo tiempo y, cuando se chocaron los dedos, recolocaron los brazos en un incómodo momento de sonrisas y disculpas.

—¡Encantado de conocerla! —dijo Wei, con una suave voz de barítono, cuando por fin consiguieron estrecharse la mano—. Por favor, llámeme James.

—De acuerdo, James —dijo, convencida de que se estaba ruborizando mientras él sonreía, aunque sin saber por qué—. Entonces tú tienes que llamarme Magda.

Él asintió con delicadeza para aceptar sus palabras. Magda sintió que se relajaba casi de inmediato. Aquel hombre no tenía nada que la pusiera nerviosa, nada que la hiciera recelar. Casi podía imaginarse a Frank frunciendo el ceño ante su ingenuidad.

—Bien —dijo James al mismo tiempo que juntaba las manos—. Puedes elegir. Podemos entrar aquí y comer platos refinados en un ambiente muy elegante.

Magda le echó un vistazo al interior del hotel Península, situado detrás de James.

—¿O?

—O podría llevarte a un sitio ruidoso y auténtico donde sirven los mejores fideos que hayas probado en tu vida.

Magda lo señaló y sonrió.

—Eso suena mejor.

—¡Fabuloso! Albergaba la esperanza de que dijeras eso. —Le devolvió la sonrisa—. ¿Te importa caminar? Te aviso de que sería un paseo de quince minutos con esta horrible humedad.

Magda le restó importancia a su preocupación con un gesto de la mano.

—No me molesta el calor y no me importa caminar —dijo, una mentira y una verdad.

—¡Estupendo, entonces! —exclamó James—. Vámonos.

La guio por las calles de Kowloon; se dirigieron hacia el norte desde el hotel Península enfilando Nathan Road. Allí el aire seguía siendo húmedo y cálido, y Magda sintió que el sudor se le volvía a acumular en la espalda, pero las calles estaban mucho menos abarrotadas que en la isla de Hong Kong y los edificios más espaciados. Los autobuses y los taxis atestaban Nathan Road y, tras las luces que perforaban agujeros eléctricos en la noche oscura, Magda veía las fachadas feas y mugrientas de los edificios de posguerra que bordeaban la calle: la verdad tras el deslumbrante espectáculo. En casi todas las manzanas, se cruzaban con hombres indios elegantemente vestidos que intentaban hablarle a James de trajes a medida y tenderle tarjetas de visita para llamar su atención, de manera que este tenía que rechazarlos una y otra vez.

—Vivir aquí es horrible —reconoció James mientras caminaban—, pero a veces es genial vivir en un sitio en el que es horrible vivir.

—Eso parece una de esas afirmaciones que no tienen sentido a menos que te pares a pensarlas de verdad —dijo Magda, que tuvo que apretar el paso para no quedarse atrás.

James se rio y la miró, y ella lo vio darse cuenta por primera vez de que estaba caminando demasiado rápido.

—Lo siento, piernas largas —admitió, y aminoró el paso al instante.

—No te preocupes, yo tengo las piernecitas cortas. —Le sonrió con ganas—. Estoy acostumbrada.

Pasaron por delante de una de las entradas de la estación de metro de Tsim Sha Tsui y el aire fresco del interior le rozó la cara a Magda: un momento de felicidad en la implacable humedad. Nada más pasarla, había unas escaleras que llevaban a un parque frondoso y tranquilo que James señaló.

—El parque Kowloon. Vamos, atajaremos por aquí.

—¿Hay mucha gente ahí dentro? —preguntó Magda—. Prefiero permanecer en lugares públicos. —Sonrió con aire de disculpa, tratando de asegurarle que en realidad no pensaba que fuera peligroso—. Es solo un exceso de precaución.

James arqueó las cejas al comprenderlo.

—¡Ah! —exclamó—. Sí, es un parque muy concurrido. Hay gente por todas partes. Estarás tan a salvo ahí dentro como aquí fuera, pero quizá notes un poco más de fresco. Pensé que lo agradecerías. Pero podemos permanecer en la calle si lo prefieres. ¡Tú eliges!

Esperó a que tomara una decisión.

«Pareces idiota. Te estás dejando infectar por las preocupaciones de Frank. Este hombre no tiene nada de malo… ¿Cuántos hombres guapos se han ofrecido a llevarte a pasear por un parque, Magda?».

—Lo del fresco del parque suena muy apetecible —dijo al mismo tiempo que empujaba las preocupaciones de Frank hacia un recodo de su mente—. Te sigo.

Al final de la escalera, encontraron un amplio camino de ladrillos que discurría entre los árboles. Estaba iluminado por farolas: círculos de luz blanca que alternaban con charcos de oscuridad y con las sombras de las hojas que titilaban en el suelo. El olor de la maleza y la vegetación húmedas invadió las fosas nasales de Magda, y la noche cobró vida con los chasquidos y los gorjeos de los insectos; el ruido del tráfico se convirtió en una nota baja y crónica al fondo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Magda.

—Unas manzanas más hacia el norte —explicó James—. Cerca del mercado nocturno de Temple Street. Es una parte de Kowloon a la que vienen los turistas, pero también tiene la mejor comida. Mucho más auténtica que cualquier cosa que pudieran servirte en el Península. —Entonces pareció caer en la cuenta de algo y se detuvo para mirarla de reojo—. Comes fideos, ¿verdad?

—Como casi de todo —contestó Magda, que miró a su alrededor para observar lo que les rodeaba—. A menudo en porciones grandes.

Volvió a dedicarle una sonrisa enorme.

—¡Ja! —rio James, encantado—. Me alegra oírlo. Me encanta comer. Es una de mis cosas favoritas.

Magda asintió para mostrar su aprobación.

—Diría que tú y yo vamos a llevarnos bien.

—Creo que me viene de no haber comido mucho cuando era pequeño —continuó James—. No estuve muy bien de salud durante gran parte de mi infancia.

—¿No? —preguntó Magda, preocupada.

Él hizo un gesto con la mano para quitarle importancia y agachó la cabeza para pasar por debajo de la rama de un árbol que colgaba

sobre el sendero.

—Todo eso quedó en el pasado; ahora ya estoy bien. Pero me pasé la mayor parte de la niñez postrado en la cama y sobreviviendo a base de sopa de pollo con fideos. Los chinos creen que la sopa de pollo con fideos cura todos los males.

—Qué curioso —reflexionó Magda—. Yo pienso lo mismo de la tarta.

Se rieron juntos del comentario. A Magda le gustaba hacerle reír, y él parecía ser de risa fácil, como si la vida debiera disfrutarse más que soportarse.

La joven volvió a escudriñar el entorno: la hierba espesa y firme que se extendía hacia la oscuridad más allá de los árboles, las luces de los edificios altos a lo lejos. El sonido de sus pasos llenó la pausa en la conversación y, cuando volvió a mirar a James, se dio cuenta de que al hombre se le había desenfocado la mirada al sumirse en sus propios pensamientos.

—¿Estás bien?

Él sonrió.

—Bueno, solo estoy acordándome de cuando era niño —admitió.

—¿De cuando estabas enfermo?

—Ajá. —Miró al frente, hacia el final del camino—. No todo era malo. Jugaba mucho al ajedrez. Veía la tele cuando mi padre me daba permiso. Leía muchos libros y cómics. Cómics de superhéroes, manga japonés. Y los de Tintín.

Lo miró sorprendida y lo detuvo poniéndole una mano en el brazo.

—¡Me encantaba Tintín! —exclamó—. ¡Los leí todos!

—¡Ja! —volvió a reír James—. A mí también. Eran mis favoritos. ¡Tantos lugares, tantas aventuras!

—¡El capitán Haddock! —añadió Magda, encantada con ese amor compartido.

—Y Milú —dijo James—. Siempre quise…

—¡Un perro como Milú! —terminó Magda, que se llevó una mano a la boca.

Se sostuvieron la mirada.

—Así que adoras la comida y adoras a Tintín —reflexionó la joven mientras negaba con la cabeza—. ¡Es como si estuviera conociendo al hombre ideal!

Se rio para darle a entender que se trataba de una broma, pero, en cuanto las palabras le salieron por la boca, en cuanto las oyó con sus propios oídos, sintió que las mejillas le enrojecían de vergüenza. James siguió sonriendo, los ojos le destellaban con lo que Magda esperaba que fuera algo parecido a la diversión.

—Oh, Dios, qué horror —dijo tras apartar la mirada para ocultar su bochorno—. Lo siento mucho, era una broma.

James se rio para restarle importancia: soltó una carcajada cálida y pausada, y fue como si la incomodidad se evaporara en el aire espeso del atardecer.

—Tranquila —dijo—. No le des más vueltas.

Empezaron a caminar de nuevo y Magda se reprendió para sus adentros: «¿Se puede saber qué haces? ¡Te estás comportando como una colegiala ridícula!».

Se estremeció al pensar en lo que habría dicho Frank si estuviera allí para observar su conducta.

—Nunca me habían llamado «hombre ideal» —observó James al mismo tiempo que le dedicaba una sonrisa torcida—. Es todo un detalle por tu parte.

—Cállate —lo regañó, incapaz de contener la risa.

Compartieron una mirada, pero Magda la desvió con gran rapidez: de repente, se sintió incómoda al notar que sus ojos se encontraban con los de él. Carraspeó e intentó pensar en temas de conversación más seguros.

—Háblame de tu padre —dijo—. ¿Cómo se enteró de lo de la Sociedad?

Vio que la sonrisa se le borraba de la cara mientras sopesaba la pregunta. James se metió una mano en el bolsillo del pantalón y la manga de la chaqueta se le frunció en el brazo.

—Mi padre era mucho mayor que yo —dijo, y aunque no era la respuesta a la pregunta, quizá sí fuera el inicio de una. La miró y Magda asintió para animarlo a continuar—. Puede que fuera incluso demasiado viejo para ser padre. Tenía casi cincuenta años cuando nací. Mi madre era mucho más joven. Demasiado joven para él, probablemente, y el matrimonio no duró. —Se encogió de hombros —. Pero eran otros tiempos, supongo.

—Ajá —convino Magda.

—Se puso enfermo al cabo de unos años, y siempre estaba pensando que se iba a morir. «Pronto estaré muerto, James». Eso era lo que me decía a todas horas. —James se echó a reír y volvió la cara para mirar a lo lejos durante unos segundos. Magda pensó que parecía afectado por aquellos recuerdos, daba la sensación de que lo habían entristecido hasta apagar su anterior efervescencia—. Sin embargo, al final vivió mucho más de lo que jamás habría esperado. Fue en los últimos días de su vida cuando supo de verdad que la muerte estaba cerca, y fue entonces cuando me lo contó. —La miró de hito en hito—. Lo de la Sociedad y lo de su amigo de Inglaterra.

Magda asintió. Las hojas susurraban por encima de ella y le dio una patada a una ramita para apartarla de su camino. En algún rincón, un pájaro llamó desde la oscuridad, una serie rápida de piadas, como un mensaje en código morse que traspasaba los chasquidos de los insectos.

—¿El doctor Pinn? —supuso Magda.

—Sí, Ellery Pinn —afirmó James. Se pasó una mano por el pelo y entrecerró ligeramente los ojos—. Se hicieron buenos amigos cuando el doctor Pinn estuvo aquí. Me acuerdo de él. Yo no me encontraba bien en aquella época, así que no lo vi por mí mismo, pero sé que tenían una relación muy estrecha. —Asintió despacio—. Tan estrecha como para que Ellery acabara hablándole a mi padre de los objetos extraordinarios, los objetos cotidianos que hacían cosas extrañas y maravillosas.

«Objetos extraordinarios —pensó Magda—. Sabe cómo los llamamos. No está mintiendo».

Aquella pequeña revelación alegró muchísimo a Magda. En realidad, nunca pensó que James fuera una amenaza, pero, al oírle pronunciar aquellas palabras, notó que se relajaba, que los hombros se le aflojaban un poco cuando una tensión que ni siquiera se había dado cuenta de que sentía le abandonó el cuerpo.

—¿Cuándo se lo contó Ellery? —preguntó mientras pasaban junto a una piscina, más a la derecha, y un anfiteatro, tranquilo y vacío en la oscuridad del anochecer.

Había mucha más gente en aquella parte del parque: parejas jóvenes que paseaban cogidas de la mano, un grupo de niños en monopatín. Un par de chicas jóvenes se cruzaron con ellos, y Magda

se fijó en que ambas miraban a James con un asombro silencioso y se echaban a reír con disimulo una vez que los dejaban atrás.

«Así te estabas comportando tú —se reprendió—. Seguro que ellas también piensan que es el hombre ideal».

James parecía del todo ajeno a la atención que estaba recibiendo; mantuvo la mirada clavada en el suelo mientras pensaba en la pregunta de Magda.

—No lo sé. Como he dicho, yo estaba enfermo. Lo cierto es que nunca estaba con ellos.

Levantó la vista y miró sendero arriba, hacia la salida del parque, situada un poco más adelante.

—Bueno, debían de ser íntimos —reflexionó Magda—. Si no, Ellery no le habría contado esas cosas, lo de la Sociedad y todo lo demás.

James frunció los labios, pero no respondió al comentario de forma explícita. Salieron del parque hacia el mundo ruidoso y abarrotado una vez más.

—Por aquí —dijo el hombre mientras la guiaba para que cruzara en diagonal hacia el callejón estrecho que había una manzana más al oeste—. Esa es Temple Street.

Pasaron por delante de un 7-Eleven lleno de clientes y de la entrada de un restaurante que impregnaba el aire nocturno de un olor a jengibre y ajo fritos. Entonces, giraron hacia Temple. Era una vía angosta, alejada de las luces brillantes y con sombras por todos lados.

—Ya solo queda una manzana —dijo James—. Disculpa si el paseo ha sido demasiado largo.

—Ah, no pasa nada —respondió Magda fingiendo que la humedad no la estaba matando—. Soy más vigorosa de lo que parezco.

Él la miró de reojo, como si la estuviera evaluando.

—Sí, lo sé —sonrió Magda—. Tengo un aspecto muy vigoroso.

Él rompió a reír una vez más y levantó brevemente la cara hacia el cielo para lanzarle su diversión a la noche. Magda se sintió muy satisfecha de que aquel hombre encantador al que le gustaba Tintín y que adoraba comer pareciera disfrutar de su compañía.

Llegaron al final de la manzana y James señaló el otro lado de la calle.

—Ahí es donde vamos. Mac's Noodles.

En la esquina opuesta, Magda vio un escaparate cuadrado bajo un letrero amarillo, a un hombre con una bata blanca trabajando detrás de un mostrador y, más allá, un comedor abarrotado. Mientras cruzaban la calle, la joven captó en el aire el aroma de algo intenso y sabroso, como un caldo de carne, y las tripas le rugieron en señal de agradecimiento. No había comido nada desde el vuelo y se dio cuenta de que el paseo le había abierto el apetito.

—Los mejores fideos de Kowloon, en mi humilde opinión —dijo James—. Vamos, deja que te invite a unos fideos con ternera y te contaré todo lo que he descubierto.

Fideos

El restaurante era un local cuadrado con mucha luz artificial, la zona de la cocina estaba en la parte delantera y las mesitas redondas y reservados al fondo. El ambiente estaba cargado del ruido de los clientes que sorbían sopa y del tintineo de las cucharas contra los cuencos. A Magda le pareció que todos hablaban muy alto, excepto el personal y el chef, que hacían turnos para gritarse. James la condujo a través del bullicio hasta un reservado situado en la parte trasera de la sala y, mientras avanzaba, muchos de los demás clientes se quedaron mirándola sin molestarse en disimularlo.

—Siento el escrutinio —dijo James cuando se sentaron—. Los chinos podemos ser bastante maleducados cuando vemos a alguien…

—A alguien con una increíble melena pelirroja —terminó Magda al mismo tiempo que se sacudía el pelo con una mano.

Un anciano que llevaba un trapo para limpiar las mesas colgado de una mano se acercó a ellos. Le gritó a James una pregunta en lo que Magda supuso que era cantonés. Este contestó con unas cuantas frases rápidas y el hombre se alejó sin responder.

—He pedido por los dos —dijo James con una sonrisa—. Espero que no te importe.

—¿Eso ha sido pedir? —preguntó Magda, que le devolvió el gesto risueño—. Esto es divertido.

James sacó los palillos y un par de cucharas de sopa del cubo que había en la mesa y los limpió con servilletas. Le pasó un juego a Magda. En cuanto acabó, el anciano apareció de nuevo con dos cuencos hondos y humeantes y los dejó en el extremo de la mesa. Se alejó sin decir nada.

—La comida es tan buena que pueden permitirse el lujo de ofrecer un servicio así —comentó James, que señaló con la cabeza al camarero que se alejaba. Le acercó a Magda uno de los cuencos—. Esto son fideos con pecho de ternera. Básicamente, fideos, ternera y caldo.

—¿Qué más podría pedir una chica? —reflexionó Magda mientras examinaba el plato.

El vapor le empañó las gafas, pero vio un caldo oscuro y fideos blancos como perlas, además de pequeños trozos de carne flotando de un lado a otro. Los sentidos se le saturaron al instante del sabroso olor umami y el estómago le rugió con impaciencia.

—Si no te pones perdida mientras comes —le aconsejó James—, es que no lo estás haciendo bien. No te preocupes por los modales a la mesa.

Tras decirle esas palabras, James se metió la mano en el bolsillo y sacó un botecito de cristal. Magda lo vio inclinarlo para verterse una pastilla en la mano y, a continuación, tragársela echando la cabeza hacia atrás. Después, volvió a guardarse el frasco en el bolsillo y agarró los palillos.

—Vitaminas —explicó—. Las tomo todos los días desde que era un crío, desde que me puse mejor. —Se encogió de hombros—. Seguro que no me hacen nada, pero es una costumbre. Tal vez sea supersticioso.

Cogió unos cuantos fideos, los enroscó en la cuchara y luego la sumergió en el caldo y sorbió ruidosamente la sopa.

Magda dejó escapar una risita e intentó imitarlo, consciente de que James la observaba mientras sorbía su propia cucharada de caldo y fideos.

—Madre mía, esto está de muerte —trató de decir con la boca llena de comida.

Su acompañante asintió con entusiasmo y comieron en silencio durante un rato; intercalaban las miradas elogiosas con el golpeteo de los palillos en el cuenco y los sorbos de sopa.

—¿A qué te dedicas, Magda? —inquirió James entre un bocado y otro—. Si no te molesta que te lo pregunte, claro.

—Escribo novelas —contestó—. En realidad, es lo único que he querido hacer en toda mi vida, puesto que me pasé la infancia con la cara enterrada en un libro.

James enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Eres escritora? ¿De verdad?

Magda asintió.

—*Thrillers* totalmente prescindibles. De esos que se ven en los aeropuertos, no de los que ganan premios. Me licencié en Derecho en la universidad, pero jamás quise ser abogada. Lo hice solo porque tenía que estudiar algo y pensé que, con esa carrera, me resultaría fácil encontrar trabajo. Pero, en realidad, lo único que quería era ser escritora, así que pasé unos cuantos años en el mundo empresarial, dedicándome a mis novelas por las noches, y al final escribí una lo bastante buena como para que me la publicaran.

—Qué maravilla —dijo James.

Magda se encogió de hombros con modestia.

—Vendo suficientes libros como para que sigan publicándomelos, pero ni por asomo tantos como para que alguien me preste la menor atención.

—Perdóname, pero nunca he oído hablar de Magda Sparks, la autora.

Magda negó con la cabeza.

—Utilizo un seudónimo. Miranda Hepworth. Me gusta pensar en ella como en una versión alta y glamurosa de mí. Es la que viste bien y a la que invitan a las fiestas.

James se rio con suavidad mientras atrapaba unos fideos.

—Bueno, basta de hablar de mí —dijo Magda—. Cuéntame lo del objeto que has descubierto. Para eso he venido hasta aquí.

James se quedó mirando su cuenco, masticando despacio, y a Magda le dio la sensación de que estaba intentando averiguar cómo contar la historia.

—Supongo que ya sabes que soy curador de arte en un banco de Hong Kong, ¿no? —Magda asintió con la cabeza mientras comía. Había investigado por su cuenta para completar las pesquisas de Frank—. Me ocupo de su colección de arte y antigüedades. Una parte de ella se expone; otra, se presta; pero la mayoría de las piezas se custodian como inversión. Ahora mismo, el arte es uno de los activos más valiosos del mundo.

James procedió a ofrecer una breve e innecesaria explicación sobre las inversiones en arte. Magda lo escuchó hirviendo de impaciencia bajo la superficie. Por muy bien que le cayera James, por mucho que disfrutara escuchándolo y conociendo cómo vivía, quería llegar a lo más emocionante: la magia.

—¿Cómo te lleva todo eso al artefacto? —preguntó en la primera pausa de la que pudo disponer en su explicación. No le gustó interrumpirlo en pleno discurso, y el propio James se trabó un poco con las palabras, como si la pregunta lo distrajera. Frunció el ceño y a Magda le entraron ganas de disculparse. Señaló su cuenco con un palillo—. Esto está delicioso, por cierto.

James asintió para darle la razón.

—Te lo dije. Los mejores fideos. —Sorbió la sopa de nuevo antes de continuar—. A ver, ¿cómo lleva todo esto a un artefacto? Bien, una parte de mi trabajo consiste en ocuparme de cualquier cosa que se legue al banco. No ocurre muy a menudo, solo de vez en cuando, pero uno de nuestros socios principales murió de manera inesperada hace poco. David Yan. Tenía solo sesenta años, creo. Soltero, sin hijos, hijo único de dos hijos únicos… En resumen, que no tenía parientes vivos. Sin embargo, dejó un testamento en el que legaba todos sus bienes al banco.

—¿Y tenía muchos? —preguntó Magda.

Se dio cuenta de que se había manchado la blusa de caldo y cogió una servilleta para secarse.

—Era un hombre que acumulaba dinero como si fuera el oxígeno que lo mantenía con vida. Tenía muchísimo capital, pero ni idea de qué hacer con él, de modo que se lo gastaba en cosas que nunca usaba y que ni siquiera le interesaban. Me correspondió a mí revisar los bienes, determinar qué era valioso, qué convendría exponer, qué donar…

Magda tomó los palillos y empezó a comer de nuevo.

—Había cuadros, tallas, grabados y un montón de cosas extraordinarias y bellas. —James contempló su cuenco—. Entonces,

me topé con algo distinto, algo… inusual.

Magda se concentró en él, ahora que se acercaba al meollo de su relato, y experimentó la singular sensación de que el resto del restaurante y todos los ruidos se desvanecían en el fondo.

—¿Qué encontraste? —preguntó, impaciente por saberlo.

—Era una caja de metal. Pequeña, pesada. Estaba cerrada y no parecía haber ninguna llave, así que busqué un cerrajero para que la abriera. Pensó que le resultaría fácil, pero tardó varias horas. —James puso cara de no entender nada y miró a Magda—. Dentro había una sola pieza de ajedrez. Una torre… Ya sabes, la que tiene forma de castillo.

Ella asintió para instarlo a seguir.

—Tallada en marfil. Muy bonita, la verdad.

Magda se estremeció de repente, aunque no supo distinguir si se debía a la emoción, a la tensión o al desfase horario. Echó un vistazo en torno a la sala con la intención de conseguir que se le regularan los sentidos y le disminuyera el ritmo cardíaco. De pronto, experimentó un momento de lucidez en el que recordó lo que estaba haciendo. Aquello era un encargo de la Sociedad, no una cita. Se inclinó un poco hacia James y bajó la voz:

—¿Qué te hizo pensar que se trataba de un artefacto?

James reflexionó sobre la pregunta mientras removía el caldo restante con la cuchara.

—Es difícil saberlo. La pieza parece… distinta… Distinta de un modo que no sé describir. Es demasiado pesada y sólida. Y hace que me estremezca si me quedo mirándola durante demasiado rato. Me hizo pensar en lo que mi padre me contó en su lecho de muerte: los

objetos mágicos, esos entes cotidianos que parecen extraños o hacen cosas inusitadas.

—Ajá, ajá —murmuró Magda sin dejar de observarlo en ningún momento.

—En cuanto aquel recuerdo me vino a la memoria, todo encajó. Además, ¿quién guarda una sola pieza de ajedrez en una caja cerrada a cal y canto?

Magda asintió despacio mientras notaba que el corazón le latía con fuerza en el pecho, súbitamente consciente de que rebosaba energía nerviosa y de que no paraba de agitar una pierna, apoyada en la punta del pie, debajo de la mesa. Bajó la mirada hacia los fideos y las finas lonchas de ternera que aún nadaban en el caldo y decidió que ya había comido suficiente. Apartó el cuenco y soltó los palillos sobre la servilleta. Sin dejar de darle vueltas a la cabeza, desvió la vista hacia el otro extremo de la estancia y contempló la calle concurrida. Vio un rostro en el escaparate —el de un hombre blanco y demacrado, el primer occidental en el que reparaba desde que se habían alejado del hotel Península— y tuvo la sensación de que el desconocido la miraba con una expresión intensa.

—El caso es que por eso decidí ponerme en contacto con Mr. Simpson —continuó James, que volvió a atraer la mirada de Magda hacia él durante un instante. Cuando esta la dirigió de nuevo hacia el escaparate, el rostro demacrado había desaparecido. Escudriñó la calle para intentar asegurarse y, cuando James se dio cuenta de su distracción, se giró en la silla para ver qué ocurría—. ¿Qué pasa?

Magda negó con la cabeza.

—Nada —respondió—. Entonces, ¿contactaste con Frank?

—Lo localicé en la librería de Londres y le envié un correo electrónico. Yo no tengo ni idea de si este objeto es mágico o no, pero quizá alguien de la Sociedad lo sepa. Espero que no hayas hecho el viaje en vano.

La joven se encogió de hombros y apartó la mirada hacia el escaparate una vez más para comprobar de nuevo que el hombre del rostro demacrado no estaba allí.

—No ha sido un viaje en vano —dijo—. Solo llevo en la ciudad unas horas y ya he comido los mejores fideos que he probado en mi vida. También me he manchado entera… —Se señaló la salpicadura de la blusa—. Pero ya se quitará. Ahora, creo que deberíamos ir a echarle un vistazo a esa pieza y ver de qué se trata, si no te importa.

James asintió con decisión. Pagó la comida y encabezó la marcha desde el interior fresco y estruendoso del restaurante hasta la noche sofocante y ruidosa del exterior. Magda miró a uno y otro lado de la calle abarrotada en busca de cualquier señal de peligro. Sin embargo, no detectó nada evidente, nada siniestro. Se dijo que no había visto nada o que se había imaginado que el hombre la estuviera mirando a ella en concreto.

«Tienes *jet-lag*, estás cansada y desorientada. No ha pasado nada más que eso».

—Pareces nerviosa —observó James con una ceja arqueada—. ¿Va todo bien?

—Solo soy precavida —respondió Magda, que no dejó que su voz mostrase ni un atisbo de su ansiedad—. Sobre todo si vamos a ir a ver lo que has encontrado. Tengo que ser cuidadosa.

—Claro —convino James, que hizo un gesto para dejar claro que lo entendía.

—Bien, ¿adónde vamos? —preguntó Magda, que se apartó del camino de un grupo de mujeres de mediana edad que pasaba a toda prisa ante ellos.

Las mujeres se detuvieron, señalaron el local del que Magda y James acababan de salir y mantuvieron un breve debate antes de continuar caminando calle abajo.

—¿Qué te parece si vamos a mi oficina? —sugirió James—. No tardaremos en llegar si vamos en taxi. Podemos utilizar una sala de reuniones. Habrá más gente, pero también tendremos algo de intimidad.

—¿Habrá gente a estas horas de la noche? —preguntó la joven.

—Por supuesto —sonrió su acompañante—. Esto es Hong Kong. Siempre hay gente trabajando.

—De acuerdo —dijo Magda en tono firme—. Vamos para allá.

Caminaron hasta Jordan Road y tuvieron que esperar unos instantes hasta que James pudo parar un taxi. Se sentaron juntos en el asiento trasero y, cuando el vehículo se reincorporó al tráfico, algo impulsó a Magda a volver la cabeza para mirar por la luna trasera. Al principio no vio nada, pero, cuando el taxi dobló la esquina, lo vio de nuevo: el hombre pálido y demacrado estaba de pie en la acera, cerca de donde hacía apenas unos segundos se encontraban ellos.

Casi parecía que los estuviera siguiendo.

La hipótesis del artesano

El taxi los llevó por las calles resplandecientes y bulliciosas, y Magda se tranquilizó pensando que iban a una velocidad lo bastante rápida como para que un hombre pudiera seguirlos a pie y ya se habían alejado tanto que el señor demacrado no sería capaz de localizarlos, incluso aunque consiguiera parar otro taxi.

«Hablas como si estuvieras segura de que te está siguiendo. Te estás inventando historias porque había un hombre esperando un taxi».

—Mi oficina está en el CCI —dijo James. Al ver que se trataba de un acrónimo sin sentido para ella, lo explicó—: El Centro de Comercio Internacional. El edificio más alto de Hong Kong.

Magda observó la ciudad que pasaba a su lado. El conductor llevaba la ventanilla abierta y el aire cálido le alborotaba el pelo y le provocaba una sensación agradable, a pesar de la inquietud que le ocupaba la mente.

Seguro que estaba paranoica, ¿no? El hombre no los había estado siguiendo, no era más que una coincidencia. Continuó preocupándose por ello mientras avanzaban, volviéndose para mirar a su espalda y luego a James, planteándose si debía preguntarle si había notado algo. Pero él iba mirando por la ventanilla de su lado, sonriendo para sí mismo con la satisfacción de un hombre que tiene el estómago lleno y ningún problema que comentar. Magda giró la cara hacia la suya e intentó concentrarse en el aire cálido. Sintió que

se estaba adormilando: ella también tenía el estómago lleno, y la calidez de la noche y el desfase horario cortaron las cuerdas que la ataban a la realidad para dejar que su mente flotara como un globo. De pronto, el coche se detuvo de golpe y, al abrir los ojos, se dio cuenta de que había estado cabeceando.

—Ya hemos llegado —anunció James.

—No estaba dormida —mintió.

—Te creo —replicó él con los ojos fruncidos y brillantes de risa.

—No, no me crees —dijo Magda, aunque no pudo evitar devolverle la sonrisa.

Se apearon del taxi y se quedaron inmóviles ante el Centro de Comercio Internacional. Magda estiró el cuello y recorrió con la mirada la altura imposible del edificio, que se elevaba hasta el cielo nocturno.

—¡Hala! —murmuró, y de pronto se sintió muy pequeña—. Las oficinas empresariales de Londres no son así.

James la guio hacia un enorme vestíbulo que estaba tan fresco que Magda tuvo la sensación de sumergir la cara en agua helada. Vio a gente vestida con elegancia que iba y venía; unos salían del edificio, otros llegaban con bolsas de comida o tazas de café.

—No te equivocabas con lo de que la gente trabajaba hasta tarde —comentó mientras James saludaba con la mano al hombre que ocupaba el mostrador de recepción del edificio.

—Aquí hay una cultura de trabajar mucho —explicó James mientras entraban en el ascensor—. Y que tienen que verte trabajando mucho aunque no sea necesario. Mucho presentismo.

El ascensor los llevó hasta el piso ochenta y dos, en el que salieron a una zona de recepción: una caja cuadrada con el suelo de

mármol pulido y varios sofás de cuero negro enfrentados unos a otros sobre una mesita de café. Había una puerta de seguridad con un lector de pases en la pared de cristal esmerilado de la izquierda del vestíbulo, y otra detrás del mostrador de recepción, frente al ascensor. Un joven con traje oscuro levantó la mirada del mostrador al oírlos llegar y saludó a James con un gesto amistoso. Los dos hombres intercambiaron unas palabras, Magda firmó un libro de visitas y, después, el recepcionista le entregó un pase de visitante con un cordón. James utilizó su propio pase para abrir la puerta de seguridad y, al cruzarla, se encontraron en una gran oficina diáfana y muy poco iluminada. Había unas cuantas personas desperdigadas aquí y allá, escudriñando sus respectivas pantallas. Magda recordó de inmediato sus días de abogada corporativa, las largas y aburridas horas que pasó en oficinas diáfanas soñando con una vida más gratificante. Eso fue antes de las novelas y de la Sociedad y, mientras recorrían la sala de ambiente silencioso y serio, la joven se sorprendió dando gracias por no continuar siendo como aquellos trabajadores, atrapados en la rutina diaria.

—Por aquí —dijo James, que empujó una puerta de doble hoja situada al final de un pasillo corto.

Magda lo siguió hasta el interior de una sala rectangular dominada por una mesa larga y un enorme ventanal al fondo con vistas al puerto Victoria y a la isla de Hong Kong, cuyos edificios estaban iluminados con luces azules, moradas y blancas.

James accionó un interruptor en la pared y los focos encastrados en el techo los iluminaron y proyectaron un reflejo fantasmagórico de la habitación en el ventanal.

—Jamás me cansaría de estas vistas —murmuró Magda, que se frotó los ojos para espabilarse.

—Ven a echar un vistazo —dijo James, que rodeó la mesa dando saltitos entusiasmados, como un niño deseoso de enseñarle a su amigo un juguete nuevo.

Abrió una puerta de cristal en el ventanal que hacía las veces de pared y la invitó a salir al balcón que había al otro lado. Una brisa cálida revoloteó a su alrededor cuando la franquearon juntos.

—¡Ostras! —exclamó Magda mientras avanzaba a lo largo de la balaustrada de cristal, que le llegaba a la altura del pecho.

El panorama era espectacular: el puerto, más de ochenta pisos por debajo de ellos, y la isla de Hong Kong enfrente, deslumbrante y abarrotada, con el Pico Victoria rozando las nubes muy por encima de ella. A aquella altura apenas se oían ruidos, solo el viento y el lejano zumbido del tráfico de la autopista que bordeaba la costa de Kowloon Oeste. Era una vista absurda e increíble para una sala de reuniones. En el balcón había una mesa y varias sillas, una de las cuales estaba desplazada hacia la balaustrada, cerca de donde Magda se encontraba, como si alguien saliera a menudo a sentarse y disfrutar del paisaje, quizá con un café. Magda entendía el porqué.

James se colocó a su lado y apoyó las manos en la barandilla; Magda lo miró y vio que el pelo le ondeaba con la brisa.

—Hong Kong es mucho más fácil de disfrutar a esta altura, lejos de las multitudes —dijo él con una sonrisa.

Y, entonces, se volvió hacia ella y ambos se miraron largamente a los ojos. A Magda le pareció un momento especial, una imagen que siempre recordaría: James mirándola con Hong Kong como telón de fondo.

«Inclúyelo en el libro. Escribas la novela que escribas, tiene que ocurrir algo así».

Sin dejar de sonreír, el hombre se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un paquetito de papel de seda rojo.

—Aquí tienes.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué es esto?

—El objeto extraordinario.

Magda se quedó boquiabierta y con los ojos clavados en el paquete hasta que consiguió entender lo que ocurría.

—¿Lo has llevado encima todo este tiempo?

—No quería dejarlo en ningún sitio —reconoció mientras la joven le quitaba el paquete de entre las manos—, pero supuse que querrías examinarlo en un lugar privado.

Magda volvió a entrar en la sala y se dirigió a la mesa llevando el paquete delante de ella como el objeto precioso que era.

—Así fue como lo encontré —explicó James cuando la siguió—. Dentro de la cajita de metal y envuelto en papel de seda. Así lo guardaba David.

Magda depositó el paquete sobre la mesa y empezó a desplegar los triángulos de papel como si fueran los pétalos de una flor. De pronto, cobró conciencia de que el corazón le aporreaba el pecho con gran estrépito. Por fin la vio: una única pieza de ajedrez, blanca, del tamaño de su dedo índice, descansando sobre el lecho de papel de seda.

—Guau —suspiró.

—David Yan llevaba un registro de todos sus bienes —explicó James—. Por lo general, no era más que una breve descripción del

artículo y la fecha en la que lo obtuvo. Se refería a este como «la torre de marfil». La tenía desde finales de la década de 1980.

Ella asintió, aunque le costaba prestar atención a las palabras de James. En aquel momento, la pieza de ajedrez era todo su mundo; el resto solo era ruido de fondo.

—Trabajaba por todo el mundo —prosiguió él—. Es imposible saber dónde la encontró.

Magda cogió la pieza entre el dedo índice y el pulgar y se la posó en la palma de la mano. Sintió que el hombre se acercaba, que aquel cuerpo ocupaba su espacio al inclinarse sobre su hombro para examinar la torre que sostenía. Tragó saliva e intentó ignorar la distracción de la proximidad de James y el aroma de su colonia.

«Concéntrate».

—¿Cómo sabes si es mágico? —preguntó él, y Magda percibió su voz profunda, cálida y dulce en el oído.

«Cree que eres experta en el tema. No le digas que solo has visto y tocado dos objetos extraordinarios».

—Se buscan ciertas cosas —contestó recurriendo a conversaciones anteriores con Frank y a su propia y limitada experiencia con aquellos objetos—. Son cosas con una apariencia cotidiana, que nadie miraría dos veces si se topara con ellas. —Giró la torre en la mano para sentir el peso y la solidez—. Pero, si prestas mucha atención, tienen una cualidad extraña. Es como si… —Tragó saliva mientras intentaba dar con la manera de expresar la extraña sensación que acarreaba el estar cerca de un artefacto—. Es como si los ojos se dieran cuenta de que no son normales. Si te quedas mirándolas durante demasiado tiempo, te notas un poco… No sé… raro. Igual que cuando miras una ilusión óptica y tu cerebro capta

que hay algo que no tiene sentido. Y, cuando sostienes el objeto… —sacudió la torre en la palma de la mano con cautela—, te parece mucho más pesado y sólido de lo que debería. Da la sensación de que estás sujetando un fragmento de realidad muy denso.

James se cruzó de brazos y se dio la vuelta para apoyar el cuerpo en el borde de la mesa. Magda sintió una punzada de decepción al notar que se alejaba, pero la ignoró.

—Un fragmento de realidad muy denso —repitió él.

—Además, también son indestructibles.

James arqueó las cejas, sorprendido.

—¿En serio?

—Yo nunca lo he intentado —reconoció la chica—. Pero es lo que me han dicho. Algunos miembros anteriores de la Sociedad intentaron romperlos, quemarlos o hacerlos volar por los aires. Pero todos sobrevivieron sin sufrir el menor daño. Así que, en lugar de destruirlos, los mantenemos a salvo y ocultos a la vista. Como este.

«¡Es real! ¡Es un objeto extraordinario! ¿Dónde ha estado? ¿Qué historias contaría si pudiera hablar?».

Cuando asumió la realidad de lo que tenía entre las manos, Magda sintió que le temblaba el brazo y que el entusiasmo la recorría de arriba abajo como un río desbordado. Colocó la torre en posición vertical sobre la mesa, junto a las capas de papel de seda rojo, y sacó el móvil para hacerle varias fotografías desde distintos ángulos. Se las enviaría a Frank más tarde. Después, tras dejar el teléfono en la mesa, cogió la pieza una vez más.

Quería volver a sostenerla, quería sentir su magia.

—Es un objeto extraordinario —concluyó. Se acercó aún más la torre y la estudió con los ojos entornados—. ¿Qué haces? —

murmuró—. ¿En qué consiste tu magia?

Levantó la mirada y vio a James observándola, con los brazos cruzados y una leve sonrisa curvándole la comisura de los labios.

—¿Qué? —preguntó, súbitamente cohibida.

—Nada —contestó él al mismo tiempo que se encogía de hombros —. Solo me encanta ver cómo disfrutas de ella.

—Debería guardarla —decidió Magda, pero no se movió.

La brisa se intensificó durante unos instantes y Magda sintió que entraba en la sala y le alborotaba el cabello.

—¿De dónde vienen? —quiso saber James—. ¿Sabes cuál es el origen de los artefactos?

Magda vaciló mientras sopesaba cuánto desvelar. Supuso que Frank preferiría que no contestara, pero, al levantar la vista hacia James, al mirarlo de nuevo a los ojos, supo que confiaba en él. Supo que no era una amenaza.

Y ella estaba deseando hablar del tema, compartir las maravillas que conocía. Eran magia e historias, todo lo que amaba.

—Nadie lo sabe —admitió mientras hacía rodar la pieza de ajedrez entre el pulgar y el resto de los dedos—. Hay varias teorías de las que he oído hablar a los miembros de la Sociedad a lo largo de los años.

—¿Por ejemplo? —preguntó James.

Magda sabía que en ese momento él tampoco podía apartar la mirada de la pieza de ajedrez, que ambos estaban embelesados, como si ejerciera algún poder sobre ellos.

—La hipótesis del artesano —dijo Magda, que recordó con alegría las conversaciones con Frank y Will, los debates que utilizaban para llenar unas reuniones que, de lo contrario, estarían vacías. Siempre

le encantaron aquellas discusiones, aquellas ensoñaciones compartidas sobre el origen de la magia, y, ahora, iba a disfrutar dándoselas a conocer a James—. En algún momento, existió un hombre o una mujer que era capaz de fabricar objetos y otorgarles cualidades mágicas. Un artesano que creó esta enorme diversidad de objetos cotidianos y los convirtió en mágicos.

Acarició la pieza de ajedrez con la yema del pulgar y se imaginó a un maestro artesano de hacía siglos trabajando en la torre.

«¿Estoy tocando algo que tocó un hechicero? ¿Un dios?».

—Hay otras ideas —continuó Magda, que lo estaba pasando en grande—. Por ejemplo, la de que los objetos siempre han estado aquí, creados de forma natural por alguna fuerza que desconocemos. También hay una variante de la hipótesis del artesano, la teoría de que alguien tomó entes ordinarios preexistentes y, de algún modo, les confirió cualidades mágicas. Luego, está la hipótesis de Dios.

Volvió a colocar la pieza de ajedrez en el nido de papel de seda, como si estuviera acostando a un bebé en una cuna, y la envolvió, consciente del sentimiento de tristeza que experimentó una vez que la perdió de vista.

—¿La hipótesis de Dios? —la animó a continuar James.

La mujer lo miró. La estaba observando mientras doblaba el papel con cuidado.

—En realidad, son varias ideas distintas. —La joven guardó silencio un instante mientras reflexionaba acerca de lo que estaba a punto de decir—: Que los creó un dios. Que los creó un demonio para tentar a la humanidad. Que los objetos son fragmentos de una deidad que vino a la Tierra y murió. Y había una que me gustaba

especialmente… —Entrecerró los ojos un momento y apoyó la mano en el paquete rojo mientras trataba de recordar la historia que Frank le contó—: Un dios quería experimentar lo que era ser humano, así que se transformó en un hombre. Sin embargo, la forma de un hombre era incapaz de contener la grandeza de un dios, de manera que este distribuyó parte de su divinidad en objetos cotidianos que llevaba consigo. Como un anillo, una moneda o una navaja.

—O una pieza de ajedrez —concluyó James, que sonreía de nuevo, pues le había gustado el relato.

«Adoro esto. Adoro hablar de estas historias de magia con este hombre».

El momento se alargó, el silencio se dilató y Magda sintió la necesidad de decir algo, de verbalizar lo que estaba sintiendo para evitar que se disipara en la nada. Abrió la boca, a la espera de que aparecieran las palabras perfectas, y James le clavó la mirada en los labios, como si él también estuviera esperando a ver qué brotaba de ellos.

Entonces, la puerta del extremo opuesto de la habitación se abrió y un hombre asomó la cabeza por ella como si estuviese buscando a alguien. Era un hombre de mediana edad, con los ojos de un tono azul pálido —como el de la tela vaquera descolorida— y el rostro consumido. Era el hombre que Magda había visto a través del escaparate del restaurante de fideos.

Antes de que la joven pudiera reaccionar, antes de que le diese tiempo a decirle nada a James, el desconocido entró en la sala de reuniones y cerró la puerta a su espalda.

Era de estatura media, pero a ella le pareció que tenía un físico atlético y compacto, como el de una persona capaz de correr ocho

kilómetros sin siquiera romper a sudar. Vestía un traje negro y una camisa a juego con el cuello abierto y, en la mano izquierda —que Magda vio que llevaba cubierta por un guante también negro—, sostenía un papel doblado.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó James sin el menor rastro de preocupación en la voz.

Magda quería decir algo, advertirle, pero no lograba encontrar las palabras adecuadas para transmitirle de manera concisa todo lo que sabía y sospechaba.

El hombre de la puerta sonrió y se llevó la mano derecha —también enguantada, observó Magda— al interior de la chaqueta para sacar una pistola con un tubo largo encajado en el cañón. La joven lo miró de arriba abajo mientras la sangre le daba brincos en las venas y, hasta que lo oyó, no se dio cuenta de que se le había escapado un jadeo de entre los labios.

—¿A qué viene esto? —preguntó James, y a la chica le pareció que estaba genuinamente desconcertado, como si pensara que aquel desconocido armado no era más que un error sin mala intención.

Quiso explicarle que el hombre los había estado siguiendo, que lo había visto en el restaurante. Pero ¿cómo era posible que los hubiera encontrado?

Sin dejar de recorrer con la mirada primero a James y luego a Magda, el individuo de la pistola se guardó el papel en el bolsillo interior de la chaqueta. Al final, la posó en el paquete de papel de seda que había sobre la mesa.

—Dadme eso —dijo, y señaló el objeto con un gesto de la barbilla mientras continuaba apuntándolos con el cañón de la pistola.

Su acento era británico, pensó Magda, puede que incluso galés; sin embargo, le parecía muy incongruente que un galés la estuviese amenazando con un arma en Hong Kong.

Ni James ni Magda respondieron. Ella quería actuar, quería correr, luchar o hacer cualquier cosa, pero era como si la impresión de la llegada del hombre, la impresión del revólver que llevaba en la mano, le desconectara el cuerpo del cerebro.

El intruso avanzó unos pasos.

—Entregadme el objeto —dijo, en un tono que fue más una orden que una petición.

Magda vio que los músculos de la mandíbula se le crispaban y oyó que el cuero de los guantes crujía cuando apretaba la pistola con más fuerza.

James la rodeó hasta colocarse delante de ella y, de pronto, a Magda le pareció muy alto, muy grande, una barrera entre ella y el hombre del arma.

—No —contestó él con la firmeza de un profesor que riñe a un niño que se está portando mal—. Es propiedad del banco. No puedes llevártelo así como así.

El hombre movió la pistola para encañonarlo directamente.

—No estoy de acuerdo.

—James —dijo Magda en tono de advertencia; estaba preocupada por él, temerosa de lo que pudiera hacer aquel desconocido. Él no la miró, se mantuvo firme de cara al intruso—. ¿Quién eres? —preguntó la joven con la intención de atraer la atención del hombre hacia ella y alejarla de James—. ¿Cómo sabías que estábamos aquí? Te he visto en el restaurante, en la calle, ¿no es así? ¿Cómo nos has encontrado?

El extraño negó con la cabeza una vez.

—Esto no es una conversación.

—No te tengo miedo —dijo James, que dio unos cuantos pasos rápidos hacia él—. Puedo acabar contigo si es necesario. No vas a disparar a nadie, ¿verdad? No conseguirías escapar. Y la Policía de Hong Kong no es muy comprensiva con los extranjeros que portan armas.

El hombre del rostro demacrado no pestañeó mientras el otro lo fulminaba con la mirada, no retrocedió.

—James, no creo que… —empezó a decir Magda, pero se le apagaron las palabras.

Estaba viendo algo inevitable, algo que ocurriría de cualquier modo, hiciera lo que hiciese.

—¿Has disparado ya a alguien? —exigió saber el curador de arte. Ahora su tono era de enfado, no de miedo, como si se sintiera tan ofendido por la interrupción de aquel extraño que no hubiera dedicado ni un segundo a pensar en su propia seguridad—. Porque puede que descubras que la policía dispara primero y pregunta después.

Magda deseó que se callara, deseó que la dejase manejar la situación, aun cuando un ruido sordo expulsó todo el aire de la habitación. La cabeza de James dio una violenta sacudida hacia atrás, contra la ventana, y después todo él cayó al suelo con un golpe seco.

Fue tan impactante, tan imposible, que Magda tardó un momento de atónita incomprensión en reaccionar, en gritar el nombre de su acompañante.

—Quieta —ladró el intruso, que giró sobre los talones para apuntarla con el arma antes de que pudiera acudir en ayuda de James.

Este yacía boca abajo sobre la moqueta, inmóvil.

—¿James? —gritó Magda de nuevo, pero no recibió respuesta.

Se quedó mirándolo, esperando a que se incorporara, quizá taponándose una herida, pero no lo hizo. Permaneció inmóvil, horriblemente paralizado.

—Ah, está muerto —dijo el hombre con la certeza de alguien que sabía de lo que estaba hablando.

Rodeó la mesa para colocarse en el mismo lado de la sala que ocupaba Magda. En milésimas de segundo, esta tomó una decisión y, tras agarrar el paquete de papel de seda rojo, se lo llevó al pecho mientras retrocedía. Le lanzó una mirada rápida y arrepentida a James, ya afligida por su muerte y añorando la posibilidad de lo que podría haber sido.

—¿Adónde vas, cariño? —preguntó el hombre casi burlándose de ella.

De repente, su acento le pareció más definido, pronunció las vocales de una forma que le hizo pensar que, sin duda, era galés.

—Lo has matado —gimió Magda, a la que le estaba costando asimilar la verdad—. No suponía una amenaza para ti. ¡Lo has matado sin motivo!

Lanzó una mirada a su espalda, sabedora de que el único lugar al que podía ir era el balcón, sabedora de que, si conseguía llegar hasta allí, tenía una salida que el hombre no sería capaz de prever.

—Y a ti te mataré con la misma facilidad —replicó el desconocido, que daba un paso hacia ella cada vez que esta lo daba hacia el

balcón—. Así que dame eso —siseó mientras señalaba con la pistola el puñado de papel de seda rojo que Magda apretaba en la mano.

La joven franqueó la puerta hacia la noche cálida y oscura y continuó avanzando por el balcón hasta que chocó de espaldas contra la barrera de cristal.

—Entrégamelo —insistió el hombre cuando salió tras ella—, y no te mataré. No tengo por qué matarte. Pero me estás obligando a hacerlo.

Magda sonrió con aire sombrío, una expresión más rabiosa que risueña, y esta vez, cuando volvió a hablar, la voz le tembló con el peso del miedo y la furia que sentía, como los raíles que vibran bajo un tren que pasa a toda velocidad.

—¿Por qué los hombres como tú culpáis siempre a los demás de vuestras propias decisiones?

Mientras sopesaba sus posibilidades, mientras se cuestionaba lo que estaba a punto de hacer, miró hacia atrás y luego hacia la silla apoyada en la balaustrada a su lado. Vio el puerto Victoria y la isla de Hong Kong más allá. Todo parecía tan distante…

El hombre levantó la pistola en cuanto la joven se volvió de nuevo y la apuntó directamente con el cañón.

—Última oportunidad. Dámelo. Ya.

Ella negó con la cabeza.

—Soy miembro de la Sociedad de los Objetos Extraordinarios —dijo sin que le importaran las reglas que pudiera estar rompiendo—. ¿De verdad piensas que no iba a estar preparada para cualquier posible imprevisto?

Vio que el hombre entornaba los ojos, pero, antes de que le diera tiempo a hacer nada más, Magda se dio la vuelta, se subió a la silla

y saltó por encima de la barrera hacia el oscuro cielo nocturno, a más de ochenta pisos de altura.

La primera libertad

de Magda Sparks

Si volar es ser libre, Magda Sparks fue verdaderamente libre por primera vez en su vida a los ocho años de edad. En las remotas Tierras Altas del noroeste de Escocia, durante un día gris de verano, permaneció suspendida en el aire contemplando las vastas y vacías montañas de color marrón verdoso y el lago plateado y metálico que formaba un charco de mercurio en el valle. El viento que silbaba a su alrededor tenía aristas cortantes, pero a ella le daba igual.

—¿Ves, Magda? —le gritó su madre—. ¡Te dije que podías volar!

La niña soltó una risita y batió los brazos como un pájaro mientras el viento le agitaba el pelo naranja. Justo en ese momento, el sol se abrió paso entre las nubes grises y un rayo de luz llegó hasta el suelo para arrojar brillantina sobre la superficie del lago lejano. Fue un momento precioso.

Magda estaba de vacaciones con su madre, pasando una semana en una casita de campo encalada situada al final de una carretera de un solo carril, con las montañas inmensas y los valles vacíos como telón de fondo. Fue una semana de paseos bajo el sol y el viento, de juegos de mesa y libros por la tarde. Cocinaron en los fogones y luego comieron juntas en la mesa contigua a la ventana, con el mundo agreste y hermoso justo al otro lado. Por la noche, encendieron el fuego y la pequeña se quedó dormida en el sofá, con

la cabeza apoyada en el regazo de su madre, contemplando las llamas mientras Imelda le leía.

Todos esos momentos de las vacaciones eran recuerdos a los que se aferraba de adulta, reminiscencias de una época mágica. Pero Magda se agarraba con más fuerza al del día en el que voló, porque se sintió realmente libre por primera vez en su vida.

Por supuesto, la niña no podía volar, no de verdad. Era su madre quien la elevó hacia el cielo mientras, desde abajo, la animaba con los ojos fruncidos para protegerse del viento. Eso era lo que Magda sabía, aunque a veces la memoria le jugaba malas pasadas y le mostraba el rostro de Imelda al lado del suyo, en lugar de más abajo, mientras volaba, como si alguien las estuviera alzando a las dos hacia el cielo y estuviesen volando juntas en el monte.

No fue hasta después de la muerte de su madre, ocurrida pocos meses después de que Magda cumpliera veinticuatro años, cuando supo la verdad sobre el recuerdo de su primer vuelo.

—Tengo una carta para ti —le dijo Frank Simpson, sentado en el sillón contiguo al suyo en el salón de la casa de Norfolk Road, la casa que fue de la madre de Magda, y que ahora era suya.

Era el día del funeral, el final del velatorio, y la mayoría de los numerosos invitados se habían marchado ya; las habitaciones de gente vestida de negro se iban vaciando a medida que el día se convertía en noche y la casa se tornaba silenciosa y sombría.

—¿Una carta? —preguntó la joven, que lo miró con atención. Estaba aturdida, lo sabía. Su mente no procesaba bien las cosas. Era como si estuviera pensando bajo el agua. Estaba así desde el

momento en el que recibió la terrible noticia de lo que le había ocurrido a su madre—. ¿Qué carta?

Frank se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta del traje, sacó un sobre y lo dejó en la mesa que había entre ambos.

—Es una carta para ti, de tu madre —dijo en voz baja, como si estuviera hablando en una biblioteca—. Te cuenta cosas que debes saber.

—¿Qué cosas? —preguntó Magda.

Frank le dio unos golpecitos a la carta.

—Está todo aquí —contestó—. Léela y ven a hablar conmigo cuando la hayas digerido. —Paseó la mirada por la habitación: los últimos grupitos de dolientes se apiñaban en los rincones; un par de amigas de Magda recogían la cocina haciendo repiquetear la vajilla y cerrando las puertas de los armarios con cuidado—. Primero, dejemos que todo esto se asiente. La carta… —Volvió a darle unos golpecitos—. Tendrás que asimilar muchas cosas. Cuando la leas, recuerda que tu madre también recibió una carta así en su día. Te surgirán muchas preguntas y estaré encantado de respondértelas.

La joven lo miró sin hablar, irritada por sus enigmáticas palabras, pero incapaz de hacer acopio de la energía necesaria para seguir interrogándolo.

Entonces Frank se levantó y se agachó para abrazarla.

—Tu madre estaba muy orgullosa de ti, Sparks, recuérdalo siempre. —Se puso el sombrero de fieltro—. Bueno, me voy ya —dijo, y asintió una sola vez—. Pero hablaremos pronto.

Magda tardó un tiempo en leer la carta, no porque la olvidara, sino porque le parecía que aquella sería la última vez que tuviera algún tipo de contacto con su madre. Lo aplazó una y otra vez

mientras acariciaba la idea de que aún quedaban palabras y pensamientos de Imelda en algún lugar del mundo, una consciencia que aún flotaba en la atmósfera. En cuanto abriera la carta, en cuanto los pensamientos se hicieran realidad, su madre desaparecería para siempre.

Por fin, un domingo por la tarde, diez días después del funeral, al final de un día soleado y perezoso en el que sintió que las ondas de su antiguo buen humor asomaban una vez más, tuvo la sensación de que ya estaba preparada para leer las palabras de su madre. Se sentó en el mismo sillón en el que se encontraba cuando Frank le dio la carta, con un *gin-tonic* en la mesa y la luz del atardecer entrando por el gran ventanal. Abrió el sobre y desdobló varias páginas de papel; la pulcra letra de su madre llenaba las líneas.

Querida Magda:

Si estás leyendo esta carta, significa que estoy muerta. Te pido disculpas por ello, pero sé que eres fuerte y que sobrevivirás. Por favor, no llores demasiado por mí: he tenido una vida fabulosa con muchas cosas por las que estar agradecida. Quiero decir… Por supuesto que debes llorar. Pero no montes una escena, cariño. Unas cuantas lágrimas discretas son más que suficientes. Siéntete libre de reír y hacer bromas en el funeral. La gente a veces se pone demasiado triste en esas celebraciones. Eso es lo último que quiero, sobre todo en tu caso.

Espero morir plácidamente mientras duermo en algún día cercano a mi centésimo cumpleaños, pero, si no es así, preferiría marcharme con un golpe de efecto, algo espectacular e impresionante que haga que la gente se enderece y preste atención. Me encantaría ser una de esas historias de las que se habla durante la cena… «¿Os habéis enterado de lo de esa mujer, Imelda Sparks, que murió porque no se le abrió el paracaídas y se estrelló contra el círculo central de Wembley en plena final de la FA Cup?». Algo así.

Magda sonrió con tristeza ante el chiste de su madre. Imelda siempre hacía ese tipo de comentarios, pero su hija la conocía lo bastante bien como para saber que debía de haber empezado con una broma tonta solo para animarla.

> En fin… Me estoy enrollando y no tengo mucho tiempo porque he quedado para ir al cine con varias de las chicas. El objetivo de esta carta es revelar un secreto importante. Es un secreto muy grande… y ni siquiera mis amigos más íntimos lo conocen. Pero tengo que decírtelo porque mis responsabilidades pasan a ti tras mi muerte. También te pido disculpas por esto…, pero creo que eres más que capaz de hacer lo que se requiere de ti.
>
> Este es el secreto, prepárate:
>
> La magia existe.
>
> Bastante increíble, ¿eh?
>
> Pero ¿a qué me refiero? ¿Me refiero a los magos y las brujas? No. He aquí la versión resumida: existen objetos cotidianos y ordinarios con propiedades mágicas. En la primera mitad del siglo xx, mi abuelo y tres de sus amigos se enteraron de la existencia de uno de estos artefactos y decidieron salir en busca de más. Eran escasos, pero, si sabías lo que estabas buscando, encontrabas alguno de vez en cuando. En cuanto se hicieron con varios, empezaron a darse cuenta de lo que la persona equivocada podría hacer con ellos si caían en sus manos. Así, formaron un grupo cuya intención era reunir todos estos objetos y mantenerlos a salvo y fuera del alcance de quienes pudieran utilizarlos para causar daño. Este grupo, la Sociedad de los Objetos Extraordinarios, es la reunión a la que acudo dos veces al año.

Magda estaba al tanto de las reuniones de su madre. Eran un elemento más de su vida familiar. Cuando ella era pequeña, Imelda la dejaba con una canguro o con amigos una vez cada seis meses. Cuando se hizo mayor, la dejaba leyendo o haciendo los deberes mientras ella asistía a la reunión. La verdad es que nunca le hizo

muchas preguntas al respecto, simplemente lo entendía como una organización benéfica creada por la familia de su madre.

Frank Simpson también es miembro del grupo. De hecho, es el más antiguo de todos. Hay otros dos miembros, somos cuatro en total, y cada uno de nosotros desciende de uno de los cuatro hombres que fundaron el grupo el siglo pasado. Todos recibimos una carta como esta tras el fallecimiento de uno de nuestros progenitores. Si estás leyendo esto, acabas de ascender y te has convertido en miembro de la Sociedad. Un día escribirás una carta igual que esta para entregársela a la persona que elijas para que te suceda como miembro. (Espero que un hijo tuyo…, ¡aunque ya sé lo que piensas al respecto! Aun así, tengo derecho a querer ser abuela). Alguien en quien confíes para guardar el secreto y cuidar el archivo de la Sociedad. Espero que tu carta no tenga que leerse hasta dentro de mucho tiempo.

Algunos aspectos prácticos. La Sociedad se reúne en Bell Street Books dos veces al año (por eso estábamos siempre allí cuando eras pequeña, de eso conozco a Frank; la Sociedad ha estado escondida debajo de ti durante toda tu vida, Magda). Nos informamos de si hay noticias de algún objeto mágico y nos aseguramos de que el archivo está como debe. Hace bastante tiempo que no se descubren artefactos mágicos nuevos. Todo esto te lo explicarán mejor cuando hables con Frank, y debes hablar con él, porque es quien más puede decirte. El objetivo de esta carta solo es contarte estas cosas y asegurarte que Frank no está loco, aunque te parezca que diga cosas extravagantes.

Espero que aceptes la responsabilidad que te lego, Magda. Creo que tienes las aptitudes y el corazón necesarios para ello. Te he educado sabiendo que en algún momento me sucederías, y he visto que tienes las cualidades… Pero, en última instancia, la decisión debe ser tuya.

Piénsalo, Magda: objetos mágicos. Todos ellos capaces de hacer cosas maravillosas. Como crear fuego. O controlar los elementos de la Tierra. O volar. ¿Te imaginas poder volar, Magda? ¿Ser capaz de permanecer suspendida en el aire por encima de las montañas y de los lagos y de ser tan libre como un pájaro? Sería increíble.

Una última cosa, ya que te tengo aquí… Quiero que te quedes con mis joyas. Significa mucho para mí, aunque sé que no sueles ponerte ese tipo de cosas. Algunas piezas son muy especiales. ¿Recuerdas el collar de plata con la piedra verde? Lo compré cuando eras pequeña y siempre he querido que te lo quedaras, porque combina muy bien con tu pelo rojo. Por favor, Magda, ¿te lo pondrás por mí? Tenlo siempre cerca y te recordará a mí.

Gracias.

Imelda Sparks.

(Tu madre).

(Pero eso ya lo sabes).

(¡Te quiero!).

No fue hasta que leyó la carta de su madre cuando *lo recordó*, un momento de aquellas vacaciones de cuando era pequeña. En las montañas, durante aquel día gris, recordó a Imelda abrazándola y enseñándole el collar del que hablaba en su carta, la sencilla cadena con la piedra verde.

—Esto es mágico, Magda —le dijo Imelda mientras mecía el colgante delante de ella—. Te permite volar. ¿Qué te parece?

Magda no supo qué pensar al respecto, así que su madre se lo mostró y aquel fue el día en el que voló, el día que recordaba tan a menudo, cuando le pareció que volaba, aunque, por supuesto, no era así. Porque volar era imposible.

El día en el que, muchos años más tarde, leyó la carta de su madre, Magda permaneció muy quieta en el sillón durante unos minutos, con los ojos fijos en el mundo exterior, pero sin ver nada, con la carta en la mano y el lejano tictac del reloj de pie contando la duración de sus pensamientos.

Soltó la carta, cogió el *gin-tonic* y se lo bebió de un trago. Después, subió a la habitación de su madre. Había evitado entrar en

aquel dormitorio desde que volvió a la casa; pensaba dejarlo como algo a lo que enfrentarse en un futuro lejano, cuando no tuviera las emociones a flor de piel. Sin embargo, ahora tenía una pregunta para la que quería una respuesta, una idea loca que tenía que poner a prueba. Cruzó la habitación, abriéndose paso a través del olor tenue y persistente del perfume de su madre, hasta el tocador que había junto a la ventana. En el último cajón había un joyero pequeño. Se acuclilló, abrió el cajón, sacó la caja y rebuscó entre el contenido hasta encontrar lo que buscaba: la sencilla cadena de plata con la piedra verde. Notó su peso en la mano.

Magda la miró con los labios apretados, pensativa.

Se irguió al mismo tiempo que se pasaba la cadena por el cuello y dejaba que el colgante le reposara sobre el esternón. La piedra le produjo una sensación agradable en el pecho, sólida y pesada, reconfortante, como la mano tranquilizadora de un amigo.

—No es más que un collar —se dijo—. No hay por qué ponerse tonta.

No obstante, su mente se retrotrajo al día en el que voló, a las palabras de su madre: «Esto te permite volar».

La joven sentía que la carta de su madre contenía un mensaje secreto para ella. Que era un recordatorio acerca de aquel día en las Tierras Altas y un poste indicador que señalaba lo que lo hizo posible.

Sin creérselo del todo, sin pensar demasiado en lo que hacía, Magda bajó las escaleras y salió al jardín trasero de la casa. Caminó por el césped y se cobijó bajo una de las enormes hayas que crecían a lo largo del muro de separación. Se quedó allí plantada un momento, rememorando el día en el que voló. Agarró el colgante

con una mano y cerró los ojos mientras pensaba en la carta de su madre y en su recuerdo del vuelo.

Fue como si, al concentrarse en él, el colgante se le calentara en la mano y, poco a poco, Magda fuese cobrando conciencia de una sensación nueva. Notó que algo tiraba de ella hacia el suelo, como si la gravedad fuera algo físico que siempre había estado ahí, pero que ella no había notado hasta entonces.

Levantó la otra mano y la estiró delante de ella; agitó los dedos y experimentó con la sensación, toqueteó las burbujas de gravedad que parecían rodearla. Luego, ahuecó los dedos y movió la mano hacia abajo y hacia atrás, como si estuviera de pie en la playa y quisiera escarbar en la arena mojada. Al hacerlo —al abrir un agujero en la gravedad misma—, Magda sintió que se elevaba unos centímetros de la hierba.

Se dejó arrastrar por el pánico, soltó el collar y sacudió las manos en el aire. Aterrizó con brusquedad en el suelo y se puso a cuatro patas, impulsada por el miedo irracional a estar a punto de alejarse flotando como un globo.

Transcurrieron unos segundos y a Magda se le escapó una risita de incredulidad y asombro.

Se puso de pie y lo intentó una vez más. Y otra. Y muchas más hasta que aprendió a volar en el jardín trasero de la casa de su madre. Y Magda Sparks fue libre por segunda vez en su vida el día en el que leyó la carta de su madre y descubrió la verdad sobre la Sociedad.

Desde entonces, siempre llevaba puesto el colgante de su madre y, de vez en cuando, cuando sentía que podía o que era seguro hacerlo, volaba. Era su secreto, algo que compartía con su difunta madre, una conexión entre las dos. Cuando estaba sola en algún paraje natural o por la noche en su jardín, utilizaba el collar para comprobar qué era capaz de hacer con él, para recordarse que era real, que la magia existía en este mundo.

Cuando ocupó su puesto como miembro de la Sociedad y comprendió para qué la crearon —para recopilar y proteger los objetos mágicos—, no les dijo nada del collar ni a Frank ni al resto de los implicados. Si su madre hubiera querido que el colgante estuviera archivado en el Chifonier de Relojería, ella misma se habría encargado de hacerlo. Magda sopesó las reglas de la Sociedad, las estudió detenidamente, con las habilidades de una abogada experta, y llegó a la conclusión de que no estaba haciendo nada malo. Así que se guardó la existencia del collar para sí, tal como hizo su madre antes que ella.

Una década después de descubrir que podía volar, mientras descendía de cabeza por el aire de Hong Kong, Magda trató de agarrar con los dedos la piedra que colgaba de la cadena por debajo de ella. El collar bailó enloquecido en el viento durante un segundo —una eternidad para ella, que no dejaba de caer— hasta que le aterrizó en la palma de la mano y pudo cerrar los dedos a su alrededor. Ignoró lo mejor que pudo la tierra que se precipitaba hacia ella y se concentró en el colgante hasta redescubrir la sensación del agarre de la gravedad, que tiraba de ella hacia abajo.

Bajó la mano derecha, en la que aún sujetaba la pieza de ajedrez en su paquete de papel de seda, y expulsó la gravedad hacia fuera formando un cono bajo su cuerpo para ponerse en posición vertical. La inercia de la caída cesó al instante y quedó suspendida en la oscura noche de Hong Kong como un pájaro en una corriente térmica.

Magda calculó que había caído más o menos la mitad de la distancia que separaba el suelo de la sala de reuniones del piso ochenta y dos. Miró hacia arriba y vio una cabeza asomada al borde del balcón, observándola. Era libre y estaba viva, pero el cuerpo empezó a temblarle a causa de la adrenalina que había alimentado su huida. Cuando reprodujo mentalmente lo que acababa de ocurrir, le costó creerlo. La imagen de James recibiendo un disparo la distrajo, hizo que perdiese la concentración y se tambaleara en el aire.

—No —murmuró, y se la sacó de la cabeza.

No pensaba permanecer inmóvil tanto tiempo como para darle al hombre la oportunidad de dispararle. Se impulsó con la mano libre y se encaminó hacia el puerto occidental por encima del agua negra y oscura, donde el viento era más fuerte y el aire húmedo se diluía al menos un poco. A sus pies, la superficie del puerto ondulaba cada vez que dispersaba la gravedad. La brisa cálida la zarandeaba y la empujaba con brusquedad, como las multitudes en una calle concurrida. Por lo general, le encantaba volar, la libertad de estar en el aire y desconectada del suelo, pero, en aquel momento, no sentía ni un ápice de la habitual dicha.

Giró hacia la izquierda y sobrevoló el puerto Victoria; cruzó desde Kowloon hasta la isla de Hong Kong convertida en un objeto

diminuto en el vasto cielo nocturno. Se enfrentó a las luces brillantes y a los rascacielos y avanzó atajando por los huecos estrechos que quedaban entre los impresionantes edificios. Era como volar entre las paredes de un cañón. Veía a la gente y el tráfico más abajo, un viejo tranvía que traqueteaba por una calle angosta, y oía el ruido taladrador de las señales de los pasos de peatones en algún lugar lejano.

La isla se elevaba de forma abrupta mientras ella volaba entre las torres de apartamentos. Las imágenes se sucedían ante sus ojos cuando pasaba a toda velocidad junto a las ventanas: salones cuadrados y televisores parpadeantes; gente cocinando o reunida alrededor de una mesa en taburetes de cocina, sorbiendo fideos; piernas delgadas colgando del borde de una litera superior en un dormitorio estrecho; ropa tendida en balcones diminutos; mangas vacías que la saludaban meciéndose en la brisa. La vida cotidiana por todas partes y, delante de ella, los árboles y la ladera que trepaba hasta el pico Victoria.

Magda se elevó hasta salir de la luz y de entre los estrechos cañones de la humanidad hacia el cielo oscuro. Y entonces empezó a planear sobre el pico, con todo Hong Kong y todo Kowloon derramados a sus pies y resplandecientes de luz; el puerto, un abismo oscuro entre ambos, salpicado de barcos.

Se quedó allí flotando unos instantes, tragando grandes bocanadas de aire y con el corazón acelerado, y luego descendió hasta uno de los tranquilos senderos que serpenteaban por la montaña. Dedicó un momento a alisarse el pelo y a recolocarse la ropa y, después, se frotó los ojos para intentar reprimir las lágrimas que le burbujeaban en ellos. Las emociones se le habían licuado y se

le agitaban como el vino en una copa sostenida por un borracho inestable.

—Contrólate —se ordenó con severidad, pero sus múltiples partes no querían volver a unirse.

Vio a James estampándose contra la ventana de la sala de reuniones, su cuerpo cayendo al suelo con gran pesadez. Sacudió la cabeza para tratar de negar aquel recuerdo, evocó la mirada que él le lanzó en el parque al revelar su amor por Tintín, pensó en cómo sorbió los fideos.

«¡No! ¡No! ¡No!».

La mente de Magda se quedó atascada como un disco rayado, le mostraba la imagen de James cayendo al suelo una y otra vez. Empezó a hiperventilar.

Al acuclillarse, sintió que el calor del día irradiaba del sendero e intentó concentrarse en el ruido de los grillos entre la maleza, en el olor de la tierra caliente.

«Aquí no puedes hacer nada por James. Tienes que actuar. ¡Vamos!».

Contuvo la respiración un momento para tratar de reducir conscientemente la velocidad de sus latidos y luego se irguió. Se guardó la pieza de ajedrez en el bolsillo de la chaqueta, se enjugó la humedad de las mejillas con la parte interior de la mano y parpadeó para librarse de las últimas lágrimas mientras echaba a andar. Siguió las señales hacia el Peak Tram, que la llevaría de vuelta al puerto y a su hotel.

«¡Tienes que contárselo a Frank!».

Se llevó la mano al bolsillo en busca del móvil, pero solo encontró el pase de visitante que le habían dado. El sobresalto la hizo frenar

en seco cuando se dio cuenta de que se había dejado el teléfono en la mesa de la sala de reuniones.

—¡No! —gritó, y la palabra golpeó el aire.

Apretó el paso hasta el tranvía y soportó el tortuoso trayecto hasta los pies de la montaña sentada a solas en la parte trasera del vehículo mientras observaba con nerviosismo a los turistas que charlaban tan tranquilos a su alrededor. ¿Y si uno de ellos estaba compinchado con el hombre de la pistola? ¿Y si había toda una banda metida en el ajo? Se le pasó por la cabeza llamar a la policía. Ellos la protegerían de los hombres peligrosos, ¿no? Pero enseguida se le ocurrió un contraargumento: ¿cómo iba a explicarles el método que le había permitido escapar del despacho de James? ¿Cómo iba a hablarles de objetos mágicos? Su única opción era huir, volver a Londres.

Desde la estación de la base, su hotel estaba a un corto paseo por las calles de Hong Kong. Magda no dejaba de moverse, de mirar a su alrededor una y otra vez, aterrorizada ante la posibilidad de que el hombre de rostro demacrado, pistola en mano, se abalanzara sobre ella al doblar una esquina. Escudriñaba los coches que pasaban, a la espera de que el desconocido se bajara de un taxi en cualquier momento. Eran miedos irracionales —él estaba al otro lado del puerto, era imposible que la alcanzara—, pero su mente no estaba para argumentos lógicos. Continuaba atascada en el recuerdo del disparo contra James Wei.

Una vez dentro de la habitación del hotel, cerró la puerta con llave y corrió hacia el teléfono para llamar a Frank.

—¿Hola?

Su amigo sonaba inseguro, tal vez porque no reconocía el número desde el que le estaba llamando.

—¡Frank! —resolló con alivio, y los ojos se le llenaron de lágrimas al oír una voz familiar.

En Londres era por la tarde, y Magda se imaginó al anciano detrás del mostrador de Bell Street Books. Deseó con todas sus ganas estar allí con él, regresar adonde el mundo era seguro y sensato.

—¿Magda?

—James Wei está muerto —dijo la joven y, a continuación, un flujo de conciencia de pensamientos y recuerdos le brotó en tropel de la boca, a pesar de que su mente era capaz de observar con frialdad que seguramente se hallaba en estado de shock—. Estábamos mirando el objeto en su oficina y entró un hombre. Yo ya lo había visto en el restaurante, pero ¡disparó a James! ¡Tenía un arma, Frank! Y no sé cómo se enteró de dónde estábamos. ¿Cómo es posible que nos siguiera?

Se detuvo para inhalar una bocanada de aire y cerró los ojos mientras se masajeaba la frente con una mano temblorosa.

Nunca se había sentido así. Era terror, lo sabía; era la idea de que podría haber muerto, igual que James.

«¡James!».

El recuerdo del momento de su muerte se reprodujo de nuevo. Abrió los ojos para desterrarlo y contempló los edificios de Kowloon al otro lado del puerto, la imponente silueta del CCI, donde había estado hacía menos de una hora. Se preguntó si el hombre de la pistola y los ojos de color azul pálido seguiría allí o si ya estaría camino de su hotel.

—¿Perdona? —contestó Frank al fin, como si no hubiera oído nada de lo que le había contado—. ¿Qué has dicho?

Magda inspiró y repitió la historia haciendo un esfuerzo consciente por ser más coherente.

—No sé quién era ese hombre —dijo mientras empezaba a reunir sus cosas de la mesilla de noche y a lanzarlas a la bolsa de viaje que ni siquiera había deshecho del todo—. Pero ha matado a James. Nos siguió y mató a James para hacerse con el artefacto.

Frank permaneció callado, exasperantemente callado.

—¿Qué hacemos? —preguntó Magda en tono imperioso.

—No… No lo sé —reconoció Frank—. ¿Tienes el objeto? ¿Está a salvo?

El enfado prendió en ella como una cerilla.

—Acabo de decirte que ha matado a James —dijo—. ¿Me estás escuchando? ¡Podría haberme matado a mí!

—Lo sé, lo sé —contestó Frank—. Lo siento. ¿Lo tienes?

—Sí —dijo Magda, que se dio unas palmaditas en el bolsillo de la chaqueta para asegurarse—. Lo tengo.

—Vuelve a casa —dijo Frank—. No pierdas ni un segundo. Vuelve a casa cuanto antes y asegúrate de que el objeto está a salvo.

—Lo siento —dijo, sin saber por qué se disculpaba—. James era un buen hombre, Frank. Era muy simpático y… le han disparado. Lo han matado, Frank.

—Vale —dijo su amigo, pero para Magda no era suficiente: no estaba entendiendo lo amable que había sido James, lo horrible que fue el asesinato.

—Ha sido horroroso —probó a decir, pero las meras palabras no conseguían expresar la enormidad de sus sentimientos.

—No es culpa tuya —dijo él—. Es solo que… No sé. No sé qué hacer.

Frank parecía incapaz de brindarle a Magda la sabiduría y los consejos que tanto ansiaba. Cuando sus emociones líquidas comenzaron a solidificarse de nuevo, se le ocurrió un pensamiento más preocupante.

—¿Cómo sabía ese hombre lo del objeto? —dijo, preguntándoselo a sí misma tanto como a Frank—. ¿James te lo contó solo a ti? ¿Cómo es posible que el desconocido lo supiera?

—Deberías regresar —dijo Frank sin ofrecerle una respuesta—. Ahí no estás a salvo. Vuelve a casa, Sparks. Vuelve a casa enseguida.

El hombre de la pistola

Owen Maddox se asomó al balcón del piso ochenta y dos del Centro de Comercio Internacional y se quedó mirando a la mujer baja y pelirroja hasta que se convirtió en un punto lejano entre las luces de la isla de Hong Kong. Pensó que las cosas aún podían sorprenderlo de vez en cuando. Aunque hacía muchos años que conocía la magia, todavía podía pillarlo desprevenido, como cuando escuchas una canción realmente buena de una *boy band* de mierda. A veces había sucesos, en apariencia, imposibles.

Exhaló con fuerza a través de los dientes apretados para intentar contener las oleadas de furia y frustración que lo recorrían de arriba abajo. Había estado muy cerca, pero se lo habían arrebatado delante de las narices. Ni siquiera sabía qué objeto era o para qué servía.

Pero estaba decidido a averiguarlo.

La mujer era británica —se lo había notado en el acento—, pero no sabía si vivía en Hong Kong o si, como él, había viajado para apoderarse del objeto.

Owen se apartó de la barandilla del balcón y permaneció inmóvil un momento. El aire cálido lo acarició como una amante que intentase calmar su furia. No sirvió de nada. Soltó un gruñido repentino, agarró una de las sillas cercanas y la arrojó por encima de la balaustrada de cristal, con un rugido furioso tras ella. Trató de calmarse respirando profundamente, aún con los dientes apretados,

hasta que recuperó el control lo suficiente como para poder trazar un plan.

Planea primero, actúa después: ese era su lema.

Sabía que tenía tiempo. Ninguna de las escasas personas que seguían trabajando en la oficina le prestó la menor atención cuando entró desde el vestíbulo, y muchas de ellas llevaban auriculares para escuchar música mientras trabajaban. Nadie oyó el disparo amortiguado que había asesinado al hombre hacía unos minutos.

Volvió a entrar en la sala de reuniones y sacó el papel que hacía varios años que llevaba consigo en todo momento, desde que se produjeron los acontecimientos que le cambiaron la vida. Lo desdobló, lo colocó sobre la mesa y luego posó una mano a cada lado del mapa. Lo había ido siguiendo desde Estados Unidos, donde estuvo el día anterior, y por todo Hong Kong, hasta el restaurante de Temple Street, donde vio por primera vez a la mujer baja y pelirroja. A continuación, utilizó el mapa para seguir el objeto hasta el edificio y hasta el piso ochenta y dos. Mientras se acercaba a la sala de reuniones, el artefacto se desvaneció del mapa; era como si desapareciera, aunque era obvio que la pelirroja y el hombre seguían teniéndolo. Y, sin duda, la mujer poseía otro objeto mágico que le permitía volar, pero ese tampoco aparecía en el mapa.

Owen murmuró para sus adentros, frustrado, sin entender nada. ¿Por qué a veces un ente era visible y, de repente, dejaba de serlo?

Tenía que encontrar a la mujer para recuperar el objeto y descubrir para qué servía. Y quería averiguar qué sabía ella, qué más secretos podía contarle. Sin embargo, el mapa no iba a ayudarlo. Lo plegó y se lo metió en el bolsillo trasero. Estaba a punto de marcharse cuando vio el teléfono sobre la mesa. El móvil estaba

bloqueado, pero, cuando tocó la pantalla, se iluminó y mostró una fotografía de una calle muy transitada.

—Londres —dijo.

Se guardó el teléfono en el bolsillo y, al rodear la mesa, pasó por encima del cadáver del asiático sin siquiera mirarlo y echó un vistazo a su reloj de pulsera. Hacía menos de diez minutos que había entrado en la sala. Atravesó de nuevo la oficina en penumbra y vio los mismos pocos escritorios iluminados, a los mismos trabajadores atareados amusgando los ojos delante de la pantalla. Estaba en lo cierto: nadie había oído nada. Owen tenía buena intuición para estas cosas, un sentido que perfeccionó a lo largo de muchos años.

Volvió a pensar en la mujer del pelo rojo. Había demostrado una fortaleza impresionante cuando él disparó y mató al hombre. Controló sus emociones y se mantuvo fría y tranquila bajo presión; reaccionó de la mejor manera posible en tales circunstancias.

Era una pena que ahora le tocara morir a ella. Pero eso es lo que era él: un asesino.

Owen Maddox llevaba toda la vida siendo un asesino, desde que en la adolescencia se alistó en el Regimiento de Paracaidistas del Ejército Británico para escapar de una infancia de maltrato y pobreza. Huyó de su padre y de la minúscula casa que compartían en Swansea a Darlington, donde lo esperaban veintiocho semanas de entrenamiento básico de infantería en Catterick, una puerta a una vida estructurada y dirigida de un modo que no había experimentado nunca. Owen destacó mucho durante aquellas semanas de entrenamiento. Se alistó en el ejército como vía de

escape, pero descubrió una vocación y mostró capacidades y habilidades que lo distinguieron del resto de los reclutas. A lo largo de los siguientes años, continuó sobresaliendo como paracaidista. Aceptaron su solicitud de entrar en el Pathfinder Platoon, una unidad de reconocimiento de élite en la que se convirtió en francotirador. Sirvió varias veces en países calurosos y pobres, pasó largas horas solo en fosos excavados en el desierto o en campos embarrados a la espera de la única y fugaz oportunidad de enfrentarse a lo que el ejército llamaba un «objetivo estratégico». En otras ocasiones, en las que disfrutó más, tuvo que proporcionar cobertura para las maniobras de infantería actuando como francotirador. En esas misiones podía ejecutar sumariamente a quien quisiera, siempre y cuando encontrara una razón que lo justificase. En realidad, nadie hacía demasiadas preguntas *a posteriori*: era la guerra, y la muerte era una consecuencia esperada.

Ser francotirador le producía un gran placer, y siempre vivía sus momentos más felices cuando estaba solo, matando a desconocidos en silencio. Le encantaba observar a la gente a través de la mira del rifle, elegir a sus víctimas —a veces al azar— y atravesarles la cabeza con una bala. El mejor momento era esa fracción de segundo anterior a apretar el gatillo, cuando la persona aún podía vivir o morir y él controlaba su destino. Y entonces, un instante después, la sangre y la masa encefálica saldrían disparadas del cráneo de la víctima, salpicarían un muro de piedra polvoriento y el cadáver caería al suelo, inerte. A Owen siempre lo asombró lo rápido que caían sus víctimas, la inmediatez con la que se cortaban los hilos de la vida.

En el ejército, Owen fue un hombre de éxito muy respetado, un hombre discretamente satisfecho y sin más aspiraciones. Sin embargo, todo cambió de repente y el inicio de su segunda vida llegó justo después de su vigésimo octavo cumpleaños, mientras estaba destinado en Alemania para un adiestramiento de la OTAN. El jefe del pelotón de Owen, un capitán alto y pelirrojo llamado Iain Browning, lo convocó en su despacho para decirle que iba a mandarlo a Serbia con tres días de permiso.

—El Pathfinder Platoon acostumbra a suministrar buenos soldados a otras ramas del Gobierno —le dijo Browning.

Owen se fijó en el uso de la palabra «Gobierno» en lugar de «Ejército».

—Los soldados con las habilidades y cualidades necesarias pueden tener otro tipo de carrera después de abandonar el pelotón —prosiguió el capitán mientras revolvía papeles en su escritorio como si tratara de evitar la mirada de Owen—. Si lo desean. Un futuro mejor del que tienen casi todos los demás.

Browning era uno de esos soldados que provenían de una familia adinerada. El tipo de hombre que jugaba a ser soldado para utilizarlo como trampolín hacia algún puesto corporativo o hacia la vida política. El tipo de hombre al que las cosas le habían resultado fáciles; al contrario que a Owen, que siempre tendría que luchar.

—Ha surgido una oportunidad —continuó el capitán—. El Gobierno necesita que alguien lleve a cabo una tarea en otra parte de Europa. Se trata de un trabajo que precisa de unas habilidades muy específicas. Le han seleccionado porque usted tiene las destrezas requeridas. Para empezar, es un francotirador muy bueno. Pero también es inteligente e ingenioso, y no se asusta con facilidad.

Owen asintió con la cabeza para aceptar los cumplidos, aunque, en su fuero interno, opinaba que Browning no estaba en condiciones de halagarlo por ninguna de esas cualidades. Dudaba que el capitán hubiera matado a un solo hombre en toda su vida; en cambio, a esas alturas, él había matado a doce personas oficialmente y a otras seis extraoficialmente.

—Vístase de paisano —le ordenó el capitán—. Meta una muda de ropa en una bolsa y coja un taxi al aeropuerto. Tiene billete en un vuelo con destino a Belgrado. Cuando llegue allí, alguien le recibirá en el aeropuerto y le dará más instrucciones. Cuando termine la tarea, le darán un billete para el vuelo de vuelta. En el pelotón, nadie sabe nada de todo esto, y así seguirá siendo. ¿Lo ha entendido?

Owen confirmó que lo entendía.

—Es una operación delicada —dijo Browning para insistir en un punto en el que no era necesario insistir—. ¿Comprende a lo que me refiero?

Aquella misma noche, en el vestíbulo de un destartalado hotel del centro de Belgrado, Owen conoció a un escocés llamado Waverly Weir, que le dijo que era del Gobierno. Weir era delgado y se estaba quedando calvo, el pelo oscuro le formaba grandes entradas en la frente prominente. Tenía los ojos hundidos, la mirada inquieta y en constante movimiento, como si siempre estuviera al acecho de posibles amenazas, y, cuando se encontró con Owen, llevaba un cigarrillo colgando entre los labios. Él odiaba el olor del humo de los cigarrillos: le recordaba a su padre y las palizas que había recibido y, personalmente, pensaba que aquella adicción era una debilidad. Aun así, no dejó traslucir nada en su rostro, ni siquiera cuando el hombre

le tendió una mano manchada de tabaco. Se la estrechó sin hacer ningún tipo de comentario. El escocés le dio la llave de una habitación de hotel, una bolsa de lona que contenía un FR F2 —un fusil de francotirador del ejército francés, viejo pero bien cuidado y funcional— y una serie de instrucciones detalladas, solo interrumpida por las caladas ocasionales que le daba al cigarrillo.

—¿Lo has entendido, hijo? —le preguntó Weir al terminar.

—Sí, señor —respondió Owen.

El hombre asintió con los ojos entornados, como diciendo: «Bueno, eso ya lo veremos». Luego, se marchó.

Owen se pasó tres días en una habitación del destartalado hotel de Belgrado —sentado junto a la ventana, pidiendo comida al servicio de habitaciones y meando y cagando en un cubo para no abandonar su puesto— a la espera de que se produjera un encuentro que iba a tener lugar en un hotel más caro situado al otro lado de la calle. Cuando llegó el momento, Owen disparó y mató a dos de los presentes en la habitación sirviéndose del fusil de francotirador francés de Weir. Y después se marchó, dejando atrás el arma, la bolsa de lona y la llave de la habitación, tal como le habían ordenado. Cogió un taxi de vuelta al aeropuerto, donde se reunió con el escocés en la sala de salidas.

—Buen trabajo, hijo —le dijo Weir sin dejar de mover los ojos hacia uno y otro lado mientras se sentaba. Cruzó las piernas y empezó a darse golpecitos en el pie con un periódico enrollado—. Has aprobado.

—¿Aprobado el qué? —preguntó Owen.

—Has aprobado el examen —respondió mirándolo de hito en hito —. Ahora trabajarás para nosotros.

Owen regresó en avión a Alemania para retomar sus tareas habituales, pero, al cabo de dos semanas, lo transfirieron a la Inteligencia Militar de Londres y la segunda fase de su vida dio comienzo. Lo instalaron en un pequeño piso en los Docklands y, cuatro o cinco veces al año, Weir lo visitaba para encargarle alguna tarea. El joven nunca preguntó por qué tenía que matar a aquellas personas; jamás le interesó. Le gustaban los viajes, le gustaba el trabajo y le gustaba el cómodo apartamento que le habían proporcionado, tan distinto a la diminuta casa de protección oficial en la que se crio.

—Se te da bien esta mierda —le dijo Weir un día que lo visitó en su apartamento. El escocés estaba fumando, lo cual molestaba a Owen, pero no le comentó nada al respecto. A fin de cuentas, Weir era quien pagaba el piso—. Te gusta, ¿verdad? —le dijo sonriendo con ganas alrededor del cigarrillo, como si acabara de revelar un secreto profundo y oscuro.

—Claro que me gusta —admitió Owen sin tapujos.

Weir hizo un gesto de asentimiento mientras le daba una calada al cigarrillo. Miró a su alrededor en busca de algún sitio en el que sacudir la ceniza y decidió utilizar el fregadero de la cocina. Owen se enfureció por dentro, pues sabía que la cocina olería a tabaco durante días y que eso, a su vez, lo haría pensar en su infancia y en su padre. Aun así, no dijo nada.

Prefería a Weir antes que a los comandantes del ejército, ya que le parecía que este procedía de un entorno mucho más parecido al suyo: una casa pequeña en un barrio bajo de una de las zonas obreras del país; el escocés luchó para abrirse camino y ascender, igual que él. Dieciocho meses más tarde, cuando lo mató, Owen no

experimentó ningún placer. Lo asesinó porque, para entonces, ya había descubierto que la magia existía en el mundo, y su artefacto mágico le reveló que Weir planeaba deshacerse de él.

Tras abandonar la sala de reuniones de Hong Kong, Owen volvió sobre sus pasos hasta el ascensor. El hombre que estaba trabajando en recepción cuando él llegó estaba ahora atado en el despacho que había tras la puerta situada detrás del mostrador. No opuso resistencia cuando Owen lo apuntó con la pistola, sino que levantó las manos en señal de rendición y permitió que lo encerrara en la pequeña sala sin ventanas. Lo tumbó boca abajo en el suelo, con las muñecas y los tobillos atados con bridas y una mordaza en la boca. El hombre seguiría allí, empezando a sentir molestias en los músculos de los hombros. Owen pensó en interrogarlo para ver qué sabía de la mujer pelirroja; sin embargo, cuanto más tiempo se quedara, más probable sería que alguien encontrara el cadáver de la sala de reuniones. Miró con atención el libro de visitas. Las oficinas solo habían recibido una visitante durante las últimas horas.

—Magda Sparks —dijo Owen—. Ahora tengo tu nombre, Magda Sparks de Londres.

Arrancó la página del libro —solo para asegurarse de que nadie pudiera seguirle el rastro— y se la guardó en el bolsillo. Después, dejó caer el móvil de la mujer en la papelera que había detrás del mostrador de recepción, sabedor de que no lo necesitaba. Magda Sparks era un nombre poco corriente. Fácil de encontrar, incluso en una gran ciudad como Londres.

Se encaminó hacia el ascensor y pulsó el botón para llamarlo. Mientras esperaba a que llegara, volvió a pensar en lo que la mujer había dicho antes de saltar del edificio.

—La Sociedad de los Objetos Extraordinarios —murmuró.

Tendría que encontrar a Magda Sparks y averiguar todo lo posible respecto a esa Sociedad. Tal vez fuera la respuesta que estaba buscando.

Interludio: la resurrección

de Imelda Sparks

(2017)

Hubo dolor antes de que hubiera cualquier otra cosa.

Lo primero que salió de la nada fue la conciencia del dolor, un tormento que lo era todo.

Entonces Imelda sintió una gran presión por todo el cuerpo, la sensación de verse empujada forzosa y agónicamente hacia el interior de un espacio reducido, de que le estuviesen comprimiendo el alma para que volviera a la realidad. Era una tortura que parecía infinita, y la sufrió sola en la nada.

Después vino el empellón, como si la apretaran contra una gruesa lámina de plástico que se estiraba y se resistía, pero Imelda siguió empujando (porque era ella la que empujaba, era su cuerpo, ahora formándose en la nada y desesperado por vivir) y, en un momento dado, la resistencia cedió y hubo luz y frío y solidez y ruido.

Imelda yacía en el suelo, con los sentidos tan dispersos como un banco de peces cuando los atacan, corriendo en distintas direcciones a través de la oscuridad. Sin embargo, poco a poco, despacio, su mente volvió a cobrar forma, sentido. Abrió los ojos y la luz le deslumbró el cerebro y la obligó a cerrar los párpados de nuevo.

Gruñó, y ese sonido fue un rayo de electricidad que le perforó la mente y le desperdigó los pensamientos una vez más. Oyó un resuello que era su propia respiración y se dio cuenta no solo de que estaba respirando, sino también de que antes de eso no había estado haciéndolo. Una oscuridad se le desplegó en lo más profundo del estómago y le dijo una verdad que ella aún no comprendía. Y había algo más, una «incorrección» fundamental en su interior, una sensación de que algo no iba bien dentro de ella.

Abrió los ojos y, a lo lejos, en lo alto, vio un cielo gris y anodino. Imelda se percató de que existía el frío, de que la brisa que la acariciaba le helaba la piel y de que una especie de gelidez le calaba los huesos a través de la espalda y las caderas. Estaba tumbada y notó la incomodidad de una superficie irregular debajo de ella, de los bordes afilados que se le clavaban en el cuerpo. Giró la cabeza para dejar de mirar el cielo y vio guijarros y piedras. Estaba en una especie de costa que se curvaba a medida que se alejaba de ella y dividía una extensión de árboles de color verde oscuro y agua gris. Los árboles titilaban con aire perezoso en la brisa, pero todo lo demás estaba quieto.

Un crujido perturbó el silencio. Imelda volvió la cabeza y vio a un hombre que caminaba hacia atrás para apartarse de ella, un hombre con los ojos muy abiertos: dos enormes platos blancos en un rostro bronceado. Parecía horrorizado, pero Imelda no conseguía entender por qué.

La mente de la mujer se afanaba en buscar respuestas, pero no encontraba nada, tenía la impresión de estar escarbando en una habitación oscura y desconocida. Se incorporó con un gemido y vio que tenía las piernas flacas estiradas ante ella, desnudas y blancas.

Más allá de sus pies, había una extensión de agua en calma; a lo lejos, árboles similares a los que tenía detrás. Era una especie de lago en un bosque. Aparte del hombre con los ojos como platos, no vio ningún signo de vida, ni personas ni vehículos ni barcas en el agua, así que Imelda pensó al instante que se encontraba en algún lugar remoto, en un lugar solitario.

Más crujidos. El hombre continuaba alejándose de ella.

—¡Espera! —gritó cuando el hombre rompió a correr hacia la arboleda—. ¡Ayúdame, por favor!

El desconocido aminoró la marcha y luego se detuvo; volvió la cara por encima del hombro para mirarla.

—¿Dónde estoy? —preguntó Imelda. Se miró de nuevo el cuerpo y vio que estaba desnuda de arriba abajo, que no eran solo las piernas. Curiosamente, no sintió ni vergüenza ni incomodidad por encontrarse expuesta ante aquel extraño—. ¿Por qué no llevo ropa?

El hombre vaciló, miró hacia las profundidades del bosque y luego de nuevo a Imelda mientras agitaba los dedos con nerviosismo a su lado. Vestía unos vaqueros azules viejos con los dobladillos desgarrados, de manera que los hilos de tela vaquera suelta se arrastraban tras él, y una descolorida camiseta negra de Metallica bajo un largo abrigo marrón. Echada al hombro tenía una mochila de lona con una flor bordada a punto de cruz.

«¡Magda!».

El pensamiento fue una breve ráfaga de cálida luz solar en aquel mundo frío y gris.

—Ayúdame, por favor —suplicó Imelda mientras se ponía en pie.

Notó las piernas débiles y la cabeza le dio vueltas al levantarse.

El hombre tomó una decisión y echó a caminar hacia ella. Se movía como si fuera un animal peligroso, dispuesto a atacar en cualquier momento. Imelda lo observó, le estudió el rostro. No paraba de levantar los ojos hacia los de ella y de apartarlos de nuevo, como si le pusiera nervioso mantener el contacto visual.

—¿Dónde estamos? —le preguntó mientras se acercaba, más que nada porque era algo que decir, algo para distraerse de la avalancha de recuerdos que amenazaba con ahogarla.

El desconocido no respondió. Adelantó la mano, le dio un empujoncito en el hombro y la retiró a toda prisa, como si se quemara. Imelda bajó la mirada hacia donde la había tocado y el hombre repitió el gesto, aunque esta vez la empujó más abajo, en el brazo.

—Estás viva —dijo con la voz convertida en un susurro asombrado. Se llevó las dos manos a la cabeza, se las pasó por el pelo grasiento y despeinado y dio un paso atrás para examinarla—. Eres real.

—¿Dónde estamos? —repitió ella.

—Estamos en el bosque —contestó—. Eso es un lago. —Señaló la masa de agua—. Me gusta estar aquí. Aquí no viene nadie. Estamos muy lejos de todo el mundo.

Imelda sopesó la respuesta y se preguntó si debía preocuparse por ella.

—¿Cómo he llegado aquí? ¿Por qué estoy desnuda?

El hombre se quitó una cadena de alrededor del cuello.

—He tenido que atarla —dijo mientras le mostraba a Imelda un nudo tosco en la cadena de oro—. Porque estaba rota.

Imelda miró el nudo sin hacer ningún comentario. Entonces, el extraño movió la cadena hasta que algo le quedó colgando del puño: un pequeño crucifijo de oro. Lo tendió hacia ella, lo exhibió para llamar su atención.

La mujer volvió a mirar el crucifijo que colgaba de la mano del hombre y un millar de pensamientos inconexos se le agolparon en la mente.

«¡El crucifijo!».

Aquella toma de conciencia fue como un relámpago que le sacudió la sangre de las venas. Encontró el crucifijo en una tienda de antigüedades polvorienta en Roma… Un artefacto… Un objeto mágico de inmenso poder. Imelda sabía lo que hacía el crucifijo…

—Oh, no —murmuró.

Sacudió la cabeza para negar la verdad a pesar de que esta se precipitaba contra ella como un coche fuera de control. Se miró el cuerpo desnudo, la piel flácida y las manchas de la edad, las venas azules visibles en las piernas.

«Claro que estás desnuda. La ropa no muere ni puede revivir».

—Te he resucitado —dijo el hombre.

Imelda notó su olor, el tufo agrio de alguien que no se lavaba con la frecuencia necesaria desde hacía algún tiempo, y ese hedor le arrancó un recuerdo de los recovecos más profundos de la mente. Vio una puesta de sol y un sendero, a aquel hombre agarrando el crucifijo con unos dedos gruesos y torpes, y entonces dio un paso conmocionado hacia atrás mientras se llevaba una mano a la boca.

—Me has matado y me has resucitado —dijo con la voz vacilante.

La «incorrección» que notaba en su interior cobró sentido en aquel momento. No tendría que estar allí, no tendría que seguir

existiendo. Era una canción desafinada, una película desincronizada con la pista de audio. Quería estar viva, pero sabía que no debía estarlo. Se le llenaron los ojos de lágrimas y el pecho se le agitó y crispó debido a los gritos reprimidos.

Él negó furiosamente con la cabeza.

—¡Ha sido un accidente! —protestó con una voz fina y áspera—. ¡Te has caído tú sola! Yo no te he hecho nada. —Volvió a colgarse el crucifijo alrededor del cuello y le mostró a Imelda la mochila, su mochila, colocándosela a la altura de la cadera—. ¡Mira! —dijo—. Te la estaba guardando.

Se sentó en la orilla frente a ella, con las piernas cruzadas, y empezó a sacar los objetos de la mochila y a depositarlos sobre los guijarros: la moneda de oro, que brillaba con debilidad; el clavel azul, con los pétalos de un tono intenso, y el Atlas de las cosas perdidas, una de cuyas esquinas tembló de forma muy leve bajo el soplo de la brisa. Por último, sacó el diario de Imelda y lo sostuvo entre las manos.

—Está todo aquí —dijo al mismo tiempo que levantaba la mirada hacia ella—. No he robado nada.

Le pareció patético, un hombre desesperado por complacerla, y, sin embargo, Imelda lo odiaba por razones que no era capaz de identificar.

—Ese es mi diario —dijo a través de las lágrimas, y el desconocido miró el libro que tenía entre las manos.

—No lo he leído —dijo, pero esta vez habló en voz más baja y desvió los ojos hacia un lado para evitar su mirada.

Imelda tuvo claro que lo había leído, que había leído hasta la última palabra de lo que ella escribió.

—Sé lo que hacen —dijo entonces el hombre, que cambió de tema al instante mientras volvía a meter el diario en la mochila para apartarlo de la vista.

La mujer negó con la cabeza.

—No puedo pensar —farfulló. Se volvió hacia las aguas tranquilas y cristalinas del lago. El viento susurraba y los árboles temblaban. Era como si todo estuviera esperando a que ella hiciera o dijera algo. Giró despacio sin moverse del sitio y sintió la brisa sobre la piel desnuda—. ¿Dónde estamos? —preguntó otra vez—. No me has contestado. ¿Hay algún camino cerca de aquí?

—La flor, la flor azul —dijo el hombre, que hizo caso omiso de sus palabras y agarró el clavel—. Sé lo que hace. Lo he averiguado. Fue lo primero que averigüé.

Se puso en pie de un salto y, tras levantarlo ante sí, cerró los ojos. Casi de inmediato, Imelda se percató de un cambio, de que el color se filtraba hacia aquel mundo gris. En la orilla, bajo los árboles, empezaron a brotar flores con pétalos multicolores que se abrían paso a través de la tierra marrón. Aquellos tonos se vertieron también hacia la orilla, los brotes rojos y azules surgían entre los guijarros de color hueso. Imelda se llevó la mano a la boca, incrédula, mientras los colores se expandían en ambas direcciones a lo largo de la orilla del lago, como si alguien estuviera desenrollando una alfombra.

—Es precioso —murmuró, pese a que unas lágrimas gruesas le rodaban por las mejillas.

Las flores se mecían formando olas, rozadas por la brisa.

—¡Lo he hecho yo! —exclamó el hombre como un niño que presume de un dibujo ante su madre—. Y con la moneda de oro

siento las cosas del suelo. —Se agachó para cambiar la flor por la moneda—. Las rocas, las piedras y… —Pareció atascarse un momento, como si no encontrara la palabra que quería—. Los minerales. Puedo moverlos solo con pensarlo.

Se señaló la cabeza con el dedo índice mientras lo decía, como si Imelda no tuviera claro dónde se hacía el pensamiento. Cerró los ojos y, casi de inmediato, el suelo se estremeció como una bestia que se despereza. Imelda vio que la hierba y las flores que tenía a la izquierda se inclinaban hacia un lado, que se abría una boca: una zanja en forma de cañón que corría en paralelo a la orilla. De su interior surgieron rocas que dejaban una estela de tierra y polvo a su paso mientras se alzaban flotando hasta caer sobre el lecho de flores. Después, el cañón se cerró de nuevo, como si fuese una cremallera, y dejó tras de sí una línea desnuda a lo largo de la orilla arcoíris, una cicatriz de la gran herida en la tierra.

Imelda se estremeció ante aquel despliegue de fuerza bruta. Miró al hombre a la cara y lo vio hipnotizado ante su propia obra.

—Y te he resucitado de entre los muertos —dijo entonces—. He usado la cruz y he pensado en ti porque quería demostrarte lo que soy capaz de hacer, y has vuelto de la nada, aquí mismo, en el lago, ¡hace unos momentos!

Imelda cerró los ojos y se tambaleó en el sitio, aturdida por lo que le estaban contando.

Aquello era una pesadilla. Estaba sola y perdida con aquel hombre extraño y horrible.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó después de volver a abrir los ojos—. ¿Cuánto tiempo he estado muerta?

El hombre estudió la moneda de oro que tenía en la mano y no contestó.

—¿Tienes móvil? —probó entonces Imelda—. ¿Puedo hablar con Magda?

Al parecer, el hombre ya no le hacía caso.

—Es mi hija —continuó—. Estará preocupada por mí. Por favor, solo tienes que decirle que estoy bien.

El desconocido se quedó callado unos instantes y el mundo guardó silencio con él, a la espera.

—Me llamo Lukas —dijo—. Lukas a secas. ¿Cómo te llamas tú? Si somos amigos, tenemos que saber cómo nos llamamos.

—No somos amigos —repuso ella.

—Tu nombre es Imelda —replicó el hombre, que le lanzó una mirada rápida y sombría—. Sé cómo te llamas.

—Porque has leído mi diario —concluyó ella—. Aunque me has dicho que no.

El hombre sacudió la cabeza y amusgó los ojos para negar las palabras de Imelda. Se agachó y recogió el trozo de papel doblado: el Atlas de las cosas perdidas, el mapa que Imelda estaba siguiendo cuando murió. Se lo tendió.

—¿Qué hace este?

La mujer bajó los ojos hacia las flores que tenía a los pies. Quería contemplar algo hermoso, algo feliz, pero se dio cuenta de que las flores se estaban marchitando, de que sus colores se desvanecían como si no fueran capaces de sobrevivir en aquel lugar sin la ayuda de la magia del clavel azul.

—Nada —mintió—. No hace nada.

—Cambia —dijo él con un susurro ronco, como si estuviera revelando un terrible secreto que alguien pudiera escuchar.

Imelda miró la flor bordada en la mochila a la altura de la cadera del hombre. Magda la bordó cuando era pequeña. Fue una tarde lluviosa de un sábado invernal, recordó Imelda, y se pasaron el día entero encerradas en casa. Por eso, sentó a su hija a la mesa y le dijo que le hiciera algo bonito en la mochila con la aguja y los hilos. El resultado fue una flor un poco torpe pero increíblemente hermosa de color amarillo y rojo. Mirarla hizo que Imelda sintiera felicidad y una tristeza terrible.

—Voy a seguir el mapa —dijo el hombre, y sus palabras sonaron como si buscara provocarla para que le revelase algo, para que admitiera su mentira—. Si no me lo dices tú, lo descubriré yo. Se me da bien averiguar cosas.

Imelda trató de no reaccionar, de no dejar traslucir nada de manera involuntaria.

—Vete —dijo, concentrada en la flor de Magda—. Haz lo que quieras, me da igual.

El desconocido devolvió el mapa a la mochila. La miró con hosquedad durante unos instantes, con las cejas fruncidas sobre los ojos oscuros.

—Vale, me voy —dijo.

Imelda lo observó mientras se daba la vuelta y comenzaba a alejarse. Cruzó la zona de guijarros y desapareció entre los árboles.

—Eh —gritó a su espalda—. Eh, espera, ¿dónde estoy?

Esperó unos segundos, con un hormigueo de intranquilidad en el estómago, pero no obtuvo respuesta. Intentó cruzar la orilla para

seguir al hombre, pero los cantos afilados de los guijarros se le clavaron en las plantas de los pies, hasta que tropezó y cayó.

—¡Eh, Lukas! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Vuelve!

Pero no volvió.

Imelda estaba desnuda y sola en aquel paraje desierto.

Primero llegaron los escalofríos y luego la oscuridad, una oscuridad que no se parecía a nada que Imelda hubiera conocido antes, con las estrellas brillando en lo alto. En la oscuridad aparecieron los ruidos, animales en el bosque, por todas partes, luchando, llamando y comiendo, y, en medio de todos aquellos sonidos aterradores, Imelda jamás se había sentido tan sola, tan desesperada.

Intentó cavar un agujero entre los guijarros para cobijarse del frío, se cubrió con hojas de la linde del bosque, pero no sirvió de nada. La temperatura bajó de cero e Imelda no podía parar de temblar.

Mientras la luz se atenuaba, se concentró en recuerdos felices, en la sonrisa de Magda y en las comidas agradables con amigos, e incluso en una increíble puesta de sol que vio una vez desde un sendero de montaña.

En algún momento de la noche, después de que la conciencia la abandonase, la incorrección de la existencia de Imelda se solucionó de nuevo.

Segunda parte

NADA DORADO PERMANECE



Un intruso en casa

Cuando Magda llegó a casa, después de un viaje que le pareció interminable, ansiaba la comodidad de aquel entorno familiar. Cruzó medio mundo con la certeza de que el hombre de la pistola la seguía de cerca, de que iba solo un paso por detrás de ella y estaba dispuesto a pegarle un tiro. Durante el vuelo, el corazón se le desbocó de tal manera que ni siquiera pudo dormir. Cuando no estaba preocupándose por el asesino, estaba torturándose con dudas y preguntas sobre lo que había hecho y lo que había dejado de hacer. ¿Podría haber salvado a James si hubiera hablado antes? ¿Debería haber acudido a la policía para contarles lo que sabía? ¿Y cómo se enteró el hombre de la pistola de dónde se encontraba Magda? ¿Cómo conocía siquiera la existencia de la pieza de ajedrez?

La joven estuvo descentrada e inquieta durante todas aquellas horas y, en un momento dado, cayó en la cuenta de que estaba experimentando el mismo tipo de conmoción psicológica que sufrió tras la muerte de su madre hacía una década: existía en un extraño estado onírico en el que todo la abrumaba. Sabía que estaba repleta de emociones, pero estas estaban atrapadas, como el gas de una botella agitada, a punto de explotar.

Al bajarse del taxi que cogió en el aeropuerto de Heathrow, el cuerpo entero le flaqueaba de agotamiento y la bolsa de viaje le parecía más pesada de lo que cabría esperar. La arrastró hasta la puerta de su casa a través de la tarde oscura mientras soñaba con

sus sábanas limpias y su colchón mullido, deseosa de sumirse en un sueño reconfortante. Una vez que consiguió entrar —por fin y afortunadamente—, dejó caer al suelo la maleta, se quitó los zapatos y colgó el abrigo en la barandilla de la escalera.

Se quedó allí plantada un momento, apoyada en la baranda, con los ojos cerrados y el cuerpo desesperado por desplomarse en la cama.

Entonces, percibió un ruido.

Fue solo un crujido, como el que hace una vieja tabla del suelo al asentarse, pero Magda conocía su casa. Reconocía el entorno y los ruidos, y supo que algo iba mal. Alguien había estado allí… o aún estaba allí. «¡Es él! ¡Es el hombre de la pistola!».

Abrió los ojos de golpe y una oleada de alarma la recorrió de arriba abajo.

Esforzándose por no hacer ruido, dio un paso cauteloso por el vestíbulo, y luego otro, hasta que pudo asomarse al salón y ver a la persona que la esperaba sentada en uno de los sillones.

—Volar te sienta bien, querida.

Magda chilló, dio un respingo y retrocedió dando tumbos contra la barandilla al ver a Henrietta Wiseman con las piernas cruzadas, un pie balanceándose con despreocupación y la cabeza apoyada en una mano.

—¡Henry! —exclamó Magda con el corazón golpeándole las costillas como si acabara de subir corriendo un tramo de escaleras.

Henrietta le devolvió la sonrisa y, de pronto, todo aquello fue demasiado para Magda. Sintió que se derrumbaba, que le fallaban las rodillas. Se deslizó hasta el suelo frío mientras las lágrimas le brotaban de los ojos y los sollozos le sacudían el cuerpo.

—¡Ay, Magda! —gritó Henry.

Se levantó de un salto y corrió a arrodillarse junto a ella para abrazarla con fuerza, como haría una madre con una hija afligida.

La joven lloró a moco tendido durante lo que le pareció una eternidad, se desahogó del miedo y la impresión y sintió un dolor agudo por el asesinato de James Wei, un hombre al que apenas había conocido, pero al que le había cogido un cariño inmenso.

Un poco más tarde, cuando Magda dejó de llorar y Henry terminó de trajinar torpemente en la cocina mientras preparaba té para ambas, se sentaron la una frente a la otra en los sofás. La luz suave de la lámpara de mesa que había en la esquina bañaba la habitación, y Magda escuchaba el tictac rítmico del reloj de pie del vestíbulo mientras agarraba la taza con las dos manos y saboreaba su calor. El llanto la había dejado hueca por dentro, como un árbol muerto; sentía que no era más que piel vieja y vacío.

—Debo decir —empezó Henry— que sé que he estado unos cuantos años fuera, pero no esperaba que me echaras tantísimo de menos.

Magda logró esbozar una débil sonrisa, consciente de que Henry no le quitaba ojo.

—No es por ti. Es… —Intentó encontrar las palabras, pero no tenía fuerzas—. Son muchas cosas.

Henry le respondió con un gesto de asentimiento y las comisuras de los labios curvadas hacia abajo a causa de la preocupación. Magda bebió un buen trago de té e intentó controlar sus pensamientos y emociones, que eran como pájaros dispersándose

en el aire tras un disparo: aleteaban sin parar, presa del pánico. Centró la atención en Henrietta y la estudió en silencio durante un momento. La mujer tenía un aspecto estupendo, fabuloso incluso. Vestía un traje y una blusa que parecían caros bajo un abrigo de lana de un tono tostado. Llevaba el cabello castaño cortado a lo *pixie* y tenía los ojos de color avellana llenos de vida y humor. De las orejas le colgaban unos finos aros de plata, y lucía anillos también de plata en varios dedos, así como pulseras del mismo material en ambos brazos.

—¿A qué te referías con lo de que me sienta bien volar? —preguntó Magda cuando las palabras de Henry le volvieron a la cabeza.

—¿Eh? —dijo Henry mientras jugueteaba con el pendiente de la oreja derecha.

—Cuando he entrado en casa… —Magda frunció el ceño ante el recuerdo—. Has dicho que me sentaba bien volar. ¿A qué narices te referías?

Su amiga descruzó las piernas y se echó hacia delante con los ojos destellantes de alegría.

—Está en todas las redes sociales, querida. Alguien volando por el cielo de Hong Kong. Una persona baja y pelirroja que se parece endiabladamente a ti.

Magda dedicó unos instantes a asimilar la información.

—He perdido el móvil —dijo—. Enséñamelo.

Henrietta se sacó un teléfono del bolsillo del abrigo y le dio varios golpecitos con el dedo a la pantalla antes de pasárselo. Magda entornó los ojos mientras observaba la grabación, que mostraba una silueta lejana volando por el cielo de Hong Kong.

—Oh, no —gimió—. ¿Qué dice la gente al respecto?

—Dicen que es falso, que son imágenes generadas por ordenador para una campaña publicitaria o algo así. —Agitó la mano como para rechazar las diversas teorías y los brazaletes tintinearon—. Dudo que alguien llegue a creerse de verdad que ha habido una mujer baja y pelirroja volando en Hong Kong.

—No, claro que no —murmuró Magda—. Pero, si fuera una rubia de piernas largas, todo el mundo querría saber quién soy.

Henrietta esbozó una gran sonrisa mientras se guardaba el móvil en el bolsillo.

—Te he echado de menos, Magda.

—Bueno, ¿qué haces aquí? —preguntó la joven—. ¿Por qué has entrado así en mi casa? Por cierto, ¿cómo has entrado?

—Tenía que verte, cariño —respondió—. Descubrir que has planeado tan elegantemente por el cielo me infundió la esperanza de que tal vez las cosas hubieran cambiado. De que tal vez tú hubieras cambiado.

Magda no entendió nada y miró a Henry con los ojos entornados, como si pudiera obligarla a hablar con claridad por pura fuerza de voluntad.

—No esperaba que sufrieras una crisis nerviosa nada más verme —continuó Henry—. No es propio de ti, si no te importa que te lo diga.

Magda suspiró.

—Es que no me siento «muy propia de mí» en estos momentos —admitió—. Pero ¿qué cosas creías que habían cambiado?

La mujer se encogió de hombros.

—Bueno, albergaba la esperanza de que dejaras de creerte todas las mentiras de Frank Simpson.

El reloj de pie del vestíbulo lanzó un tictac lento y reprobador al silencio que siguió a las palabras de Henrietta.

—Frank no miente —aseguró Magda—. A veces no responde a las preguntas, pero no miente, Henry.

Esta negó con la cabeza, como sugiriendo que su afirmación estaba sujeta a debate, lo cual enfureció a Magda.

—Bien, en cualquier caso, sería imposible que el Frank que yo conozco te permitiera volar así por ahí —aclaró Henrietta—. De manera que, o bien tienes un objeto que él desconoce, o bien ha cambiado de opinión respecto al uso de los artefactos.

Magda bebió un sorbo de té y clavó la mirada en la chimenea apagada mientras intentaba reflexionar sobre lo que su amiga le estaba diciendo.

Al cabo de un momento, Henry preguntó:

—A todo esto, ¿qué hacías en Hong Kong?

—Investigar un objeto —respondió, y la mujer arqueó las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Qué? ¿Un objeto mágico auténtico? No creo…

La joven se limitó a asentir.

—¿Qué era?

Magda la observó durante un instante; no tenía claro si debía responder a la pregunta. Al final, se levantó y se dirigió al vestíbulo para buscar el artefacto que estaba en el bolsillo de su abrigo. Seguía envuelto en el papel de seda de color rojo sangre. Se lo pasó a Henry, quien, a su vez, lo depositó sobre la mesa para desenvolverlo.

—Una pieza de ajedrez —dijo al ver de qué se trataba—. Es preciosa —murmuró con dulzura.

Magda le dio la razón.

«Es preciosa. Pero un hombre ha muerto por ella. Un buen hombre».

—¿Para qué sirve? —preguntó Henrietta, y su evidente fascinación por la pieza irritó a la joven.

—No lo sé. No he tenido oportunidad de hacer nada con ella. Ha muerto un hombre.

Henry levantó la vista de golpe.

—Era quien la encontró y me la estaba enseñando. Entonces un desconocido con una pistola nos interrumpió. Y…

Magda titubeó, las palabras se le tornaron repentinamente grandes y obstructivas en la garganta y supo que, si se forzaba a expulsarlas, volvería a perder el control. Solo pudo sacudir la cabeza y mirar a Henry con los ojos húmedos.

—Perdóname —dijo su amiga—. No estoy siendo muy sensible.

Magda la observó mientras envolvía la pieza de ajedrez en el papel y la empujaba hacia ella a través de la mesa.

—¿Dónde has estado? —soltó de pronto la joven, y la pregunta, que salió como un gemido dolorido, le quebró la voz—. Estos últimos años, ¿dónde has estado? ¿Por qué no te has puesto en contacto conmigo?

Henrietta se sonrió y bajó la mirada hacia su taza.

—Frank te ha guardado el puesto —continuó Magda al ver que la mujer no respondía—. No te ha sustituido.

Henry enarcó las cejas y abrió los ojos con asombro.

—¿En serio? —preguntó—. Tendría que haber buscado a alguien. Le dije que ya no quería saber nada del tema.

—¿Por qué? —insistió Magda—. No entiendo qué pasó, y Frank se niega a hablar de ello.

Su amiga suspiró e hizo un gesto de negación casi para sí misma.

—No tengo claro si he hecho bien en venir, puede que haya sido un error.

—No —le espetó Magda—. Ahora ya estás aquí. Estoy harta de no saber qué ocurre. Cuéntamelo.

—Sé lo unida que estás a él —dijo—. Y no estoy aquí para sugerir que sea un mal hombre. No lo es, en absoluto. Yo también quiero a Frank.

Magda esperó sin decir nada, golpeteando el borde de la taza con un dedo.

—Pero me marché por un motivo —prosiguió Henry—: porque miente. Dice muchas mentiras, pequeños embustes a todas horas, pero ¿quién no los dice? —Se encogió de hombros—. El problema es que también hay engaños grandes. Mentiras importantes sobre todo lo que crees saber.

—¿Qué mentiras? —insistió la otra—. ¿Puedes soltarlo de una vez, por favor?

Henry la miró a los ojos.

—¿Estás segura de que quieres saberlo, Magda? Porque, si te lo cuento, todo cambiará.

—Cuéntamelo.

—Bueno, en realidad las mentiras grandes son dos, creo, dos mentiras que importan. Todo lo que te han contado sobre la Sociedad. Y lo del Chifonier de Relojería, eso también es mentira.

La joven frunció el ceño, no entendía nada.

—¿El Chifonier de Relojería?

—Está vacío, Magda. No hay nada dentro. No hay ningún archivo. —Henrietta hizo un gesto con la mano—. No existe ninguna colección de objetos extraordinarios.

Dos mentiras

Magda se puso de pie, pues sentía la necesidad de distanciarse de las palabras de Henry. Lo que acababa de afirmar era imposible. Era demasiado para su cabeza afectada por el desfase horario y sus destrozadas emociones.

—Voy a preparar café —dijo con la mente dándole vueltas a toda velocidad—. Necesito cafeína más que una taza de té.

Se encaminó a la cocina, aturdida, y se apoyó en la encimera un momento para estabilizarse. La cocina era una estancia larga y estrecha situada en la parte trasera de la casa y ocupaba todo el ancho de la propiedad. Los grandes ventanales daban al jardín y, en la oscuridad del anochecer, las habitaciones iluminadas en las casas circundantes eran como faros pequeños en el cielo. Magda vio que una persona echaba las cortinas, como si intentara mantener toda la luz dentro, y en otra ventana una mujer se cepillaba el pelo antes de acostarse. Gente que vivía su vida cotidiana. En ese momento, exhausta y desolada como estaba, una pequeña parte de ella anhelaba esa simplicidad. Sin amenazas, sin peligro. Sin magia.

«Venga. Te estás autocompadeciendo».

Se acercó a la cafetera y se quedó mirándola como una idiota durante un momento, tratando de recordar qué tenía que hacer para que el aparato preparara una taza de café.

«Estás agotada. Todo se está desmoronando. Nada tiene sentido».

Sacó una cápsula de café del cajón y encendió la máquina; el ruido brusco y quejoso que emitió la hizo estremecerse.

—Vengo a hacerte compañía.

Henry se sentó en uno de los taburetes de la encimera y posó la taza de té delante de ella. Magda se limitó a asentir. No dijeron nada mientras la cafetera hacía su trabajo y molía, goteaba y espumaba. Cuando terminó, Magda cogió el café con leche y lo olió para inhalar el aroma de la cafeína.

—Muy bien, sigue —dijo sin hacer el menor ademán de acercarse a la barra—. Cuéntame lo de las mentiras.

Henrietta frunció los labios con aire pensativo.

—A lo mejor debería volver cuando no estés tan cansada.

—Henry, soy capaz de absorber información incluso cuando estoy cansada. Me licencié en Derecho con matrícula de honor, por el amor de Dios. Empieza de una vez.

La mujer no respondió de inmediato, sino que bajó la mirada hacia su taza. La luz del salón le iluminaba el lado derecho del rostro y le sumía el izquierdo en las sombras. Magda la veía como dos mujeres: la mitad luminosa y la mitad sombría.

—La primera mentira —dijo Henrietta adoptando una expresión seria— es todo lo que te han contado sobre la Sociedad.

Magda seguía sin entenderlo.

—Explícame qué quiere decir eso.

—¿Recuerdas la historia que te contó Frank cuando pasaste a formar parte de ella? El origen de la Sociedad. Era una época de guerra y agitación… Todo ese rollo.

Magda asintió, recordaba que Frank le contó la historia mientras paseaban juntos por Regent’s Park, poco después del funeral de su

madre. Era una crónica sobre el abuelo de Frank y sus tres amigos, hombres que combatieron en la Segunda Guerra Mundial y luego formaron una sociedad para buscar y proteger los objetos mágicos.

—Claro que la recuerdo —dijo.

—Todo es falso —afirmó su compañera—. O una mezcla de mentiras y verdades, tanto que lo más probable es que sea imposible distinguirlas. —Levantó una mano para señalar el mundo que se extendía al otro lado de la cocina—. Es como Londres: se construyó como una cosa, pero luego ha habido partes que se han reformado y cambiado y ahora hay que fijarse mucho, y saber qué se está buscando, para ver cómo era en un principio. Cómo empezó.

—¿Por ejemplo? —insistió Magda, ávida de detalles—. ¿A qué te refieres, concretamente?

Bebió un sorbo de café con leche y sintió que una oleada de desvelo le atravesaba la mente, como una persona que pasa corriendo y gritando por un dormitorio en el que todos duermen.

—A ver —dijo Henry—, ¿cómo sabes las cosas que sabes sobre la Sociedad? ¿Cómo sabes de dónde salió y para qué sirve?

Magda sopesó la pregunta.

—Lo sé por Frank.

—Exacto —convino Henrietta—. Lo sabes única y exclusivamente por Frank. Él nos cuenta a todos la historia de cómo surgió la Sociedad y de que ha ido recopilando artefactos mágicos a lo largo de los años, y nosotros la aceptamos sin más. A mí me interesa mucho la historia; adoro leer acerca de la Antigua Roma, el Antiguo Egipto y todo eso. ¿Y sabes en qué se apoyan los historiadores? En la verificación independiente de diferentes fuentes. No te crees que algo sea cierto a menos que haya una confirmación objetiva e

independiente. Pero nosotros aceptamos como verdadero lo que él nos cuenta, sin verificación alguna.

Magda esperó.

—Veo que no dices gran cosa —observó Henrietta.

—Tú tampoco —replicó la joven—. Sigo esperando los detalles.

Henry esbozó una sonrisa burlona, las comisuras de la boca se le crisparon.

—Supongo que no tendrás una pasta o algo así, ¿no?

—¿Te ayudará a ir al grano?

—No estará de más, desde luego.

Magda se acercó al armario alto que había en la pared contraria y sacó una caja de galletas de mantequilla.

—Mejor que las pastas. Y, ahora, ¿qué decías?

—No es cierta, Magda —continuó Henry mientras sacaba una galleta del paquete y la sostenía con delicadeza entre el dedo índice y el pulgar—. La historia de Frank. Bueno… Puede que lo sea en determinados aspectos. Estoy segura de que hubo un grupo de hombres y de que reunían artefactos. Sin embargo, la idea de que se embarcaron en una noble cruzada pensando en el bien de la humanidad… es una trola. —Le dio un mordisco a la galleta y, tras desviar la mirada hacia un lado para contemplar el jardín oscuro, masticó durante un rato. Magda se llevó la taza de café a los labios y esperó a que Henry se tragara la galleta—. En los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, los hombres ingleses de clase media no se preocupaban mucho por nadie más que ellos mismos. ¿Cómo crees que se apoderaron de los objetos que recopilaron, Magda? No los pidieron por favor. No los pagaron. Los robaron. O atacaron a las personas que los poseían.

Magda mantuvo una expresión impasible, no reveló ni un atisbo de la consternación que sentía mientras Henry pisoteaba el relato que tanto amaba, la historia de Frank acerca de cuatro hombres de principios que intentaban hacer lo mejor para todos. Era una historia que la ayudó a comprender lo que era realmente la Sociedad: no se trataba solo de secretos y magia, sino también de intentar hacer del mundo un lugar mejor y más seguro.

—Se dedicaban a recorrer el mundo, a viajar por Europa y por Asia y a robar los artefactos —prosiguió Henrietta—. Eran como colonos que se adueñaban de los objetos de valor porque pensaban que los nativos no sabían cuidarlos. Aunque, en verdad, eso no era más que una excusa. En realidad, les daba igual, solo querían los artefactos para ellos. Es repugnante, Magda. Es ese complejo de superioridad que tienen los británicos: a los demás no se les pueden confiar estas cosas tan peligrosas, así que nos las llevaremos y las guardaremos bajo llave porque somos los únicos que sabemos hacerlo bien.

—¿Cómo sabes que tu versión es cierta? —preguntó Magda, que sentía que tenía que contraatacar, que tenía que defender la historia —. ¿Dónde está tu verificación independiente? ¿Por qué debería creerte a ti y no a Frank?

Henrietta estiró la mano, como si quisiera enseñarle las uñas a Magda.

—Fíjate en esto —dijo mientras se tocaba el dedo corazón con el pulgar. En él lucía un solo anillo, un sencillo aro de metal gris mate —. Lo heredé de mi padre. Es un objeto mágico. Frank no sabe nada de él. Permite que quien lo lleve se vuelva intangible. Puedo atravesar paredes y puertas cerradas. Puedo entrar en la cámara

acorazada de un banco, agarrar lo que quiera y salir. Incluso puedo entrar en una de las preciosas casas de St John's Wood y esperar a una vieja amiga, si me apetece. Pero solo porque sé que no le importaría.

Sonrió y Magda gruñó a modo de respuesta.

—Lo llamo el anillo fantasma —continuó la mujer—, pero no soy la primera persona en usarlo. Mi familia se hizo rica gracias a él. En su época, la Sociedad obtuvo algunos de los artefactos gracias a él. Lo sé porque mi padre me escribió una carta que leí después de su muerte.

Magda se quedó mirando el anillo; pensó en el collar que le dejó su madre y en la carta llena de secretos que ella también recibió. Claro, ¿por qué iba a ser su madre la única antigua integrante de la Sociedad que se guardó algún objeto para sí?

—Eran ladrones, Magda —insistió Henrietta—. Mi padre lo reconocía en su carta. Creo que ni siquiera sentía culpa por ello. Consideraba que hicieron lo correcto: robar por el bien común. Por la reina, la patria y todas esas tonterías.

Magda odiaba que las palabras de Henry tuvieran sentido, que parecieran ciertas. Bebió otro largo trago de café mientras trataba de dar con un contraargumento, como cuando estaba en la universidad y tenía que refutar análisis legales.

«¿Cuál es el punto débil de este caso?».

—Aunque aceptara lo que dices —contestó al final—, eso no significa que lo que estamos haciendo ahora esté mal. No hemos robado nada desde que yo soy miembro.

Henrietta se encogió de hombros mientras masticaba el resto de la galleta.

—Quizá —admitió—. Pero tienes que saber que la Sociedad está cimentada sobre una mentira. ¿Qué tiene de bueno algo que se basa en patrañas? Y esa es solo la primera de ellas.

—Vale, ¿qué más hay, entonces? ¿Cuál es la otra mentira?

—La Sociedad parte de la idea de que estos objetos deben estar ocultos y encerrados a buen recaudo —dijo Henry, que se sacudió las migas de los dedos sobre la encimera—, de que, si los artefactos mágicos circulan con libertad por el mundo, se utilizarán de manera indebida. Pero eso es un error enorme, Magda. Piensa en las cosas que podríamos hacer para ayudar a la humanidad, al planeta, únicamente con servirnos de lo que tenemos.

Magda asintió despacio. Aquella Henrietta ya se parecía más a la de antes. Era el mismo argumento que esgrimió durante muchas reuniones de la Sociedad. Ella siempre quiso usar los objetos; Frank nunca lo permitió. Magda siempre se puso del lado de Frank; Will siempre se puso del lado del *statu quo*. Henry perdía las votaciones de manera invariable.

—Tenía ciertas esperanzas puestas en ti —reflexionó la mujer, y cogió otra galleta—. Imelda era una especie de espíritu libre. Pensaba que a lo mejor tú eras igual, que quizá te abrieras a la idea de usar los objetos. Pero siempre te mostraste muy leal a Frank. Siempre tan seria y cumplidora.

Magda se sintió atacada y pasó a la ofensiva.

—Eso no es una mentira, Henry. Lo que describes es una discrepancia sobre el reglamento. Tú quieres usar los artefactos, Frank no. Nunca lo ha ocultado. Nunca ha mentido.

—Acepté que estaba en minoría —continuó Henry sin responder directamente al argumento de Magda—. Así que seguí en el juego

pensando que quizá las cosas cambiaran algún día, o que Frank acabaría muriendo y entonces yo tomaría el relevo y se uniría otra persona. Pero Frank, bendito sea, aún sigue vivito y coleando, ¿no?

—Eso no es malo —dijo Magda con un suspiro.

Se frotó los ojos cansados con el dedo índice y el pulgar de una mano.

«Tienes que irte a dormir si no quieres caerte redonda aquí mismo».

—No, Magda, por supuesto que no —respondió Henry enseguida —. Quiero a Frank. Pero me cansé de esperar. Así que, un día que teníamos una de las reuniones, llegué pronto y utilicé el anillo fantasma para echar un vistazo dentro del Chifonier de Relojería. Mi intención era tomar prestados uno o dos objetos para experimentar con ellos. Pensé que, si encontraba un buen ejemplo, algo que detuviera las guerras, curara el cáncer o algo así (ya sabes, objetivos modestos), podría convenceros a Will o a ti para que abandonarais la postura de Frank.

—¿Allanaste el Chifonier de Relojería? —preguntó Magda, asombrada.

—No lo allané… Me «fantasmé» en él. Igual que me he «fantasmado» en tu preciosa casa esta noche. Es como llamo a cuando me vuelvo intangible. Me limité a atravesar la pared. Por cierto, enhorabuena por esta casa tan bonita.

—Era de mi madre —explicó Magda—. La heredó de su padre.

—Ah, ya lo sé. Solo digo que la has decorado muy bien por dentro. Pero me pregunto de dónde sacaría tu abuelo el dinero para comprar una propiedad así.

—¿Qué pasó? —dijo Magda, que hizo caso omiso de la pulla—. Cuando te «fantasmaste» en el Chifonier de Relojería, quiero decir.

—Que descubrí que está vacío, Magda. Los cajones… no tienen nada dentro.

Magda volvió a negar con la cabeza.

—Pero… eso no puede ser cierto —se quejó—. Durante la primera reunión a la que asistí, elegí uno y Frank sacó el dado del Sí/No.

Su amiga asintió.

—Sin embargo, cuando elegiste el cajón, ¿es posible que Frank tuviera el dado oculto en la mano?

Magda reflexionó sobre la pregunta, evocó los recuerdos de la primera reunión a la que asistió. ¿Le habría mentido Frank? ¿Se habría dejado embaucar?

«¿Por qué iba a hacer una cosa así? Es Frank. ¿Por qué iba a engañarte?».

—Pero ¿por qué iba a estar vacío? —preguntó Magda, que seguía sin entenderlo—. ¿Por qué iba a mentir? ¿Qué sentido tiene? ¿Significa eso que no tenemos ningún objeto mágico, solo el dado?

Henrietta se encogió de hombros.

—Muy buenas preguntas. Y se las hice a Frank después de aquella reunión, tras descubrir la verdad. No le gustó que lo interrogara. Se mostró muy incómodo, muy descontento. Me dijo que había cosas que solo él sabía, que no podía contarme. Que era mejor que no las supiera.

Parecían justo el tipo de respuestas que daría Frank, y Magda sintió una punzada de dolor en el corazón, porque eso significaba que Henry debía de estar diciendo la verdad.

—Todo eso son tonterías paternalistas, por supuesto —continuó Henrietta, que agitó la mano para rechazar las palabras de Frank—. Le dije que no podía seguir siendo miembro de la Sociedad si no me contaba la verdad. No dijo nada. Se limitó a mirar la mesa. Por eso me marché. No puedo formar parte de una sociedad en la que no me tratan como a una igual. La vida es demasiado corta para eso. Así que me fui y viví a mi aire sin mirar atrás. Bueno, hasta que te vi en todas las redes sociales volando por encima de Hong Kong. Anoche estaba en el sur de Francia. Acababa de robarles el dinero a unos albaneses horribles.

Magda parpadeó mientras Henry bebía otro sorbo de té. Empezaba a sentir que no estaba siguiendo el ritmo de las numerosas revelaciones de Henrietta.

—¿Ahora eres ladrona?

Henrietta se echó a reír.

—Cielo, eso es como decir que Freddie Mercury sabía cantar. Soy una ladrona extraordinaria. Sin parangón, aunque esté feo que yo misma lo diga. De todas formas, no te preocupes, solo robo a las malas personas. Mi afición es arruinarles la vida a las personas que se lo merecen.

—Ah, bueno… En ese caso, supongo que está bien —murmuró Magda con los ojos entrecerrados.

—Es una vida divertida —dijo Henry sin hacer caso al tono sarcástico de la joven—. ¿De qué otra forma podría entretenerme si no? En cualquier caso, no busco tu aprobación. Solo he venido a visitarte porque pensé que a lo mejor habían cambiado las cosas y que, después de tanto tiempo, ahora merecías saber la verdad. —Se encogió de hombros—. Tú decides qué hacer con ella. Aunque

parece que ahora mismo tienes muchas cosas en la cabeza después de lo de Hong Kong.

—¿No hay nada en el Chifonier de Relojería? —preguntó de nuevo Magda, que seguía rumiando ese dato en la mente—. ¿Y Frank no lo negó?

Henrietta negó con la cabeza.

—No. —Apuró el último trago de té y después posó la mirada en las galletas de mantequilla; la mantuvo allí unos instantes, como si se estuviera planteando comerse una tercera—. Si lo piensas bien, es todo una especie de disparate de cuento de hadas, ¿no? —dijo—. Objetos mágicos en un Chifonier de Relojería oculto detrás de una estantería.

—A mí me gustaba mucho el disparate de cuento de hadas —dijo Magda en voz baja.

—A mí también —convino Henry con una sonrisa—. Pero no es real. Y supongo que no podemos aferrarnos a las cosas infantiles para siempre. No en este mundo. En algún momento, tenemos que dejarlas atrás.

La chica no respondió. Se quedó callada mirando la encimera, sujetando la taza de café contra la barriga.

—Bueno —dijo Henry—, será mejor que me marche. Necesitas dormir. Estoy segura de que mañana por la mañana lo verás todo mejor.

Magda la siguió a través del salón hasta la puerta delantera.

—Por cierto, Will también lo sabe todo —dijo Henrietta antes de marcharse—. Se lo conté después de mi última conversación con Frank.

—¿Se lo contaste a él, pero no a mí? —preguntó Magda.

—Triste, pero cierto —reconoció la mujer. Se rascó la mejilla con un dedo—. No tengo una buena razón para ello, solo que tú siempre has estado muy unida a Frank. No quería estropear vuestra relación, no después de la muerte de Imelda. Además, si Will no me apoyaba, tampoco tenía mucho sentido hablar contigo. Tú ibas a ponerte del lado de Frank pasara lo que pasase.

A Magda le molestó aquella conclusión, detestaba que Henry la considerara tan incapaz de pensar por sí misma, y detestaba que pudiera tener razón.

—Will lo ha sabido durante todo este tiempo, pero ha seguido asistiendo a las reuniones.

Su amiga se encogió de hombros.

—Ya sabes cómo es. Seguro que le resultaba demasiado incómodo hablar de ello. Supongo que le pareció más fácil seguir adelante con el juego que interrumpirlo. Bueno, ven aquí. —Henry se acercó a Magda y la abrazó. El gesto reconfortó a la joven, el aroma a vainilla y canela del perfume de Henry le inundó la nariz y le calmó la mente inquieta—. Me alegro mucho de haberte visto de nuevo, Mags. Creo que pasaré una temporada en Londres, por si quieres volver a hablar. Solo tienes que enviarme un mensaje, no he cambiado de número.

Magda refunfuñó.

—¿No te he contado que me he dejado el móvil en Hong Kong?

—¡Ah, sí, es verdad!

—Fue por el pánico de lo de… ya sabes…

—El hombre de la pistola —concluyó Henrietta.

—Exacto.

—Bueno, entonces mándame un correo electrónico. A ti siempre te responderé, mi Magda querida.

Se dio la vuelta para marcharse, pero la joven la agarró del brazo y se lo impidió.

—Frank convocará una reunión de la Sociedad mañana —dijo—. No le quedará más remedio. Tenemos un artefacto. Si te llama, ¿irás?

Henry sopesó la pregunta con una sonrisa juguetona en los labios y la mirada danzando alrededor del vestíbulo.

—Quizá —respondió.

Luego, guiñó un ojo, y Magda la observó con asombro mientras atravesaba la puerta delantera sin abrirla, igual que un fantasma.

El hombre que detuvo el mundo

Durante los tres años que pasó estudiando Derecho en Londres, Magda Sparks quedaba con Frank Simpson al menos una vez a la semana. En aquella época, lo consideraba un amigo de su madre, un hombre mayor algo excéntrico que regentaba una librería maravillosa, aunque un tanto rancia, en Marylebone; un hombre al que le gustaban los refrescos y que siempre parecía tener un centelleo en los ojos, como si comprendiera y tuviese resueltos todos los secretos de la vida y fuera más que feliz limitándose a dejar pasar los días y los meses por él. Esos encuentros incluían inevitablemente una conversación acerca de la madre de Magda, otra sobre las cosas que ocurrían en la librería de Frank y una actualización sobre la escritura de la muchacha, una actividad a la que se dedicaba en paralelo a sus estudios (y, a menudo, a expensas de ellos). Estaba decidida a terminar la carrera de Derecho, aunque solo fuera para demostrarle a todo el mundo, y también a ella misma, que era capaz de hacerlo, que no iba a vivir solo de la riqueza de su familia. Sin embargo, siempre estuvo aún más decidida a ganarse la vida como escritora. Frank se ofrecía una y otra vez a contratarla en Bell Street Books para que pudiera mantenerse hasta que se organizara.

—¡Puedes trabajar aquí y escribir al mismo tiempo! —bromeaba—. Ven a hacer compañía a este viejo. Puedo ayudarte con ideas para los libros.

Los encuentros vespertinos tenían lugar en el apartamento de Frank, situado encima de la tienda, pero a veces se reunían a la hora de comer, sobre todo durante los meses más cálidos del año, y en esos casos siempre se veían en Regent's Park, a un corto paseo de Bell Street Books. Era un lugar al que Frank llevó una vez a Magda cuando era pequeña, un fin de semana durante el que Imelda se fue de viaje a Gales y la niña se quedó con él. Visitaron el zoológico de Londres y luego pasearon por Broad Walk, la avenida arbolada, mientras se comían un helado que Frank compró en una cafetería en el camino. Magda, en su ansia por comérselo, se lo derramó por toda la camiseta. El recuerdo le resultaba extrañamente mágico (aunque la pérdida de la comida fue traumática en aquel momento) y, la primera vez que quedó con Frank al inicio de su primer curso en la universidad, en un día cálido y dorado de finales de otoño, Regent's Park le pareció el mejor lugar al que acudir.

«¡Quedemos donde me tiré el helado por encima!», le dijo a Frank en un correo electrónico cuando concretaron los detalles. En cierta medida, esperaba que el librero le preguntara a qué se refería, pero no lo hizo y, cuando Magda llegó al parque, allí estaba él, en la cafetería, con dos helados en la mano.

—Te he comprado un sustituto del que perdiste —le dijo con una sonrisa.

La primera vez que se reunió con él después del funeral de su madre, volvieron a elegir Regent's Park y pasearon juntos por los senderos desiertos bajo la amenaza de las nubes gris oscuro que cubrían el cielo. Ese día, Frank no llevó helado, pero le contó una historia sobre la Sociedad y la magia, y sobre cómo comenzó todo.

—La Sociedad se formó tras la guerra —le dijo—. Cuando las brasas del fuego y el odio se enfriaron y se transformaron en un viento helado que barría Europa.

Magda escuchó en silencio el relato del origen de la Sociedad. Frank le habló del primer objeto mágico, un artefacto que el abuelo del librero heredó de su padre, y que constituía un secreto familiar desde hacía generaciones: la Caja Imposible, una cajita de madera capaz de contener infinitos objetos de cualquier tamaño y que aturdía con su imposibilidad si alguna vez te asomabas a su interior. El abuelo de Frank les puso a aquellos artefactos el nombre de «objetos extraordinarios». Sus amigos y él, marcados por la guerra y preocupados por lo que la gente podría hacer con ellos si caían en las manos equivocadas, formaron la Sociedad de los Objetos Extraordinarios para coleccionarlos y protegerlos.

Una década después de haber escuchado esa historia por primera vez, al día siguiente de su regreso desde Hong Kong y la mañana después de que Henrietta Wiseman la sorprendiera en su casa, Magda le propuso quedar a Frank.

«Podríamos vernos esta tarde —escribió en su correo electrónico —. ¿Qué te parece la cafetería donde me has invitado dos veces a helado?».

Cuando Magda llegó al local, situado en la zona este del parque, justo al lado de Chester Road, se sentía agotada y, al mismo tiempo, llena de energía. Había dormido solo a ratos, después de que Henry se marchara la noche anterior, y la fatiga aún le lastraba el cuerpo, a pesar de que su mente no paraba de lanzar preguntas como un niño con un montón de pelotas de goma.

Aunque a medida que el otoño avanzaba los árboles que bordeaban Broad Walk iban adquiriendo tonos dorados y naranjas, el día parecía incoloro, el cielo era una losa gris y anodina en lo alto. Una llovizna fina flotaba en el aire y Frank la estaba esperando bajo un paraguas de color rojo vivo, ataviado con un abrigo viejo demasiado grande para su esquelética complexión.

—Sparks —dijo al verla, pero sin el habitual dejo de entusiasmo y alegría en la voz.

—Frank —respondió ella desde debajo de la capucha del impermeable amarillo intenso que se había puesto.

Se miraron casi con incomodidad durante un instante, antes de que Frank abriera los brazos y la atrajera hacia él bajo el paraguas.

«Parece tan frágil que podría romperlo; quizá no con el abrazo, pero sí con las cosas que tenemos que debatir».

El librero señaló hacia el sur de la larga avenida arbolada que se extendía ante ellos mientras las hojas titilaban en la brisa.

—¿Damos un paseo?

Echaron a andar por el camino y Magda recorrió con la mirada el vasto espacio de Regent's Park. A pesar de la llovizna, había mucha actividad: gente que caminaba deprisa por los senderos y paseadores de perros que iban a la zaga de mascotas impacientes. Había corredores y ciclistas, y personas tranquilamente sentadas en los bancos contemplando el día. Mientras paseaban, Magda le contó los acontecimientos de su estancia en Hong Kong. Le habló de su encuentro con James Wei y de que fueron a comer fideos y, cuando volvió a pensar en él, fue como si la luz del sol atravesara las nubes oscuras, una explosión de alegría ante el feliz recuerdo del tiempo que habían pasado juntos.

«Recordar a James hace que te sientas como la Sociedad te hacía sentir antes. ¿Qué habría pasado si ese hombre no lo hubiera matado?».

No se permitió obsesionarse con aquellos pensamientos y continuó con la historia del socio del banco y su colección de bienes. Después, prosiguió con el desplazamiento a la oficina de James, la pieza de ajedrez y el hombre de la pistola.

—Le pegó un tiro —dijo Magda haciendo un gran esfuerzo por controlar sus emociones, por olvidar la imagen de James cuando salió disparado hacia atrás, chocó contra el cristal y cayó al suelo. Tenía las entrañas convertidas en un nudo lleno de ira y dolor—. Odio sentirme así —murmuró.

—¿Cómo? —preguntó Frank, que caminaba pegado a su costado.

La llovizna había amainado, así que el librero cerró el paraguas y lo agarró como si fuera un bastón con el que golpetear el camino al ritmo de sus pasos. Se apartaron para dejar pasar a un par de chicas jóvenes, ambas con el cuello envuelto en sendas bufandas largas y cargadas con una mochila pesada, que charlaban alegremente en otro idioma.

—Estoy furiosa con ese hombre por lo que hizo —explicó Magda una vez que las turistas pasaron de largo—. Por lo que le hizo. Fue del todo innecesario. Además, James era muy agradable, Frank, te habría caído bien.

El hombre no dijo nada y, durante unos instantes, lo único que se oyó fue el repiqueteo de la punta del paraguas contra el suelo.

—No sé quién era ni cómo se enteró de que yo estaba allí… —Miró a Frank, pero él tenía los ojos clavados en el camino y no mostró

ninguna reacción ante su comentario—. Pero mató a James y podría haberme matado a mí.

Su amigo asintió despacio, aunque siguió sin decir nada. Magda dejó escapar un suspiro de frustración. Esperaba algún tipo de respuesta: compasión o preocupación ante la posibilidad de que la hubieran herido. Apartó la mirada y negó con la cabeza.

Salieron de Broad Walk y se encaminaron hacia Lion Vase; luego, giraron a la derecha y volvieron sobre sus pasos para recorrer el camino bordeado de plantas ornamentales y arbustos, de flores cuyos vivos colores se estaban desvaneciendo, como los de una obra de arte expuesta al sol durante muchos años. Se sentaron en un banco frente a una antigua fuente de tres niveles situada en el centro de un gran estanque circular sobre el que el agua goteaba y salpicaba. Magda dejó que el silencio se prolongara, irritada por la falta de empatía de Frank. Decidió que no diría nada hasta que él abriera la boca, hasta que le ofreciera algún tipo de respuesta a los terribles acontecimientos que había experimentado. Se concentró en observar en la distancia la zona del parque conocida como Marylebone Green. Dos perros corrían con la lengua colgando, persiguiéndose en círculos, y llenos de felicidad. A ellos no les importaba que el día fuera gris y húmedo.

Frank colgó el paraguas del respaldo del banco, apoyó los codos en los muslos y entrelazó las manos entre las piernas.

—Háblame del hombre de la pistola.

Magda describió lo que recordaba:

—Lo vi solo unos instantes —dijo—. Era un hombre normal. Ni alto ni bajo. De entre cincuenta y cinco y sesenta años, quizá. Con los ojos azules y el pelo gris muy corto. La piel pálida, como si nunca

viera el sol. El rostro demacrado. Me pareció que tenía acento galés, pero bastante atenuado. Puede que lleve mucho tiempo viviendo en el extranjero. El caso es que sabía que el objeto estaba allí, Frank. No se topó con nosotros por casualidad. Vino a buscarlo.

El librero frunció el ceño ante su certeza.

—¿Cómo lo sabes?

Magda se encogió de hombros.

—Llevaba un trozo de papel. Iba siguiendo unas instrucciones. Lo guardó en cuanto nos encontró.

La joven captó un chispazo en los ojos de Frank: había comprendido algo o establecido una conexión. Fue algo breve y fugaz, como una linterna lanzando un único destello en una noche oscura, pero Magda lo conocía bien.

—¿Cómo era el papel? —preguntó el hombre casi con indiferencia y mirando con insistencia hacia delante, como si los perros que hacían cabriolas lo distrajesen.

—Era un trozo de papel normal —respondió Magda—. Viejo, doblado por la mitad un par de veces.

«Está intentando con todas sus fuerzas aparentar que no le interesa. Pero sabe algo».

Su amigo volvió a asentir y entornó los ojos como si estuviera trabajando mentalmente en un problema complejo.

—¿Qué pasa, Frank? ¿Qué es lo que no me estás contando?

El hombre hizo un gesto rápido de negación y no contestó. Un chirrido interrumpió su conversación, y Magda se fijó en una anciana que empujaba a un anciano en silla de ruedas hacia el claro.

—¡Mira, una fuente, Geoff! —gritó la mujer como si el hombre fuera sordo.

—¿Dónde está la puñetera cafetería? —respondió Geoff. Parecía que el parque no lo impresionaba en absoluto—. Quiero un té.

La anciana miró a Magda y puso los ojos en blanco con exageración al pasar junto a ella camino de la cafetería del otro lado de la avenida. La joven sonrió.

—¿Dónde está el artefacto? —preguntó entonces Frank. Se inclinó un poco hacia ella y bajó la voz—. ¿Lo has traído?

La exasperación tiró de los pensamientos de Magda como un niño que exige atención.

—¡Por Dios, Frank! —exclamó, y el nudo de furia que tenía en el estómago se tensó un poco más—. ¡Te acabo de decir que podrían haberme pegado un tiro! Te he dicho que mataron a un hombre delante de mí. Ni siquiera me has preguntado cómo estoy. ¿No te importa?

Se sorprendió al notar que tenía los ojos llenos de lágrimas.

«Y tú pensando que tenías las emociones bajo control, ¿eh?».

Antes de que a Frank le diera tiempo a contestar, la joven se sacó el paquete de papel de seda del bolsillo del abrigo y se lo estampó en el regazo.

—Toma —le espetó.

Se levantó del banco y se alejó unos cuantos pasos mientras se enjugaba las lágrimas de los ojos. Al cabo de un momento, volvió la cabeza para mirar por encima del hombro y vio a Frank desenvolviendo el objeto sin dejar de lanzar miradas rápidas y furtivas a su alrededor.

«¿Quién es este hombre? ¿Es este el Frank que has conocido siempre? ¿O ese era una fachada y este es el de verdad? ¿Le

importas algo? ¿Será cierto todo lo que dijo Henry? Este se parece más al hombre que ella me describió».

La pieza de ajedrez quedó al descubierto, blanco pálido sobre el papel rojo. Frank la levantó con cuidado y la inspeccionó girándola hacia la luz.

—Hay que convocar una reunión de la Sociedad —ordenó Magda —. Hoy. Tenemos que guardarlo en el chifonier.

—Hum —murmuró Frank sin apartar la vista de la pieza de ajedrez.

«¡No te está haciendo ni caso!».

—¡Frank! —ladró para obligarlo a que le prestara atención—. ¿Vas a convocar una reunión?

—Sí —contestó al fin—. Esta tarde. Cuando cierre la tienda.

Con los brazos cruzados con firmeza sobre el pecho, Magda lo observó mientras se guardaba la pieza de ajedrez en el bolsillo y luego convertía el papel de seda en una bolita roja y arrugada.

—¿Pasó algo más mientras estuviste en Hong Kong? —preguntó con la cabeza ladeada para escudriñarla—. ¿Quieres contarme algo más?

—¿Aparte de que casi me matan? —preguntó ella—. ¿No te parece suficiente?

Frank se quedó mirándola en silencio, con una expresión seria en la cara, y Magda se dio cuenta de adónde quería llegar.

—Lo has visto —dijo.

Frank asintió a modo de respuesta y se sacó el móvil del bolsillo. Magda se colocó detrás de él para ver lo que ya había visto: un vídeo borroso y trémulo de una forma que se movía por el aire sobre la isla de Hong Kong. Las imágenes estaban grabadas desde lo alto,

tal vez desde uno de los muchos rascacielos de la isla. La cosa que se movía por el cielo estaba lo bastante lejos como para verse desenfocada y poco definida, pero resultaba obvio que era una mujer humana, y a la joven no le costó reconocerse.

—Hay más —afirmó Frank, y sonó como una acusación.

—Lo sé —dijo Magda. Se echó a reír, aunque no le hacía gracia—. En algunos de ellos salgo hasta elegante. Creo que no me había visto tan elegante en la vida.

—Esto es serio, Magda —replicó Frank, que la miró con dureza.

Ella le devolvió el gesto.

—Estaba en la misma sala que James cuando lo asesinaron a tiros. Nadie se lo está tomando más en serio que yo.

Se dejó caer de nuevo en el banco y cruzó las piernas; le lanzó una mirada furibunda a la fuente, ya que le resultaba difícil mirar a Frank. Permanecieron sentados en silencio durante un minuto. En algún rincón cercano, un pájaro graznó un par de veces, como un anfitrión nervioso que llena un silencio incómodo durante una cena, y uno de los perros que retozaban a lo lejos ladró varias veces al otro para animarlo a seguir jugando.

—No sabía que eras capaz de volar —dijo Frank al cabo de un rato. Magda se encogió de hombros, puesto que no quería entrar en detalles. Él no la presionó, sino que dijo—: Sabes que va en contra de las reglas de la Sociedad. Nos crearon para impedir que la gente utilizara los artefactos, no para que los usáramos nosotros.

Magda negó despacio con la cabeza.

—No he infringido ninguna norma —dijo, y lo miró a los ojos—. Créeme. He reflexionado con mucho detenimiento sobre el asunto.

—¿Y se puede saber cómo has llegado a esa conclusión? —preguntó Frank con un brillo de irritación en los ojos—. Se supone que no debemos usar los artefactos, salvo que los necesitemos para hacernos con otros objetos mágicos. Se supone que debemos mantener su existencia en secreto. Y cualquier decisión que implique la utilización de uno de ellos debe ser tomada por la Sociedad en su conjunto. ¡Ya conoces las reglas!

—Las reglas no dicen exactamente eso —lo corrigió Magda regodeándose en el hecho de tener razón, deleitándose con la mezquindad del argumento que estaba a punto de esgrimir—. Se refieren de manera específica a los objetos extraordinarios que están «dentro de la colección de la Sociedad». Mi artefacto, que me permite volar, nunca ha formado parte de la colección de la Sociedad, Frank, así que no está sometido a sus reglas.

El anciano se mordisqueó las mejillas con aire descontento.

—No me culpes si tus reglas no están bien redactadas. No he hecho nada malo.

—Qué gran abogada —murmuró Frank, unas palabras que podrían haber sido un cumplido, pero que no pretendían serlo.

—Nunca he sido abogada —respondió Magda con un suspiro de cansancio—. Ya lo sabes.

«¿Por qué todo esto es tan difícil? ¿Por qué nos estamos peleando? Es como si estuviera discutiendo con un extraño, no hablando con mi más íntimo y viejo amigo».

Ella no quería pelearse con Frank, pero el hecho de que él estuviera más molesto por lo que había hecho que preocupado por lo que podría haberle pasado le resultaba doloroso.

—Solo utilicé el objeto para escapar de aquel hombre —aseguró—. Del hombre que acababa de matar a James. Si no lo hubiera usado, ahora no estaría aquí discutiendo contigo sobre semántica.

—Fue una exhibición demasiado pública… —se quejó Frank con voz algo lastimera.

—Uf, por Dios —gimió Magda casi para sí mientras negaba con la cabeza en un gesto de incredulidad.

La joven se levantó y se acercó a la fuente; el fondo de la garganta le ardía mientras intentaba reprimir la tristeza. Se concentró en el agua que goteaba y rebotaba contra sí misma.

«¿Qué le pasa? ¿Habría preferido que murieras con tal de que no volases? ¿Es eso lo mucho que significas para él?».

Volvía a chispear y los alfilerazos de la lluvia perforaban la superficie del estanque. Al otro lado de la fuente, los árboles cercanos se mecían con suavidad, las hojas doradas y verdes temblaban y susurraban. Varias de las personas que zigzagueaban por el parque en la distancia apretaron el paso debajo de sus respectivos paraguas, mientras que otras se pusieron la capucha y alzaron la cara hacia el cielo con fastidio. Magda oyó que Frank se ponía en pie —un gruñido y luego el roce del paraguas cuando lo levantó del banco—, pero se negó a girarse hacia él incluso cuando se acercó a ella y se detuvo junto a la fuente.

—Anoche hablé con Henrietta —anunció Magda, ahora consciente de que quería enfadar a Frank, consciente de que se estaba comportando como una cría, pero incapaz de evitarlo—. Me contó ciertas cosas.

El librero la miró de reojo, con las cejas arqueadas.

—¿Henrietta?

—Vino a verme —dijo Magda—. Por lo del vuelo en Hong Kong. Ella también lo había visto.

Frank asintió.

—Entiendo —dijo en tono apagado.

—Me contó ciertas cosas —repitió la joven.

—No me importa mucho lo que Henrietta diga o deje de decir.

—Me dijo que la historia que nos contaste sobre la Sociedad era falsa —continuó ella de todos modos—. Me dijo que era mentira.

Frank negó lentamente con la cabeza.

—La Sociedad no es una mentira.

—Me dijo que el Chifonier de Relojería está vacío.

El hombre dio un respingo por la sorpresa, pero mantuvo la mirada clavada en el frente. No respondió, pero Magda vio que movía los ojos con rapidez de un lado a otro.

—¡Frank, tienes que contármelo! —ordenó Magda, que lo agarró del brazo—. ¡En Hong Kong estuvieron a punto de matarme! ¡Merezco saber la verdad!

Su amigo se volvió hacia ella de repente, con los ojos en llamas, el rostro crispado y el ceño fruncido; una expresión de furia que Magda no le había visto nunca.

—Alguien tiene que ser responsable de las verdades que no pueden compartirse —le espetó—. Alguien tiene que ocupar el puesto más alto. Y ese soy yo hasta que muera. No es Henrietta ni eres tú, por poco que te guste. El hecho de que te quiera, Magda, no significa que tengas derecho a saberlo todo. ¡Hay cosas más importantes!

Las palabras y el visible enfado de Frank hicieron que la joven se tambaleara. Quería devolverle el ataque, arremeter contra él en

venganza por su aparente indiferencia hacia todo lo que había sufrido. ¿Tan poco le importaba? ¿De verdad se preocupaba más por un artefacto que por ella?

El anciano se sacó un pañuelo del bolsillo para enjugarse los ojos y sonarse la nariz.

—Dime la verdad: ¿la Sociedad posee algún artefacto mágico o no? —insistió Magda, que se negaba a dejar pasar el tema—. Sé que tenemos el dado, pero ¿hay algo más? ¿Es el único que custodiamos? Si le preguntara al dado si el Chifonier de Relojería guarda algún artefacto, ¿qué me contestaría, Frank?

El librero se quedó con la mirada perdida durante unos segundos.

—Quiero enseñarte algo —dijo al fin, aún sin volverse hacia ella.

Magda lo contempló mientras se metía una mano en el bolsillo. A continuación, Frank levantó la punta del paraguas para dirigir la atención de Magda hacia la gran actividad que los rodeaba, los perros que corrían y la gente que paseaba. Un grupo de cinco hombres cruzaba el parque de sur a norte; uno de ellos llevaba un balón de fútbol debajo del brazo, como si fueran a jugar un partido.

—Observa —dijo el anciano.

A lo lejos, el grupo de hombres continuaba avanzando por el césped charlando animadamente, mientras que, detrás de ellos, dos mujeres paseaban en dirección contraria bajo un paraguas compartido. Un corredor rebotaba sobre la hierba y una pareja de ancianos sentada en un banco seguía su progreso mientras hablaban entre ellos. Magda vio incluso a la anciana que empujaba la silla de ruedas, la que había pasado antes junto a ellos, alejándose del camino.

Y, entonces, todo se detuvo. Todas las personas que ella alcanzaba a ver se quedaron inmóviles de golpe, como en una película pausada.

La sorpresa le cortó la respiración. El grupo de hombres del balón y las dos mujeres se frenaron de golpe y a la vez. El corredor se quedó paralizado a media zancada y cayó de lado sobre el césped, donde yacía como un soldado de juguete volcado, con las piernas abiertas.

Pero el mundo no se detuvo: las hojas de los árboles seguían susurrando y la fuente seguía fluyendo. Los dos perros dejaron de correr, pero miraban a los humanos de pronto inmóviles a su alrededor como si estuvieran igual de sorprendidos que Magda.

—Observa —repitió Frank.

Los hombres del balón se dieron la vuelta al unísono y empezaron a desandar el camino por el que habían llegado con movimientos extrañamente lentos y poco naturales. Más allá, el paraguas de las dos mujeres cayó al suelo y ellas se pusieron frente a frente, se agarraron de las manos y comenzaron a bailar una danza lenta en el sendero, como una pareja de enamoradas.

—Frank —dijo Magda, que sintió que se le erizaba el cuero cabelludo mientras observaba la escena.

Levantó la mirada hacia él y se fijó en la expresión de concentración de su rostro.

—Mira —murmuró el hombre de nuevo—. He detenido el mundo, Magda. He obligado a la gente a obedecer mis órdenes.

El grupo de hombres se detuvo y se reorganizó para formar un corro. Parecían niños jugando en el patio del colegio: caminaban en círculos, unos detrás de otros, dando vueltas sin parar. Detrás de

ellos, las mujeres se separaron y se alejaron trotando en direcciones opuestas. El corredor seguía tumbado en la hierba, la pareja de ancianos permanecía inmóvil en el banco y la mujer que empujaba la silla de ruedas estaba paralizada en el sitio.

—Puedo hacer que continúen moviéndose hasta que se desplomen de puro agotamiento —dijo Frank con los dientes apretados.

—¡Para ya! —suplicó Magda.

—Puedo obligarlos a que sigan caminando hasta que mueran.

—¡Frank!

Lo agarró del brazo.

El librero dejó escapar una exhalación liberadora y, a lo lejos, los hombres del corro dejaron de moverse. Las dos mujeres redujeron la marcha hasta quedarse paradas y se dieron la vuelta para mirarse. Uno de los hombres se acuclilló y se llevó una mano a la cabeza; los otros cuatro se tambaleaban mientras intercambiaban alguna palabra y meneaban la cabeza. En el césped, el corredor estaba a cuatro patas, y la anciana de la silla de ruedas miraba a su alrededor con las manos en las mejillas, escandalizada.

—¿Qué has hecho, Frank? —preguntó Magda, horrorizada por lo que había visto, aterrorizada ante aquella demostración de fuerza bruta.

Frank se sacó la mano del bolsillo y abrió los dedos. En la palma tenía la pieza de ajedrez que Magda acababa de entregarle.

—He usado esto. He hecho magia. Este objeto puede controlar a las personas —respondió—. Cuando lo tengo en la mano, soy capaz de dominar todo el que vea. Puedo forzar a la gente a moverse como yo quiera. —Se acercó a ella y le clavó los ojos oscuros en la

cara mientras le decía en voz baja—: Es la primera vez que uso la pieza y he detenido el mundo, Magda. Imagina lo que podría hacer con práctica. Imagina lo que alguien con malas intenciones podría hacer con este artefacto.

La joven apartó la mirada de él para desviarla hacia el frente. En la distancia, los hombres aún se estaban recuperando; dos de ellos ayudaron al amigo acuclillado a ponerse en pie.

—Imagina lo que cualquier persona podría hacerle a un ejército si lo tuviera en sus manos —continuó Frank, tan cerca que Magda notaba su aliento en la mejilla. Ella lo miró de nuevo, atemorizada, y el librero negó con la cabeza al mismo tiempo que le apoyaba una mano en el hombro. A la chica le resultó paternalista, como si estuviera intentando hacerle entender algo complejo y que solo estaba al alcance de la comprensión de los adultos—. Imagina lo que podrían hacerle al mundo. En manos de la persona equivocada, ¡esta pieza de ajedrez es lo único que se necesita para destruirlo todo!

Aquel era un Frank al que Magda no había visto nunca, un hombre que conocía secretos oscuros y que los llevaba como una carga.

—La colección de la Sociedad está compuesta por muchos objetos —dijo—. El dado es solo uno de ellos. Esta pieza de ajedrez será otro. Pero hay muchos más, Magda. Muchos artefactos peligrosos y terribles. Y solo yo sé dónde están.

—Pero no están en el chifonier, ¿verdad?

Frank no dijo nada.

—¿Por qué? —preguntó la joven—. ¿Por qué solo tú?

—Porque ni siquiera los miembros de la Sociedad son dignos de confianza —respondió alzando la voz y con los ojos brillantes de ira —. ¿No te parece?

Magda quiso discutir, llevarle la contraria, pero se dio cuenta de que las acciones de Henrietta ya demostraban que Frank tenía razón. Henry intentó llevarse objetos del Chifonier de Relojería para usarlos sin que el librero lo supiera, pero se encontró con el mueble vacío.

—Nadie es verdaderamente digno de confianza, Magda —dijo Frank con las comisuras de los labios curvadas hacia abajo, lastradas por el peso de la amargura—. Lo sé por razones que tú nunca comprenderás.

Magda se sorprendió ante la certeza que demostraban sus palabras.

—¿Confías en mí?

Su amigo tardó mucho en responder.

—Confío en ti más que en cualquier otra persona —admitió—. Pero ya he depositado mi confianza en otra gente y nunca ha acabado bien.

—¿En quién? —quiso saber Magda.

Frank negó con la cabeza.

—Da igual —dijo evitando mirarla a la cara—. Confío en ti, y por eso serás tú quien reciba mi carta cuando me muera. Allí encontrarás todo lo que necesitas saber. Hasta entonces, solo sabrás lo que quiero que sepas y es lo que hay. —Se alejó varios pasos de la fuente—. Me voy —dijo volviendo la cabeza por encima del hombro—. No me gusta andar por la calle con un artefacto en mi poder.

—¿Convocarás una reunión? —le preguntó Magda mientras se alejaba.

Se dio la vuelta hacia ella.

—Ya te he dicho que sí.

Parecía molesto, puede que incluso herido, por el hecho de que no creyera en su palabra.

—¿Invitarás a Henrietta?

—Siempre la invito. —Su respuesta sorprendió a Magda—. Venir depende de ella.

La joven lo dejó marchar. Al otro lado del parque, los hombres que Frank había controlado también empezaban a alejarse, y a las dos mujeres ya no se las veía por ninguna parte. Magda tembló de nuevo al recordar cómo se había detenido el mundo, al pensar en ese horrible e increíble momento de quietud repentina durante el que su amigo había manipulado los movimientos de tantas personas con tanta facilidad.

El Frank con el que acababa de hablar era muy distinto al que ella llevaba en el corazón, al hombre que siempre estaba recostado en su sillón leyendo un libro, al hombre al que siempre se imaginaría como si lo viera a través del escaparate de Bell Street Books.

«¿Cómo ha sabido lo que era capaz de hacer la pieza de ajedrez? ¿Cómo lo ha sabido si no la había visto nunca?».

Aquellas preguntas, junto con la imagen de Frank leyendo en su sillón, le desbloquearon un recuerdo atrapado en lo más profundo de la mente, algo que supo en su día, pero que apartó como si fuera un detalle insignificante. Algo que solo su madre podía contarle.

Echó a andar a toda prisa en dirección a su casa.

A solas con los recuerdos

Ya en casa, Magda se quitó la ropa mojada, se secó y se puso un suave jersey de lana, unos pantalones de pijama y unos calcetines grandes y mullidos, el tipo de prendas cómodas que utilizaba durante los largos días de escritura. Desde su dormitorio, se dirigió directamente al estudio. El cielo plomizo hacía que el día resultara deprimente, así que encendió la lámpara del escritorio para alegrar un poco el ambiente.

El estudio era donde escribía sus novelas. Era una estancia cuadrada forrada de estanterías y con una ventana enorme que daba al jardín trasero. Tres de las estanterías estaban llenas de un montón de ejemplares de sus propias obras, pero el resto del espacio lo ocupaban los libros que su madre y ella acumularon a lo largo de los años. A Magda siempre le pareció perfecto que aquel fuera ahora el lugar donde escribía, donde hacía lo que más le gustaba del mundo.

Mientras estaba de pie junto al escritorio disfrutando de la vista que le ofrecía la ventana y del olor familiar de la habitación, recordó haber pensado en su siguiente novela mientras viajaba en el Star Ferry de Hong Kong. Ahora todo aquello le parecía muy lejano, un mundo distinto, en el que no había visto como mataban a un hombre de un disparo y en el que Frank seguía siendo una presencia tranquilizadora, aunque a veces un poco gruñona, en su vida.

«Qué rápido cambian las cosas. De pronto, lo familiar se vuelve ajeno. ¿Debería ser ese el tema de mi próxima novela? Una persona que cree saber muy bien en qué consiste su vida hasta que descubre que no tiene ni la menor idea».

Suspiró y paseó la vista por las estanterías. En el extremo más alejado, en una situada en la pared derecha, atisbó algo que hizo que se sintiera como si le diesen un puñetazo en el estómago, que la hizo toser hasta expulsar todo el aire de los pulmones: una colección de novelas gráficas de Tintín en un solo volumen. Se acercó, lo sacó y lo hojeó durante unos instantes mientras recorría los coloridos dibujos con la mirada y pensaba de nuevo en James.

Al instante, lo vio estampándose contra el cristal, cayendo al suelo. Tenía el cuerpo del hombre, inmóvil y tendido boca abajo, grabado en la memoria.

«Para, lo único que vas a conseguir es apenarte de nuevo».

Volvió a colocar el libro en su sitio y se concentró en el motivo por el que había regresado tan deprisa a su casa.

En la pared opuesta, en la balda superior de la estantería que tenía sobre el escritorio, aún conservaba los diarios de su madre. Tenía ocho volúmenes en total, ocho cuadernos de tapa dura de tamaño A4 que abarcaban toda la vida adulta de Imelda. El único que faltaba era el que esta llevaba consigo cuando murió, y a Magda aún le dolía que no lo recuperasen tras la caída de su madre. A menudo se preguntaba qué historias le habría contado aquel diario perdido, qué aventuras habría vivido su madre antes de morir.

Estiró los brazos, bajó los tres últimos volúmenes y acercó la silla para sentarse al escritorio bajo el cálido círculo de luz de la lámpara.

Empezó a pasar las páginas en busca de la entrada que recordaba con vaguedad.

Después de la muerte de su madre, ocurrida hacía diez años, Magda pasó días leyendo los diarios, deleitándose en los recuerdos que Imelda plasmó a lo largo de los años. Todos los cuadernos rebosaban textos escritos con letra clara, interrumpidos o rodeados por intrincados bocetos de lugares en los que Imelda estuvo y de otras cosas sin importancia, como una flor que creció en el jardín o un pícnic que Magda y sus amigos del colegio hicieron un día de verano. Incluso había dibujos que representaban a la propia Magda de bebé y de niña, una figurita cómica con una mata de pelo de un rojo intenso y con unas gafas en la cara. En algunos de sus escritos, su madre se refería a ella como «la pelirroja rechonchita» o «la enana revoltosa y cabezota». Durante el duelo tras el fallecimiento de Imelda, Magda se rio, a pesar de las lágrimas, al leer esas descripciones por primera vez. Nunca hojeó los diarios mientras Imelda estaba viva: ella no se lo propuso y a Magda jamás se le ocurrió invadir su privacidad. Sin embargo, después de la prematura muerte de su madre, esta quiso volver a escuchar su voz, aunque solo fuera en su mente. Así, se sumergió en ellos y leyó acerca de los largos paseos de Imelda por Londres, de las cenas que compartía con amigos y de los cuadros en los que trabajó en diversos momentos de su vida. Su madre también escribió sobre las vacaciones que las dos pasaron en Francia cuando Magda tenía solo diez años, el trayecto en ferri hasta Calais y las semanas que estuvo conduciendo sin rumbo fijo por la campiña francesa. Ella se había olvidado por completo de ese viaje y, cuando leyó las largas entradas del diario, recordó aquellos dorados días estivales, el olor

del pan crujiente y recién horneado y el primer sorbo de vino que probó de la copa de su madre en un restaurante campestre. Derramó lágrimas de felicidad y de pérdida, se regodeó en los dulces momentos que compartió con Imelda y se desesperó por la imposibilidad de volver a tenerlos.

Ahora, a solas en el estudio de la gran casa de su madre, mientras aún intentaba comprender su encuentro con Frank —por no hablar de todo lo ocurrido antes—, Magda se sentía absolutamente perdida; de repente, las certezas de su vida le parecían inconsistentes y poco fiables. Había acudido a los diarios en busca de una entrada específica que recordaba solo a medias, pero sumergirse en los escritos de Imelda la tranquilizó un poco, como el abrazo de Henrietta la noche anterior.

Hojeó las páginas del primer y el segundo volumen. Vio muchos recuerdos felices, le volvieron a la cabeza cosas que ya había olvidado, pero no encontraba lo que estaba buscando. Al fin, dio con ello en el tercer cuaderno, cuando iba más o menos por la mitad. Se trataba de un boceto en tinta negra que ocupaba la mayor parte de una de las páginas, un dibujo de Frank visto a través del escaparate de Bell Street Books, donde estaba sentado leyendo detrás del mostrador, tal como la propia Magda lo había visto hacía unos días, tal como solía pensar en él. Acarició el boceto de manera delicada con la yema de los dedos. Aquel era el Frank que ella conocía, en su librería, en su sillón, no el hombre enfadado al que había visto hacía un rato en Regent's Park, el hombre que había detenido el mundo para demostrar que tenía razón.

Desvió la mirada hacia el texto que rodeaba la imagen y leyó los recuerdos de su madre. Imelda visitó Bell Street Books de improviso

y sorprendió a Frank mientras este leía un viejo cuaderno lleno de dibujos y texto. Aquella imagen era la que su madre plasmó y, puesto que se molestó en hacerlo, estaba claro que debía de haberle parecido importante de algún modo.

> Vi a Frank junto al escaparate, sentado en su sillón. Estaba tan distraído que al principio no reparó en mi presencia, así que me dio tiempo a echarle un buen vistazo a lo que lo tenía tan absorto. Era una especie de cuaderno lleno de textos y dibujos y, mientras lo estudiaba, experimenté una sensación extraña, como si supiera que estaba viendo algo importante. Lo observé mientras pasaba unas cuantas páginas y, en cada una de ellas, había un dibujo de un objeto rodeado por un montón de texto escrito con tinta negra y densa. Atisbé un esbozo de lo que me pareció una navaja. Y había una página con la imagen de algún tipo de anillo. En la última hoja que vi antes de que Frank me descubriera, me pareció distinguir el dibujo de una pieza de ajedrez, una de esas con forma de castillo que se colocan en las esquinas al montar el tablero.

Magda levantó la vista del diario y la desvió hacia el cielo gris. Su memoria no la había traicionado: había un dibujo de una pieza de ajedrez en el libro que Frank estaba leyendo. ¿Por qué no lo había recordado antes?

«El cansancio, el desfase horario, la cabeza demasiado llena de James Wei. Escoge la razón que más te guste».

Devolvió la mirada al cuaderno para leer el resto de la entrada.

> Y entonces Frank me vio y adoptó una actitud muy esquiva. Para cuando entré en la tienda, el libro había desaparecido. Tardé un rato en conseguir que admitiera de qué se trataba: el Catálogo de la Sociedad (lo he convertido en nombre propio porque opino que lo merece), una descripción de todos los objetos que contiene el Chifonier de Relojería. ¡GUAU! Ni siquiera sabía que existía tal cosa. Cualquiera habría pensado que los demás miembros de la

> Sociedad lo conocíamos, pero Frank se puso muy raro cuando se lo comenté. No quiere que sepamos qué objetos mágicos guardamos bajo custodia. Le preocupa que nos sintamos tentados de jugar con ellos… Supongo que entiendo su punto de vista, pero, al mismo tiempo, quiero jugar con los objetos mágicos… Por otro lado, hay que tener en cuenta que el que estaba hojeando el Catálogo era el propio Frank, como si a él también le interesara jugar con ellos.

Magda se dejó caer contra el respaldo de la silla mientras asimilaba la información y descubría nuevos significados en aquella entrada.

Si existía un catálogo que describía todos los objetos que la Sociedad tenía en su poder y, además, ese catálogo incluía una pieza de ajedrez, ¿acaso todo aquello se debía a un simple olvido de Frank? Si no, ¿por qué la había enviado a Hong Kong?

Si la Sociedad ya tenía una torre, ¿la que ella había recuperado era un objeto mágico distinto? ¿O era la misma que aparecía en el catálogo?

¿O acaso el catálogo era una mentira? ¿Henrietta decía la verdad cuando afirmaba que el Chifonier de Relojería estaba vacío? Durante su encuentro con Frank, Magda había tenido la sensación de que este se lo confirmaba, pero no había respondido con claridad. Él nunca respondía de forma concluyente.

Mirara hacia donde mirase, Magda solo encontraba misterios y mentiras, y el librero era el único que tenía las respuestas.

Decidió que aquella tarde noche se enfrentaría a él. En la reunión de la Sociedad, lo obligaría a contárselo todo.

El hombre mariposa

(2010)

En El Cairo, un par de días antes de que se enterara de la existencia de la magia, Owen Maddox se reunió con Waverly Weir para hablar de su siguiente objetivo, un ciudadano británico jubilado que vivía en la ciudad.

Quedaron en un concurrido restaurante de *kushari* detrás del Museo Egipcio. Para hacerse pasar por turista, Owen se puso una camisa informal, unos pantalones chinos y unas gafas de sol. Weir se hizo pasar por nada y llegó vestido con su acostumbrado traje barato, cigarrillo en mano.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras miraba el plato de comida que Owen había empujado hacia él.

—*Kushari* —respondió este—. Una especialidad local. Pasta, lentejas y tomates, básicamente.

Weir ignoró la comida y le dio una calada a su cigarrillo.

El local estaba lleno de lugareños y el alboroto de las charlas y las discusiones amistosas retumbaba en su interior. Los ventiladores del techo agitaban el aire, pero no hacían gran cosa para contrarrestar el calor seco y sofocante. Fuera, el tráfico atascaba las calles, los coches, los minibuses y los camiones competían por el espacio tocando el claxon.

—El objetivo vive en una propiedad en Al-Darb al-Ahmar —explicó Weir—. Se trata de una de las partes más antiguas de la ciudad, si mi informe es correcto. Y siempre lo es.

Owen asintió una vez para indicar que estaba escuchando.

—La compró su hermano mayor —prosiguió Weir con los ojos clavados en la abarrotada calle del exterior. Owen siguió la mirada del hombre y vio que un par de niños esqueléticos cruzaban la carretera a toda velocidad colándose entre un minibús y un camión —. Empezó a reformarla para convertirla en una casa moderna, con una arquitectura ostentosa y llamativa. Debía de querer que saliera en alguna revista de lujo. Hace una década, cuando el hermano murió en aquel accidente aéreo de Etiopía, la propiedad pasó a manos del objetivo. Y, como a él se la soplaban esas cosas, paró todas las obras de la reforma. Vive allí solo desde entonces, así que nadie te estorbará.

Owen volvió a asentir mientras masticaba. Más tarde, le entregarían todos los detalles que necesitaba en su habitación del hotel Four Seasons, como de costumbre. El encuentro con su jefe era casi un sinsentido.

—Tiene que parecer que ha sido por causas naturales —prosiguió Weir, que se echó hacia delante sobre la mesa y se acercó tanto que Owen le olió el aliento a tabaco—. La Policía Local no investigará demasiado a fondo, les importa una mierda, así que no tienes que complicarte mucho. Basta con que no haya agujeros de bala ni heridas de arma blanca. No les des motivos para concluir que ha habido más causas que las naturales.

En la mayoría de las ocasiones, Owen mataba desde la distancia, pero el trabajo cuerpo a cuerpo no le disgustaba. Aunque era más

difícil, más exigente, en última instancia le resultaba más satisfactorio, precisamente por los retos que planteaba. Disparar a alguien desde la lejanía era sencillo. Asesinarlo cuando tenía la posibilidad de alcanzarte y defenderse era mucho más arduo.

—Entendido —dijo. Levantó la mirada del plato y vio que Weir lo miraba con los ojos entornados a través de la neblina del humo del cigarrillo—. ¿Qué?

—Nada —respondió el otro con una expresión más relajada—. Es que estoy cansado, creo. Por culpa de algunas de las mierdas con las que tengo que lidiar.

Sacudió la cabeza despacio y volvió a centrar su atención en la calle.

Owen se fijó en que aquello ocurría cada vez con más frecuencia desde hacía unos meses: Weir le hablaba como si fueran amigos, como si fuera alguien en quien confiar. No sabía qué se escondía detrás de aquella actitud, pero no le gustaba. No quería ser su amigo. No le apetecía mantener ningún tipo de relación personal con él y no necesitaba compañía. Era un hombre solitario y deseaba seguir siéndolo. Quería que le asignaran un trabajo y luego lo dejasen en paz para que lo llevara a cabo.

—¿Cuándo quieres que lo haga? —preguntó para retomar el tema.

Su interlocutor se encogió de hombros al mismo tiempo que expulsaba una bocanada de humo.

—A finales de esta semana, la semana que viene. Pronto. Cuando creas que estás preparado.

Se dedicaría un par de días a estudiar la ubicación antes de decidir el enfoque y el método. Primero planificar, luego actuar, como siempre.

—Una cosa más —añadió el hombre, que apagó el cigarrillo en el cenicero de la mesa—. No te sorprendas si reconoces al objetivo.

Owen esperó la explicación que notaba que estaba desesperado por darle.

—Antes era político —continuó Weir—. Su cara salió durante un tiempo en los periódicos de su país, cuando formaba parte del Gobierno. Pero eso fue hace años. Ahora no es más que una vergüenza. Y está celebrando reuniones que no debería celebrar de ningún modo.

Owen arqueó las cejas mientras masticaba; era su manera de hacer una pregunta.

—Me refiero a los putos iraníes —respondió Weir—. Este hombre conoce demasiados secretos como para reunirse con gente así.

El distrito de Al-Darb al-Ahmar, en El Cairo, era un barrio bullicioso de callejuelas estrechas y tortuosas que se abrían paso entre edificios altos del color de la arena y la luz del sol. El aire era cálido y polvoriento, y siempre había algún tipo de ruido de fondo que perturbaba la paz: cláxones y motores de coche que rugían o la llamada a la oración desde las mezquitas, aflautada y trémula. Los hombres sentados en las mesas que había delante de las cafeterías fumaban en narguile y observaban a Owen con los ojos entornados cuando pasaba ante ellos, mientras que, por encima de las calles empedradas y los toldos coloridos, las mujeres y las jóvenes se asomaban a las ventanas estrechas para cotillear y reír. La gente lo miraba, pero nunca durante mucho tiempo. Llevaba una bolsa con la cámara que había comprado en una tienda de electrónica cercana al

hotel y, de vez en cuando, se detenía y sacaba unas cuantas fotos al azar. No era el primer fotógrafo que veían las gentes de aquellas calles.

Encontró la casa del objetivo en una esquina en la que una travesía angosta giraba hacia la izquierda y se ensanchaba hasta convertirse en una calle. Era un edificio de piedra del siglo xii, parcialmente renovado, formado por una sección de una sola planta y con el tejado plano —que, según el informe de Owen, en su día fue una panadería— y una construcción de cuatro plantas conectada a la anterior, con postigos de madera en las ventanas y una enorme puerta en forma de arco fabricada con gruesas tablas de madera oscura.

Owen se acuclilló al final de la calle, junto a una vieja máquina expendedora de Coca-Cola que custodiaba una puerta con la persiana echada, y estudió la casa a través del visor de la cámara. Pensó que no le costaría forzar la cerradura de la puerta si fuera necesario, pero estaría expuesto durante todo el tiempo que le llevara hacerlo: en plena calle y sin ningún tipo de cobertura. Pensó en otras formas de entrar en la propiedad y levantó los ojos hacia el tejado plano de la panadería, hacia las ventanas de ese lado del edificio de cuatro plantas, que tenían los postigos cerrados. Owen sabía que la gente se preocupaba mucho por la seguridad de la puerta delantera, pero que no solía fijarse mucho en la de las ventanas, sobre todo en el caso de las de los pisos superiores.

Durante el resto de la tarde, mientras el sol naranja brillaba en el cielo, el hombre se dedicó a trazar posibles rutas por los tejados. Encontró un punto de acceso a varias calles de distancia, una escalera que trepaba por el lateral de un edificio de dos pisos. La

entrada de la escalera estaba protegida por una verja con un candado, pero estaba oculta a la vista, en una calle mucho más estrecha y detrás de unos contenedores de basura malolientes. Sería capaz de forzar el candado en cuestión de segundos sin que nadie lo viera. El plan estaba listo.

Pasó el día siguiente relajándose y bañándose en la piscina del hotel, y luego se aventuró a salir a dar un paseo de una hora por El Cairo para disfrutar del ajetreo y el bullicio, del olor a falafel caliente y a café, de los colores vivos de un concurrido mercado en el que los lugareños se chocaban con los turistas. Después, volvió a su habitación, se duchó y durmió hasta las once para asegurarse de que estaba descansado. A medianoche, ya estaba de nuevo junto a la escalera cerrada tras los contenedores de basura, donde tardó menos de un minuto en abrir el viejo candado. Las bisagras de la verja chirriaron cuando la empujó, así que Owen se quedó quieto, atento a cualquier reacción, pero la calle permaneció en silencio. Subió las escaleras deprisa, sin hacer ruido, y pasó ante dos puertas, una en cada piso, antes de llegar a la parte superior del edificio. Contempló la vista de El Cairo que se extendía ante él: minaretes, la cúpula de la cercana mezquita —iluminada y resplandeciente contra el cielo nocturno— y tejados planos por todos lados, además de cuerdas de tender, antenas parabólicas oxidadas y mesas y sillas viejas. A continuación, echó a correr como un gato, avanzó a toda velocidad por el batiburrillo de tejados rodando sobre los muros de separación y saltando para salvar la distancia abismal de los callejones. A través de las ventanas, oyó televisores, conversaciones y lo que le parecieron los gritos de una mujer en algún lugar de más

abajo, pero nadie lo vio y él no hizo ningún ruido que llamara la atención.

Tardó diez minutos en llegar a la azotea plana de la panadería. En aquel lado del edificio más alto había dos ventanas y, aunque una se encontraba muy arriba, en el último piso, la segunda estaba en el primero, de manera que el borde inferior de los postigos le quedaba a la altura de la cintura. Las contraventanas solo estaban aseguradas por un pestillo situado en la parte interior, a media altura. Owen metió un cuchillo entre las dos hojas, lo movió como si lo estuviera deslizando entre las costillas de una víctima y levantó el pestillo. Luego, se encaramó al alféizar y pasó las piernas hacia dentro, tras lo cual cerró los postigos a su espalda. Ya estaba en la casa. Primero planear, luego, actuar; siempre.

Se encontraba en una habitación vacía, con el suelo de baldosas y sin más muebles que una mesa de madera apoyada en la pared lateral. Se acercó a la puerta y, a través de la rendija que abrió, vio una escalera de piedra que ascendía por las cuatro plantas del edificio. No oyó ningún ruido, no detectó ninguna actividad. Todo estaba en silencio. Salió de la habitación y empezó a subir mientras abría todas las puertas y se asomaba a las habitaciones vacías y polvorientas, todas ellas con los postigos cerrados al mundo exterior. Le dio la sensación de que la propiedad había sido despojada de todas sus pertenencias y ahora era poco más que un cascarón, un lugar triste y desprovisto de cualquier atisbo de vida.

En el último piso había más señales de vida. La primera estancia tenía dos sillas rodeadas de cajas de madera y baúles. La segunda parecía una cocina, pues había una vieja cocina eléctrica y olía a comida podrida. Allí, las ventanas estaban abiertas a la noche de El

Cairo y las moscas zumbaban mientras picoteaban unos restos de comida desechada.

Tras la tercera puerta del pasillo, en una habitación iluminada por un rayo de luna que se colaba a través de las contraventanas abiertas, encontró a su objetivo. Una figura yacía en un colchón tirado sobre las maderas desnudas del suelo, rodeada de botellas de vodka vacías y olvidadas. La cara del hombre era toda ángulos y huecos a la luz de la luna, el rostro de un cadáver bajo una maraña desaliñada de pelo gris. Miraba hacia la ventana, como si estuviera soñando o muerto, pero una especie de cambio en la atmósfera, o quizá un presentimiento, debió de alertarlo de la presencia de un extraño, y entonces volvió la cabeza sobre la almohada, con los ojos abiertos como platos. Owen esperaba un chillido o un grito de ira; en cambio, la boca del cadáver se curvó en un rictus sonriente y una carcajada débil se le escapó de entre los labios.

—¿Quién eres? —preguntó entre risas.

Owen entró en la habitación y paseó la mirada por el espacio oscuro. Había una puerta a la izquierda —un olor agrio revelaba que se trataba de un baño—, y un espejo viejo y resquebrajado, apoyado contra la pared opuesta a la cama, reflejaba en diagonal el rayo de luz de luna. Notó que el cálido aire nocturno de El Cairo entraba por la ventana abierta, pero que no bastaba para disipar el persistente tufo a sudor, orina y alcohol rancio.

—Ah, ya entiendo —dijo el hombre tras llegar a algún tipo de conclusión que le secó la risa—. Has venido a matarme, ¿no? ¿Te da miedo que revele lo que sé?

Owen aprovechó la oportunidad para estudiar su rostro, y concluyó que no reconocía al objetivo. Sin embargo, se dio cuenta

de que en otro tiempo tuvo que ser un hombre guapo, antes de la adicción que ahora lo tenía atrapado entre sus garras. También se percató de que, a pesar de que no sabía nada de él, lo detestaba: era un ejemplo viviente de debilidad, de indisciplina. Aquel hombre era un adicto, al igual que lo fue su propio padre.

—Supongo que me he convertido en un lastre —reflexionó el hombre, que volvió a mirar hacia la ventana—. Era de esperar. No les gusta que acepte dinero de los iraníes, ¿verdad? Bien, no tendría que hacerlo si me pagaran lo que me deben.

Owen se encaminó hacia la cama, las tablas del suelo crujieron bajo su peso mientras se planteaba si le bastaría con agarrar al hombre y arrojarlo por la ventana contra el suelo empedrado. Pero era muy posible que una caída así no lo matara. Era mejor asegurarse. Entonces pensó en asfixiarlo. Se acercó más a la cama y escudriñó la fina almohada que el objetivo tenía debajo de la cabeza.

—¡Espera, espera, espera! —suplicó el hombre, que levantó una mano a toda velocidad, con los ojos repentinamente desorbitados de pánico. Owen dudó, sorprendido por la rapidez del movimiento, por la súbita fuerza de su miedo—. Te propongo un trato —resolló. Las palabras le brotaron a borbotones—. Tú me perdonas la vida… y yo te doy el objeto más valioso del mundo.

—¿El objeto más valioso del mundo? —preguntó el otro en voz baja para seguirle el juego, para darle una satisfacción durante los últimos instantes de su vida.

El hombre se incorporó hasta quedar sentado, tendió una mano hacia Owen y le agarró la tela de los pantalones como un pordiosero que mendiga unas migajas.

—Magia —dijo el objetivo con la voz apagada y los ojos alucinados —. La magia existe. Y puedo darte un objeto mágico.

Owen bajó la mirada hacia su víctima, que no lo había impresionado.

El hombre tiró de una cadena que le colgaba del cuello y se sacó un frasquito de plata de debajo de la camisa andrajosa.

—¡Esto! —dijo en un susurro ronco—. Esto es… ¡Es magia!

El asesino estudió el frasco: era del tamaño de un chupito, un minúsculo recipiente de plata que pendía de una cadena y no tenía capacidad para más de uno o dos tragos de líquido.

—¡Fíjate! —suplicó el hombre—. Espera, por favor.

Con las manos temblorosas y frenéticas, desenroscó la tapa del frasco haciendo que la cadena tintineara ligeramente contra la plata y, luego, volcó el recipiente para que el contenido se derramara sobre el colchón. El líquido era transparente y emitió un golpeteo leve al verterse entre sus muslos. Owen lo observó mientras esperaba a que el flujo se redujera a un goteo, a que se detuviese. No obstante, el líquido seguía cayendo, un chorro constante y transparente que no mostraba señales de agotarse.

Al cabo de treinta segundos, se dio cuenta de que estaba frunciendo el ceño. Cuando el hombre de la cama sonrió, le pareció que tenía una mirada calculadora, menos aterrorizada que hacía unos momentos.

—¿Ves? —dijo, y en su voz había un tono de «te lo dije» triunfante —. Magia.

Owen se quedó mirando el chorro constante de líquido y su mente se sumió en un silencio poco habitual. Lo que estaba presenciando no era posible. Tenía que tratarse de algún tipo de truco.

—Da igual cuánto bebas, nunca se acaba —explicó el hombre—. Pero, cuando bebes… ¡Ay, cuando bebes…! —Cerró los ojos un instante, como envuelto en un momento de éxtasis—. Se te abren todos los sentidos. Sientes cosas que jamás experimentarías de otro modo. Ves cosas que no puedes ver de ninguna otra manera. Con este frasco, eres capaz de hacer cosas increíbles: ver la verdad y las mentiras… Ser poderoso. Y puedes quedártelo, amigo mío… Lo único que tienes que hacer es dejarme vivir.

Owen no apartaba la vista del fluido que continuaba brotando del frasco. Aquello era un sinsentido absoluto. Era imposible.

Se agachó y le arrebató el frasco al objetivo, que se lo entregó sin oponer resistencia y retrocedió sobre el colchón hasta chocar contra la pared. Inspeccionó el objeto en busca del truco. Porque tenía que ser un truco, ¿verdad? El recipiente pesaba más de lo que esperaba y le resultó extraño al tacto: era demasiado sólido y denso, y mirarlo lo inquietaba de una forma que no alcanzaba a comprender. Se lo llevó a la nariz y olfateó el contenido, pero no desprendía ningún olor. Luego, se apartó del repugnante colchón hacia la luz de la luna y volvió a darle la vuelta al frasco para verter el líquido sobre el suelo de madera cubierto de polvo. Lo observó en silencio mientras un enorme abismo de asombro se le abría en la mente.

¿Cómo era posible? ¿Cómo iba a estar un frasco infinitamente lleno de líquido?

—¿De dónde lo has sacado? —le preguntó al hombre, tan alterado por lo que estaba experimentando que se olvidó de susurrar.

—Lleva años en poder de mi familia —le contestó. Owen se volvió hacia el colchón y vio que el hombre tenía la mirada clavada en el

chorro de líquido—. Es un pequeño secreto. Ahora soy el único que queda.

El objetivo miró a Owen a los ojos y esbozó una sonrisa que dejó al descubierto unos dientes desiguales y manchados.

—Deberías probarlo —dijo. Era un reto, un desafío—. Es mágico.

—¿Veneno? —sugirió el asesino—. ¿Crees que soy tan tonto como para bebérmelo?

El hombre suspiró y cerró los ojos, como si lo hubiera derrotado.

—Sí, eso es, pedazo de estúpido. Es un frasco mágico de veneno. Ese es el objeto por el que me he arruinado la vida.

Owen se enfureció por dentro. En el desprecio de su voz, vio los restos de lo que el objetivo fue una vez, de la autoridad y el poder que ostentó.

—Mátame si quieres —murmuró entonces—. La verdad es que ya no me importa una mierda.

El asesino estaba nervioso por culpa del frasco y su líquido imposible, por culpa de aquel hombre que se creía mejor que él, a pesar de que estaba sentado en un colchón manchado de pis. Así que se llevó el frasco a la boca, echó la cabeza hacia atrás y bebió un sorbo. Notó el líquido fresco en los labios y sedoso como el aceite cuando le pasó sobre la lengua.

En el colchón, el hombre volvió a sonreír.

—Bien hecho —murmuró—. Ahora todo cambia.

Sin embargo, no pasó nada. Owen ya estaba a punto de tirar el frasco a un lado y de acabar con aquella situación de una vez para siempre cuando, de pronto, todo se transformó. Le pareció el estallido de un fuego artificial en una noche oscura y silenciosa.

Sus sentidos entraron en erupción, unos colores imposibles le inundaron la vista y los sonidos de la ciudad empezaron a retumbarle como una orquesta en los oídos. Fue como si alguien subiera al máximo el volumen y el brillo de un televisor sin avisarlo. Ahogó un grito de sorpresa y dio un paso atrás al mismo tiempo que extendía los brazos para mantener el equilibrio. Al mirar al hombre del colchón, sintió todo lo que este pensaba y temía. Vio su pánico, su desesperado deseo de aferrarse a los lamentables restos de su vida, pero también su agotamiento por aquello en lo que se había convertido y su pena por la vida que había perdido. Veía todo aquello detrás del hombre, en un remolino de colores vivos que parecían las alas de una mariposa exótica: iridiscentes, pero tan finas como el papel de seda. Era precioso.

—No me jodas —murmuró, y su propia voz se hizo visible, serpenteó por el aire y cruzó la habitación; era como si tuviera la capacidad de ver las ondas sonoras alterando la oscuridad.

Se volvió sobre sí mismo y se miró en el espejo de cuerpo entero apoyado contra la pared. Vio sus propias alas a su espalda, las texturas y los tonos complejos y cambiantes, como un caleidoscopio que brillaba con intensidad en la penumbra y centelleaba allá donde rozaba la luz de la luna. Distinguió todos los colores que había conocido en su vida y algunos que no había visto nunca.

—Ves las alas, ¿verdad? —susurró el hombre—. Todo el mundo las tiene. Creo que son el alma. El frasco te permite ver tu alma. Y la de todos los demás.

El asesino contempló los muchos colores que se le arremolinaban como el humo en las alas, boquiabierto ante la belleza de todo aquello. Vislumbró manchas densas y oscuras —rojos intensos,

negros y púrpuras— y supo que aquellos colores eran todas las personas que había matado, las marcas que todas las muertes de las que era responsable le habían dejado en el alma. Lo sabía del mismo modo que sabía ver y oír: ahora tenía un sentido nuevo, un sentido que el agua del frasco había despertado en él.

—Ver con los ojos abiertos… es adictivo —murmuró el hombre desde la cama, y Owen lo miró a través del espejo. Las alas del objetivo eran mucho más delgadas y menos vibrantes que las suyas —. Cuando bebes del frasco, las dichas de la vida se multiplican. Prueba a comer, beber o follar con un trago de eso en el estómago… —Se le escapó otra risita atiplada—. ¡Jamás conocerás un placer así!

Owen echó un brazo hacia atrás y observó su reflejo mientras acariciaba con una mano el arcoíris que lo seguía como una estela. Tuvo la sensación de pasar los dedos por una superficie de agua poco profunda.

—Increíble —murmuró, y oyó la música de su propia voz humana, volvió a ver las ondas sonoras que rizaban el aire.

Se pasó la cadena del frasco por encima de la cabeza para tomar posesión del objeto. Quería volver a beber de él. Quería ver cómo era la vida con los ojos abiertos, con aquel nuevo sentido.

—¡Sí! —susurró el hombre del colchón, y Owen vio que las alas se le estremecían de placer o alivio—. ¡Quédatelo! ¡Es tuyo!

Dio dos palmadas, como un niño entusiasmado.

Le habían ordenado que hiciese que pareciera un accidente, pero en aquel momento las órdenes le daban igual. En aquel instante, quería saber qué ocurriría, qué experimentaría con sus nuevos sentidos. Se acercó al colchón con paso firme, agarró al objetivo por el pelo y le tiró de la cabeza hacia atrás con violencia. Un estallido

de desconcierto, con su correspondiente ondulación de colores en las alas, inundó los ojos del hombre, que después se llenaron con la sorpresa y el terror de la comprensión y se abrieron como los faros de un coche en la oscuridad cuando sacó la navaja y se la deslizó por la garganta.

Owen retrocedió a toda prisa para evitar en lo posible las salpicaduras de la vida de la víctima, que escapaba por la herida en forma de chorros rojos y viscosos. El hombre gorgoteó, con una mano huesuda en el cuello, y se desplomó sobre el colchón, donde se revolcó en un charco de su propia sangre hasta quedar inmóvil.

El asesino observó y esperó y, por fin, la vida abandonó los ojos del objetivo. Casi inmediatamente después, las alas que tenía a la espalda parpadearon hasta desaparecer. Un segundo más tarde, se produjo una explosión de luz en el aire por encima del cadáver, una fuente brillante y viva que era lo más bello que Owen había visto en su vida. Un «¡Oh!» de asombro le brotó de los labios mientras la contemplaba; luego, sintió que sus propias alas de mariposa destellaban y palpitaban y, cuando volvió la cabeza hacia el espejo, las vio parpadear a toda velocidad como las luces de una atracción de feria.

La fuente de colores del cadáver se dispersó y se atenuó cuando el alma del hombre se encaminó hacia su destino. Sin embargo, una parte de ella, una parte del color, se fusionó con las alas de Owen: otra alma, otro recuerdo para su colección.

Gimió de forma audible mientras todo el cuerpo se le estremecía de placer.

Cuando una semana más tarde Owen se reunió con Waverly Weir en una *brasserie* de París para informarle sobre el trabajo, bebió un trago del frasco antes de que su acompañante llegara.

—Tienes un aspecto extraño —comentó Weir mientras desplegaba la servilleta para colocársela en el regazo.

El otro inclinó la cabeza y estudió las alas del hombre.

—Ah, ¿sí? —respondió.

Gracias a sus sentidos aguzados, veía a Weir mejor de lo que lo había visto nunca. Distinguía las mentiras y la cobardía como tonos blancos y de un azul frío en sus alas, colores que temblaban como un niño asustado esperando a recibir un golpe. Era un hombre en el que no se podía confiar, un hombre que lo estaba utilizando a sabiendas de que su utilidad tenía fecha de caducidad. Owen veía los planes que se iban formando en la mente de Weir, eran unas líneas complejas, negras y grises, que le recorrían las alas como si fueran venas. Esas líneas se desplazaban y conectaban, continuaban elaborando estrategias mientras él las contemplaba.

Weir le habló de Egipto, le expresó su disgusto por que no hiciera que el asesinato pareciese un accidente, y Owen se percató de la intensidad de su descontento al vérselo en las alas, y no en el rostro.

—Lo siento —se disculpó, e inclinó la cabeza para observar las alas de Weir, que untaba un panecillo con mantequilla—. Te lo compensaré la próxima vez, lo prometo. Todavía tenemos por delante una larga y productiva colaboración, tiempo más que de sobra para enmendarlo.

El hombre sonrió.

—Eso es cierto —dijo, concentrado en su panecillo—. Una larga y productiva colaboración.

El tono violeta del engaño le titiló en las alas y Owen supo que la colaboración había terminado.

La siguiente vez que lo vio fue en un aparcamiento del centro de Londres. Weir ni siquiera esperaba encontrárselo, pero Owen Maddox lo sumó a las alas de color que llevaba consigo.

Fue entonces cuando cruzó el océano para escapar del Gobierno para el que trabajó durante tanto tiempo. Pasó diez años vendiendo sus servicios, añadiendo a cada víctima que se cobraba a los colores que lo seguían a todas partes, pintándose las alas de mariposa. Con los sentidos que el frasco le despertaba, cada asesinato se convertía en una obra de arte, en la mejor comida o en la pieza musical más exquisita.

Cuando pensaba en el hombre de El Cairo, cosa que hacía a menudo, por lo general cuando no tenía la mente ocupada con tareas o planes, Owen entendía por qué acabó de aquella manera. El frasco era adictivo. Hacía que todas las experiencias fueran tan intensas y placenteras como las de la droga más potente. Por eso le resultaba imposible no llevar el frasco encima en todo momento. Pero sabía que la diferencia entre él y otras personas —como el hombre de El Cairo, Waverly Weir con los cigarrillos o incluso su propio padre con el alcohol— era la fuerza de voluntad y la disciplina. Él se negaba a ser débil; estaba decidido a no terminar sus días solo y delirando en una habitación sucia. Se negaba a sucumbir a la tentación, de manera que se restringió el uso del frasco a los momentos de trabajo: cuando enviaba a alguien a la siguiente vida, las alas de mariposa se le desplegaban a la espalda.

No necesitaba usar el frasco constantemente, siempre y cuando pudiera saborear su contenido de vez en cuando.

Y aquello le funcionó bien, hasta el día en el que un hombre que no podía morir le robó el frasco y Owen perdió la capacidad de ver y sentir sus hermosas alas de mariposa.

La Sociedad de los Objetos

Extraordinarios se reúne

Magda se detuvo ante el Chifonier de Relojería para admirar los detalles de la pieza. La veta de la madera pulida era hermosa, como la parte posterior de un violín caro, y los refinados números dorados de los cajones le guiñaban el ojo cuando reflejaban la luz. Quienquiera que lo construyera tuvo que conocer su propósito; seguro que era consciente de que era algo más que un simple mueble. Aquel chifonier estaba diseñado para contener milagros.

«Pero ¿los contiene?».

La joven negó con la cabeza; seguía sin tener clara la respuesta.

Acudir al encuentro de aquella tarde le produjo una sensación diferente. Por lo general, se dirigía a las reuniones de la Sociedad con paso alegre, rebosante de emoción por los secretos que conocía. Aquel día, tenía el corazón encogido y el ánimo agriado por el recuerdo de la discusión que había mantenido con Frank hacía unas horas, por lo que este había hecho con la pieza de ajedrez. Al llegar a Bell Street Books, se lo encontró hablando con un cliente, sonriendo y asintiendo con la cabeza desde detrás del escritorio, donde se hallaba de pie y con los brazos cruzados. Eso permitió que Magda consiguiera evitar cualquier tipo de conversación durante unos minutos más. Lo saludó con un gesto rápido y se encaminó directamente hacia la puerta que llevaba a las escaleras.

En el sótano, se preparó un té mientras las preguntas le daban vueltas en la cabeza del mismo modo que el vapor del hervidor de agua se arremolinaba en el aire, y luego se sentó un rato a la mesa a la espera de que comenzara la reunión. Se sorprendió pensando de nuevo en James, en las pocas horas que pasaron juntos, y en el hombre que disparó contra él. Su miedo a este último había ido disminuyendo con el paso de las horas, pero todavía seguía ahí, como un zumbido de fondo, como el ruido del motor de un coche en un viaje largo.

«¿Y si te está vigilando? ¿Y si cuando salgas de la tienda te está esperando y te pega un tiro?».

Intentó dominar sus miedos, someterlos. El hombre no sabía cómo se llamaba y no tenía forma de averiguar dónde vivía. Estaba al otro lado del planeta.

Cuando su nerviosismo pudo más que ella, se levantó de la mesa y se acercó a la estantería que había delante del hueco oculto. La desbloqueó para enfrentarse al Chifonier de Relojería por primera vez desde hacía varios años. Solo lo vio abierto en una ocasión, durante su primera reunión, pero, desde entonces, dejó el hueco oculto al descubierto en varias ocasiones para admirar el mueble y soñar con lo que creía que había dentro.

—Precioso, pero ¿estás vacío? —le preguntó al mueble.

Este no respondió, sino que mantuvo su silencio orgulloso.

Suspiró con pesadez y miró el reloj que había en uno de los estantes. Habían pasado diez minutos desde la supuesta hora de inicio de la reunión y Will aún no llegaba. No era propio de él. Magda se preocupó por lo que aquello significaba. Y la decepción, aunque no la sorpresa, le inundó el corazón cuando llegó a la conclusión de

que Henrietta tampoco iba a acudir. Se había hecho muchas ilusiones. Sacudió la cabeza, bebió un sorbo de té y, entonces, oyó que Frank bajaba las escaleras arrastrando los pies.

El anciano entró en el sótano y se quedó parado en el umbral un segundo para mirar el móvil.

—Will no viene —dijo al fin.

—¿Qué? —preguntó Magda.

La noticia la sorprendió, pero también se sintió aliviada por que el relojero diera señales de vida. Su fértil imaginación no paraba de evocar la gran variedad de cosas horribles que podrían haberle ocurrido.

Frank cerró la puerta de la escalera y se acercó a la mesa para unirse a ella.

—Ha contestado a mi mensaje sobre la reunión.

Le pasó el teléfono.

Magda leyó el intercambio de mensajes: la habitual convocatoria de Frank a una reunión y, a continuación, la respuesta de Will, que había llegado hacía solo quince minutos.

—«No voy a ir esta tarde —leyó Magda con los ojos entrecerrados —. No quiero seguir siendo miembro de la Sociedad. Por favor, busca a alguien que ocupe mi lugar y no vuelvas a ponerte en contacto conmigo. En cualquier caso, puedes estar seguro de que tus secretos están a salvo conmigo. Saludos, Will».

—Sí —dijo Frank mientras asentía despacio.

—¿Por qué? —preguntó la joven al mismo tiempo que le devolvía el móvil.

—La verdad es que no lo sé —reconoció, y a Magda le dio la sensación de que estaba perdido, como si acabara de despertarse y

aún se encontrara en esos breves segundos de desorientación previos a recordar dónde estaba y por qué—. Quizá se deba a algo que he hecho. Parece que últimamente cometo errores por doquier.

Se sentaron a la mesa y, durante unos momentos, compartieron un silencio incómodo en el que solo se oía el zumbido del frigorífico. Después, Frank se metió la mano en un bolsillo y sacó la pieza de ajedrez. La posó sobre la mesa, entre ambos. Magda la miró fijamente, mordiéndose el labio. Atraía su mirada, exigía su atención. Cuando volvió a fijarse en Frank, este la estaba observando desde debajo de sus cejas pobladas.

—¿Quieres un té? —le preguntó ella para tratar de hacer las paces —. ¿Café? ¿Galletas baratas?

Pasó un momento, un momento de incertidumbre, y entonces Frank sonrió y su expresión seria se relajó hasta convertirse en algo más cálido, más familiar. Al instante, Magda se sintió más a gusto que en cualquier otro momento desde que entró en la tienda aquella tarde.

—Una botella de algo dulce y con gas me vendría de perlas.

La joven sacó una botella de Coca-Cola de la pequeña nevera. Utilizó el abrebotellas para quitarle la chapa y luego volvió a la mesa. Frank cogió el refresco y bebió un buen trago. Luego, se quedó mirando la bebida y su sonrisa se desvaneció.

—Me gustaría saber por qué Will ha decidido no venir. —Era obvio que no se quitaba el tema de la cabeza—. ¿Por qué hoy?

—Henrietta tampoco está aquí —señaló Magda, pero el hombre le restó importancia al comentario sin pensarlo mucho.

—¿Es a esto a lo que ha quedado reducida la Sociedad? —se preguntó mientras paseaba la mirada por la habitación del sótano—.

¿Somos solo tú y yo?

Magda no supo qué decir.

—Si lo hubiera sabido, podríamos haber celebrado la reunión en el parque esta tarde.

La miró de reojo, como si estuviera tanteando el tema para ver hasta qué punto era delicado.

—Diría que así ha sido —dijo Magda—. Más o menos. Desde luego, se han discutido varios asuntos.

Frank apretó los labios, pensativo.

—Supongo que deberíamos comenzar. —Rozó la torre con el dedo índice, como un jugador de ajedrez que reflexiona sobre un movimiento—. Esto hay que guardarlo en algún lugar seguro.

—Quiero preguntarte una cosa. —Magda interrumpió el hilo de pensamiento del librero—. No he parado de pensar en ello en toda la tarde, desde que nos separamos. No paro de darle vueltas. Bueno, hay muchas cosas a las que no puedo dejar de dar vueltas, pero quiero preguntarte sobre una en concreto.

Frank levantó la mirada hacia ella, sin invitarla a hacerle la pregunta, pero sin prohibírselo.

—Cuando estábamos en el parque, ¿cómo has sabido lo que hacía la pieza de ajedrez? —Señaló la torre con la cabeza—. La has usado sin dudar, como si supieras lo que haría. No has tenido que experimentar, lo has hecho y punto. Pero llevaba años en Hong Kong, así que es imposible que la vieras antes, ¿no?

Frank desvió la mirada hacia la torre y frunció ligeramente los labios.

«No va a responderte, ¿verdad? Está evitando la pregunta».

—Frank —insistió dando golpecitos sobre la mesa hasta que el hombre la miró—. Ahora tienes que responder a las preguntas. Solo quedamos tú y yo. No sé por qué lo habrá hecho Will, pero Henrietta dejó de venir porque nunca respondías a sus preguntas.

El librero tomó una gran bocanada de aire trémulo y luego lo soltó todo en un suspiro.

—Sí.

—¿Sí, qué, Frank?

—Te pido perdón por lo de esta tarde en el parque. —Magda vio que los labios se le curvaban de golpe hacia abajo, casi como un gesto de dolor ante el recuerdo de lo que había hecho—. Siento haber utilizado el objeto. Ha sido una estupidez por mi parte. —Le lanzó una mirada rápida a la joven, levantó la vista y la desvió enseguida—. También siento que nos hayamos enfadado de esa manera. No me gusta nada que estemos así.

—A mí tampoco —admitió Magda en voz baja.

Frank bebió otro trago largo de Coca-Cola y luego dejó la botella en la mesa.

—Parece que he perdido a las personas más cercanas a mí —reflexionó en voz baja, y giró la cabeza para mirar hacia la puerta—. Primero a Henrietta y ahora a Will. Y, antes, a tu madre.

A Magda no le gustó lo sentimental que se había puesto de repente. Era algo muy poco propio de Frank. Ella lo conocía como un hombre gruñón o casi infantilmente excitable, pero nunca autocompasivo. Cuando volvió a mirarla, le pareció que tenía los ojos húmedos.

—No quiero perderte a ti también, Magda.

Ella le agarró la mano y se la apretó.

—No voy a irme a ninguna parte, no se trata de eso.

—Sé que quieres saber cosas —continuó el anciano, que apartó la mirada como si las lágrimas que le inundaban los ojos lo avergonzaran—. Y yo también quiero que las sepas, pero de una en una, ¿de acuerdo? Tengo que hacerlo poco a poco. —Se sorbió la nariz con fuerza y luego levantó una mano que apretó en un puño—. Llevo tanto tiempo guardando secretos que es como si el puño se me hubiera convertido en piedra. Me costará bastante abrir los dedos.

—De acuerdo —dijo Magda—. De uno en uno, entonces. Empecemos por dónde está la colección. —Movió la cabeza hacia la estantería que había al otro lado de la mesa, donde el Chifonier de Relojería asomaba la cara a la luz—. ¿Tenía razón Henrietta cuando me dijo que estaba vacío?

Frank sacó un pañuelo y se sonó la nariz; luego, se quedó un momento mirando la botella de Coca-Cola con los ojos vidriosos y la mente en otra parte.

—Vale —pronunció al fin, y la palabra fue un suspiro de derrota.

Echó la silla hacia atrás con un crujido y se encaminó hacia una estantería cercana a la puerta de las escaleras.

—El Chifonier de Relojería es precioso —dijo mirando hacia atrás mientras alargaba la mano hacia un estante. Magda oyó un clic, un pestillo que se soltaba—. Pero una buena caja fuerte es mucho mejor para mantener las cosas a buen recaudo.

Bajo la atenta mirada de la joven, un segmento horizontal de la estantería giró sobre una bisagra, como una puerta, y dejó al descubierto una caja fuerte empotrada en la pared.

—¿Tienes otro compartimento secreto aquí abajo? —le preguntó con incredulidad.

Su amigo no respondió. Giró el dial varias veces y la caja fuerte se abrió con un chasquido. La puerta chirrió tanto que hizo que Magda se estremeciera.

—Hay que engrasarla —murmuró Frank. Sacó un objeto, cerró la caja fuerte y volvió a colocar el segmento de la estantería sobre ella —. Aquí está —dijo al regresar a la mesa.

Magda observó el objeto que el anciano sostenía en las manos: una cajita de madera, del tamaño aproximado de un joyero. Tenía una juntura alrededor del borde y un par de bisagras de latón en un lado, como si se abriera como un libro.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Es la colección de la Sociedad —contestó el hombre con el ceño fruncido—. ¿No te ha quedado claro con toda la expectación y el teatrillo de la caja fuerte y demás?

—¿Está ahí dentro? Entonces, es cierto que no tenemos muchos objetos, ¿no?

—Esta no es una caja cualquiera, Magda —explicó Frank, que colocó el artefacto justo delante de él, junto a la pieza de ajedrez—. ¿Recuerdas la historia de la Sociedad y de cómo llegó a formarse?

La joven lo pensó un instante y ató cabos.

—¿Es la Caja Imposible? —preguntó en voz más alta de lo que pretendía, pues la emoción le vibraba por todo el cuerpo.

Cuando el anciano asintió, Magda se quedó mirando la caja fijamente. Otro objeto mágico. A pesar de todo lo que había ocurrido, seguía sintiendo el mismo entusiasmo, la misma euforia, cuando compartía un nuevo objeto mágico con ella.

—Es más pequeña de lo que imaginaba.

—Puede que Henrietta piense que la Sociedad no posee ninguna colección —dijo Frank—, pero no es cierto. Es solo que ella no entendía la verdad. —Se inclinó un poco más hacia la joven y le clavó una mirada severa que hizo que esta se sintiera escrutada, incluso juzgada—. Sé que Henry te ha estado calentando la cabeza con la idea de que no digo más que mentiras, pero en el fondo de todo siempre hay verdad, aunque esté disfrazada con ropajes distintos.

Ella asintió. La elección de palabras de su amigo le pareció maravillosa, muy al contrario de la mirada que le lanzó.

—Esta es la Caja Imposible —prosiguió Frank, con una mano apoyada a cada lado del artefacto—. Aquí dentro puedes meter cualquier cosa, de cualquier tamaño. No solo los objetos que parezca que van a caber. Cualquier cosa. Lo único que tienes que hacer es empujarla hacia dentro, y entonces la caja la agarrará y la retendrá. Y, si quieres volver a sacarla, solo tienes que recordar el objeto, meter la mano y lo encontrarás. No puedes extraer nada a menos que sepas que está ahí. Por eso es mucho más seguro que la colección esté aquí que en el chifonier.

—¿Cómo es posible que dentro de la caja entren cosas más grandes que ella? —preguntó Magda.

Su amigo parpadeó.

—No lo sé, no lo he averiguado nunca.

—¿No quieres saberlo?

Todavía no podía creerse lo poco curioso que se mostraba Frank respecto a los objetos mágicos. Era como un coleccionista de libros raros que no deseaba leerlos.

—Ahora no viene al caso —la regañó Frank. Fue como un jarro de agua fría sobre el ardiente interés de Magda—. No hemos venido a hablar de eso. Además, la curiosidad es el camino a la ruina.

—Pero tiene muchísimos usos —continuó la joven, que intentaba irritarlo a propósito—. Sería de lo más útil para aparcar en Londres. ¿No encuentras sitio? Solo tienes que meter el coche en la caja y llevártela contigo. ¿O pesaría demasiado para levantarla? ¿La caja pesa lo mismo que todo lo que lleva dentro?

Él negó con la cabeza.

—No funciona así. El peso de la caja no cambia, metas lo que metas dentro. Como ya te he dicho, es una caja imposible.

—La colección entera de la Sociedad está ahí dentro… —murmuró Magda casi para sí.

No sabía con exactitud cuántos artefactos mágicos poseía la Sociedad, pero estaban todos a su alcance. Se preguntó si Frank se los mostraría todos.

«Sí, claro… Puede que te conteste a unas cuantas preguntas, pero tampoco te vengas arriba».

—Los objetos están a salvo —dijo el hombre, y a Magda le pareció que bajaba la voz mientras contemplaba la caja, del mismo modo que la gente susurra en las catedrales y en las galerías de arte cuando se encuentra rodeada de maravillas—. Más seguros de lo que lo estarían dentro del Chifonier de Relojería. Aunque alguien robara la Caja Imposible, no podría apoderarse de los objetos a menos que supiera lo que hay dentro.

Entonces, para gran sorpresa y exaltación de la joven, Frank abrió la tapa de la caja. Levantó la mirada hacia ella.

—Es importante no mirar nunca directamente hacia el interior de la caja —explicó—. Contemplar lo imposible… es demasiado para la mente humana.

El librero metió la mano en la caja y, sin dejar de mover el brazo que el artefacto se había tragado hasta el codo como en una especie de truco de magia, volvió la cabeza hacia el otro lado. Magda estaba viendo algo imposible y la emoción le aceleró el pulso; ni siquiera pestañeó mientras observaba la escena.

«¡Esto es lo que debe de ser la magia! Ver cosas imposibles, increíbles».

Frank sacó la mano y le mostró un objeto.

—El dado del Sí/No —dijo ella sonriendo con embeleso.

Su amigo asintió mientras le daba unas cuantas vueltas al dado en la palma de la mano.

—¿Cuántos objetos más hay en la caja?

Frank se encogió de hombros y devolvió el dado a su sitio.

—La verdad es que no lo sé —reconoció—. Solo conozco los que he sacado del Chifonier de Relojería para meterlos en la caja. Pero es posible que, antes que yo, otras personas hayan guardado cosas dentro. Puede que contenga una multitud de objetos desconocidos para mí.

—Así que el chifonier sí contuvo los objetos en algún momento. No era todo mentira.

—Huy, sí —admitió Frank con facilidad, y a su amiga le gustó que se mostrara menos crispado con cada pregunta. Parecía que al fin se estaba abriendo—. El Chifonier de Relojería era, en efecto, el lugar donde se guardaban los artefactos. —Lo miró—. Pero no me inspiraba confianza. Nunca tuve la impresión de que fuera lo

bastante seguro. A fin de cuentas, es un mueble enorme y de aspecto carísimo, ¿no? Llama demasiado la atención. —Le dio unos golpecitos al lateral de la Caja Imposible—. Esto es mucho más discreto y seguro.

Magda entendió a qué se refería Frank. La Caja Imposible era un sencillo objeto de madera que pasaba totalmente desapercibido en una estantería abarrotada de cosas. A nadie se le ocurriría pensar que contenía una colección de objetos mágicos.

—¿Y qué me dices del libro? —preguntó Magda—. Del catálogo.

La sonrisa de Frank desapareció al instante.

—¿Qué libro?

—Mi madre te vio con uno. Un libro que parecía describir objetos mágicos. Le dijiste que era el catálogo.

Frank se quedó mirándola sin pestañear.

—Ese libro… ¿describe lo que hay en la caja? —insistió ella—. No, espera… No puede ser así, porque el catálogo incluye la pieza de ajedrez, y ese objeto acabamos de recuperarlo. —El hombre desvió la mirada hacia la torre y de nuevo hacia Magda—. ¿O es que mi madre se equivocó?

Frank no respondió de inmediato, pero la chica no permitió que se escabullera. A pesar de lo incómodo que le resultaba, le sostuvo la mirada y no abrió la boca, dejó que el silencio se prolongara.

—No —contestó el anciano en voz baja al final—. No se equivocó. Hay un libro.

—¿Un catálogo?

Él negó con la cabeza, con los ojos aún clavados en los de ella.

—No.

—Si no es un catálogo de los artefactos que posee la Sociedad, ¿qué es?

Frank ladeó la cabeza con aire concentrado, como si la estuviera estudiando.

—Va a salir todo a la luz ahora mismo, ¿no?

«Está muy cansado. Siempre me ha parecido viejo, pero nunca tanto como ahora. Nunca lo había visto tan exhausto».

—Bueno, supongo que es el momento. —Señaló la silla de Will, al otro lado de la mesa—. Parece que ha llegado el final natural de la Sociedad. Quizá haya llegado la hora. Puede que sea lo correcto. Teniendo en cuenta el número que he montado hoy en el parque usando la torre de esa manera… —Hizo un gesto de negación—. Debo de estar perdiendo la cabeza.

—Es lo que llevo años diciéndote, Frank —dijo Magda, que volvió a agarrarle la mano—. No tienes por qué hacerlo todo tú solo y tampoco tienes por qué renunciar. Cargas con todo el peso sobre tus hombros y no es necesario. Lo único que he deseado siempre es ayudarte.

Él gruñó.

—Me gustaría saber si seguirás pensando lo mismo cuando sepas la verdad, Sparks.

—La verdad no me da miedo —respondió ella aparentando más seguridad de la que sentía.

Frank bebió otro trago de Coca-Cola antes de mirar a Magda de nuevo.

—Muy bien. Te hablaré del libro, pero no está aquí abajo. Lo tengo guardado en un lugar donde pudieras encontrarlo cuando… —La señaló con la cabeza—. Ya sabes.

—¿Cuándo? ¿Después de tu muerte?

Él se echó a reír y la carcajada sorprendió y alegró a Magda.

—A lo mejor no te has dado cuenta, Sparks, pero soy muy muy viejo.

Magda decidió no revelarle que eso era justo lo que estaba pensando y lo reprendió chasqueando la lengua.

—No digas tonterías. Ve a buscar el libro. No quiero encontrarlo cuando estés muerto y te hayas ido. Quiero hablar de él ahora.

El anciano cerró la Caja Imposible y echó su silla hacia atrás.

—Te lo traeré si me preparas un café. No puedo pasarme toda la noche bebiendo esa cosa con gas.

«Esto está bien. Esto es bueno. Va a contártelo todo y, además, también es un alivio para él».

Frank se encaminó hacia la puerta y Magda se acercó al hervidor de agua. Mientras lo encendía, notó que tenía la mente acelerada por las verdades que estaban a punto de revelarse. Se sentía ilusionada por lo que venía después, al mismo tiempo que albergaba dudas de que la conversación se hubiera producido del mismo modo si Will y Henrietta estuvieran presentes, y se dio cuenta de que, en el fondo, se alegraba de que no asistieran a la reunión. Quizá fuera mejor que estuvieran solo Frank y ella.

Oyó que su amigo abría la puerta de la escalera y, al instante, un resuello y un «¿Qué?» sorprendido. A continuación, captó un gruñido apagado y un corretear de pasos.

Cuando Magda se dio la vuelta, vio que Frank caía a toda velocidad con los brazos extendidos delante de él, como si lo empujaran con fuerza. Se golpeó la cabeza contra una de las

estanterías y se desplomó sobre el suelo con una mueca de dolor en el rostro.

Antes de que la joven tuviera tiempo de reaccionar, antes de que pudiera gritar o moverse, el hombre que había asesinado a James Wei entró en la habitación. Sonriendo, se sacó una pistola del cinturón.

Visitante inesperado

—¡Frank! —chilló Magda. Cruzó la habitación a toda velocidad y se dejó caer de rodillas para atraerlo hacia ella. El anciano tenía los ojos muy abiertos, con la mirada perdida, y el rostro pálido. Tenía una herida en la parte posterior de la cabeza que no dejaba de sangrar—. ¡Podrías haberlo matado! —gritó.

El hombre cerró la puerta a su espalda con un golpe del talón y recorrió la habitación rápidamente con la mirada antes de posarla en la joven. Tenía los ojos de un azul gélido y no parpadeaba.

«Ojos de psicópata».

—Esta vez no vas a escapar volando, ¿verdad? —le dijo con sorna —. A menos que seas capaz de disolverte a través del techo.

Magda no le hizo caso y centró su atención en el anciano. Le sujetó la cabeza con las manos y la sangre de su amigo le empapó los dedos.

—¿Frank?

—Déjalo —le espetó el hombre, que entornó los ojos fríos en una expresión de impaciencia—. Levántate.

—¡Es un anciano! —gritó ella—. Está herido.

—Te equivocas si crees que me importa. Ponte allí. —La agarró por el brazo y tiró de ella para ponerla en pie; después, la empujó hacia el otro extremo de la habitación—. Siéntate en una de las sillas, donde pueda vigilarte.

Magda se negó a moverse y le lanzó una mirada furibunda, a pesar del miedo que le corría por las venas.

—No pienso dejarlo.

El hombre la observó y frunció el labio superior ante su actitud desafiante. Vestía un elegante traje negro y una camisa blanca abierta en el cuello, pero Magda pensó que tenía la piel tan pálida y el rostro tan demacrado que parecía enfermo.

«Como un enterrador. Su ocupación es la muerte. Vive en las sombras. Es una criatura de la noche. No es un hombre que vuelva el rostro hacia el sol».

Frank habló con una voz que era un susurro forzado.

—Aquí no hay nada —dijo, y alzó la cara hacia su agresor—. No encontrarás nada.

—¿En serio? —preguntó el atacante sin apartar la mirada de la chica, aunque estaba contestando a Frank. Levantó una mano por encima del hombro para señalar hacia la puerta—. No hay muchos sitios que tengan un teclado numérico en la entrada y puertas reforzadas si no guardan nada de valor.

Dio un paso adelante y apuntó a Magda con la pistola.

«¡Ay, Dios!».

El corazón de la joven se aceleró por el pánico y se le tensó el cuerpo entero. Sin embargo, en lugar de pegarle un tiro, el hombre le clavó el arma en la frente, y el contacto del metal frío contra la piel cálida hizo que un escalofrío le recorriera la columna vertebral. Cuando el desconocido volvió a hablar, lo hizo con los dientes apretados:

—Siéntate allí. No voy a repetírtelo.

—Tranquila —le dijo Frank, que levantó la mirada hacia ella con la cabeza en un ángulo extraño—. Haz lo que te dice.

Magda retrocedió mientras le sostenía la mirada al intruso e intentaba transmitirle lo mucho que lo despreciaba. Llegó a los sillones que había en la esquina de la habitación y se sentó en el borde de uno de ellos. El hombre avanzó entre ellos y examinó el Chifonier de Relojería, cuyo hueco continuaba abierto. Mientras, Frank le hizo un gesto con la cabeza a la joven y luego desvió la mirada hacia la mesa que había en medio de la habitación. Magda vio la pieza de ajedrez sobre el tablero, junto a la Caja Imposible y la botella de Coca-Cola medio vacía. Asintió con la cabeza para que el librero supiera que lo había entendido. Tenía que mantener al hombre alejado de la Caja Imposible.

—Está sangrando. Necesita una venda o algo parecido —dijo Magda, haciendo un gran esfuerzo por parecer sumisa—. Por favor.

—Cállate. —Ni siquiera la miró. Se limitó a señalar el Chifonier de Relojería—. ¿Qué es esto?

—Se va a morir —insistió la joven—. ¡Ya está débil! Lo estás matando. Tengo que llamar a una ambulancia.

El hombre se volvió hacia ella con un movimiento lento y deliberado, como si quisiera enfatizar lo poco que le importaba su queja.

—Si sigues gritándome, te meteré una bala en la puta rodilla. —Volvió a señalar el Chifonier de Relojería y repitió—: ¿Qué es esto?

—¿Qué quieres? —masculló Frank.

—¿Que qué quiero? —preguntó el hombre, que desvió la atención hacia ese lado de la habitación por un instante—. Quiero saber qué es este mueble. —Se volvió de nuevo hacia Magda, la abrasó con los

ojos fríos—. Y quiero lo que fuese que te trajeras de Hong Kong. Y quiero todo lo demás que tengáis escondido aquí abajo. —Dio un paso hacia ella y la misma mueca de sorna le desfiguró la boca una vez más—. Lo quiero todo.

—¿Por qué? —preguntó Frank.

—¿Cómo que por qué? —dijo el hombre, que cruzó la habitación para cernirse sobre él.

Magda vio que el anciano retrocedía instintivamente, que su cuerpo trataba de escapar aun cuando la sombra del intruso ya caía sobre él. No obstante, su expresión no cambió, mantuvo los músculos de la mandíbula apretados. Para Magda, los ojos de su amigo no revelaban ningún temor.

—Esto no es una puñetera entrevista de trabajo. No estoy aquí para responder a tus preguntas. —Apuntó con el arma hacia el Chifonier de Relojería—. Decidme qué es eso antes de que pierda los nervios.

Ninguno de los dos respondió. Al cabo de un instante, el desconocido se acercó al mueble y lo golpeó con la culata del arma.

—Madera —dijo.

Retrocedió unos cuantos pasos y disparó dos veces, dos estallidos estruendosos que bombardearon los sentidos de Magda. Se estremeció de arriba abajo, se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos con fuerza. Cuando volvió a mirar, unos segundos más tarde, el polvo de la madera formaba remolinos en el aire y el Chifonier de Relojería estaba mellado y astillado por dos agujeros de bala.

—¿Es así como resuelves todos tus problemas? —le gritó al intruso, enfurecida por su brutalidad y por su propia impotencia—.

¿Disparando?

El hombre tiró de uno de los cajones que había perforado con las balas, pero este permaneció obstinadamente cerrado.

—Vale —dijo. Se acercó a Magda con paso firme y la obligó a levantarse del asiento metiéndole una mano por debajo del brazo—. Ábrelo —le ordenó mientras la empujaba hacia el chifonier—. Ahora mismo.

—No puedo —contestó Magda y, un instante después, volvía a tener el cañón de la pistola apoyado en la frente, un punto de frialdad metálica e impasible que parecía oprimirle el centro mismo de su ser.

El hombre la atravesó con una mirada heladora, los labios se le separaron hasta mostrar los dientes.

—Te obligaré.

—No sé abrirlo —se apresuró a decir la joven al mismo tiempo que levantaba las manos en señal de sumisión—. Frank es el único que sabe. Y está ahí, muriéndose en el suelo. Si no me dejas ayudarlo, nadie será capaz de desbloquearlo.

El hombre la arrastró de nuevo por la habitación hasta donde yacía Frank.

—¿Qué te parece esto? —dijo, y la empujó contra la estantería—. Te dejaré ayudarlo cuando me diga cómo se abre, no antes. —Sonrió y, en ese momento, Magda se percató de que el intruso estaba disfrutando de todo aquello—. Si muere, muere. En ese caso, me dedicaré a pegarle tiros al mueble hasta hacerlo pedazos. No tengo ninguna prisa.

La joven se quedó bloqueada ante aquella respuesta.

«No tiene ninguna prisa. ¿Por qué? ¿Va a dejarnos aquí retenidos?».

Miró a Frank. Se dio cuenta de que aún seguía la conversación. Su amigo asintió con la cabeza; fue un gesto que pareció costarle un esfuerzo gigantesco.

—Cada cajón tiene una combinación diferente —explicó con voz ronca—. Te las diré una por una si puedo. Pero deja que Magda se vaya. No la necesitas.

El hombre reflexionó unos segundos y luego paseó la mirada por los numerosos objetos reunidos en las estanterías, como si estuviera buscando una pista o algo que lo ayudase.

«¡Piensa! ¡Tienes que hacer algo! ¡No te quedes ahí plantada como una víctima indefensa!».

Pero ¿qué podía hacer? Pensó en echar a correr hacia la puerta, pero eso sería abandonar a Frank. Y el hombre de la pistola la atraparía, ¿no? Todavía estaría forcejeando con la puerta cuando las balas la alcanzaran.

«No hay escapatoria. ¡Dios mío, vamos a morir aquí!».

Entonces, el hombre posó la mirada gélida en Magda, que se sintió como si acabaran de bañarla en agua helada.

—Bueno, ¿dónde está la cosa que conseguiste en Hong Kong? —preguntó mientras se rascaba distraídamente la mejilla con el cañón de la pistola.

—¿Qué cosa? —preguntó ella, incapaz de pensar en una alternativa mejor pese a que era consciente de lo absurdo que resultaba hacerse la tonta.

El hombre se llevó la mano al bolsillo trasero y sacó el trozo de papel doblado.

—¿Sabes qué es esto?

Ella negó con la cabeza, pero, a su lado, oyó que Frank ahogaba un jadeo de asombro y, cuando lo miró, vio que tenía los ojos muy abiertos, convertidos en dos círculos blancos. La sangre de la nuca le resbalaba por el cuello hasta mancharle la camisa, como una copa de vino tinto derramada sobre un mantel blanco impoluto.

—Sí —dijo el hombre mientras asentía despacio—. Él sí lo sabe, ¿verdad, viejo? Tú sabes lo que es esto.

Magda se dio cuenta de que se le estaba escapando algo, de que no estaba al tanto del conocimiento que los dos hombres compartían.

—¿Qué es? —preguntó, y oyó cómo le temblaba la voz, oyó su propio miedo.

El hombre esbozó una sonrisa amplia.

—Vale, te diré lo que es. Es un mapa. —Guardó silencio un instante, y continuó—: Otro objeto mágico.

La joven miró a Frank sorprendida, buscando que confirmara o desmintiese aquellas palabras. ¿Era otro secreto, otra cosa que sabía pero que nunca le había contado?

—Es un mapa que te lleva a otros objetos mágicos —prosiguió el hombre en voz baja y clara—. Me llevó a aquella oficina de Hong Kong.

Magda recordó el trozo de papel que el intruso sostenía en las manos al entrar en la sala de reuniones de Hong Kong.

«¡Antes de disparar a James!».

Apartó el recuerdo de su mente y trató de concentrarse, de resistirse al miedo que le burbujeaba por dentro como el agua en una olla, que amenazaba con desbordarse.

—Me mostró que allí había un objeto mágico antes de que tú te lo llevaras a tomar por culo —continuó el hombre ahora con la mirada clavada en Magda.

—¿Dónde te hiciste con él? —preguntó Frank, que se incorporó un poco, repentinamente animado. A Magda se le partió un poco el corazón al ver que el librero estaba más interesado en el objeto mágico que en el peligro al que ambos se enfrentaban—. ¿Dónde conseguiste el mapa?

—Se lo quité a un hombre que no podía morir —contestó el intruso mientras volvía a guardarse el mapa en el bolsillo. Magda se fijó en que, antes de hacerlo, lo plegaba casi con ternura—. Sin embargo, algo me dice que a vosotros será más fácil mataros. Y estoy desesperado por acabar con los dos de una puta vez. Así que, ¿por qué no me decís lo que quiero saber? Si no, las cosas se pondrán feas.

La joven intentó encontrar sentido a aquella novedad: un mapa mágico que guio al hombre hasta la pieza de ajedrez en Hong Kong. ¿Era así como dio con ellos? Pero no tenía sentido. Magda se sentía incapaz de conectar cosas que parecían estar conectadas de forma obvia.

«No piensas con claridad porque vas a morir aquí, ¿verdad?».

—¿Qué te muestra? —graznó Frank con la cabeza ligeramente inclinada hacia el hombre—. El mapa, ¿qué te muestra ahora? ¿Te muestra algún objeto mágico aquí?

El hombre de la pistola sonrió, pero el gesto lo afeó.

—No soy idiota. Sé que no es tan sencillo, porque, cuando tu amiga se marchó volando en Hong Kong, el mapa no me mostró lo que fuera que estuviese utilizando para hacerlo. Así que hay objetos

mágicos que no aparecen en el mapa. —Miró a Magda—. A ver, ¿dónde está? ¿Qué te permite volar?

La joven tragó saliva, de pronto muy consciente del peso del colgante sobre el pecho.

—Es un don natural —replicó—. Siempre he tenido la capacidad de volar. En el colegio era una pesadilla. Siempre volando para escapar de los profesores.

«¿Qué estás haciendo? ¿Va armado y tú te pones a hacer chistes?».

El hombre respondió con una sonrisa, pero, mientras apuntaba con el arma a Frank, el frío y la indiferencia no le desaparecieron de los ojos.

—Le pegaré un tiro por cada broma que hagas. A ver si siguen haciéndote gracia.

Magda se tragó el miedo sin apartar la vista del intruso, esperando a ver qué pasaba. Jamás había sentido tanta impotencia, tanta incertidumbre.

El desconocido volvió la cabeza y escudriñó de nuevo los muchos y diversos objetos de las estanterías. Lo vio mirar las fotografías de la pared del fondo y, después, los objetos que descansaban sobre la mesa. Deseó que continuara moviendo los ojos, pero los detuvo allí, atrapados como un hilo en un clavo suelto.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Retrocedió hasta la mesa y no dejó de apuntarles con la pistola mientras estudiaba la caja y la pieza de ajedrez.

—Íbamos a jugar al ajedrez. —Frank levantó la cabeza y esbozó una mueca de dolor—. Pero nos han interrumpido.

Magda quiso a Frank por no rendirse ante aquel hombre horrible, aunque sintió una oleada de terror por si el comentario lo hacía perder los estribos. Alarmada, observó al intruso, pero este no reaccionó. Se limitó a tomar la pieza con la mano libre y a hacerla rebotar sobre la palma durante unos segundos.

—Esto es mágico.

—Solo es una pieza de ajedrez —probó a decir Magda, pero le costó incluso pronunciar las palabras, pues sabía que eran inútiles.

—¿Qué hace? —le preguntó el hombre. Y, cuando no lo miró, gritó —: ¡Eh! ¡Magda! ¿Qué hace la pieza? —Apuntó con la pistola a Frank —. Un balazo al viejo por cada vez que no me respondas. Empezaré por abajo e iré subiendo hasta llegar a la cabeza. Tengo toda la puta noche.

—No se lo digas —dijo Frank con los ojos cerrados—. No aguantaré mucho tiempo. Se acabará rápido.

—Uy, yo no estaría tan seguro —respondió el otro, y luego dejó escapar una risita, un sonido horrible, lento y cruel—. Sé cómo hacer que dure.

La mujer miró a su amigo y, durante un breve instante, contempló la vida sin él, la vida sin ningún miembro de la familia con la que creció. Era incapaz de concebir una existencia así.

—¿Sabes qué? —dijo el intruso—. El viejo tiene razón, está muerto de todos modos y no tiene nada que perder. Pero tú no lo estás, ¿eh, Magda? —La apuntó con la pistola mientras continuaba dirigiéndose a Frank—. Dime qué hace o la mato.

El librero se derrumbó ligeramente junto a la chica, y ella casi pudo sentir cómo lo abandonaban las fuerzas.

—No lo hagas, Frank —suplicó.

—Te lo diré —contestó al fin el anciano en un susurro de derrota.

—¡Frank! —exclamó Magda.

—¿Qué más da? —dijo él—. No voy a dejar que te maten por eso.

—Bien, ¿qué hace? —exigió saber el hombre mientras inspeccionaba la pieza de ajedrez que tenía en la palma de la mano.

—Te permite controlar a la gente —dijo Frank—. Moverlos a tu antojo. Como piezas de ajedrez sobre un tablero.

El desconocido asintió y se humedeció los labios con la lengua.

—Un objeto como este podría ser muy útil.

Frank murmuró algo ininteligible, se desplomó del todo y cerró los ojos. A Magda le pareció que toda la vida, toda la esencia, se le iba escapando por momentos.

—¿Frank? —dijo mientras lo sacudía con cuidado—. ¡Frank!

—¿Qué me dices de la caja? —preguntó el hombre. Le asestó una fuerte patada en el pie a Magda para que le hiciera caso—. ¿Para qué sirve la caja?

Frank abrió los ojos para contestar.

—Contiene un arma —dijo—. Un arma capaz de matar a cualquiera.

El intruso enarcó ligeramente las cejas, como si aquello lo sorprendiera.

—Quédatela —murmuró el anciano, que volvió a cerrar los ojos—. Debe tenerla alguien como tú. Cógela y vete.

El hombre se apartó, pero Magda no le prestó atención. Sacudió a su amigo para intentar mantenerlo consciente. Tenía muchísima sangre en el cuello y la cara se le había puesto muy pálida.

«Frank no puede morir aquí, no puede dejarte sola con este hombre y con tantas preguntas sin respuesta».

Miró al intruso, que ahora estaba junto a la mesa, y lo vio abrir la caja y asomarse al interior. Un instante después, la mandíbula se le aflojó y se quedó boquiabierto. Gruñó como si le pegaran un puñetazo en el estómago, la caja se le resbaló de entre las manos y se estampó contra el suelo con gran estrépito. El hombre cayó a cuatro patas y vomitó sobre el cemento.

«Si vas a hacer algo, ¡hazlo ahora!».

Magda agarró el colgante que llevaba alrededor del cuello y concentró en él toda su voluntad, todos sus pensamientos acelerados y caóticos. Echó a volar y se lanzó a toda velocidad contra el hombre, empleó todo su peso para volcarlo de costado antes de que pudiera recuperarse y, con el golpe, la pistola salió disparada en dirección contraria. Se tumbó encima de él. El olor acre del sudor del agresor se mezclaba con el tufo del ácido estomacal, el calor de su cuerpo irradiaba hacia el de Magda. El intruso gruñó, sorprendido, pero le rodeó el cuello con una mano de inmediato.

«No has pensado más allá del primer paso, ¿verdad?».

El hombre se revolvió con violencia e hizo que rodara hasta colocarse encima de ella apretándole el cuello con el antebrazo, enseñando los dientes. Los pensamientos de la joven colapsaron cuando el pánico se apoderó de ella, cuando su cuerpo entró en modo lucha o huida y se dio cuenta de que no podía hacer ninguna de las dos cosas.

—¡Voy a hacerte pedazos! —gruñó—. ¡Y a él también!

El hombre levantó la vista hacia Frank, y Magda vio que toda la furia del rostro le desaparecía al instante. Se quedó mirando al anciano en silencio, con la boca abierta, y ella sintió que relajaba ligeramente la presión con la que le oprimía el cuello. La joven no se

molestó en averiguar qué era lo que veía su agresor; volvió a concentrarse y se levantó del suelo gracias al colgante, lo cual hizo que el hombre cayera dando tumbos de lado, de nuevo hacia la Caja Imposible. Entonces Magda se puso en pie y se dio cuenta de qué era lo que tanto lo había distraído. ¡Frank había desaparecido!

«¡No hay tiempo! ¡Muévete! ¡Corre!».

El desconocido gruñó en el suelo detrás de ella, recuperó el sentido y agarró la Caja Imposible con una mano. Magda corrió hacia la salida, sabedora de que él no tenía el arma y no podía dispararle por la espalda. Oyó un «¡Joder!» farfullado, pero no se giró para mirar mientras abría la puerta de un tirón y subía a toda velocidad un tramo de escaleras que nunca le había parecido tan largo.

«¡Venga, Magda, corre! ¡O usa el colgante, tonta! ¡Puedes volar!».

Tropezó y se agarró al colgante, pero, presa del pánico, salió disparada hacia arriba y se estrelló con fuerza contra el techo de la escalera antes de caer de nuevo como una piedra sobre los escalones.

«¡Dios mío, Dios mío, Dios mío!».

Oyó ruido a su espalda, movimiento y el patullar de los pies del hombre, que empezaba a perseguirla. Vio su silueta al pie de las escaleras, iluminada por las luces del sótano. Magda tropezó con el último escalón, tenía las piernas cansadas, y cayó de bruces contra el suelo de madera de la tienda. Se golpeó la barbilla, se mordió la lengua y se quedó sin aire. La mente le gritaba que se levantara, pero las extremidades no le respondían. Entonces, el hombre se abalanzó sobre ella y le dio la vuelta: una enorme y poderosa figura de ira y violencia, cuyos dientes blancos brillaban en la oscuridad,

que le echó el aliento caliente en la cara y le rodeó el cuello con una mano.

—¡Te voy a matar!

Le apretó el cuello con la mano para comprimirle la tráquea. Una explosión de estrellas invadió la visión de Magda.

«Vas a morir aquí. Este hombre va a matarte, igual que mató a James. Se acabó, después de esto no hay nada más».

La horrible e inminente fatalidad le heló la sangre. Se preguntó dónde estaría Frank y deseó que se encontrara bien.

Entonces sintió un gemido y la tos de alguien que se quedaba sin aire en los pulmones. La forma pesada que tenía encima cayó y Magda pudo respirar de nuevo.

Oyó un forcejeo, otro gruñido y un ruido de cuerpos chocando contra una de las estanterías, de libros que caían al suelo. Un momento después, la puerta de la calle se abrió con un crujido y alguien huyó con un golpeteo de pasos rápidos hacia la oscuridad de la noche.

Magda se puso en pie tambaleándose, apoyándose en la pared para mantener el equilibrio, y luego se dirigió al escritorio tras el que Frank solía sentarse. A tientas, buscó la lámpara de la mesa, la encendió y una luz cálida y suave se derramó por la habitación.

Había otra figura, un hombre que se estaba levantando del suelo con una mano en la cabeza, y, cuando se dio la vuelta, Magda se quedó boquiabierta, pues el mundo dejó de tener sentido.

—¿Qué? —le preguntó al universo.

Quien le devolvía la mirada era un hombre al que ella había visto muerto.

—Solo intentaba ayudar —dijo James Wei con una sonrisa de disculpa en la cara.

Le mostró el libro que tenía en la mano: una edición de tapa dura de *Protocolo de accidentes*, de Miranda Hepworth, la tercera novela que Magda publicó.

«No es mi mejor libro».

La joven se abalanzó sobre él y, al saltar para rodearle el cuello con los brazos, sintió la amplitud del pecho, de los músculos de los hombros de James.

—¡Creía que estabas muerto! —le exclamó al oído mientras grandes oleadas de alivio, felicidad y alegría la recorrían de pies a cabeza—. ¡Creía que estabas muerto!

Notó que él le devolvía el abrazo, al principio con timidez, pero luego con más firmeza. Cuando se soltaron, ella lo miró fijamente: todavía no estaba dispuesta a creer que no estuviera alucinando.

—Eh… Lo siento —dijo James tras apartar la mirada, y Magda no tuvo claro por qué se estaba disculpando—. Le he dado un golpe en la cara con esto —dijo mientras le mostraba el libro y se frotaba la nuca al mismo tiempo—. La verdad es que tendría que hacer una broma acerca de que la pluma es más poderosa que la espada, pero no sé si sería el momento adecuado…

—¿Cómo es posible que estés aquí? —le preguntó ella, que seguía mirándolo desconcertada. No quería apartar la vista por miedo a que desapareciera de nuevo—. ¡Estabas muerto!

Él asintió.

—Sí… Respecto a eso… —Intentó sonreír y a Magda le pareció que aquel gesto era un modo de disculparse—. Hay una historia que lo explica todo.

—¿El hombre de la pistola se ha ido? —preguntó entonces Henrietta, que se materializó junto a la pared del lateral de la tienda después de atravesar los ladrillos como si ni siquiera estuviesen allí.

James dio un respingo, sobresaltado ante su repentina aparición.

—¡Henrietta! —exclamó Magda.

—Ha traspasado la pared —observó James en voz baja.

Henry lo miró de arriba abajo rápidamente.

—Soy intangible. Puedo traspasar paredes. —Luego, dirigiéndose a Magda, preguntó—: ¿Quién es este?

—Dime que tienes a Frank —suplicó la joven, que se lanzó hacia ella y la agarró del brazo.

La otra mujer asintió.

—Me «fantasmé» y lo saqué a través de la pared. Volví a por ti, pero ya no estabas.

—¿Dónde está? —preguntó Magda, aterrorizada por la posibilidad de que Frank estuviera muerto o moribundo.

—Fuera —dijo Henry, y alzó las dos manos hacia ella en un ademán tranquilizador—. Está bien. Pero tendríamos que buscar un taxi y llevarlo al hospital. Suponiendo, claro, que el bárbaro de la pistola no esté esperándonos fuera.

—¿Y la caja? —quiso saber Magda—. ¿La tienes tú?

—¿Qué caja?

Henry no entendía a qué se refería.

La joven bajó a toda prisa las escaleras que llevaban al sótano y escudriñó la habitación. Tanto la Caja Imposible como la pieza de ajedrez habían desaparecido.

—Se las ha llevado —gimió—. Se ha llevado la colección de la Sociedad.

La muerte de Dennis Wei

y la vida de James Wei

(2007-2025)

James Wei sobrevivió hasta la edad adulta porque su padre amó a un hombre. Esta era una verdad de la que él solo fue consciente en los meses previos a la muerte de su padre, ocurrida en 2007, cuando pasaron cierto tiempo juntos reflexionando sobre la complicada infancia del muchacho.

—Eras un niño muy enfermizo —le dijo Dennis una noche, mientras descansaba en su cama del pequeño apartamento que compartían en Kennedy Town, en la parte oeste de la isla de Hong Kong.

James le había llevado a su padre un pudin de tofu suave, pero la comida permanecía intacta. Dennis ya no comía casi nunca y, aunque siempre fue un hombre delgado, ahora estaba demacrado, y la ictericia le había teñido el blanco de los ojos de un tono tan amarillo como el de un periódico viejo.

—Lo recuerdo —respondió el hijo, que estaba sentado junto a la cama, al lado de la ventana.

Si volvía la cabeza, veía las concurridas calles de la isla desde una altura de doce pisos, pero se resistía. Observaba el rostro de su

padre, por difícil que le resultara, mientras el aire acondicionado le enfriaba la nuca.

—Tanta formación médica y no pude hacer nada por ti —reflexionó su padre con los ojos algo vidriosos. Durante aquellas últimas semanas de vida, Dennis parecía pasar cada vez más tiempo sumido en sus recuerdos. Debía de ser un lugar más cómodo para él, a medida que la enfermedad iba avanzando—. Ni siquiera estaba seguro de qué te ocurría —continuó el hombre—. Pero siempre estabas mal. Indispuesto y débil.

James asintió despacio. Solo conservaba recuerdos vagos de su infancia, gran parte de la cual la pasó enfermo y en la cama.

—Creía que te ibas a morir —admitió Dennis—. Y, de no ser por Ellery, creo que eso es lo que habría sucedido.

James conocía la historia. Recordaba a Ellery Pinn de forma imprecisa: un hombre con el cabello rubio y los ojos azules, una presencia en su infancia febril. Sin embargo, sabía más de los acontecimientos de aquellos días, y los comprendía mejor, gracias a lo que su padre le contó sobre ellos más tarde.

—El doctor Pinn vive en Londres —le decía a James—. Es un amigo y un hombre buenísimo, bueno de verdad. Vio lo malito que estabas y lo mucho que tu madre y yo sufríamos por ello, y nos trajo la medicina especial que tomas ahora. Si no fuera por el doctor Pinn, seguirías estando muy enfermo.

Esta historia, o distintas versiones de ella, fue una constante a lo largo de la infancia de James: el relato del buen hombre inglés que le dio un frasco con un suministro infinito de pastillitas blancas. Desde el instante en el que comenzó a tomárselas, las dolencias del muchacho fueron desapareciendo y se fue encontrando mejor. Los

febriles meses de su infancia quedaron en el olvido, se quitó la misteriosa enfermedad de encima con la misma facilidad con la que se habría quitado un abrigo ligero y, desde entonces, jamás volvió a enfermar. Gozó de una estupenda salud durante toda la adolescencia, pues no sucumbió ni una sola vez ni a un resfriado ni a una gripe, ni a una amigdalitis ni a ninguna de las otras muchas afecciones de la juventud.

James comprendió, en lo más profundo de su ser, que le habían dado una oportunidad, una posibilidad que no debería haber tenido. La pastilla que se tomaba todos los días, y que salía de aquel frasquito marrón que parecía no agotarse nunca, lo mantenía vivo y sano. Y cada día que se la tomaba era un recordatorio de lo afortunado que era. En la adolescencia, cuando empezó a comprender mejor quién era y cómo era el mundo, James se comprometió a vivir su vida a tope, exprimiendo al máximo los placeres de todos y cada uno de los días que tenía la suerte de disfrutar. En el instituto, estudió mucho y sacó unas notas excelentes. En esa etapa, también practicó deporte —rugby y tenis —, y se formó un amplio círculo de amigos. Se convirtió en una persona popular y extrovertida, pero también exitosa. Después, estudió Bellas Artes e Historia en la universidad y, cuando terminó, entró a trabajar en el banco. Trabajó con ahínco, comenzó a ganar un buen sueldo y viajó por el mundo para ver cosas hermosas y conocer gente interesante.

El joven Wei salió con muchas mujeres distintas (nunca más de una a la vez), pero siempre se resistió a intimar demasiado por miedo a que alguna descubriera lo de las pastillas y la magia, aquello que nunca podría llegar a explicarle del todo. Hacía caso

omiso de su soledad y llenaba su vida con las cosas que le gustaban: los libros, la música y el arte, las experiencias de lujo, vestir bien, viajar al extranjero cuando podía, alojarse en los mejores hoteles y alimentarse de la mejor comida. Nunca olvidaba lo afortunado que fue al poder sobrevivir y seguir creciendo. Se negaba a desperdiciar ni un solo momento, puesto que, en el fondo de su mente, siempre acechaban los mismos pensamientos perturbadores: «¿Y si hoy es el día en el que se acaban las pastillas del frasco? ¿Y si vuelve la enfermedad?».

A lo largo de su vida, James continuó sometiéndose a revisiones médicas cada seis meses, pero, más de treinta años después de haber comenzado a tomarse la pastilla diaria, se encontraba tan en forma y sano como el que más. Se preguntaba si las cosas seguirían siendo así cuando envejeciera. Se preguntaba si disfrutaría de una vida inusualmente larga siempre y cuando continuara tomándoselas. Pero nunca se planteó en verdad de dónde salieron las pastillas ni por qué el hombre de Londres le concedió aquella bendición.

—Echo de menos a Ellery —reconoció su padre, y aquellas palabras sacaron a James de sus pensamientos para devolverlo al presente. Observó al anciano mientras una compleja serie de expresiones le atravesaba el rostro, como las sombras que proyectan en el suelo las nubes en movimiento. El hombre tenía los ojos hundidos llenos de lágrimas—. Él y yo nos entendíamos.

James le preguntó por Ellery, por qué no volvió a visitarlos. Los recuerdos que conservaba de aquellos días de la infancia eran limitados. Solo se acordaba del hombre bajo, pálido y callado

examinándolo mientras él yacía con fiebre en la cama; de las manos frías que le posaba en la frente y del beso helado del estetoscopio sobre la piel de la espalda mientras su padre, una silueta preocupada, observaba desde la puerta.

En su lecho de muerte, su padre negó con la cabeza.

—Ellery ya no podía viajar.

—Pero ¿pudisteis manteneros en contacto? —preguntó James, consciente de que con aquellas preguntas estaba indagando en una verdad que su padre no admitiría jamás, en la verdad que hacía muchos años abrió una brecha entre sus progenitores y empujó a la madre de James a marcharse a vivir a la China continental.

—No —respondió su padre en voz baja—. Decidimos que no nos convenía.

El joven estaba seguro de que Dennis Wei y Ellery Pinn estuvieron enamorados, pero también estaba convencido de que ambos hombres se sintieron tan constreñidos por las circunstancias y la sociedad que se negaron esa verdad incluso a sí mismos.

—Nada de eso importa ya —le dijo entonces su padre. De repente, estiró una mano, una garra en el brazo de James—. ¿Sigues teniendo las pastillas? —le preguntó con la voz rasposa.

El joven se sacó el frasco del bolsillo y lo agitó para apaciguar a su padre.

—Sí —contestó para tratar de calmar sus preocupaciones—. Siempre lo llevo encima. Todavía está lleno.

—Debes ser cuidadoso con ellas, tomártelas todos los días —insistió Dennis, a pesar de que era innecesario—. Son mágicas. Te proporcionarán una vida larga y saludable. Pero ¡tienes que tomártelas!

—Lo sé —respondió para que se quedara tranquilo—. ¿De dónde vienen? ¿Dónde las encontró el doctor Pinn?

—Son mágicas —repitió su padre—. Eso es lo que me dijo Ellery. En este mundo existe la magia, hay objetos mágicos ocultos. Como tus pastillas. Ellery y sus amigos de Londres… los cuidan, los protegen. No tendría que habértelas dado… —El anciano señaló el frasco—. Pero lo hizo. Por ti.

—Por ti —murmuró su hijo, pero Dennis no lo oyó.

—James, si encuentras objetos como este, artefactos mágicos, entes que hacen cosas inusuales…, debes ponerte en contacto con el doctor Pinn. O con Frank Simpson. Es su amigo y dirige el grupo, la Sociedad. —El hombre cerró los ojos y a James le dio la sensación de que se encogía ligeramente, como si exhalara un largo suspiro. Qué diferencia con aquel hombre alto y enérgico que James recordaba de su juventud, qué desmejorado estaba—. El señor Simpson tiene una librería en Londres. Bell Street Books. Es a él a quien debes llevarle cualquier objeto de ese tipo.

El joven se preguntó si su padre estaba delirando, pero no hizo ningún comentario, se limitó a asentir con seriedad.

—Quizá encuentres algo —prosiguió el anciano—. Tú trabajas con ese tipo de cosas, con objetos caros y artísticos. —Dennis nunca entendió del todo el trabajo de su hijo—. Si das con algo, llévaselo al doctor Pinn. Se lo debemos, ¿no? Estamos en deuda con él. Te dio uno de esos objetos para que pudieras vivir. Tienes que tomártelo en serio, hijo, ¿lo entiendes?

Aquel arrebato agotó al padre de James, que se dejó caer de nuevo sobre la almohada respirando con dificultad. Sin embargo, el

tema continuó rondándole la cabeza, y lo sacó con frecuencia durante sus últimas semanas de vida.

—Ellery me dio las pastillas —le dijo a James el día anterior a su muerte—. Me las dio y me dijo que no se lo contara a nadie, porque no tendría que haberlo hecho. Lo hizo porque no soportaba la idea de que murieras tan joven.

—Y porque te quería —dijo James lo bastante alto para que Dennis lo oyera—. Un hombre puede decir la verdad en sus últimos días —añadió—. ¿Cuándo la va a decir si no?

Su padre volvió hacia él unos ojos sorprendidos y ambos se sostuvieron la mirada durante un momento.

—Estoy cansado —murmuró el anciano mientras se giraba para darle la espalda a James—. Voy a dormir.

El tema no volvió a mencionarse y Dennis Wei murió la noche siguiente, consumido por una enfermedad hepática. Al parecer, era cierto que jamás se puso en contacto con el hombre al que había amado. Pero le dejó a su hijo varios regalos: el conocimiento de que en Londres existía una sociedad que se dedicaba a buscar y proteger objetos mágicos y un frasco con un suministro inagotable de pastillas, la promesa de una vida larga y saludable.

James siempre supo que las pastillas lo mantenían sano, pero, hasta el día en el que conoció a Magda Sparks, no descubrió que eran capaces de hacer mucho más que eso. Se enfrentó al hombre de la pistola sin miedo, no porque pensara que podía sobrevivir a una bala, sino porque consideraba que ya había vivido mucho más tiempo del que le correspondía. La magia hizo que continuara

existiendo mucho después de que tuviera que haber fallecido, así que ya no le tenía miedo a la muerte. Y, además, quería proteger a Magda, la mujer carismática e inteligente que viajó nada menos que desde Londres para reunirse con él. Sentía que era parte de su deuda con el doctor Pinn y sus amigos, la deuda que su padre le grabó en la mente durante sus últimos días.

En el fondo, pensó que el hombre de la pistola no le dispararía —eso eran cosas que pasaban en las películas, no en la realidad— y que podría ahuyentarlo con la amenaza de llamar a seguridad. Pero, de pronto, se encontró en el suelo, con la moqueta en la cara y un vacío en la memoria respecto a cómo había llegado allí.

Oyó al desconocido moverse por la sala y farfullar para sí mismo, pasar por encima de su propio cuerpo y luego salir de la habitación abriendo y cerrando la puerta sin hacer ruido.

James esperó un momento antes de levantarse para asegurarse de que estaba solo. Luego, se examinó: se palpó la frente con los dedos, pero no sintió dolor ni ningún tipo de sensibilidad; no encontró ninguna marca evidente.

«Soy a prueba de balas», reflexionó en un silencio asombrado.

Se dio la vuelta para buscar a Magda cuando un destello inmediato de miedo lo llevó a pensar que vería su cadáver en algún otro rincón de la habitación. Sin embargo, no encontró ni rastro de ella. Se alisó el traje, se pasó una mano por el pelo y luego salió detrás del hombre hacia el exterior de la habitación y los pasillos de la oficina. Lo siguió con sigilo hasta el ascensor, y atisbó que estaba junto al mostrador de recepción. El intruso pronunció el nombre de Magda una vez y luego añadió: «Ahora tengo tu nombre, Magda Sparks, de Londres».

Observó que arrancaba una página del libro de visitas y que, luego, se encaminaba hacia el ascensor. En cuanto el hombre desapareció tras las puertas del elevador, James salió corriendo por la puerta de seguridad y entró en el despacho que había detrás del mostrador. Allí se encontró con Michael, el recepcionista, atado y tumbado boca abajo en el suelo y lo desató a toda velocidad.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó, aunque ya lo sabía.

Michael estaba conmocionado, con los ojos desorbitados y el rostro pálido.

—¡Había un hombre con una pistola!

Luego, las palabras le fallaron y sucumbió a unos temblores abrumadores, como si le tiritara todo el cuerpo.

—Voy a llamar a la policía —dijo James.

Dejó a Michael en el despacho y llamó desde el teléfono de la recepción. Le contó a la policía una historia confusa acerca de un intruso armado y, al colgar, se preguntó qué debía hacer. Una idea le acudió con claridad a la mente: Magda había escapado, pero el hombre iba a perseguirla hasta Londres.

—Tengo que encontrarla y avisarla.

Intentó localizarla mientras regresaba a toda prisa a su despacho, pero no le contestó a las llamadas.

—¡Mierda!

Al llegar a su destino, sacó su bolsa de viaje del cajón inferior del escritorio —siempre estaba preparado para viajar; a veces, el banco le avisaba con poca antelación, y él no desperdiciaba jamás la oportunidad de marcharse de viaje con los gastos pagados— y salió del edificio mientras las sirenas azules de los coches de policía que se dirigían hacia allí agitaban el cielo nocturno. No los esperó, sino

que puso rumbo al metro y al tren que lo llevaría al aeropuerto de Hong Kong. Se compró un billete para el siguiente vuelo disponible a Londres: una ruta que lo llevaría hasta Doha, donde haría una escala de varias horas.

En una de las librerías de la terminal, encontró una novela de Miranda Hepworth, un *thriller* sobre espías ambientado en Londres. No había foto de la autora en la contraportada, y la biografía era tan insulsa que hasta resultaba inútil. Compró el libro y empezó a leerlo en el vuelo, para evadirse de la preocupación por lo que ocurriría si el hombre de la pistola llegaba hasta Magda antes que él.

El libro y la carta

—Entonces, ¿decidiste viajar a Londres de repente? —le preguntó Magda, asombrada.

James se encogió de hombros, pero no dejaba de sonreír.

—Tenía que asegurarme de que estabas bien.

La joven lo miró con incredulidad. Todavía se estaba haciendo a la idea de que no estaba muerto, y ahora le decía que atravesó medio mundo para asegurarse de que ella estaba a salvo.

«Haz otro chiste sobre lo de que es el hombre perfecto, venga».

Estaban en Urgencias del hospital St. Mary, rodeados de cuerpos destrozados y sanitarios exhaustos, un espacio iluminado por una luz fluorescente implacable.

—Me dejé el móvil en la sala cuando te dispararon —le explicó—. Ya sabes… Se me fue de la cabeza por eso de que estabas muerto y demás.

—Claro —dijo James con una sonrisa enorme—. Entiendo que te despistaras un poco con la situación.

—Debió de llevárselo él. —Magda acababa de caer en la cuenta—. El hombre de la pistola. El hombre que te disparó. Mierda.

Ocultó la cabeza entre las manos al pensar que, posiblemente, el intruso de Hong Kong había tenido acceso a sus mensajes, a sus correos electrónicos y a toda su información privada. «Oh, no». Estaba destrozada. Se sentía vacía y frágil como una cáscara de huevo. Ya nada tenía sentido. Solo quería irse a la cama y meter la

cabeza debajo de las mantas, como hizo cuando era pequeña porque dos niñas de su clase la acosaron por ser baja, regordeta y pelirroja. Se pasó una semana fingiendo que estaba enferma y escondiéndose en la cama, leyendo cómics y libros hasta que su madre la obligó a volver al colegio para enfrentarse a las acosadoras, diciéndole: «Las acosadoras no se van por su propio pie, Magda, cariño, hay que echarlas».

«Pero aquellas abusonas no tenían pistolas, ¿verdad? No es tan fácil echar a un desconocido con un arma y más que dispuesto a usarla».

Un grito de dolor estalló en el silencio, un alarido repentino e impactante, y Magda retiró las manos de la cara para mirar a su alrededor. El chillido provenía de algún lugar que no alcanzaba a ver, de un paciente al que estaban atendiendo, pero ninguna otra persona de la sala de espera parecía preocupada por el ruido, nadie levantó la vista del móvil ni interrumpió su conversación.

A Frank lo trasladaron a triaje en cuanto llegaron, hacía casi una hora, y llevaban esperando desde entonces. Magda y James estaban sentados en los duros asientos de plástico en un lateral de la sala, frente a una pared cubierta de descoloridos carteles con información de interés sobre enfermedades y lesiones, y a una ventana desde la que se veía una rotonda, con un flujo continuo de ambulancias que entraban y salían. Henrietta estaba junto a la puerta de entrada, paseándose de un lado a otro y hablando por teléfono.

—La verdad es que no he olvidado este olor —comentó James, y sus palabras captaron la atención de Magda.

El hombre tenía la mirada clavada en la pared de carteles.

—¿Qué olor?

—El de los hospitales —respondió. De repente, parecía pensativo y hablaba con una voz monótona—. Me pasé toda la infancia entrando y saliendo de hospitales. El tufo a antiséptico y a edificios institucionales es el mismo en todo el mundo. También era igual cuando mi padre estuvo enfermo. E incluso cuando no lo estaba, cuando aún trabajaba, lo percibía en él cuando volvía a casa del hospital. El olor de la enfermedad y la tristeza.

Magda asintió despacio, pero no supo qué hacer con las reflexiones de James. Entonces él la miró y se animó de inmediato, una sonrisa feliz que disipó su breve momento de melancolía.

—Perdón —dijo—. Me he quedado un poco perdido en mis pensamientos. En fin, dime, ¿cómo conseguiste escapar en Hong Kong?

En su entusiasmo por conocer la historia, se inclinó hacia ella, se acercó tanto que Magda captó la fragancia cálida y especiada de su colonia, la misma que recordaba de cuando estuvieron comiendo fideos en Hong Kong. Aquel recuerdo olfativo le calentó el corazón un instante, evocó la emoción que experimentó antes de todo el horror.

—Salí volando por el balcón —reconoció. Se sacó el colgante de debajo del jersey—. Tengo mi propio objeto extraordinario. Me permite volar.

—¡Ja! —exclamó James—. Tú vuelas, yo soy resistente a las balas y esa amiga tuya de ahí es capaz de atravesar las paredes. Es como si fuéramos un equipo de superhéroes.

Magda esbozó una sonrisa cansada, pues disfrutaba del buen humor de James, pero su preocupación por Frank era como una gota de tinta en el agua clara: teñía todos sus pensamientos.

Henrietta puso fin a su llamada y se encaminó hacia ellos con la misma actitud despreocupada de siempre, como si no le importara en absoluto la terrible experiencia por la que Magda acababa de pasar. Se apartó para dejar pasar una camilla empujada por un celador —la de una anciana que asomaba desde el interior de un capullo de mantas— y luego se sentó junto a la joven en uno de aquellos asientos duros.

—Es posible que tenga un nombre —dijo—. He tenido que preguntar por ahí, a gente que conoce a gente en este mundillo.

A la joven le extrañó que Henry tuviera contactos que conocieran a un hombre tan peligroso.

«Pero ahora ella se dedica a robar, ¿no? Eres tú la que no sabes nada del mundo de Henrietta».

—¿Y? —preguntó.

—Se lo he descrito a unas cuantas personas —explicó Henry—. Lo que me has dicho acerca de que tal vez fuera galés. Solo ha surgido un posible nombre, me lo han dado dos personas distintas. Se trata de un asesino a sueldo. Muy caro. Muy bueno en lo suyo. Si fuera un coche, sería un deportivo italiano. Ese nivel de asesino a sueldo.

Magda miró a James, que estaba escuchando con mucha atención y una expresión seria en el rostro.

—Antes trabajaba para el Gobierno —continuó Henry—. Pero eso es algo bastante común entre los asesinos a sueldo. Es la formación habitual. Hace años que nadie sabe gran cosa de él. En cualquier caso, se llama Maddox. Owen Maddox.

—Owen Maddox —repitió James en voz baja.

—Te ahorraré los detalles macabros —continuó Henry—. Pero es un hombre peligroso.

—Y tiene la Caja Imposible —añadió Magda.

Henrietta la miró con el ceño fruncido.

—¿La Caja Imposible? ¿La de la historia del origen de la Sociedad?

Magda se dio cuenta de que su amiga no entendía lo que implicaba. Le contó lo que Frank le había revelado aquella misma tarde antes de que los interrumpieran.

—Contiene todos los objetos —explicó—. Toda la colección de la Sociedad. —Se volvió hacia James, que estaba sentado al otro lado —. Por cierto, se supone que tú no deberías saber nada de esto. Es un secreto.

Él asintió, y se pasó los dedos por los labios como si estuviera cerrando una cremallera. Magda miró de nuevo a Henry, que intentaba asimilar lo que le estaba contando mientras se daba golpecitos en la barbilla con el móvil.

—Ahora me siento mal por haber llegado tarde —admitió—. Si hubiera aparecido antes…

—Eso ya da igual —la atajó Magda, y restó importancia a sus palabras con un gesto de la mano.

—Estaba indecisa sobre si asistir a la reunión o no —prosiguió Henry—. No iba a ir, pero luego me entraron ganas de ver qué haría Frank con un artefacto del mundo real. Si hubiera llegado antes…

—Era imposible que lo supieras —dijo Magda, pero, a pesar de sus palabras, se sorprendió preguntándose hasta qué punto habrían sido distintas las cosas si Henry hubiera llegado a tiempo.

Quizá Frank no habría resultado herido. Quizá el hombre no habría escapado.

«Basta. Es una pérdida de tiempo obsesionarse con lo que podría haber sido».

—Pero, si ese hombre tiene toda la colección de la Sociedad… —continuó Henry.

—Sí —suspiró Magda con tristeza, y asintió ante las palabras que Henrietta no llegó a pronunciar.

—Mierda —murmuró Henry, que se desplomó contra el respaldo del asiento. Pasaron unos momentos y, luego, volvió a mirar a Magda—. ¿Qué ha sido de Will?

—No acudió a la reunión —respondió la joven—. Le envió un mensaje a Frank en el que le decía que ya no quería seguir siendo miembro. No estaba en el sótano.

—¿Es posible que Maddox haya ido a por él? —preguntó Henry—. ¿Está a salvo?

Magda reflexionó sobre la pregunta, pero no tardó en sacudirse de encima la preocupación que le provocaba.

—No tiene forma de encontrarlo. Ese hombre, Owen, si es que realmente se llama así, solo me conocía de Hong Kong. No hay manera de que conozca a Will. Y, además, se ha hecho con la pieza de ajedrez y con la Caja Imposible. ¿Por qué motivo iría a por Will?

—Vale —dijo la mujer al cabo de un momento—. Seguro que tienes razón.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó James—. Me siento casi como una rueda de repuesto aquí sentado.

—Ya has hecho bastante —contestó Magda mientras le daba unas palmaditas en la pierna. Pero su ofrecimiento la conmovió y le dedicó una sonrisa. Era agradable sentir que había alguien de su lado—. Es muy probable que me hayas salvado la vida.

Pronunciar las palabras en voz alta hizo que aquel hecho se convirtiera en realidad por primera vez.

«Has estado a punto de morir. Te estaba estrangulando».

—Dios mío, podría haber muerto —dijo como un eco de aquel pensamiento.

De repente, sintió que se le revolvía el estómago y se tapó la boca con una mano. Cerró los ojos con fuerza e hizo un gesto de negación mientras intentaba pensar en otra cosa.

Le volvió a la mente la imagen de Frank en el taxi mientras iban camino del hospital, que hizo el trayecto desplomado sobre el asiento, con la sangre coagulándose en un lado de la cabeza. Por un momento, Magda entró en pánico cuando el anciano dejó de reaccionar a sus súplicas, y durante un instante tuvo la certeza de que había muerto. Si no fuera por James y Henry, que la calmaron y lograron que Frank recuperara la conciencia, se habría puesto histérica, lo sabía; se habría derrumbado bajo el peso de todo lo que había sucedido.

«Cuánta adversidad en tan pocos días. Cuántas cosas horribles están ocurriendo a la vez».

—Mirad —dijo James, que señaló más allá de Magda.

Una de las doctoras, una joven vestida con el pijama verde de los cirujanos, se dirigía hacia ellos. Parecía agotada, pensó Magda, tan exhausta como se sentía ella misma. La doctora tenía ojeras oscuras bajo los ojos y llevaba el pelo castaño recogido en una coleta tirante. Su placa la identificaba como «Doctora Sarah Penhaligon» y, cuando se acercó, les sonrió con una amabilidad que le iluminó el rostro y ahuyentó las sombras del cansancio. El cerebro de Magda se dejó llevar brevemente por la ficción creativa y se imaginó cómo sería la vida de Sarah Penhaligon fuera del hospital. Pensó que vivía en un pequeño apartamento próximo al hospital, quizá con un novio o una

novia a quien nunca veía lo suficiente. A Sarah debían de gustarle las galerías de arte y las floristerías. Y le encantaba reciclar muebles antiguos, decidió Magda, sin ninguna razón justificable más allá del hecho de que encajaba con el personaje que había creado en su mente a partir de la nada.

—El señor Simpson va a pasar la noche ingresado —le dijo a Magda—, pero solo para mantenerlo en observación. Las heridas en la cabeza sangran mucho, pero normalmente no hay nada de que preocuparse.

La joven exhaló, se giró hacia Henry y ambas compartieron una mirada que reflejaba alivio. La doctora Penhaligon las dejó disfrutar del momento en el que la angustia de la incertidumbre se disipaba en el aire y, luego, continuó:

—Pueden pasar a verlo si quieren. Le hemos suturado la herida y le hemos administrado analgésicos para ayudarlo a dormir, así que está un poco grogui.

—A mí también me iría bastante bien algo así —bromeó Henry—, algo para ayudarme a dormir.

Magda vio que la médica reprimía una carcajada.

—Pues ya somos dos. Vengan, por aquí.

Los zapatos de la doctora chirriaban contra el suelo mientras los guiaba hacia el exterior de la sala de espera. La siguieron hasta la esquina y por el pasillo hasta un cubículo oculto tras una cortina. Frank estaba en una cama, con el cuero cabelludo rodeado de vendajes. Tenía los ojos cerrados y, bajo las intensas luces del hospital, podrían haberlo confundido con un maniquí de cera.

—Solo unos minutos, ¿vale? —dijo la doctora Penhaligon, que volvió a sonreír antes de desaparecer tras la cortina.

Magda se sentó en la silla contigua a la cama y le agarró la mano a Frank. James y Henrietta se quedaron parados al pie de la cama, sumidos en un silencio incómodo.

—Yo me puedo marchar… —comenzó a decir Henrietta, pero Magda la mandó callar frunciendo el ceño y negando con cabeza.

Frank abrió los ojos y se volvió para mirar a la chica. La estudió con expresión ausente durante unos instantes hasta que pareció reconocerla de golpe.

—Sparks —dijo, y la palabra fue un suspiro de agotamiento.

—¿Cómo estás, Frank? —preguntó ella.

Tuvo que esperar unos segundos a que llegara la respuesta; el pecho de Frank subía y bajaba con debilidad.

—Viejo.

—Vas a ponerte bien. —Quería proyectar más confianza de la que sentía, así que sonrió a pesar de que no tenía sonrisas que ofrecer —. Van a dejarte ingresado esta noche, solo para asegurarse de que todo va bien. Estás en el mejor lugar posible.

—Hum.

Su amigo tenía los ojos cerrados y Magda pensó que estaba atrapado en algún punto entre el sueño y la vigilia.

—Siento que te hayan hecho daño —le dijo.

Frank dejó caer una mano sobre la de la chica y le dio unas palmaditas ligeras.

—Tonterías —murmuró.

—El hombre ha escapado —dijo Magda, y entonces oyó que la voz le temblaba al tener que reconocer la verdad de lo que había ocurrido—. Se ha llevado la pieza de ajedrez y la Caja Imposible. — Tenía los ojos llenos de lágrimas y se las secó con la mano libre—.

Me estaba atacando, pero James lo detuvo. Y Henrietta fue quien te salvó, Frank… Ella iba a asistir a la reunión.

El hombre abrió los ojos y frunció el ceño con una expresión confusa en la cara. Magda señaló hacia los pies de la cama, desde donde James y Henrietta los observaban. Frank miró hacia allá.

—James Wei —se presentó el joven con una sonrisa, y esbozó una breve inclinación con la cabeza.

Frank miró a Magda.

—El de Hong Kong —explicó ella—. No estaba muerto. Ahora eso no importa, pero me ha ayudado. Consiguió ahuyentar al hombre.

—Me alegro de verte, Frank —dijo Henrietta, y, cuando sonrió, a Magda le pareció que era un gesto sincero, lleno de afecto y calidez.

Frank cerró los ojos con un suspiro. Parecía abrumado por los medicamentos y el cansancio.

—No es culpa tuya que se haya llevado la pieza de ajedrez. —Su voz sonaba cada vez más lejana, como si estuviera retrocediendo a través de un túnel. Magda tuvo que inclinarse hacia él para oírlo con claridad—. Además, el libro es más importante. No tiene el libro.

Su amiga negó con la cabeza, sin entender.

—¿Qué libro, Frank? ¿El catálogo?

—Hum.

—¿Por qué es más importante? No lo entiendo.

Frank respondió con un largo suspiro y ni una sola palabra. Cuando quedó claro que no iba a añadir nada más, Magda se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla. Si el anciano se percató de ello, no mostró ninguna señal. La joven le dio unas palmaditas en la mano y luego se reunió con James y Henry a los pies de la cama.

—Estoy convencido de que se pondrá bien —dijo James en voz baja, y le tocó el brazo con suavidad, como si intentara tranquilizarla.

—Sí —convino Henrietta—. Seguro que nos sobrevive a todos solo para salirse con la suya.

—Magda. —La voz fue un graznido procedente de la cama. Cuando miró hacia atrás, vio que Frank la observaba con los ojos casi cerrados—. El libro… Si muero, está en la despensa mágica. El libro y la carta. Todo está ahí dentro.

Luego, se quedó callado; la cabeza le rodó ligeramente hacia un lado al sumirse en la inconsciencia.

Pasaron unos instantes y, entonces, Henry preguntó:

—¿La despensa mágica?

Al salir del hospital, tomaron un taxi para volver al apartamento de Frank. Durante el trayecto, la mente de Magda no paró de dar vueltas a mil por hora. Entraron en la librería y subieron las escaleras hasta la vivienda. El salón estaba oscuro; el golpeteo de la lluvia contra las ventanas invadía la estancia y les dio una bienvenida sombría. Magda encendió las lámparas de mesa para que la habitación resultara más acogedora y, a continuación, se dirigió a la cocina y al armario, que era su despensa mágica.

—A ver, ¿qué es la despensa mágica? —preguntó Henry, que se dejó caer en uno de los sillones con las piernas cruzadas y las manos metidas en los bolsillos del abrigo.

James siguió su ejemplo y se sentó en el borde del sofá.

—Es donde Frank guardaba todas las galletas y las golosinas para mí cada vez que venía a visitarlo. —Magda se rio de sí misma—. Por supuesto, no me planteé ni una sola vez por qué lo llamaba la despensa mágica. Tenemos un chifonier mágico y una colección de objetos mágicos, pero jamás se me ocurrió darle más vueltas al nombre de «despensa mágica».

Frunció el ceño mientras rebuscaba entre paquetes de galletas y dulces y se maravillaba en silencio ante la cantidad de comida que Frank había acumulado. Entonces, rozó algo distinto con las manos. Era un cuaderno pequeño, embutido al fondo de uno de los estantes. La cubierta estaba envuelta en papel de estraza, como para protegerla, y una goma elástica sujetaba las páginas. Había un sobre metido entre las hojas: Magda distinguió los bordes que sobresalían por la parte superior e inferior del cuaderno.

Tras acercarse a Henrietta y James, que la observaban, quitó la goma elástica, abrió el cuaderno y vio su nombre escrito con letra clara en el anverso del sobre. Lo levantó para enseñárselo a Henrietta.

—¿Una carta de Frank? —preguntó esta con una ceja arqueada.

La joven asintió, dejó la carta sobre la mesita y volvió a concentrarse en el cuaderno.

—Me produce una sensación rara —dijo mientras le daba la vuelta en la mano y acariciaba con el pulgar el rugoso papel marrón que habían cortado y pegado cuidadosamente con cinta adhesiva en el interior de la cubierta.

—¿Rara en qué sentido? —preguntó James.

—Pesa —contestó Magda. Le lanzó una mirada cómplice a Henrietta—. Pesa más de lo que debería.

—¿Pesa tanto como un artefacto?

Henrietta no le quitaba ojo al libro que Magda tenía en la mano.

—Sí —asintió, despacio.

—¿Es un libro mágico? —preguntó James, y la joven volvió a asentir.

Magda se dio cuenta de que estaba temblando, de que, al cobrar conciencia de lo que tenía en las manos, el cuerpo entero se le activó de repente.

—Tanto tiempo pensando en objetos mágicos, y nunca hemos tenido un libro mágico —reflexionó—. ¿Por qué no iba a ser mágico un libro?

—Algunas personas dirían que ya lo son —apuntó James.

A Magda le gustó el comentario, y una sonrisa le curvó la comisura de los labios, a pesar de que todo el cuerpo seguía temblándole por la expectación.

—¿Qué hace? —se preguntó en un susurro.

—Tienes que leer la carta —le indicó Henrietta al mismo tiempo que cogía el sobre.

—No —respondió la joven con brusquedad—. ¡Frank no está muerto!

—Aquí no dice por ninguna parte que solo deba leerse cuando haya muerto —señaló Henrietta mientras le daba vueltas al sobre en la mano. Entonces, con un único movimiento rápido, rasgó el sobre. Levantó la mirada hacia Magda y torció la boca en una expresión de culpa afectada—. Huy —dijo—, se me ha resbalado la mano. Bueno, ahora ya está abierta, así que…

Magda frunció el ceño, pero Henry le dedicó una sonrisa enorme sin mostrar ningún tipo de arrepentimiento. Se acercó a ella y le

tendió el sobre rasgado.

Querida Magda

La joven se dejó caer en el sofá junto a James y sacó la carta del sobre.

—Léela en voz alta —dijo Henry. Magda la miró mientras se reclinaba contra el respaldo—. Si quieres —añadió la mujer—. Es tu carta.

Al desdoblar las páginas, Magda vio la pulcra caligrafía de Frank. Se arrellanó en el sofá y comenzó a leer.

¡Hola, Sparks!

Si estás leyendo esto, imagino que debo de estar muerto. O eso, o has encontrado esta carta por casualidad mientras buscabas el chocolate. Si se trata de lo primero, sigue leyendo; si se trata de lo segundo, deja esto donde estaba y llévate solo el chocolate.

Si estoy muerto, no malgastes el tiempo estando triste por mí. He tenido una vida larga y saludable, y he sido feliz durante la mayor parte de ella. Desde un punto de vista estadístico, la mayoría de las personas que han existido a lo largo de la historia han tenido una vida peor que la mía, así que no hay motivo para estar triste. Puedes echarme de menos, pero no me llores durante demasiado tiempo. Te pones bastante fea cuando lloras, así que hazle un favor a todo el mundo y supéralo lo antes posible.

Bien, el objetivo de esta carta es contarte las cosas que necesitas saber. Voy a ser muy directo, puesto que tengo que dejarlo todo por escrito y, de todas maneras, nunca se me ha dado muy bien el lenguaje. Me he pasado toda la vida rodeado de libros; cualquiera pensaría que, a estas alturas, tendría que haber aprendido una o dos cosas acerca de la belleza del lenguaje, pero no es así. Una vez intenté ser escritor —nunca se lo he contado a nadie, es el primer secreto

de los que voy a revelarte—, pero mi prosa era tan vergonzosamente mala que quemé las páginas y me prometí que jamás volvería a usar la pluma. Creo que para ser escritor es necesario tener un don, la verdad. Que no es algo que pueda aprenderse. Siempre he estado muy orgulloso de ti, Magda, por tu talento y tu esfuerzo. Tú no lo sabes, pero le cuento a todas las personas que entran en la tienda que conozco a la verdadera Miranda Hepworth, que conozco a la mujer que hay detrás de los libros. Estoy seguro de que los aburro como ostras. Pero ¡es cierto!

En fin, ya estoy divagando. La cuestión es que hay personas que son lectoras y otras, como tú, que son escritoras. Está clarísimo que yo soy lector, así que no esperes mucha poesía aquí.

Tengo que decirte tres cosas importantes. En primer lugar, debo contarte la historia de la Sociedad, la real, no la que te conté cuando te enteraste de la existencia de la magia. En segundo lugar, tengo que hablarte de un libro que poseo y de lo que es en realidad. Y, en tercer lugar, tengo que explicarte lo que le ocurrió a tu madre, Imelda. Esta carta contiene muchos secretos, pero te prometo que solo te he ocultado estas cosas porque tenía que ser así. Me he pasado toda la vida intentando proteger al mundo de los objetos mágicos y de lo que podría suceder si cayeran en malas manos. Al mundo no le conviene concederles a las personas malvadas más poder del que ya tienen. Me he tomado esa tarea muy en serio, incluso cuando me he descubierto haciendo cosas que me provocaban desdicha. Espero que, cuando termines de leer esto, comprendas por qué he hecho lo que he hecho. Y espero que no pienses demasiado mal de mí. Confieso que he sido demasiado cobarde para reconocerte nada de todo esto mientras aún estaba vivo. Ahora estoy muerto, así que tu decepción no me afectará.

Bueno, lo primero. La Sociedad. En realidad, la Sociedad no existió hasta que yo la creé, pero la historia que te conté es similar a lo que sucedió en realidad: en Inglaterra, después de la guerra, un grupo de hombres descubrió que la magia existía y comenzó a reunir objetos cotidianos y comunes que eran capaces de hacer cosas maravillosas. Objetos extraordinarios, como los bautizó mi abuelo (eso sí ocurrió, no me lo inventé). Sin embargo, al contrario que en la historia que te conté cuando te uniste a la Sociedad, esos cuatro hombres de hace tantos años no se dedicaron a mantener los objetos mágicos a salvo de

aquellos que pudieran hacer un mal uso de ellos. No. Esos cuatro hombres fueron culpables del tipo de acciones que ahora intentamos evitar. Nuestros predecesores utilizaron los objetos de manera inadecuada para buscar su propio placer y beneficio. Se hicieron ricos. Apostaban y competían en carreras de coches y, al menos en una ocasión de la que yo tenga constancia, mataron a un hombre y se fueron de rositas. Solo eran cuidadosos cuando se trataba de que no los pillaran. Siempre fueron capaces de justificar su fortuna y sus riquezas como ganancias del juego o herencias, y limitaban su círculo de amigos a aquellos que conocían el secreto, a ellos cuatro. Ni siquiera sus esposas conocían la verdad.

Mi padre, Baxter Simpson, creció en ese mundo. Nació en una casa de clase trabajadora normal y corriente en Londres, pero se convirtió en adulto en una enorme casa de campo en Northamptonshire. A lo largo de su infancia, su padre, mi abuelo, acumuló una fortuna mediante el uso indebido de la magia. Los tres amigos de mi abuelo también tuvieron hijos, y todos ellos se convirtieron en padres de al menos un niño. Los niños siempre fueron los preferidos, los prepararon para heredar el secreto compartido y mantenerlo dentro de las cuatro familias. Lo sé porque mi padre me lo contó todo cuando alcancé la madurez, me contó los mismos secretos que mi abuelo le contó a él. Me los fue transmitiendo durante los pocos años que transcurrieron entre mi vigésimo cumpleaños y el momento en el que se lanzó a las vías del metro en 1976. También me contó otras cosas. Me contó lo que los miembros del grupo hicieron unos años antes. Lo que Joseph Rudge, tu abuelo, los obligó y persuadió a hacer. No te referiré los detalles. Básicamente, utilizaron la magia de la forma más horrorosa posible; pero los pormenores ya no importan, ha pasado mucho tiempo. Sin embargo, eso destruyó a mi padre, fue la razón de que se suicidara. Y aquello también dejó marcado a tu abuelo.

Mi padre y tu abuelo murieron con casi diez años de diferencia, pero estoy convencido de que lo que los mató a ambos fue lo mismo: la culpa. Opino que Joseph Rudge también se suicidó, pero lo hizo de una forma más lenta: se pasó toda una década bebiendo para olvidar. Yo formé parte del club durante esos diez años, sustituí a mi padre y entré en aquel loco e increíble mundo de viejos que hacían lo que les daba la gana. Colin Wiseman, el padre de Henrietta, también era miembro por aquel entonces, junto con Ellery Pinn, el padre de

Will. Sin embargo, Joseph era la figura dominante. Solía estar borracho, se mostraba agresivo y, a veces, era violento. No sé si Imelda te contó algo de todo esto alguna vez, pero su padre también era terrible con ella. Por eso se cambió el apellido a Sparks y renegó del legado de los Rudge (¡aunque no de la gran herencia!). Y por eso fue tan buena madre para ti. Se negaba a comportarse con su hija como su padre lo hizo con ella.

Joseph Rudge intimidaba a sus amigos. Sé que estoy hablando de tu abuelo, pero es la verdad. No sé si siempre fue así o si empeoró con la edad y el alcohol, pero era autoritario y violento y, tarde o temprano, todos terminaban haciendo lo que él quería. Lo vi en acción incluso durante los últimos años de su vida. Al final, por suerte, el alcohol acabó con él. Para entonces, yo ya sabía lo suficiente. Para entonces, yo ya sabía que tenía que actuar.

Cuando Joseph murió, cambié las cosas. Tanto Colin como Ellery estaban cansados y cada vez más viejos. Creo que se sintieron tan aliviados de librarse de Joseph que se alegraron de que todo estuviera tranquilo y en paz. Así que tomé el control del grupo. Ni siquiera tenía los treinta, pero veía a la perfección lo que se necesitaba. Introduje una estructura, normas y un pilar moral, y dejé claro que, a partir de entonces, en lugar de hacer un mal uso de ellos, protegeríamos al mundo de los objetos mágicos. Era una época peligrosa, como comprenderás. Estábamos en plena Guerra Fría. Existía la amenaza de las armas nucleares y parecía que el mundo estuviera tambaleándose al borde del desastre. No era momento para andar por ahí jugando con la magia. Nos aseguraríamos de proteger a la humanidad de sus peores impulsos. Nos aseguraríamos de que la humanidad no se sumiera en un largo y oscuro invierno de destrucción y desesperación. Esta verdad estaba entretejida en la historia que te conté hace tantos años…, pero te hice creer que fue a mi abuelo a quien se le ocurrió esta idea, no a mí. Creo que las ideas tienen más relevancia cuanto más antiguas son. Si han resistido el paso del tiempo, son algo más sólido.

Nos convertimos en la Sociedad de los Objetos Extraordinarios y establecí nuestro propósito para asegurarme de que los errores del pasado no se repitieran. Obligué a Colin y Ellery a aceptarlo y les impuse una historia distinta, una historia en la que uno de nuestros antepasados heredó la Caja Imposible, lo cual llevó a la creación de la Sociedad por parte de cuatro hombres preocupados

y meticulosos. Me siguieron la corriente. Solo querían una vida tranquila. Y creo que les gustó la idea de fingir que eran mejores hombres de lo que lo fueron.

Cuando tu madre, la única hija de Joseph Rudge, pasó a formar parte de la Sociedad ese mismo año, se convirtió en el primer miembro verdadero. Ella creía que se estaba sumando a un grupo mucho más antiguo, con un objetivo transmitido a lo largo de dos generaciones, cuando en realidad se estaba uniendo a algo completamente nuevo. Luego, tras el fallecimiento de Colin Wiseman, Henrietta ocupó su lugar en la Sociedad y se convirtió en la segunda persona en escuchar mi nueva versión de la historia. Y, por último, en 2012 murió Ellery Pinn, la última persona que conocía la verdad sobre el nacimiento de la Sociedad. Will Pinn se convirtió en un nuevo miembro y yo completé mi misión: la Sociedad existía para proteger los objetos mágicos frente a la humanidad. El Chifonier de Relojería, que se encargó en la década de 1960 como caja fuerte para que los hombres guardaran sus objetos mágicos, era ahora un depósito y un escondite. La historia quedó reescrita.

Así que esa es la verdadera historia de la Sociedad, esta cosa que creé a partir del caos. Pero hay una parte del relato que aún no he mencionado: cuál es el origen de los objetos mágicos. Sé la respuesta a esa pregunta. Es el primer secreto, la verdad que dio inicio a todo esto. Uno de los cuatro hombres, uno de nuestros abuelos, regresó a Gran Bretaña después de la guerra tras pasar un tiempo en el norte de África y trajo consigo un objeto extraordinario. No era la Caja Imposible, sino un libro que le robó a un lugareño. No sé cuál de los cuatro hombres fue, y tampoco conozco la procedencia exacta del libro. Pero sé que no se trataba de un objeto cualquiera. Era un ente mágico, un artefacto en sí mismo. Se decía que era un libro de sueños, de deseos, de anhelos. Se describía de muchas maneras, pero, para abreviar, se trata de un libro capaz de crear objetos mágicos. El libro —que, si estás leyendo esto, ya debería estar en tu poder— parece un cuadernito de bolsillo con las tapas blandas. Si hojeas las páginas, verás descripciones de objetos y artefactos y de lo que pueden hacer. No es un catálogo de lo que poseemos, es un directorio de todos los objetos mágicos del mundo creados por el libro.

Funciona así: lo sostienes en las manos y describes qué quieres, qué objeto y qué cosa excepcional puede hacer. Cuando abras el libro, habrá un dibujo nuevo, una descripción nueva en una página que antes estaba en blanco. Y

luego, a lo largo de las siguientes horas o días, el objeto en cuestión entrará en tu vida. No aparece de repente delante de tus narices. Si pides un anillo, es posible que lo encuentres en un cajón, como un tesoro perdido hace tiempo. Si pides un cuchillo, te toparás con él por casualidad mientras estás buscando otra cosa. Sabrás lo que es en cuanto lo veas. Y, cuando agarras esos objetos, notas que son diferentes. Que los has evocado desde un lugar distinto y hacen cosas increíbles.

El libro no funciona con todo el mundo; no sé por qué, pero algunas personas saben hacer que funcione y otras no. Tu abuelo, Joseph Rudge, sabía usarlo, pero yo no (lo he intentado, lo confieso, solo una vez).

Todos los artefactos que posee la Sociedad los ha creado el libro. Pero en él también se detallan otros objetos, cosas que mi padre y su generación crearon y que se vendieron por grandes sumas de dinero o se regalaron a cambio de favores. También hay objetos creados por quienquiera que fuera el dueño del libro antes de que llegara hasta nosotros. Así que no tenemos en nuestro poder todo lo que se ve en las páginas del libro. Algunos de estos objetos están perdidos por el mundo, a la espera de que alguien los encuentre. A veces me preocupa tanto lo que podría ocurrir si uno de esos objetos cayera en malas manos que siento que el suelo se abre bajo mis pies.

Por supuesto, soy consciente de que acabo de mover la pregunta fundamental un paso más atrás. ¿De dónde salieron los objetos mágicos? Salieron del libro. ¿De dónde salió el libro mágico? No lo sé. Sin embargo, a lo largo de los años he oído historias sobre otros libros mágicos y rumores acerca de que en Escocia hay una biblioteca llena de volúmenes de ese tipo. ¡A saber qué otros secretos y maravillas existen ahí fuera, en los oscuros recovecos del mundo!

No obstante, espero que comprendas que este libro es lo más preciado que tenemos. Los artefactos son importantes y peligrosos por sí mismos, pero el libro podría crear un sinfín de objetos capaces de hacer todo tipo de cosas maravillosas o terribles. Si cayera en las manos equivocadas, piensa en lo que podrían hacer con él. Piensa en lo que podrían desear las peores personas de la humanidad.

No eres la primera persona a la que le hablo del libro. También le hablé de él a Imelda. No le confesé su existencia por elección propia… Al menos al principio… Aunque creo que siempre deseé compartir la carga. Tenía decidido

que tu madre sería mi sucesora. Estaba mucho más unido a ella que a Will o a Henrietta, y además Imelda tenía un carácter muy amable y cariñoso, y una inteligencia tan aguda que siempre me pareció la elección perfecta. Siempre pensé que terminaría enterándose de todo, así que, cuando un día me vio con el libro, creo que intuyó que era algo especial. Estuvo insistiéndome durante varias semanas. En aquel momento, no me encontraba bien —tú no lo sabes, pero hace unos diez años tuve un susto de salud y pensé que quizá no me quedara mucho tiempo de vida—, y eso me hizo pensar que contárselo era lo correcto. Así que le expliqué a Imelda lo del libro, le dije lo que era. Lo entendió de inmediato. Se dio cuenta de las implicaciones. Pero ella era mucho más lista que yo, de modo que también vio una oportunidad. Se le ocurrió algo que a mí no se me había ocurrido nunca: si tenemos un libro que puede crear cualquier objeto mágico que queramos, ¿por qué no crear algo que nos ayude a encontrar los otros objetos mágicos? Intentó usar el libro y, por supuesto, a ella sí le funcionó. No sé por qué no me sorprendió; me pareció totalmente lógico que con ella sí funcionara. Creó un mapa. Lo llamó el Atlas de las cosas perdidas, un artefacto que la guiaría hasta los objetos que no estaban en posesión de la Sociedad. Y luego cogió ese mapa y se embarcó en una gran aventura —esas fueron sus palabras— en busca de cosas extraordinarias. Se suponía que no pasaría fuera más de seis meses, el lapso entre una reunión de la Sociedad y la siguiente. Iba a volver y a traer consigo todo lo que el Atlas la llevara a encontrar.

Sin embargo, murió en esa pista de senderismo en Estados Unidos. Ya lo sabes. Recibiste aquella horrible llamada cuando los excursionistas la encontraron tras la caída. Tuviste que ocuparte de todos los trámites, de que trasladaran su cadáver hasta aquí. No sé cómo lo hiciste, Magda, pero nunca he estado tan orgulloso de ti.

Lo siento, estoy divagando otra vez.

El cuerpo de tu madre regresó, pero el Atlas no. Tampoco volvió ningún otro objeto mágico, aunque sé que encontró varios. Hablamos mientras Imelda estaba fuera. Dio con tres de los artefactos que aparecen en el libro: el crucifijo, el clavel azul y la moneda de oro. Y estaba buscando otro en Estados Unidos cuando murió.

Nunca he tenido motivos para creer que a Imelda le sucediera algo perverso. Es muy posible que se tratara de una simple caída. Como sabes, no era una

senderista experimentada. Puede que dejara los objetos y el Atlas en algún otro lugar mientras caminaba y que ahora mismo estén guardados en alguna consigna. O quizá los haya recogido algún desconocido que no tenga ni idea de lo que son. En cualquier caso, siempre me he sentido responsable de lo que sucedió. Si Imelda no hubiera salido a buscar objetos para la Sociedad, todavía seguiría aquí. Tú tendrías una madre y yo tendría una amiga.

¿Te das cuenta de que el trabajo de la Sociedad, incluso cuando intentamos hacer el bien, a veces tiene consecuencias terribles?

Magda, siento mucho lo que le pasó a Imelda. Siento mucho cualquier responsabilidad que me corresponda por la muerte de tu madre.

¿Qué más tengo que decirte? Llevo horas escribiendo y me duele la mano. He perdido por completo la costumbre de escribir a mano.

Debes saber que la colección de la Sociedad ya no está contenida en el Chifonier de Relojería. Me volví paranoico tras la muerte de Imelda. Pensé que alguien vendría a por nosotros… O quizá que ni Henrietta ni Will ni tú erais de fiar. Así que metí todos los objetos que poseemos en la Caja Imposible. ¿Recuerdas la caja que te describí cuando te conté la historia de la Sociedad? Es uno de los primeros objetos que mi padre creó con el libro. Nunca deberías tener la necesidad de sacar objetos de ella; es mejor que permanezcan donde están, pero, por si acaso, para retirar un objeto tienes que saber lo que estás buscando. No puedes meter la mano sin más, como en una caja normal, y sacar algo: tienes que saber lo que quieres y saber que está ahí. Imagínate el objeto lo mejor que puedas mientras metes la mano en la caja y aparecerá entre tus dedos. Y mira hacia otro lado mientras lo haces. Nunca debes mirar directamente hacia el interior de la Caja Imposible.

Esta se encuentra en una caja fuerte detrás de la estantería que hay justo a tu izquierda cuando entras en el sótano. He cambiado el código de la caja fuerte para que sea un número que deberías conocer: el día del funeral de tu madre (seis dígitos). Espero que sea una fecha que recuerdes.

Te he legado a ti, Magda, Bell Street Books, todo su contenido y todas mis pertenencias terrenales. Si estoy muerto, mi abogado se encargará de todo: eres la única heredera. No se me ocurre nadie mejor que tú para ser la propietaria de la tienda. ¿Qué mejor dueña para una librería que una escritora?

Y, si estoy muerto, ahora eres la presidenta de la Sociedad. No creo que a Will, que es el único miembro que asiste a las reuniones aparte de ti, le importe, y Henrietta lleva unos cuantos años sin aparecer. Si puedes conseguir que vuelva, hazlo, por favor. En el fondo es buena persona. Solo tiene un pequeño problema de intolerancia hacia la autoridad. Quizá tú seas capaz de dirigir la Sociedad de otra manera… Eso te lo dejo a ti.

Y necesitarás un cuarto miembro. Les pido a todos los miembros que nominen a alguien y le escriban una carta (¿Has escrito ya tu carta, Magda?). Supongo que esta es mi carta equivalente. Pero no tengo a nadie más a quien nominar. Las personas a las que mejor conozco sois Will, Henrietta y tú. Me he mantenido alejado del resto de la gente durante la mayor parte de mi vida. Así que te dejo a ti la decisión de elegir a un nuevo miembro, si lo consideras apropiado. ¿Puede que funcione solo contigo y con Will? Tal vez podáis hacer algo distinto por completo… Creé la Sociedad para arreglar el desastre que provocó la generación de mi padre. A lo mejor podéis crear algo nuevo que mejore lo que he hecho yo.

Magda, tú eres una de las buenas. Espero que, decidas lo que decidas hacer con todo lo que te dejo, lo hagas por el resto de las buenas personas del mundo. Los poetas, los músicos y los lectores. Los amables y los que cuidan, las personas que persiguen la felicidad de los demás por encima de la acumulación de riquezas y poder. Hazlo por ellos y haz que el mundo sea un poco mejor.

Con cariño,

Frank

El único ruido que se oía en la habitación era el del repicar de la lluvia contra las ventanas. Magda dobló las páginas de la carta y volvió a meterlas en el sobre. Tenía la sensación de que todas las preguntas y la confusión de su mente habían desaparecido, como los restos de un naufragio en una playa arrastrados por una fuerte marea. Sin embargo, se quedó aturdida, sin saber qué pensar sobre las revelaciones.

—Vaya —murmuró Henry, y Magda la miró. La mujer tenía el ceño ligeramente fruncido, estaba sentada con las piernas cruzadas y agitaba el pie con suavidad—. La verdad es que en una cosa tiene razón: no tolero la autoridad. Lo confieso.

A Henry se le iluminó el rostro con una sonrisa. James soltó una carcajada y, cuando Magda lo miró, la expresión risueña se le desvaneció y se transformó en un gesto de disculpa.

—Frank no mentía —dijo Magda, que optó por hacer caso omiso de la broma de Henry y recordar la conversación que mantuvieron la noche anterior—. Él solo quería…

—¿Qué? —la presionó Henry.

Magda se encogió de hombros, se sentía impotente.

—No lo sé. Solo intentaba hacer del mundo un lugar mejor.

Henrietta echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada mirando al techo.

—Por favor. No hay ninguna razón por la que no pudiera contarnos nada de esto. Lo que pasa es que no confiaba lo suficiente en nosotros.

Magda sintió un aguijonazo de enfado, pero no le apetecía discutir, no después de todo lo que había pasado.

—Da igual —murmuró—. No importa.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó James con la voz tranquila y calmada.

—Bueno, tenemos que quitarle la colección de la Sociedad a ese hombre horrible y recuperarla —dijo Henry—. Creía que era obvio.

Al oír sus palabras, Magda sintió que la felicidad la invadía y reconoció para sí que, hasta entonces, estaba convencida de que Henrietta iba a marcharse de nuevo, a abandonarla. El hecho de que

quisiera ayudar fue como si el sol saliera después de una semana de lluvia.

—Sí —dijo mientras asentía con la cabeza.

Parecía que recuperar la colección de la Sociedad era justo lo que tenían que hacer, pero la perspectiva de hacerlo era demasiado enorme como para comprenderla. ¿Perseguir a un hombre peligroso y enfrentarse a él? Era una escritora que llevaba una vida tranquila en Londres. ¿Por dónde iba a empezar a hacer algo así?

—Pero ¿cómo? —les preguntó—. Ni siquiera sabemos dónde está.

James cogió el libro de la mesita.

—Podrías utilizar esto —sugirió—. Genera objetos mágicos. Quizá alguno de nosotros sea capaz de hacer que funcione. Podríamos crear un mapa que muestre dónde está la caja. Te llevaría directamente hasta ella.

—Muy bien —exclamó Henry al mismo tiempo que daba una palmada—. Usemos estas cosas para hacer algo bueno por una vez, como Imelda. ¿Qué me dices, Magda?

Pero esta tenía la mirada clavada en el libro, sin tener claro qué debía hacer.

Interludio: un extraño

en River House

(2020)

Owen Maddox estaba en River House, pero tenía pensado salir por primera vez desde hacía muchas semanas.

La casa era una cabaña grande y moderna que compró tres años antes. Se encontraba en medio de hectáreas de bosque junto al río White, a solo unos kilómetros del monte Rainier, en el estado de Washington. Quedaba escondida, lejos de la autopista, al final de un desvío que se apartaba de una pista que permanecía cerrada durante seis meses en invierno y que, durante el resto del año, llevaba a puertos de montaña, rutas de senderismo y campings. River House la diseñó un arquitecto de Seattle y se construyó a finales de los noventa. Era una propiedad larga y estrecha con el techo plano, hecha de madera teñida de negro y con más ventanas que paredes, para ofrecer unas impresionantes vistas del bosque circundante y del sinuoso río White. Owen eligió River House porque, a pesar de que era un lugar remoto y aislado, estaba a solo una hora en coche del aeropuerto de Seattle, y porque el clima de Washington tenía algo que le recordaba a los días lluviosos y

ventosos de su juventud en Gales. La lluvia y el viento lo convirtieron en quien era, y se sentía cómodo con ellos.

Era el punto de inflexión del año: aunque era demasiado tarde para decir que estaban en verano, todavía no hacía suficiente frío para pensar que llegaba el invierno, pero Owen sabía que los días oscuros se acercaban. Aceptó un trabajo para salir a que le diera el sol durante un tiempo. Alguien solicitó sus servicios para matar al propietario de un casino en Las Vegas. Owen no sabía el motivo —sin duda algún tipo de guerra territorial del crimen organizado— y tampoco le importaba. Le dieron el nombre y la mitad de los honorarios; el resto llegaría cuando cumpliera con su cometido. A lo largo de las dos o tres semanas anteriores, empezó a recopilar la información que necesitaba: planos arquitectónicos y lugares donde conseguir armas y alquilar coches, habitaciones y casas en la zona de Las Vegas. Se trataba de prepararse para cualquier eventualidad y de protegerse de cualquier investigación que pudiera derivarse de su actuación. A Owen le gustaba aquella parte del trabajo, la planificación y la preparación. A veces la prolongaba y tardaba más de lo necesario. Primero planificar, luego actuar. Ese era su lema.

Ese día estaba revisando los planos arquitectónicos del casino para intentar entender dónde pasaba su objetivo la mayor parte del tiempo. Owen esperaba que los despachos estuvieran en lo más profundo del complejo del casino, probablemente bajo tierra, y que, por lo tanto, no fueran un lugar realista para el ataque de un francotirador. Un disparo a corta distancia era demasiado arriesgado, dada la cantidad de agentes de seguridad y cámaras que había en los casinos, por lo que Owen estaba pensando en hacer el trabajo en

otro lugar, bien en una propiedad doméstica, bien fuera de la ciudad, si era posible atraer al hombre hacia el exterior de Las Vegas.

Estaba trabajando en el salón, con los papeles esparcidos sobre la mesita, el ordenador portátil abierto y una taza de café frío a un lado. Era un día lluvioso y, por el cristal de los ventanales que iban del suelo al techo en el lado este de la casa, corrían riachuelos de agua. Al otro lado de estos había una franja de bosque de unos diez metros y, más allá, el ancho río White, que rodaba sin cesar sobre sí mismo. Owen se estiró y se dio cuenta de que tenía hambre. Se dirigió a la cocina, abrió la nevera y encontró unos huevos, beicon y champiñones para hacerse una tortilla. De pie junto a la encimera, empezó a cortar los champiñones mientras escuchaba el ruido de la lluvia contra las ventanas y pensaba en un viaje de investigación a Las Vegas. Estaba debatiéndose entre ir en coche o en avión cuando sintió que los pelos de la nuca se le erizaban, que sus sentidos detectaban algo y le enviaban una señal de alerta para que su mente consciente reaccionara.

Owen levantó la vista de la tabla de cortar y vio una figura pegada a la ventana en el otro extremo del salón. Era un hombre; llevaba una gorra de béisbol encasquetada en la cabeza y un abrigo largo y encerado que le cubría casi todo el cuerpo. La correa de una mochila le trazaba una línea diagonal sobre el pecho y la lluvia rebotaba en él y le empapaba los vaqueros. El hombre giró la cabeza despacio, como si estuviera examinando el interior de River House, hasta que se encontró frente a frente con su mirada.

Owen repasó en su mente las posibles explicaciones —un excursionista perdido o una avería en la autopista— y las descartó al instante. Durante un momento, se planteó si se trataría de alguien

como él, de alguien a quien le habían asignado la tarea de eliminarlo, pero ni siquiera eso parecía encajar. Conocía al tipo de personas que enviarían para eso, y ninguna de ellas se quedaría plantada en una ventana mirándolo, anunciando su presencia y convirtiéndose en un blanco fácil.

Soltó el cuchillo sin apartar la vista de la figura de la ventana y, con un tintineo de la cadena, se sacó el frasco de plata de debajo del jersey. Sabía que este le diría la verdad. Desenroscó la tapa, bebió un sorbo y tragó el líquido sedoso. Mientras volvía a ocultar el frasco bajo la ropa, su mente y sus sentidos se abrieron. Clavó la mirada en la figura a la espera de ver sus colores, sus alas, de leer la verdad oculta que el líquido le revelaría.

Los colores inundaron el resto del campo visual de Owen: desde los árboles y la vegetación hasta los seres vivos que se arrastraban por el suelo del bosque; incluso los tonos de sus propias alas de mariposa asomaban a su visión periférica. Vio todo esto, pero la figura de la ventana no tenía aura, no tenía colores; era una piedra negra en un arroyo de curso rápido, sólida e inerte.

Owen sintió que unos dedos fríos le recorrían la espalda.

Todo el mundo tenía alas, todas las personas a las que veía cada vez que bebía del frasco. Los jóvenes tenían las más brillantes y los ancianos, las más tenues. Las suyas eran oscuras y multicolores, manchadas por las almas de las personas a las que había matado. Pero siempre había alas, puesto que todo el mundo tenía alma. Sin embargo, aquel hombre, aquel intruso de la ventana, no tenía ni colores ni alma, y no sabía qué significaba eso.

Le dio la espalda a la ventana fingiendo que iba a alcanzar un paño que colgaba de la pared. Al amparo de ese movimiento, sacó

un cuchillo limpio del soporte que había en la encimera y se lo metió en el cinturón, en la parte de atrás, mientras se volvía de nuevo para que el hombre no lo viera. Luego, atravesó el salón hasta la estantería para tomar una de sus Glock 19. No necesitó comprobar si estaba cargada: las armas que tenía en casa siempre estaban listas para su uso. Él siempre estaba preparado.

Se llevó el arma a la espalda y se acercó a la puerta corredera. Al abrirla, un viento frío empujó hacia la casa el repiqueteo de miles de gotas de lluvia.

Esperó, pero la figura no se movió.

—¿Qué quieres? —gritó Owen, pero el tamborileo de la lluvia ahogó su voz.

Salió al aguacero y dio unos cuantos pasos a lo largo del lateral de la casa para acercarse al desconocido. Entonces, alcanzó a atisbarle el rostro debajo de la gorra de béisbol: era normal, estaba bronceado y lleno de arrugas y tenía los ojos oscuros abiertos como platos mientras Owen se dirigía hacia él. Aquella cara hizo que se sintiera incómodo, aunque no habría sabido decir por qué. Era una sensación, un malestar del que no podía librarse, como una indigestión después de una mala comida. El bosque entero, el mundo entero estaba lleno de colores hermosos, pero aquel hombre no. Aquel extraño era incoloro, un agujero negro rodeado de arcoíris.

—¿Qué quieres? —volvió a preguntar Owen con un dejo de enfado en la voz.

El hombre dio un paso hacia atrás con nerviosismo, y luego otro, como si la cercanía del otro lo intimidara. Luego, movió un brazo para llevarse la mano al interior del abrigo.

—¡Ni se te ocurra! —ladró Owen, que apuntó al desconocido con la Glock y entornó los ojos para protegerse de la lluvia.

El extraño se quedó quieto un instante, con la mirada fija en el arma, pero luego se sacó la mano del abrigo y mostró solo un trozo de papel doblado. Owen lo observó mientras lo desplegaba y se lo tendía.

—¿Qué es esto? —preguntó sin mostrar el menor indicio de la confusión que sentía y que, en los límites de su visión, se onduló y estrió a través de los colores de sus alas.

El hombre dio un paso vacilante al frente y agitó el papel para invitar a Owen a agarrarlo. Este vio que se trataba de un mapa, de un dibujo a mano de River House y sus alrededores.

—¿Quién te lo ha dado? —quiso saber, pues le inquietaba la idea de que alguien pudiera bocetar mapas de su casa.

—Es de una amiga —respondió el hombre en un tono tan bajo que la lluvia estuvo a punto de ahogar sus palabras—. Me ha traído hasta ti.

Owen le arrebató el mapa de las manos y lo estudió durante unos instantes sin dejar de apuntar al desconocido. Era imposible entender el dibujo bajo la lluvia.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué te ha traído hasta mí?

—Porque somos iguales —dijo el hombre, y en aquel momento hubo algo parecido a la esperanza en sus ojos, una sonrisa torpe le estiró los labios, y era una imagen horrible.

La lluvia era un aplauso interminable en el aire. Owen dobló el mapa y se lo guardó en el bolsillo de los pantalones para examinarlo más tarde. Los ojos oscuros del desconocido siguieron el movimiento.

—Somos iguales —repitió el hombre.

Owen le pegó un tiro a bocajarro en la frente con la intención de poner fin a la situación. Ya estaba pensando en cómo deshacerse del cadáver, cuando se dio cuenta de que el hombre no estaba muerto. Este retrocedió dando una sacudida, pero la esperada flor de color rojo oscuro no le brotó en la frente. Pasó un momento y, entonces, la expresión del rostro horrible y perturbador del desconocido cambió. La esperanza vacilante se desvaneció y la conmoción le agrandó los ojos.

Pese a que sabía que eso era imposible, Owen dio por hecho que había fallado y disparó otra vez, pero el desconocido echó a correr a toda velocidad hacia la izquierda y se escondió detrás de un árbol. Cuando Owen volvió a disparar, arrancó un trozo de corteza del tronco y luego movió la mano hacia un lado a tiempo de ver que el hombre aparecía en el otro extremo del árbol. Disparó de nuevo y supo que esta vez lo había alcanzado en el hombro, pero el intruso siguió moviéndose, dejó atrás otro árbol mientras corría frenéticamente y rebuscaba algo en su mochila mientras huía. El francotirador respiró hondo, se calmó y volvió a disparar; sus sentidos, estimulados por el líquido del frasco, guiaron su puntería con perfecta precisión. La bala tendría que haberle arrancado al hombre un trozo de la parte posterior del cráneo; sin embargo, siguió moviéndose, ileso. Y luego se detuvo, oculto detrás de un árbol.

Owen lo miró con incredulidad. Nunca había necesitado tantos disparos para matar a un hombre. Había asesinado a objetivos a distancias mucho mayores con un solo tiro. Algo no iba bien.

Comenzó a avanzar entre los árboles con las luces de River House a su espalda y su sombra alargándose ante él. Tenía los oídos llenos del repiqueteo de la lluvia contra las hojas y el suelo, pero tenía los sentidos aguzados y se encontraba en estado de máxima alerta. Vislumbró un movimiento cerca del suelo, a la izquierda. Reaccionó y bajó el arma al instante, esperaba ver al extraño arrastrándose para escapar; en cambio, vio una gruesa enredadera con forma de serpiente que brotaba del suelo y palpitaba con colores oscuros, colores «inhumanos» muy distintos de los de las alas de cualquier persona. Owen apretó los dientes a causa de la sorpresa y abrió los ojos como platos al percatarse de que otros brotes similares emergían de la tierra, como monstruos que se desenterraban del suelo húmedo y se volvían hacia él. Disparó a una de las criaturas y las heridas que le provocó dejaron al descubierto una carne pálida y cremosa, pero aquello no pareció detenerlas ni asustarlas. Las serpientes comenzaron a reptar en su dirección moviéndose como orugas gruesas y enormes, estirándose y contrayéndose, y él empezó a retroceder; su calma y su confianza se desintegraron ante tanta imposibilidad.

Mientras se alejaba, una parte fría de su mente se dio cuenta de que eran raíces de árboles, pero también cobró conciencia de que eso era imposible, porque los árboles no cazaban personas.

El talón se le enganchó con algo y se cayó de espaldas sobre la tierra helada. Acto seguido, unos dedos gruesos le rodearon las piernas y el torso. El desconocido salió de detrás de uno de los árboles que tenía delante. Llevaba una flor azul en la mano, y los sentidos aguzados de su rival vieron que los pétalos brillaban de manera fabulosa y emanaban colores. Enseguida comprendió que

era el hombre quien estaba haciendo todo aquello, controlando las raíces de los árboles, y cayó en la cuenta, con algo parecido al horror, de que el extraño tenía sus propios objetos mágicos, igual que su frasco.

Owen levantó la Glock, a pesar de que las raíces le trepaban por el brazo, y disparó cuatro tiros contra el torso del hombre. Sin embargo, las balas apenas lograron hacerlo tambalearse y retroceder un instante. Continuó disparando mientras pudo, hasta que se quedó sin munición, como si se negara a aceptar aquella realidad imposible. El hombre lo observó y esperó. En cuanto Owen se quedó sin fuerzas, aquellas raíces firmes como cuerdas le aplastaron el brazo contra el suelo y le inmovilizaron las cuatro extremidades.

Cuando el hombre se acercó, el prisionero forcejeó con todo su cuerpo, se revolvió contra todas las raíces y contra el propio suelo. El desconocido se agachó sobre él; la lluvia le resbalaba por la visera de la gorra y caía sobre el estómago de Owen. Un olor acre a sudor y suciedad le invadió las fosas nasales, y el rostro del extraño ocupó todo su campo visual. Tuvo que cerrar los ojos; no podía mirarlo.

El extraño le registró los bolsillos y le cacheó el cuerpo hasta dar con el frasco que escondía bajo la camisa, y Owen sintió que seguía con los dedos la cadena que le rodeaba el cuello.

—¡Vete a tomar por culo! —gritó Owen, que abrió los ojos para fulminar al hombre con la mirada mientras soltaba espumarajos por la boca. Se sentía indefenso y vulnerable, incapaz de defenderse—. ¡Que te jodan! —bramó—. ¡Eso es mío! ¡Es mi frasco!

El desconocido no le hizo caso y le quitó el frasco sacándoselo por encima de la cabeza. Se alejó y lo examinó durante unos segundos.

Luego, desenroscó la tapa y bebió un trago de líquido. Owen vio que los ojos se le abrían casi al instante, de golpe, tan blancos como la luz de una antorcha recortada contra la oscuridad de la noche. El hombre retrocedió tambaleándose hasta apoyarse en un árbol cercano. Giró la cabeza despacio y su prisionero supo lo que estaba viendo: todos los colores de la realidad, la verdad que existía bajo la superficie del mundo que veían todos los demás.

Entonces, el intruso desvió la mirada hacia él y Owen, aún tumbado en el suelo, volvió la cabeza y cerró los ojos para esquivar su atención. Las raíces del árbol eran como acero alrededor de su cuerpo.

—Veo lo que tienes —dijo el desconocido—. Veo todos los colores que llevas.

Owen no dijo nada, mantuvo los ojos cerrados y respiró profundamente para intentar calmarse y buscar una manera de escapar de aquella pesadilla.

—Has matado a gente —dijo el hombre, y pareció horrorizado por ello—. A mucha gente.

—Voy a matarte a ti —masculló Owen—. Voy a encontrarte, a asesinarte y a recuperar ese frasco.

Volvió a intentar liberar un brazo, pero no se movió nada.

—Has intentado matarme —respondió el hombre—. Yo no te he hecho nada. Pero tienes miedo.

Owen se atrevió a mirarlo y vio cómo se le ensanchaban los ojos al descubrir la verdad gracias al frasco.

—¡Me tienes miedo! —exclamó—. Te aterrorizo.

El desconocido pareció considerar esa verdad durante un momento. Luego, levantó los ojos y miró hacia la lejanía, casi

olfateando el aire como un perro.

—Veo muchas cosas —murmuró. Estaba tranquilo, perdido en sus pensamientos—. Hay otras cosas mágicas en el mundo. Ahora las siento en el aire. Esta bebida… hace que vea cosas que antes no veía.

Owen frunció el ceño al oírlo. Nunca había percibido cosas mágicas con los sentidos abiertos.

Entonces el hombre lo miró otra vez y él contuvo la respiración mientras esperaba el ataque inevitable, el fin de su propia vida. Pero la arremetida no llegó. El desconocido se limitó a darse la vuelta y alejarse a toda prisa entre los árboles hasta fundirse con la oscuridad llena de lluvia.

Owen no lo llamó a gritos, no pidió ayuda. Solo esperó, observando al hombre hasta que este se perdió en la oscuridad del bosque, y odió el alivio que sintió cuando desapareció. Su alivio le decía que había pasado miedo. Le decía que lo habían derrotado.

Fue la lluvia la que lo salvó. El fuerte aguacero aporreó la tierra desnuda que tenía debajo hasta tornarla blanda y maleable. Tardó varias horas en liberar un brazo y poder agarrar el cuchillo que llevaba en la parte baja de la espalda. Tardó aún más horas en cortar las raíces y tener la libertad de movimiento necesaria para salir de su prisión arrastrándose hacia atrás. Después, continuó arrastrándose hacia un terreno más sólido, hacia la luz amarilla de River House.

Se quedó allí tumbado respirando con dificultad, consciente de que tenía que entrar y calentarse, pero incapaz de encontrar fuerzas

para hacerlo. Lo que lo impulsaba era su furia por lo sucedido, su necesidad de venganza. El hombre incoloro al que era imposible matar lo había derrotado y le había quitado el frasco, su posesión más preciada. No podía permitirlo.

Owen frunció el ceño cuando al fin consiguió ponerse en pie, con la cabeza dándole vueltas. Los colores del mundo comenzaban a disiparse. Hacía horas que había bebido del frasco y los sentidos se le estaban atenuando. Se quedó inmóvil bajo la lluvia, contemplando cómo sus preciosas alas de mariposa iban desapareciendo poco a poco y no dejaban atrás más que el mundo húmedo y oscuro. Cuando los colores se desvanecieron por completo, se metió la mano en el bolsillo y sacó el papel que el hombre llevaba consigo al llegar. Seguía siendo un mapa, pero había cambiado. Ahora mostraba los alrededores de Owen a mayor escala. Vio que una estrella garabateada se movía despacio por el papel. Aquel mapa también era un objeto mágico y guio al hombre sin color, al ladrón, hasta él. Asintió con lentitud al comprender rápidamente que la estrella era su frasco y que el hombre sin color se lo estaba llevando lejos de River House.

—Te encontraré de nuevo —gritó Owen con los dientes castañeteándole.

Encontraría al ladrón y encontraría su frasco.

Pero, del mismo modo que supo que esas cosas eran ciertas, también supo que el desconocido llevaba objetos mágicos que lo protegían de alguna manera. Las balas rebotaban contra su cuerpo y era capaz de controlar las raíces de los árboles. Owen necesitaba un arma que pudiera dañar a aquel extraño.

Necesitaba otro objeto mágico si quería volver a enfrentarse al hombre incoloro.

Uno poderoso.

Tercera parte

ESTO ES MAGIA



Alguien que tema lo peor

La mañana posterior al ataque en Bell Street Books, Magda se despertó y descubrió que, a pesar de la terrible angustia que sentía por Frank y de las muchas preguntas que no paraban de rondarle la cabeza la noche anterior, había dormido bien durante ocho horas. Tenía muchos dolores, especialmente en los hombros, donde se golpeó contra el techo al intentar subir volando las escaleras de la sala de reuniones de la Sociedad, y, al tocarse el cuello, notaba que le escocía allá donde el hombre intentó estrangularla. Sin embargo, por lo demás, se sentía descansada por primera vez desde que aterrizó en Hong Kong, liberada del peso del agotamiento y el desfase horario.

Estaban en su casa de Norfolk Road, a la que se trasladaron desde el apartamento de Frank después de leer la carta, puesto que Magda se sintió incómoda con la idea de que todos pasaran la noche allí mientras él estaba en el hospital. Henry intentó marcharse —«Tengo una casa propia en Londres, ya lo sabes, no es necesario que ocupe una de tus habitaciones»— y entonces James empezó a hablar de un hotel y de no molestarla. Al final, la joven los convenció de que se quedaran diciéndoles que necesitaba compañía. En realidad, lo que le preocupaba era que Henry volviera a desaparecer.

Magda se regodeó en la comodidad de su propia cama durante unos lujosos minutos mientras la luz fría del sol matutino iluminaba la habitación a su alrededor. Al cabo de un rato, oyó el murmullo de

una conversación a través del suelo y percibió el olor del desayuno —tostadas y café—, lo cual la incitó a salir de debajo del edredón.

Mientras bajaba las escaleras con el cuerpo rígido, oyó risas, a dos personas disfrutando de una conversación distendida y un rumor de platos y tazas. Una suave luz matutina que se filtraba por las ventanas desde el jardín exterior bañaba la cocina. Henry estaba sentada ante la encimera, igual que hacía dos noches, con una taza en la mano y los codos apoyados en la superficie de mármol. El olor a mantequilla y huevos impregnaba la estancia. James estaba en los fogones y se había cambiado de ropa. Magda se quedó un momento parada en la puerta, con la mirada fija en la camiseta negra ajustada con el cuello en forma de uve y el torso que cubría.

«Momento de hacer otra broma sobre el "hombre perfecto". No solo cocina, sino que cocina vestido así…».

—¡Magda! —exclamó Henry, que fue la primera en verla. James levantó la vista de la sartén y le sonrió como si estuviera encantado de que se uniera a ellos. Magda se pasó una mano por el pelo al darse cuenta de que probablemente tenía una pinta terrible—. Teníamos hambre, así que le pedí a James que preparara el desayuno. Le dije que no te importaría.

—Huevos revueltos —dijo él—. Y hay tostadas en la encimera. Perdona por rebuscar en tus armarios.

La joven parpadeó para reprimir la tentación de decirle a James que podía rebuscar en sus armarios siempre que quisiera y se acercó a la encimera.

—Hay café. Y también té —añadió Henry al mismo tiempo que le pasaba la tetera—. Para que te despiertes.

Magda se sirvió un poco de té y le añadió leche mientras escuchaba a Henry y James retomar su conversación. Hablaban de los hoteles que ambos habían visitado en diferentes partes del mundo y comparaban opiniones respecto a lo que les gustó y lo que no, el ambiente de los bares de los hoteles y las vistas desde las mejores habitaciones. Cogió una tostada del plato y, cuando empezó a untarla con mantequilla, se dio cuenta de que sentía envidia de lo bien que se llevaban Henry y James, envidia del encanto desenfadado de Henrietta.

«¡Era amigo tuyo antes!».

Silenció la voz celosa de su mente y sonrió a James cuando se acercó con un cuenco de huevos revueltos calientes.

—Un poco de mantequilla, un poco de tabasco y un poco de queso cheddar —explicó—. Los mejores huevos que vas a comer en tu vida.

Magda se sirvió una cucharada de huevos en la tostada. Dio un bocado, consciente de que James la observaba como si esperara su veredicto.

«Dios mío».

Probablemente eran los mejores huevos revueltos que había probado en su vida.

—Están ricos —dijo, puesto que no quería concederle a James la recompensa que esperaba.

«¿Por qué? ¿Porque te molesta que se haya hecho amigo de Henrietta?».

—Bueno, ¿cuál es el plan? —preguntó Henry, que la miró con aire inquisitivo—. ¿En qué ha estado trabajando ese enorme cerebro tuyo?

Magda masticó su tostada y luego se limpió las migas mientras Henry y James la observaban, este último apoyado en la encimera con los brazos cruzados y los bíceps marcados. Le resultaba muy difícil no distraerse.

—¿Dónde está el libro? —preguntó—. El libro de Frank.

—¡Ah! —James se fue corriendo al salón, que era la habitación contigua, y volvió con el libro en la mano—. No podía dormir. Nunca duermo mucho. Así que lo he estado leyendo.

—¿Qué has descubierto? —quiso saber Henry.

—No puede decirse que haya descubierto nada —respondió James —. Más bien, he estudiado los objetos que se han ido creando a lo largo de los años. He encontrado tu collar. —Señaló a Magda—. Y la pieza de ajedrez. Y el Atlas que hizo tu madre, como dice la carta.

La joven asintió. Ella también hojeó el cuadernito la noche anterior, durante el trayecto en taxi desde el apartamento de Frank hasta su casa. Vio la última entrada del libro: un dibujo en tinta negra que parecía un rectángulo con garabatos dentro. Y, debajo, una descripción con una caligrafía muy cuidada que, en una voz que Magda reconoció como la de su madre, decía: «Un Atlas de las cosas perdidas: quiero un mapa que me muestre dónde se encuentran los objetos mágicos, todos los objetos mágicos de los que los miembros de la Sociedad no saben nada. Quiero que el mapa me muestre con una estrella dónde están las cosas perdidas, como un tesoro escondido».

Sentada en la parte trasera del taxi, con James y Henry a su lado, Magda comprendió lo inteligente que fue su madre al elegir aquellas palabras. Imelda pidió un mapa que le mostrara específicamente los objetos de los que los miembros de la Sociedad «no sabían nada»

porque no quería que Frank supiera lo de su colgante. En aquel artefacto solo serían visibles las cosas que ningún miembro de la Sociedad conociera. Eso explicaba por qué Owen Maddox le dijo que algunos objetos desaparecían del mapa o no aparecían en él cuando lo miraba: en el momento en el que Magda vio la pieza de ajedrez —en cuanto ella, como miembro de la Sociedad, supo de su existencia—, la torre habría dejado de aparecer en el mapa que llevaba Maddox.

—Bien, ¿y ahora qué? —preguntó de nuevo Henry, y Magda percibió la impaciencia de su voz.

Henrietta era una mujer que quería hacer cosas, no estar de brazos cruzados charlando.

«O quizá está impaciente por usar los objetos mágicos. ¿Es eso? ¿Es este el lado de Henry al que Frank siempre se ha resistido?».

Sin embargo, la joven no dijo nada de todo eso en voz alta. Posó la mano con suavidad sobre el cuaderno y sintió la aspereza de la cubierta de papel marrón en los dedos.

—Como hablamos anoche, vamos a recuperar el archivo de la Sociedad quitándoselo al hombre que atacó a Frank —contestó, segura de sí misma—. Para eso existimos, ¿no? Para impedir que ese tipo de gente haga un mal uso de los objetos.

Henry asintió con la cabeza no para responder a la pregunta de Magda, sino para mostrar su apoyo al plan de acción.

—Sin embargo, para hacerlo, necesitamos saber dónde está. —Miró a James—. Así que seguiremos tu propuesta. —Bebió un sorbo de té y luego cogió el libro—. A ver si funciona conmigo. —Cerró los ojos con fuerza y se concentró en la sensación que le producía el

cuaderno entre las manos—. Quiero un mapa que me muestre dónde está la Caja Imposible.

Abrió los ojos y se quedó sin aliento al ver que una neblina dorada y chispeante comenzaba a rodear el libro.

—Ay, mi madre —murmuró Henrietta.

Su amiga dejó caer el libro, conmocionada, y James dio un paso atrás para alejarse de la encimera y descruzó los brazos. La joven observó con asombro la nube, que siguió brillando como purpurina a la luz del sol y, luego, se atenuó hasta desvanecerse. El libro volvió a ser un simple libro.

—Bueno, no podría asegurarlo con certeza —dijo Henry—, pero creo que eso significa que eres capaz de usar el artefacto, mi querida Magda.

—Igual que tu madre —señaló James.

Magda tenía el corazón desbocado. Miró a su alrededor con expectación, pero no vio ningún mapa mágico que se materializara de la nada. En el mundo del otro lado de la ventana de la cocina, la luz del sol coronó el tejado de una casa cercana y, al reflejarse sobre las hojas otoñales de los árboles del jardín, despidió destellos dorados y rojos como un fuego ardiente.

La joven tragó saliva con dificultad y volvió a sentarse mientras trataba de recuperar la compostura. Era consciente de que Henry no le quitaba ojo.

—Si el libro hace lo que asegura la carta de Frank, pronto tendremos un mapa que nos guiará hasta la Caja Imposible —dijo—. Una vez que sepamos dónde está, iremos a recuperarla, cueste lo que cueste.

Henry asintió con una expresión de aprobación en la cara y Magda se sintió alentada por la confianza de la mujer. Por dentro, no se sentía tan segura como sus palabras daban a entender.

—Bueno, acabamos de empezar el día y ya hemos tenido un montón de emociones —dijo y miró a James—. Sírveme más huevos revueltos mientras esperamos y hablamos de qué hacer con el libro.

—¿De qué hacer con el libro? ¿A qué te refieres? —preguntó Henry mientras el chico comenzaba a servirle varias cucharadas de huevos revueltos en el plato a Magda.

—No vamos a llevárnoslo con nosotros, pero tenemos que dejarlo en un lugar seguro. —Magda asintió para sí—. Tenemos que dejárselo a alguien en quien podamos confiar.

Magda había visitado la tienda de Will una sola vez, hacía varios años, un día que pasaba por allí y decidió entrar a saludar. Era un lugar que recordaba como muy similar a él: limpio y organizado, un poco remilgado, pero no desagradable. Cuando empujó la puerta de la relojería, con Henry y James pisándole los talones, vio que el sitio no había cambiado. Seguía siendo una tienda ordenada, con hileras de relojes de pulsera y de bolsillo en las vitrinas de cristal que rodeaban la habitación. Varios relojes de bolsillo antiguos colgaban como cuadros enmarcados en una pared, y las tablas del suelo estaban tan pulidas que incluso brillaban. En el aire flotaba un olor agradable, parecido a la lavanda, pero debajo de este se percibía un tufo más fuerte y penetrante a aceite y metal.

—Un momento, por favor —dijo Will desde la trastienda.

Magda miró primero a James, que estaba echando un vistazo a los relojes de la vitrina de la izquierda, y luego a Henry, que se apoyaba en el marco de la puerta con las manos metidas en los bolsillos. Después, oyó pasos, el crujir de las tablas del suelo, y Will apareció detrás del mostrador vestido con una larga bata marrón sobre la camisa y la corbata. Sonreía con aire educado, pero la expresión se le tornó pétrea al verlos.

—Magda —dijo. A continuación, miró más allá de ella y los ojos se le abrieron como platos debido a la sorpresa—. ¡Henry! —exclamó.

—Hola, William —respondió esta—. Han pasado unos cuantos años.

Entonces, Will desplazó la mirada hacia el lado de la sala en el que se encontraba James.

—Este es James Wei, de Hong Kong —dijo Magda—. James, este es Will Pinn, el cuarto miembro de la Sociedad.

James dio un paso hacia él tendiéndole la mano y Magda esperó mientras los dos hombres se saludaban e intercambiaban cortesías forzadas, como amigos de amigos que se conocen por primera vez. Luego, Will volvió a centrar su ceño en Magda.

—¿Qué hacéis aquí?

—Frank me ha contado que le enviaste un mensaje —contestó ella —. Me ha dicho que has dejado la Sociedad.

El relojero no contestó. Frunció los labios, desvió la mirada hacia un lado y, por encima del hombro de Magda, la clavó en la calle.

—¿Por qué, Will? —insistió Magda.

—Es solo que… —Esbozó una mueca, visiblemente incómodo—. Es solo que ya no quiero seguir haciéndolo.

—¿Ya no quieres seguir haciéndolo? —repitió Magda.

—¿Por qué está aquí Henrietta? —preguntó Will, en lugar de prestar atención al tono de Magda. Parecía molesto, como si la injusticia de algo lo sorprendiera—. ¿Se marchó hace años y ahora ha vuelto?

—Uf, tuve que volver cuando vi a Magda volando por Hong Kong —respondió Henry, y cuando Magda la miró la vio sonriendo de oreja a oreja, como si estuviera disfrutando de todo aquello.

—¿Qué? —preguntó Will con las cejas arqueadas.

—¿No lo sabes? —preguntó Magda—. ¿No me has visto por todas las redes sociales?

—No tengo redes sociales —murmuró el relojero, que puso los ojos en blanco en un gesto de irritación.

Magda le hizo un resumen apresurado de lo que le había sucedido a lo largo de los últimos días y, mientras hablaba, vio que el hombre palidecía y que los ojos se le agrandaban con cada giro de la historia. Cuando le contó lo del ataque en el sótano la noche anterior, Will se sacó las manos de los bolsillos y dio un pasito atrás, casi como si se estuviera preparando para tener su propia reacción de lucha o huida.

—¿Cómo está Frank? —preguntó—. ¿Está bien?

La joven decidió restar importancia a sus propias preocupaciones.

—Sí, está bien —dijo, y levantó una mano tranquilizadora—. Solo tiene un pequeño golpe en la cabeza. Está en el hospital, pero solo porque es mayor.

—Will, querido, esa es una de las razones por las que hemos venido —añadió Henrietta—. Teníamos que informarte de lo ocurrido.

El hombre asintió, pero la preocupación se le reflejaba por todo el rostro: en las arrugas, los pliegues y los músculos tensos.

—Estás a salvo —dijo Magda para tratar de calmarlo—. El hombre se ha ido. Ni siquiera sabe que existes.

Will no contestó. Detrás de Magda, James dio unos cuantos pasos y avanzó a lo largo de las vitrinas mientras estudiaba los relojes y tarareaba en voz baja, como si estuviera en un mundo completamente distinto.

—Entonces ¿ya no quieres seguir haciéndolo? —preguntó Magda cuando el silencio se prolongó demasiado—. ¿Qué significa eso?

Will hizo un gesto de indiferencia.

—Es que no me gusta la magia.

Magda se echó a reír ante lo absurdo de aquella afirmación.

—Llevas años asistiendo a las reuniones.

—Porque era lo que quería mi padre —respondió Will con voz quejumbrosa—. Y nunca servía de nada, ¿no? Nunca pasaba nada. Solo nos reuníamos dos veces al año y charlábamos durante una hora. Y luego Henry se marchó, pero, antes de irse, me dijo que todo era mentira.

Magda miró a la mujer, que se encogió de hombros con aire amigable, sin negar la acusación.

—Así que en realidad no importaba, ¿verdad? No eran más que un par de noches al año. Era menos molestia seguir yendo. —El relojero negó con la cabeza—. Pero entonces Frank nos habló del objeto de Hong Kong. Y… no me gustó. Me pareció… peligroso. —Abrió las manos y esbozó una sonrisa amarga—. Por lo visto tenía razón, ¿no?

—Una vez conocí a su padre, señor Pinn —dijo James, que se volvió para mirar hacia el centro de la habitación.

A Magda le encantó lo cálida, suave y serena que sonaba la voz de James tras el tono lastimero de Will.

—Ah, ¿sí? —preguntó el hombre, que frunció el ceño ante la interrupción.

—Yo era pequeño —explicó James—. Su padre solía visitar al mío en Hong Kong. Creo que eran amigos.

—Qué bonito —dijo el hombre con una entonación que llevó a Magda a pensar que al relojero le daba igual lo que hizo su padre.

—Si no fuera por su amistad —dijo James al mismo tiempo que se metía las manos en los bolsillos del pantalón—, yo no estaría aquí ahora mismo.

Will no entendió a qué se refería y negó con la cabeza, y entonces James se lo explicó y le contó la historia del bote de pastillas mágico que lo mantenía con vida. Un bote de pastillas mágico que le dio el padre de Will.

—Me salvó la vida —prosiguió. Magda lo observó mientras se sacaba el objeto extraordinario del bolsillo y se acercaba a Will para enseñárselo—. Nunca tuve la oportunidad de darle las gracias ni de devolverle el favor. Lo hizo por mi padre.

El relojero miró el bote de pastillas sin decir nada.

—Era un hombre muy amable —continuó James—. Reservado, pero muy amable. Creo que mi padre y él se reían mucho.

—No recuerdo que mi padre se riera jamás —admitió Will al cabo de un momento con voz tranquila. Cogió el bote del joven y Magda se fijó en que lo inspeccionaba con atención durante unos instantes mientras le daba vueltas entre las manos—. No lo entiendo —dijo, y la miró como en busca de ayuda—. ¿De dónde lo sacó? ¿Es un artefacto del Chifonier de Relojería?

—La respuesta a esa pregunta está relacionada con la otra razón por la que hemos venido —contestó Magda. Sonrió para tratar de disculparse por la petición que se avecinaba—. Necesitamos que nos eches una mano, Will.

En ese momento, la joven miró a Henrietta y esta se metió la mano en el bolsillo del abrigo para sacar el libro. Se lo pasó a su amiga, que lo depositó en el mostrador, a medio camino entre Will y ella.

—Vamos a encontrar al hombre que nos atacó —explicó la chica—. Tenemos que recuperar lo que nos robó. Henry ha descubierto que se llama Owen Maddox y que es un asesino profesional.

Will empezó a sacudir la cabeza rápidamente y cerró los ojos.

—¿Un asesino profesional? —preguntó con expresión de alarma—. ¿Y vais a perseguirlo? ¿Estáis locos?

—Todavía nos faltan varias cosas por contarte, mi querido Will —dijo Henrietta desde detrás de Magda.

—Hay más… —dijo el hombre en un jadeo.

Magda comprendía su reacción. Recibir toda aquella información de golpe… Ella, al menos, había ido averiguándola a lo largo de varios días y, aun así, la cabeza no dejaba de darle vueltas.

Dio unos golpecitos suaves sobre la cubierta del libro para intentar atraer la atención de Will hacia él.

—Esto es un artefacto —explicó—. Crea objetos mágicos. Solo tienes que sostenerlo y decir lo que quieres. Mi abuelo, tu padre y sus amigos sabían que existía. Lo utilizaron para crear artefactos. —Hablaba despacio a propósito, en un tono suave, igual que si estuviera tratando de ganarse la confianza de un animal asustado—. Frank cambió todo eso. Consideraba que era peligroso, así que lo

guardó en un lugar seguro. El libro creó el bote de pastillas que tu padre le dio a James, además de otros objetos extraordinarios a lo largo de los años. Creó el mapa que mi madre empleó para encontrar otros artefactos antes de morir. Mira.

Abrió el libro para mostrarle a Will la descripción del Atlas de las cosas perdidas.

—Y esta mañana lo hemos usado para crear otro mapa —continuó cuando pasó la página para revelar otro dibujo—. Un mapa que nos llevará a la Caja Imposible. La recuperaremos.

El relojero negó con la cabeza.

—¿Podemos volver a lo que acabas de decir hace un momento?

—¿A qué exactamente, cariño? —preguntó Henry.

—A cuando ha dicho —dijo señalando a Magda— que ese hombre es un asesino. ¿A quién le importa dónde esté? No puedes ir por ahí persiguiendo a hombres así, Magda. ¿Has perdido la cabeza?

—Tiene la Caja Imposible —argumentó la joven, que se dio cuenta de que estaba levantando la voz a causa de la frustración—. Contiene el archivo de la Sociedad, Will. Todos los objetos mágicos.

—Te lo repito: ¡me da igual! —le espetó Will, dándole la espalda y caminando de un lado a otro detrás del mostrador—. Dejé la Sociedad. No es mi problema. Y, si vas a dedicarte a rastrear a un hombre así, es que estás loca. No puedo ayudarte.

Magda miró a Henrietta, que contestó encogiéndose de hombros. James tenía la mirada clavada en el suelo y las manos en los bolsillos.

—A ver, Will —insistió la joven—. Hay que hacer lo que hay que hacer. No podemos dejar que un hombre como ese se adueñe de todos los objetos mágicos. Eso sería… —intentó dar con la palabra

adecuada, con una palabra que hiciera reaccionar a Will— irresponsable. No podemos permitir que la magia se esparza por el mundo. Tenemos que guardarla bajo llave, mantenerla a salvo.

El hombre la miró de reojo.

—Quiero volver a meter la magia dentro de la caja, encerrarla —continuó ella—. Sé que entiendes lo importante que es eso. Pero no quiero que nos llevemos este artefacto. —Levantó el libro hacia él—. Eso también sería irresponsable. Porque ¿qué haría ese hombre con él si se lo apropiara?

—Frank… —comenzó Will, pero Magda lo interrumpió.

—No podemos dejárselo a Frank. Está en el hospital.

—Tenemos que dejárselo a alguien a quien no le guste la magia —fueron las palabras con las que Henrietta se entremetió en la conversación—. A alguien que tema lo peor. Ese eres tú, Will, cielo. Te quiero, pero eres el perfecto modelo del gran pesimista moderno.

—No confiamos en nadie más —continuó Magda—. Por favor, Will. Solo me fío de ti.

El hombre frunció el ceño y adoptó una expresión de infelicidad; Magda sintió una punzada de culpa por estar presionándolo a hacer algo que lo inquietaba tanto.

—Tú no estabas allí —continuó—. Ese hombre no te conoce. No sabe nada de ti. Me siguió desde Hong Kong. —Le tendió el libro—. Lo único que tienes que hacer es guardarlo en una caja fuerte y olvidarte de él. Y, luego, si no volvemos…

—¿Por qué narices ibais a querer ir a un sitio del que tal vez no volváis? —se quejó Will con voz lastimera una vez más.

—Porque la alternativa es peor —intervino James. Su voz sonó tan cálida como siempre, pero también firme, decidida a no aceptar

ningún argumento. Magda vio que Will lo miraba con los labios apretados, como si desaprobara que formase parte del debate—. Ese hombre intentó matarme sin pensárselo dos veces —continuó James—. Lo que hará con los objetos mágicos… —Negó con la cabeza—. No quiero ni pensarlo.

Magda se acercó al relojero para agarrarlo del brazo.

—Si no volvemos, escóndelo en algún sitio y olvídate de él.

—Entonces, ¿por qué no lo escondes tú? —suplicó Will—. ¿Por qué lo conviertes en mi problema?

—Porque ese sería el último recurso. No confío en los escondites —dijo Magda con rotundidad—. Confío en ti, Will.

El hombre no dijo nada. Era evidente que quería negarse, pero no encontraba las palabras para hacerlo.

—No pasa nada si no quieres seguir siendo miembro de la Sociedad —dijo Magda—. Lo entiendo. —Él la miró con la cabeza gacha—. No, de verdad que lo entiendo. Mira a Frank, que está en el hospital. Mira a mi madre… Puede que muriera por esto. No tienes por qué seguir asistiendo. —Se encogió de hombros—. Quién sabe si la Sociedad no dejará incluso de existir. Está claro que las cosas están cambiando. Tal vez sea mejor que no formes parte de ella en el futuro. Quizá nos convenga olvidarnos de todo esto.

»Pero aún no podemos hacerlo. No, mientras ese hombre tenga la Caja Imposible. No, mientras la magia esté ahí fuera, en sus manos.

El relojero exhaló un suspiro profundo y un escalofrío le recorrió el cuerpo entero.

—¿Estarás a salvo? —preguntó al final en voz baja—. Si ese hombre es tan peligroso, ¿estarás a salvo?

Magda sintió que se derrumbaba un poco por dentro al oír la pregunta, al notar la tímida mirada que Will le lanzaba. Allí estaba ella, intentando presionarlo para que hiciera algo que no quería hacer, mientras él, en cambio, solo se preocupaba por su seguridad.

—No es más que un hombre con una pistola —dijo Henry con la voz cargada de bravuconería desde detrás de su amiga—. He conocido a muchos hombres con pistola a lo largo de mi vida. Son todos unos cobardes. No nos pasará nada.

—Mételo en una caja fuerte y olvídate de él —repitió Magda mientras le apretaba el brazo a Will—. Por favor. ¿Lo harás por mí? ¿Por Frank? Dentro de unos días, cuando volvamos, te libraremos de él y no tendrás que volver a vernos jamás.

—Si no quieres —añadió Henrietta—. Aunque la verdad es que no entiendo por qué no ibas a querer vernos. Somos gente muy maja, Will. Y Mr. Wei… —Magda miró a Henry cuando esta señaló a James —. ¿Has conocido alguna vez a un hombre más encantador? Y tan atractivo, además.

Henry sonrió y, cuando su amiga volvió a mirar a Will, vio que un ligero rubor le teñía las mejillas, como si se estuviera sonrojando.

—¿Tienes alguna caja fuerte en la tienda? —le preguntó la joven para tratar de guiarlo hacia la opción de aceptar el libro.

—Claro que sí —respondió él con una mezcla de ofensa y orgullo —. Vendo relojes carísimos.

Le quitó el cuaderno de las manos y lo hojeó en silencio.

—Mételo en la caja fuerte y olvídate de él —dijo Magda una vez más—. Es lo único que tienes que hacer.

—¿Adónde vais? —preguntó Will—. ¿Dónde está el hombre peligroso?

—Creía que no querías saberlo —lo provocó Henry.

El hombre la fulminó con la mirada y Magda hizo lo propio, pero, como siempre, Henrietta no pareció darle ni la más mínima importancia a la opinión de los demás. Mientras negaba con la cabeza, Magda se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un trozo de papel doblado: el mapa que creó con el libro aquella mañana. Lo encontró en la cajonera que tenía junto a la cama cuando subió a vestirse después del desayuno, como si fuera algo que había guardado y olvidado hacía años.

—¿Qué es eso? —preguntó Will.

—Es el mapa del que te he hablado —explicó—. El que nos muestra dónde está la Caja Imposible.

Entonces fue el relojero el que empezó a negar; se alejó a toda prisa, como si no quisiera estar en las inmediaciones del mapa.

—¿Dónde señala ahora? —preguntó James, que se acercó a ella por la espalda y le echó un vistazo al mapa por encima del hombro.

Magda escudriñó el papel durante un momento mientras intentaba hacer caso omiso de lo cerca que estaba James.

—En Estados Unidos —respondió—. Está en Nueva York, en el aeropuerto JFK. Debe de haber aterrizado hace poco.

—Bueno, pues supongo que nos vamos a Nueva York —dijo Henrietta.

La joven volvió a mirar a Will. Este cerró el libro y lo dejó con cuidado sobre el mostrador delante de él, sin decir nada. Magda notó unos cambios muy sutiles en la expresión del rostro del hombre y se dio cuenta de que estaba dándole vueltas al asunto en la cabeza.

—Podría guardarlo en una caja de seguridad en el banco —dijo en voz baja al final—. No estoy seguro de querer tenerlo aquí, en la tienda.

Magda miró a Henrietta con aire inquisitivo y la mujer asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—Sí —dijo—. Es una buena opción. Puede que incluso sea más segura.

El silencio se prolongó mientras Will seguía batallando con sus pensamientos.

—De acuerdo —dijo con un suspiro de resignación—. Lo llevaré al banco a la hora de comer. Lo guardaré hasta que volváis.

Magda sonrió cuando una oleada de alivio la recorrió de arriba abajo.

—Gracias, Will —dijo—. No sabes cuánto significa esto para mí.

Lo atrajo hacia sí para abrazarlo torpemente por encima del mostrador y él no se resistió.

Cuando salieron de la relojería, se quedaron parados en la esquina durante unos minutos. James empezó a recorrer la calle con la mirada para buscar un taxi y Henry se puso a mirar vuelos al JFK en el móvil. Magda se volvió hacia la tienda y vio a Will de pie junto al escaparate, observándolos con las manos metidas en los bolsillos. Le pareció que tenía un aspecto desdichado y solitario y, acto seguido, su cerebro convirtió esa imagen en otra historia, en la de un hombre atrapado en su propia prisión que veía pasar el mundo con los ojos tristes y el corazón lleno de miedo y arrepentimiento.

Un paseo por el bosque

Owen Maddox ya había iniciado su viaje por carretera; estaba atravesando el oeste de Georgia en un coche de alquiler que recogió en el aeropuerto Hartsfield-Jackson de Atlanta. El sol brillaba en lo alto de un cielo azul pálido y, aunque la autopista tenía bastante tráfico, la conducción era sencilla y Owen se dio cuenta de que estaba disfrutando.

La tarde anterior, tras perder el último avión directo a Atlanta, tomó el vuelo nocturno de Londres a Nueva York. Pasó la noche en el aeropuerto JFK, en la sala de primera clase, inquieto hasta que enlazó con el vuelo directo a Atlanta a las seis de la mañana. Y ahora por fin estaba en la carretera, rumbo al este de Alabama, donde el frasco lo estaba esperando.

Habían pasado cinco años desde que se lo arrebataron, cinco años desde que le destrozaron la vida. Cinco años a la caza de algo que pudiera utilizar para vencer al ladrón. Ahora que tenía la pieza de ajedrez, las tornas habían cambiado y la ventaja sería suya.

Experimentó con la pieza de ajedrez durante la espera en el aeropuerto JFK. Primero, en la sala de primera clase, donde hizo que un hombre alto y blanco golpeara a una de las camareras cuando la mujer se acercó a él. Luego, antes de su propio vuelo, vio que dos policías del aeropuerto pasaban por delante de una puerta de embarque cualquiera, ambos hinchados a causa del chaleco antibalas y el cinturón táctico. Owen los hizo detenerse; los paralizó

por completo durante unos segundos mientras los demás pasajeros los rodeaban para esquivarlos. Luego, obligó a los dos hombres a desenfundar las armas y a apuntarse con ellas a la cabeza. Una agradable oleada de terror se extendió entre los demás pasajeros; los gritos y los chillidos se apoderaron de la zona de salidas. Algunas personas huyeron, otras se quedaron mirándolos con la boca abierta. Owen retuvo a los dos hombres hasta que uno de ellos se orinó encima y una mancha oscura le empapó los pantalones; entretanto, el otro lo miraba con los ojos desorbitados y aterrorizados en el rostro inmóvil. Maddox estaba seguro de que ambos habrían apretado el gatillo si él lo deseaba, de que los dos se habrían suicidado allí mismo, pero la idea del probable retraso que habría sufrido su vuelo tras un suceso de ese tipo lo hizo detenerse. Al final, los liberó dejando que cayeran al suelo, delirantes y presas del pánico.

Sí, la pieza de ajedrez era muy útil.

Miró por el espejo retrovisor y se dio cuenta de que sonreía ante la expectativa de lo que estaba por llegar. Comprobó el mapa que llevaba extendido en el salpicadero delante de él, el trozo de papel en apariencia sencillo que hacía cinco años que, en la oscuridad lluviosa, le arrebató al hombre que no podía morir. Desde entonces, se convirtió en su compañero constante. Durante los últimos días, lo guio hasta la pieza de ajedrez —justo el tipo de objeto poderoso que necesitaba para derrotar al desconocido—, pero antes de eso lo utilizó para seguir los movimientos del frasco. De su frasco. Lo vio moverse —era de suponer que junto al hombre que ahora lo llevaba encima— y serpentear hacia el sur a través de Estados Unidos. A veces, permanecía inmóvil durante meses antes de volver a ponerse

en marcha. El artefacto parecía desplazarse sin un patrón discernible y, a menudo, Owen se imaginaba al extraño caminando sin rumbo fijo por el inmenso vacío de Estados Unidos, bebiendo del frasco y viendo los múltiples colores secretos del mundo. A finales del año anterior, el frasco dejó de moverse en la esquina noreste de Alabama, a unos cuantos kilómetros al norte de un pequeño pueblo llamado Masters. Owen lo comprobaba todos los días, pero parecía que el frasco se había detenido.

Pasó por delante de una señal de tráfico que le indicó que estaba entrando en el gran estado de Alabama. Asintió para sí y notó que el cuerpo le vibraba con una mezcla de expectación e inquietud. Poco después, redujo la velocidad del coche cuando vio la otra cosa que estaba buscando: una tienda de armas y municiones en un gran almacén situado justo al lado de la autopista.

Una hora más tarde, tras salir de la tienda, condujo otros cuarenta y cinco minutos antes de desviarse hacia las carreteras comarcales, más estrechas, que lo llevaron hasta Masters a través del bosque. A Owen le pareció un lugar olvidado, poco más que dos o tres calles con casas de madera de una sola planta y muy separadas entre sí. La calle principal estaba bordeada de ruinosos edificios de ladrillo rojo entremezclados con solares vacíos y cubiertos de maleza. El asfalto estaba agrietado y salpicado de baches llenos de malas hierbas. En la esquina de la intersección principal había una cafetería y una iglesia alta construida con listones de madera blancos recién pintados. Más adelante, en la misma calle, había una barbería abierta; el banco que tenía delante estaba ocupado por dos

ancianos, uno negro y otro blanco, que miraron a Owen con el ceño fruncido cuando pasó con el coche. Este pensó en dar la vuelta y parar a tomar algo en la cafetería, pero no tardó en descartar la idea. Quería dejar el pueblo atrás cuanto antes. Era el tipo de pueblo que detestaba, un lugar de miseria, repleto de vidas insatisfechas y de gente demasiado ignorante para saber cómo escapar.

Siguió la carretera hacia el norte y salió del pueblo pasando por delante de más casas y almacenes desvencijados y de una gasolinera abandonada justo a las afueras. Y, entonces, el bosque engulló el coche una vez más. Continuó avanzando durante varios kilómetros, hasta que el mapa le indicó que estaba muy cerca de la estrella garabateada, del frasco. Se detuvo en el arcén polvoriento y apagó el motor. Era poco después del mediodía, el sol seguía alto en el cielo occidental y calculó que debían de quedarle cinco o seis horas de luz, tiempo más que suficiente para explorar la zona y, luego, retirarse a un motel a pasar la noche y planear sus siguientes pasos.

—Primero planificar, luego actuar —murmuró para sí.

El mantra le resultaba reconfortante.

Se apeó del coche y se quedó quieto un momento, aguzando el oído. No oyó nada salvo el ventilador del motor del coche, que iba perdiendo velocidad. El bosque se apiñaba a ambos lados de la carretera y la luz del sol danzaba entre las hojas. Volvió a comprobar el mapa. El frasco estaba inmóvil, varios kilómetros al noroeste de aquel punto. Se volvió hacia allá y estudió los árboles, pero no había nada que ver. Tenía que adentrarse en ellos.

Cogió la mochila que contenía la caja que le quitó al anciano en Londres, así como la pistola, la funda y los tres cargadores de

repuesto que compró en la armería. Pensó en utilizar la pieza de ajedrez para robar lo que necesitaba, pero aquello era el sur de Estados Unidos: comprar un arma era mucho menos sospechoso que robarla. No era más que un tipo cualquiera en un día normal y corriente que había comprado la muerte con la misma facilidad con la que habría comprado una bolsa de comida o gasolina para llenar el depósito.

Dios, cómo le gustaba Estados Unidos.

Se abrochó la correa de la funda con la pistola dentro, dejó dos de los cargadores de repuesto en la mochila y se guardó el tercero en el bolsillo de la chaqueta. En cuanto estuvo listo, cruzó la carretera atravesando una franja de sol y sintiendo el calor en las mejillas. Miró a ambos lados de la calzada, pero no vio más coches. Un cuervo graznó en algún lugar a su espalda y el sonido rasgó el aire silencioso.

Cuando volvió a sumirse en la sombra de los árboles al otro lado de la carretera, encontró ramas, arbustos y matorrales que crecían tan enmarañados que resultaban casi infranqueables. Investigó y probó, caminó de un lado a otro hasta que encontró un hueco por el que pudo colarse poniéndose a gatas. Empujó primero la mochila, se arrastró detrás de ella y, después, se adentró en el bosque.

La densidad de la vegetación disminuyó una vez que se alejó de la carretera. La mayoría de los árboles eran altos y delgados y estaban muy separados entre sí; sin embargo, los arbustos y los matorrales llenaban como telas de araña los espacios que quedaban entre ellos. Una alfombra de ramitas rotas y hojas marrones y doradas cubría el suelo, y las sombras y la luz del sol titilaban con el baile de las ramas de más arriba.

Owen se detuvo un momento, con los sentidos alerta para intentar familiarizarse con el bosque. Como todos los terrenos boscosos que había conocido en su vida, era silencioso; lo único que se oía era el susurro del viento y el balanceo de las ramas altas. No captó nada más, ni siquiera el canto de los pájaros ni el chillido del cuervo que le graznaba hacía unos momentos. Un estremecimiento de inquietud surgió de la nada y le recorrió la columna vertebral, así que volvió a sacar el mapa para distraerse. El frasco no se había movido. Estaba algo más adelante, al otro lado de los árboles. Entornó los ojos y comenzó a avanzar de nuevo escogiendo el camino con cuidado; las ramas delgadas le arañaban la cara y lo ralentizaban, los crujidos de sus pasos eran una cacofonía estrepitosa en aquel silencio.

Al cabo de unos minutos, vislumbró un viejo camino asfaltado que atravesaba el bosque a su derecha. Estaba salpicado de maleza y medio oculto, la hierba crecía aquí y allá a través de las grietas de la superficie. Era una vía olvidada, devorada por los árboles, que debía de salir de la carretera comarcal un poco más allá de donde Owen había aparcado. En otros tiempos, antes de que el bosque comenzara a conquistarlo de nuevo, aquel camino llevaba a algún sitio. A algo.

Siguió adelante, consciente de que el viejo camino continuaba en paralelo a su ruta, pero concentrado en los árboles y los arbustos que tenía delante, con el oído atento a cualquier ruido, a cualquier amenaza. El mundo permanecía en silencio, excepto por el crujir de cada paso que daba y el susurro del viento.

Una explosión de color cerca del suelo captó su atención y lo obligó a detenerse. Se trataba de una flor que, incongruentemente, crecía entre la hojarasca marrón: era pequeña, pero tenía unos

pétalos muy llamativos, amarillos y morados, de diferentes tamaños y formas. Parecía que fueran dos flores distintas que, de alguna horrible manera, hubieran mutado en una. Se dobló un poco hacia abajo, como impulsada por la brisa, a pesar de que no había aire en movimiento tan cerca del suelo.

A Owen le pareció extraña, fuera de lugar en aquel bosque, pero no le dio mayor importancia. Continuó avanzando y se percató de la presencia de una segunda flor, y de una tercera. La cuarta que vio era como las anteriores, pero más alta y con un tallo más grueso, y también pareció moverse cuando se acercó a ella. Encontró otras más allá: dos o tres a la izquierda, más a la derecha. Cuando alzó la vista y miró hacia delante, le dio la sensación de que las flores se hacían más abundantes cuanto más se adentraba en el bosque. No muy lejos de donde se encontraba, el suelo parecía más cubierto de flores que de hojarasca, como una alfombra de colores desparejados que alguien había desplegado entre los árboles.

Owen se detuvo y apoyó el brazo contra el tronco plateado de un árbol para estudiar el camino a seguir y para comprender lo que estaba viendo. Ahora, las flores eran de muchas tonalidades distintas, no solo moradas y amarillas como las primeras que había visto. Eran de color rosa carne y rojo sangre, de un verde intenso que le recordó al pus de una herida infectada; las había incluso de tonos que las flores no mostraban de forma natural: marrones y negras como una tostada quemada, o de un gris azulado similar al de la carne de un cadáver. Pero más que en el extraño despliegue de colores, Owen se fijó en que parecían crecer con mayor abundancia fuera de la luz del sol, en las sombras, y se preguntó qué tipo de flores preferían evitar la luz.

Entonces volvió a cobrar conciencia de lo silencioso que estaba el bosque, como si todas las criaturas y los insectos se quedaran callados. Como si ya no estuvieran allí.

Los recuerdos volvieron de manera espontánea: las raíces de los árboles amarrándolo a la tierra empapada en la oscuridad, su fuerza implacable. Aunque notó la boca repentinamente seca, tragó saliva, apretó los dientes y retomó la marcha. Ya no estaba lejos del frasco. Reprimió la inquietud que sentía como unos dedos apoyados en la nuca e ignoró la idea de que las cabezas de las flores lo seguían con sus pétalos de colores feos… Y se volvían a su paso como rostros interesados en su avance. No, eso no estaba ocurriendo. Era su imaginación.

Pero las flores no fueron más que el principio.

Cuando se internó más en el bosque, las flores empezaron a rozarle las espinillas y Owen vislumbró unas enredaderas gruesas como maromas que trazaban senderos oscuros entre ellas. La parte posterior de estas estaba salpicada de brotes: no eran flores, sino pústulas bulbosas que parecían vidrio soplado y eran del color de la sangre derramada y la materia cerebral. Los brotes palpitaban débilmente, se expandían y se encogían de forma rítmica. Los observó con los ojos muy abiertos y horrorizados, captó los crujidos que hacían al hincharse, contraerse e hincharse de nuevo. Siguió con la mirada la trayectoria de una de las enredaderas y vio que trepaba alrededor del enorme tronco de un árbol cercano, que se enroscaba a su alrededor y lo acariciaba o lo estrangulaba, tal como las raíces del árbol hicieron con él cinco años antes.

—No —escupió para rechazar el terrorífico recuerdo que se burlaba de él desde lo más profundo de su mente.

¿Qué era aquel lugar? ¿Qué eran aquellas plantas?

Siguió adelante desafiando al miedo, negándose al desaliento pese a que los brazos le temblaban a causa de la adrenalina. Vio que la penumbra se aclaraba delante de él y, por primera vez, se dio cuenta de lo oscuro que se había tornado el ambiente, de cuánta luz había perdido desde que se había alejado de la carretera. Por encima de él, las copas de los árboles se juntaban unas con otras hasta bloquear la luz del sol, pero, más allá, el bosque se abría como el telón de un escenario para descubrir el cielo abierto y un claro forrado de flores multicolores y espantosas.

Cuando llegó al borde del bosque, vio que el camino que había divisado antes desembocaba en un círculo de asfalto agrietado justo donde acababan los árboles, un espacio que quizá una vez se utilizó como aparcamiento. Al otro lado del asfalto, se alzaba una vieja iglesia de madera, justo en el centro del claro, como una isla en un lago fétido y estancado. Era una estructura de tablones de madera grisáceos, descoloridos y ennegrecidos en algunas zonas; tenía un tejado a dos aguas y un crucifijo encima de una gran puerta de doble hoja. La vegetación, las mismas flores que alfombraban el suelo, cubría el final de la pared del edificio como el moho que crece en el pan rancio. Toda aquella flora inusual parecía emanar de la propia iglesia e irradiarse hacia el bosque circundante como una infección de crecimiento lento. Había árboles jóvenes y delgados diseminados por todo el claro, unos troncos finos que se dividían en demasiadas ramas raquíticas. Aquellos palos tenían algo de arácnido, pensó Owen; parecían un montón de patas finas rasguñando el aire. Las imágenes que le llenaban los ojos eran de pesadilla, el paisaje de un sueño recordado solo a medias. Sin embargo, la extraña

escena que tenía ante sí estaba bañada en la radiante luz del sol. No era un sueño, no era su imaginación. Era real.

Aquello era cosa de la magia, Owen estaba seguro. El extraño que ahora poseía su frasco había alterado aquel lugar, igual que alteró los árboles de River House hacía tantos años. El ladrón llevaba meses allí, contaminando y corrompiendo la tierra.

Pero ¿por qué? ¿Y dónde estaba él?

Al abrigo del límite del bosque, sin atreverse aún a adentrarse en el claro, Owen se sacó el mapa del bolsillo y lo desplegó. El frasco estaba muy cerca, justo delante de él, puede que dentro de la iglesia. Lo único que tenía que hacer era cruzar el claro, abrirse paso entre las flores y las enredaderas y dejar atrás los larguiruchos y serpentinos árboles jóvenes.

Sin embargo, dudó. Aquella zona de terreno abierto tenía algo que lo inquietaba, algo que no era capaz de identificar en su mente. Estaría más visible, más desprotegido. Bajó la mirada hacia las flores que tenía a los pies y vio que todas ellas tenían la cara vuelta hacia él. Durante un instante tuvo la extraña sensación de que lo estaban tentando, como una planta carnívora que recibe a una mosca con los pétalos abiertos de par en par.

—A tomar por culo —espetó de pronto, sin saber muy bien si se refería a las flores o a su propia imaginación.

Movió los hombros bajo las correas de la mochila, pues sentía que lo constreñían, y volvió a guardarse el mapa en el bolsillo. Prefería llevar la pistola en la mano, así que abrió la funda que se había abrochado a la altura de la cadera y la empuñó. El tacto del arma hizo que se sintiera mejor: la notó tranquilizadoramente fría, sólida y confiable. Se sacó la pieza de ajedrez del bolsillo izquierdo del

pantalón y la agarró con la mano libre. Clavó la mirada en la iglesia, que estaba a menos de cien metros de distancia.

—Vamos —masculló como si se estuviera regañando.

Él no tenía miedo ni de las flores ni de los árboles. Él era Owen Maddox.

Salió de entre las sombras y entró en el claro.

La pálida luz del sol le dio la bienvenida; sintió su calidez en el rostro como un abrazo y entornó un poco los ojos para protegerse del resplandor. Avanzó lenta y cuidadosamente, con el arma alzada ante él y mirando a sus pies y a su alrededor, atento a cualquier señal de peligro. No obstante, el mundo permanecía tranquilo y en silencio, y parecía que Owen estaba solo.

Entonces, percibió un movimiento fugaz a su derecha.

Una descarga de adrenalina le invadió el cuerpo entero y, sin dejar de mirar hacia el este del claro y apuntando con el arma, se acuclilló al instante. La oscuridad y la luz bailaron de forma reveladora detrás de los árboles. Allí había algo, pensó; algo se movía a toda velocidad.

No vio nada, pero siguió esperando mientras notaba que una gota de sudor le perlaba la frente y que el corazón le golpeaba la caja torácica como un puño contra una puerta. Sin embargo, su certeza se fue evaporando con el transcurso de los segundos. ¿Y si era un árbol meciéndose en la brisa? ¿O quizá un animal que se marchaba corriendo al oír que él se acercaba?

Albergaba la esperanza de que se tratara de una de esas cosas, pero su inquietud era una compañera de viaje obstinada y se negó a

abandonarlo.

Se levantó poco a poco, bajó el arma y, una vez más, volvió la mirada hacia la iglesia. A tres metros de él, uno de los arbolitos esqueléticos se estremeció y sus ramas azotaron el aire con rapidez, presas de un pánico repentino. Con la misma seguridad con la que supo que las flores seguían sus movimientos, Owen tuvo la certeza de que el árbol percibía su presencia de algún modo. Aquel árbol horrible lo estaba buscando. Lo observó mientras arañaba frenéticamente el aire, con las ramitas negras recortadas contra el cielo pálido, como un insecto tumbado boca arriba y tratando de enderezarse.

Se alegró de haber mantenido la distancia, pero entonces el árbol se inclinó de golpe hacia delante —se dobló por el tronco de forma imposible, como un hombre alto lo haría por la cintura— y Owen se asustó y dio un salto hacia atrás cuando las ramitas como patas de araña comenzaron a escarbar en dirección a él.

—Ni de coña —murmuró.

Levantó el arma y, sin apuntar, disparó tres veces contra el árbol. El silencio del claro saltó por los aires y el familiar olor a lubricante de armas y humo le llenó la nariz. Una bala se desvió, pero las otras dos atravesaron la corteza y la madera del tronco. Dejaron al descubierto una carne pálida y rosada y liberaron una savia viscosa, de color rojo sangre, que chorreaba despacio. Las ramas que hurgaban se detuvieron y el árbol doblado se quedó inmóvil.

Acababa de comprobar que podía hacer daño a los árboles; aquello le resultó reconfortante y asintió con satisfacción.

Al mirar a su alrededor, vio que todas las flores que tenía cerca estaban vueltas hacia él, como niños que levantan la mirada hacia

un padre. Entonces, alzó la vista y se dio cuenta de que las flores que había más adelante también se estaban volviendo hacia él, igual que una onda que se expande en círculos sobre la superficie de un lago. Aquello no se debía a la brisa: las flores se estaban moviendo de manera intencionada, por sí mismas. Y se estaban girando para mirarlo a la cara.

—No —murmuró Owen, y dejó escapar una lenta carcajada de incredulidad.

En aquel mundo silencioso y de pesadilla, lleno de colores desparejados, daba la sensación de que todas las flores lo estuvieran acusando, de que lo mirasen con miedo, como si sintieran el dolor del árbol al que acababa de disparar.

No sabía qué hacer. Aquello no se parecía en nada a ninguna otra cosa a la que se hubiera enfrentado hasta entonces. ¿Qué iba a hacer para defenderse de unas flores?

Se dio la vuelta hacia atrás, hacia el bosque, pero también aquellas flores lo miraban del mismo modo: inmóviles y desafiando la brisa.

Se volvió hacia el otro lado, hacia la iglesia, y el corazón le dio un vuelco de sorpresa en el pecho cuando vio que allí había algo más que flores.

Vio al hombre, al ladrón, de pie a la sombra de la puerta del edificio, observándolo tal como lo hacían las flores. Owen volvió a levantar el arma al instante y lo apuntó con ella.

—¡No te muevas ni un puto centímetro! —gritó para liberar parte de la tensión nerviosa que lo atenazaba.

—Hola otra vez —dijo el extraño, y entornó ligeramente los ojos—. Sabía que vendrías.

El ajuste de cuentas

El hombre seguía luciendo el mismo aspecto que Owen conservaba en sus recuerdos, pero, a la luz brillante del sol de la tarde, se le distinguían mejor los rasgos: el rostro curtido y la ropa arrugada y sucia; la vieja gorra de béisbol en la cabeza y el crucifijo que, colgado de una cadena alrededor del cuello, lanzaba destellos al reflejar el sol. Llevaba la misma mochila, sujeta por una correa cruzada sobre el pecho, y lo miraba con la misma expresión ingenua que hacía cinco años en River House.

Mientras lo observaba con detenimiento, Owen sintió un dolor punzante detrás de los ojos, una agonía que apareció de pronto y que lo distrajo al instante.

El hombre se alejó de la puerta y bajó los escalones hasta que las flores del suelo le rodearon las espinillas.

—No te muevas de ahí —ordenó Owen, que volvió a levantar el arma.

Cuando apuntó, sintió que el dolor de detrás de los ojos se intensificaba, como si el vecino del apartamento de arriba subiera de golpe el volumen del equipo de música.

El hombre frenó en seco y lo miró con los ojos muy abiertos.

—Veo tus alas —dijo. Tenía la voz más aguda de lo que su interlocutor recordaba, ligeramente ronca y nasal—. Las recuerdo de cuando te vi. Sigues teniendo muchos colores en ellas.

Owen parpadeó para aliviar el dolor e intentó hacer caso omiso de las molestias que las correas de la mochila le provocaban en los hombros. El desconocido paseaba la mirada por encima de él y a los lados, parecía deleitarse con el espectáculo de las alas de Owen.

—Tienes mi frasco —gritó este—. He venido a recuperarlo.

—Yo no tengo alas —dijo el hombre. Ladeó la cabeza y preguntó —: ¿Por qué no tengo alas?

Owen no sabía la respuesta, así que no dijo nada, se limitó a apretar los dientes para protegerse del dolor de cabeza mientras trataba de elaborar un plan de acción coherente. Una sombra pasó por encima de ellos, un pájaro que volaba alto y les graznó. El francotirador se preguntó si sería el mismo pájaro que le chillaba en la carretera. Se preguntó si estaría intentando advertirlo, decirle que se diera la vuelta y echara a correr.

—¿Qué has hecho aquí? —preguntó, pues quería saber qué les ocurría a las plantas, conocer la pesadilla que lo rodeaba—. ¿Qué es este sitio?

El hombre giró la cabeza hacia la izquierda y luego hacia la derecha con el rostro inexpresivo.

—Me gustan las plantas —respondió al mismo tiempo que bajaba la mirada hacia las flores que tenía a los pies—. Utilicé la flor azul. —Metió la mano en el bolso que llevaba a un costado y sacó una sola flor azul—. Cultivo las plantas y los árboles que me gustan. —Los labios se le curvaron en una sonrisa, pero sus ojos permanecieron inexpresivos, sin emoción—. Las flores y los árboles no me tienen miedo. Las personas siempre me han tenido miedo. No les gusta que esté cerca. —Volvió a guardarse la flor azul en el bolso y luego se acuclilló para arrancar una de las flores del suelo. Cuando la levantó,

el estridente tono rosa de los pétalos se desvaneció y la planta se marchitó en la mano del hombre. Owen parpadeó para intentar despejarse la vista—. Me gustan los colores —prosiguió el desconocido—. No tengo alas, no tengo colores propios, así que me gusta crearlos.

Miró al otro hombre a los ojos y dejó caer a un lado la mano que sostenía la flor.

Owen se moría de impaciencia por volver a ver sus propias alas de mariposa. Había pasado mucho tiempo. Necesitaba su frasco. Pero, si quería recuperarlo, tenía que mantener la cabeza fría.

Se volvió un momento para echarle un vistazo rápido al árbol que acababa de intentar agarrarlo. Seguía doblado e inmóvil, como un borracho apoyado contra una pared.

—Tus alas tienen los colores de todas las personas a las que has matado —dijo el otro, y sus palabras hicieron que Owen volviera a centrar su atención en él. Dio otro paso al frente—. Lo veo. Veo muchas cosas cuando bebo del frasco.

—¡Mi frasco! —Owen descargó furia, miedo y dolor en aquel grito —. Es mi frasco.

El hombre asimiló lo que decía sin mostrar ningún tipo de expresión. Luego, inquirió:

—¿Por qué matas a la gente?

El francotirador no supo qué responder. Nadie, ni siquiera él mismo, se la había hecho jamás. ¿Por qué mataba a la gente? ¿Por qué lo disfrutaba? ¿Era así por naturaleza o se había convertido en lo que era debido a algo externo?

Negó con la cabeza rápidamente para tratar de librarse de aquella distracción. Sintió el sudor que le empapaba la frente y la parte

trasera de la camiseta, donde la mochila se le pegaba a la espalda.

—Me llamo Lukas —dijo el desconocido de repente—. Lukas a secas. —Dio otro paso adelante, se situó a escasos metros de poder tocar a Owen—. Todo el mundo tiene alas excepto yo. —De repente, su voz se convirtió en un chirrido doloroso en los oídos del otro, como los dientes de un tenedor cuando los arrastran por un plato de porcelana—. ¿Es esa la razón de que a la gente no le guste mirarme? ¿Porque no tengo alas?

Un paso más, estaba tan cerca que ahora Owen le veía incluso los poros de la nariz. Luchó por mantener la concentración, desvió los ojos rápidamente hacia un lado, como si fueran pies en un camino helado. El hombre no paraba de decir tonterías, le estaba haciendo perder el tiempo. Así que actuó con decisión. Disparó dos veces a bocajarro contra el pecho de Lukas, dos balas que tendrían que haber acabado con su vida, pero que no hicieron más que obligarlo a tambalearse un poco hacia atrás.

—Ojalá tuviera alas —dijo este mientras el eco de los disparos reverberaba en el claro y se elevaba hacia el cielo.

«Otra vez igual que en River House», pensó Owen. Lo imposible acababa de suceder delante de sus propias narices, estaba frente a un hombre al que una bala no podía frenar. Pero por eso planeó aquel segundo encuentro. Se preparó para ello.

Primero planificar, luego actuar, siempre.

Se concentró en la pieza de ajedrez que tenía en la mano izquierda. La apretó con más fuerza y volcó toda su atención en ella para intentar inmovilizar a Lukas. Durante un instante terrible, no ocurrió nada y el hombre dio otro paso. Sin embargo, luego se detuvo en seco y se le entreabrieron los labios. Se quedó quieto y

callado, congelado como una película en pausa. ¡Atrapado! Las flores del claro se agitaban con la brisa y ya no parecían mirar a Owen, volvían a ser solo flores. Ya no lo intimidaban.

Este sonrió con alivio y, al sentir que la tensión le abandonaba el cuerpo, dejó caer el brazo con el que sujetaba el arma.

—¡Ja! —gritó lanzando salivazos—. Te he pillado, ¿eh? —Se volvió de espaldas y se frotó las sienes con la palma de las manos en un intento de aplacar la presión punzante—. Voy a quitarte todo lo que tienes —murmuró, y se acercó tanto a Lukas que captó el hedor del hombre, intenso, agrio y rancio al mismo tiempo—. Voy a quitarte mi frasco y todos los demás chismes mágicos que poseas.

Sentía la energía que la pieza de ajedrez estaba reprimiendo. Era consciente de que Lukas forcejeaba contra la restricción y trataba de liberarse.

—O a lo mejor tienes algo capaz de matarte —sugirió—. Hay algo en ese bolso, ¿no? —Devolvió el arma a la funda y utilizó la mano libre para quitárselo pasándole la correa por encima de la cabeza—. A ver qué tienes aquí.

Dejó caer el bolso a sus pies, entre unas cuantas flores rosas y rojas, y este se abrió como una boca para revelar su contenido: la flor azul que Lukas acababa de mostrarle, cuyos pétalos de color intenso reflejaban la luz del sol, y una moneda de oro desgastada por el uso. Vio un libro de tapa dura, como un diario, y luego un destello plateado que hizo que se le contrajera el estómago. ¡El frasco!

—¡Sí! —gruñó como un animal al sacar el objeto del bolso, y no apartó la mirada de él en ningún momento mientras se enredaba la cadena alrededor de la mano—. Te dije que vendría a por ti —dijo

sin estar muy seguro de si se refería al frasco o a Lukas—. No lo olvidé. Ahora —continuó, esta vez sin tener ninguna duda de que se refería al hombre—, voy a hacer que caves tu propia tumba mientras te miro y, luego, vas a tumbarte en ella y voy a cubrirla para que no puedas salir, para que nadie tenga que volver a ver esa puta cara tan rara que tienes. ¿Qué te parece?

Lukas lo miró sin decir nada, paralizado, con los ojos brillantes. Entonces, una voz, una pregunta, hizo añicos el silencio.

—¿Owen?

Este se volvió de golpe al mismo tiempo que se llevaba la mano a la funda de la cadera para sacar la pistola. Había un hombre agachado entre las flores junto a la iglesia; lo reconoció enseguida, a pesar de que tenía el rostro desfigurado en una mueca de confusión e incertidumbre.

—¿Qué coño…? ¿Weir?

Waverly Weir. Su responsable en el Gobierno británico.

El hombre al que asesinó hacía una década.

Hizo un gesto de negación ante tal imposibilidad.

Weir se llevó una mano trémula a la cabeza y miró a su alrededor.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —preguntó mientras se ponía en pie con un movimiento tembloroso e inestable.

Owen vio que estaba desnudo, atisbó un cuerpo blanco y fofo, cubierto de pelo negro y áspero en el vientre y en la entrepierna.

Entonces aparecieron más personas a lo largo y ancho del claro, todas desnudas y confusas, todas levantándose del suelo, haciendo crujir las flores al moverse entre ellas y llenando el aire de susurros cuando hablaban o jadeaban. Owen estaba rodeado por todas partes. La mayoría eran hombres, pero también había varias

mujeres. Y él los reconoció a todos. Eran las personas a las que había asesinado a lo largo de los años, personas vivas resucitadas de sus propios recuerdos.

—No —resolló, mientras daba un paso atrás, sorprendido, y luchaba por comprender.

Aquello no podía ser. Aquella no era la realidad que él conocía y entendía.

Se volvió otra vez hacia Lukas y el hombre lo miró con los ojos aún inmóviles y congelados.

—Tú —gritó Owen, y se dio cuenta de que el pánico le subía el volumen de la voz sin pedirle permiso—. ¡Esto lo has hecho tú! ¿Cómo lo has hecho?

Retrocedió sin dejar de observar con recelo a los muertos que comenzaban a congregarse, a intercambiar palabras y a examinar aquel extraño entorno entrecerrando los ojos y levantando las manos para protegerse de la fuerza del sol. Algunas de aquellas personas llevaban décadas fallecidas, y Owen se preguntó cómo sería despertar de nuevo a la vida después de tanto tiempo en la muerte.

—No —murmuró.

Algunos de los muertos empezaban a mirarlo como si lo reconocieran o lo recordasen de sus últimos momentos. Vio que una mujer —la hija de un jefe de la mafia, creía, a la que mató de un disparo en Brooklyn hacía unos quince años— corría hacia la iglesia como buscando refugio. Pero, entonces, uno de los árboles delgados se inclinó hacia delante y movió sus abundantes ramas hacia ella. La mujer gritó y cambió bruscamente de rumbo, se dirigió a toda velocidad hacia los árboles del lado opuesto del claro. Su cuerpo

desnudo se veía tan pálido como la porcelana a la luz del sol, una sacudida de blanco que destacaba sobre los verdes y marrones del bosque.

Mientras observaba a los muertos imposibles, Owen se dio cuenta del error que había cometido. La pieza de ajedrez le permitía controlar el cuerpo de Lukas, pero no sus pensamientos, y eran estos los que, de alguna manera, revivían a todas sus víctimas.

Comenzó a disparar para matar por segunda vez a todos los recién resucitados. Mató primero a Weir y después a los demás —moverse, apuntar, disparar; moverse, apuntar, disparar—, procediendo de forma metódica y meticulosa, como el profesional adiestrado que era. Vació el primer cargador y lo sustituyó por el de repuesto que llevaba en el bolsillo de la chaqueta con un movimiento rápido y bien ensayado. Los muertos revividos huían de él, sus gritos inundaban el aire y el olor a pólvora volvía a invadir las fosas nasales de Owen. Este recurrió a la pieza de ajedrez que seguía sosteniendo en el puño izquierdo, a pesar de que esa era la mano que estaba utilizando para estabilizarse el brazo derecho, y se concentró en las numerosas personas que corrían por el claro hasta obligarlas a quedarse quietas. Cuando cesó todo el movimiento, les disparó uno por uno. El aire se llenó de flores de color rojo sangre mientras las cabezas explotaban y los cuerpos desnudos caían al suelo. Otro de los extraños árboles escuálidos se dobló hacia delante y atrapó a uno de los hombres inmóviles, lo envolvió en sus ramas y lo levantó del suelo. Owen oyó un crujido espantoso y apartó la mirada para no ver lo que el árbol le hacía a su víctima a continuación.

—¿Hijo?

La voz lo frenó y le heló la sangre en las venas.

Se dio la vuelta y vio a un anciano ajado y calvo, con barriga cervecera, los mofletes caídos y los ojos oscuros hundidos bajo el ceño.

Era su padre. El hombre que lo maltrató y aterrorizó de niño.

El hombre al que, años atrás, asfixió hasta matarlo en la casa en la que se crio, en la sala de estar en la que había fotos de Owen —tanto de pequeño como de mayor— colocadas sobre la repisa de la chimenea, como si su padre estuviera orgulloso de él.

El anciano se tambaleó, pues tenía las piernas débiles, y luego miró a su alrededor parpadeando con furia bajo la luz. Owen se preguntó si recordaría que lo asesinó, si se acordaría de que su hijo adulto regresó a su lado después de veinte años y lo asfixió tras encontrarlo sentado en el viejo y gastado sillón frente al televisor. Con la esperanza de que la respuesta fuera afirmativa, le pegó un tiro en la frente y lo mató por segunda vez. Se quedó mirando al viejo mientras caía de espaldas entre las flores y, luego, contempló su obra con satisfacción, sin prestar atención a Lukas, que seguía paralizado en el sitio. El claro estaba lleno de cadáveres, de cuerpos desnudos que yacían entre las flores con los ojos asustados mirando al cielo.

Entonces, otra figura se incorporó hasta quedar sentada a la sombra de la iglesia. Un hombre que miraba a su alrededor.

—¿Owen?

Era Waverly Weir, una vez más. El asesino lo miró mientras su mente luchaba por comprender. Se sentía como un escalador que cae y busca a tientas una cuerda que baila cada vez más lejos de su alcance. Miró hacia el lugar en el que el cuerpo de Weir —su otro cuerpo— seguía tendido, hacia el lugar en el que acababa de

matarlo hacía apenas unos minutos. El ladrón no solo reanimaba cadáveres, sino que creaba nuevas versiones de los muertos cada vez que los devolvía a la vida.

Un momento después, otras dos personas a las que Owen ya había disparado se sentaron en el suelo.

—No —murmuró él mientras retrocedía.

Comenzaron a aparecer cada vez más muertos en el claro, entre las flores y los árboles, sentados y de pie, mirando a su alrededor con aire desconcertado. Se oyeron gritos cuando algunas de aquellas personas vieron su propio cadáver tendido cerca, y luego más gritos cuando Owen volvió a abrir fuego y eligió como primer objetivo a Waverly Weir, seguido de un hombre chino al que mató por primera vez en Australia hacía ocho años. Después, fue a por el hombre que le dio el frasco, el hombre al que asesinó en El Cairo, y a continuación disparó a su propio padre, que repetía su nombre, que le suplicaba.

—¡Joder, quedaos muertos! —gritó, y retrocedió para impedir que muchos de los resucitados se arremolinaran a su alrededor, pues al parecer ya no le tenían miedo.

¿Por qué iban a tenerle miedo si, como los personajes de un videojuego, volvían a despertarse cada vez que los mataba? Disponía de un número limitado de balas y no podía seguir matándolos a todos una y otra vez.

Intentó mantener la disciplina mientras se retiraba y disparar solo cuando era necesario para racionar la munición. Vio que algunos de los muertos corrían en dirección opuesta y optaban por huir, pero otros seguían avanzando hacia él impulsados por la locura o por los recuerdos de lo que les hizo en vida. La precisión de Owen disminuía

a la par que su calma. Se quitó la mochila, sacó los dos cargadores de repuesto y reemplazó el de la pistola, el segundo que vaciaba. Moviéndose con torpeza y descuidadamente, continuó alejándose de la multitud para ganar espacio. Disparó a los que seguían acercándose a él y, por el momento, hizo caso omiso de los que huían. Cuando al fin cayó el último cuerpo, Lukas era la única persona a la que todavía veía en el claro.

—¿Es esto todo lo que tienes? —le gritó Owen, furioso y aliviado —. ¿Estos trucos de feria?

Lukas, por supuesto, no respondió.

El asesino exhaló con fuerza por la boca y se volvió justo a tiempo para ver que las ramas de uno de los horribles arbolitos se abalanzaban sobre él.

Lo atrapó al instante; notó una gran presión en el pecho y que le doblaba los brazos por encima de la cabeza antes de levantarlo boca abajo en el aire. Lanzó un grito ahogado y, mientras el estómago se le contraía, las ramas se tensaron y le obstaculizaron la respiración. Dejándose llevar por un pánico ciego, apretó el gatillo y disparó dos balas que le atronaron los oídos, pero que, por lo demás, no parecieron surtir ningún efecto.

El tiempo se alargó y Owen quedó inmóvil, atrapado, incapaz incluso de gritar. No conocía nada más que el dolor, la presión y el horror. Y entonces llegó la ansiada huida hacia la inconsciencia.

El zumbido de los insectos lo sacó a rastras de la oscuridad. Abrió los ojos y se quedó mirando a la nada hasta que, al cabo de un momento, se dio cuenta de que estaba mirando un cielo que perdía

la luz. Estaba boca arriba, rodeado de aquellas horribles flores, con una nube de moscas y mosquitos por encima de él. Los sentía en la cara, revoloteando y picándole. Aquello le recordó aquellos días de hacía años en los que fue a adiestrarse en las selvas del sudeste asiático.

Intentó incorporarse, pero las costillas le gritaron en señal de protesta; el dolor le aseguró que, en efecto, seguía vivo.

Fue consciente de que estaba en el suelo, a poca distancia del árbol que lo había atrapado y ahora estaba de nuevo erguido, con las ramas apuntando hacia el cielo. No sabía cómo, pero, de alguna manera, se había liberado de su presa.

Se puso en pie tambaleándose mientras el torso entero le gritaba constantemente de dolor; era la peor agonía sufrida en toda su vida. Exhaló con fuerza; percibía que estaba sudando a pesar del aire fresco de la noche.

Dio una vuelta sobre sí mismo para estudiar el entorno con detenimiento. No vio ni rastro de Lukas por ninguna parte, pero la pieza de ajedrez y la mochila, que llevaba la caja mágica dentro, habían desaparecido. Se cacheó a toda prisa, esbozando una nueva mueca de dolor, y se percató de que también le habían arrebatado el frasco. Otra vez.

Soltó un alarido de frustración en dirección al cielo. Había llegado a tenerlo en la mano antes de que empezara la locura de los muertos que volvían a la vida.

Entonces dedujo que Lukas debía de haberlo liberado del árbol para hacerse con el frasco y la pieza de ajedrez y, después, haberlo dejado inconsciente en el suelo, abandonado como si fuera basura. Aquello lo ofendió más que la pérdida de los objetos: Lukas se

mostraba tan indiferente hacia cualquier amenaza que Owen pudiera representar para él que ni siquiera se había molestado en matarlo.

Tosió y notó el sabor de la sangre en el fondo de la garganta; sintió que dentro de él había cosas que se movían como no debían hacerlo. Estaba destrozado. Sobreviviría, pero lo más seguro sería que necesitara algún tipo de atención médica. Bajó la mirada hacia el suelo y echó un vistazo en torno a sus pies, pero la pistola también había desaparecido.

Tosió de nuevo, pero esta vez el ruido se transformó en una risa amarga. ¿Para qué necesitaba un arma? Aunque supiera dónde estaba Lukas, las balas no lo detendrían. Había perdido, era así de sencillo. Había llegado el momento de retirarse, de sanar. De volver a planificar.

Comenzó a cojear hacia el bosque, consciente de que se acercaba la noche. Quería alejarse de las flores y enredaderas horribles antes de que llegara la oscuridad. No le hacía gracia pensar en cómo sería aquel bosque tan extraño una vez que se pusiera el sol.

La nube de insectos se hizo más densa cuando se adentró en la penumbra de los árboles; no paraban de zumbar y de irritarlo. Trató de ignorarlos y se concentró en avanzar, primero un pie y luego el otro, mientras se abría paso entre las ramas que intentaban arañarlo y retenerlo.

Se detuvo al atisbar un destello brillante por el rabillo del ojo. Volvió la cabeza y vio a una mujer desnuda que estaba sentada con la espalda apoyada en un árbol. Ella le devolvió la mirada con los ojos abiertos como platos y las mejillas surcadas de lágrimas. El pelo largo y oscuro le caía sobre los hombros y tenía las rodillas recogidas

contra el pecho. Era uno de sus muertos resucitados, uno de los que habían escapado a la matanza.

La mujer levantó los brazos temblorosos y Owen se dio cuenta de que tenía su pistola y lo estaba apuntando.

Suspiró, consciente del aprieto en el que estaba metido, pero, al mismo tiempo, una parte de su cerebro se deleitó ante aquel brete. Era un peligro tangible. Era una mujer con un arma, no magia, flores ni árboles.

—Ni siquiera recuerdo haberte matado —reconoció con una mueca de desprecio.

El disparo perforó el aire y Owen salió despedido hacia atrás con el hombro izquierdo en llamas. Se miró y vio que su abrigo tenía un agujero irregular en la parte superior del brazo, cerca del hombro, y que de él brotaba una sangre espesa y oscura. La bala le había arrancado un trozo del brazo, había destruido músculo y hueso.

Rompió a gritar con el cuerpo y la mente desbordados de dolor. Dio unos cuantos tumbos y la conciencia le palpitó y se le oscureció brevemente antes de volver a recuperar la lucidez. La mujer lo observaba con la boca abierta y el arma temblando ante ella.

—¡No me jodas, ni siquiera eres capaz de hacer esto bien! —le gritó—. ¡Hasta un idiota podría matarme a esta distancia!

Echó a correr hacia ella y, en lugar de disparar otra vez, la muy estúpida chilló y se cubrió la cara con los brazos como si intentara protegerse de una paliza. Owen le arrancó el arma de las manos y disfrutó del frío metal, de la solidez fiable de la pistola entre los dedos.

—¡No sé ni quién eres! —gritó.

La mujer no levantó la vista, continuó temblando y tapándose con los brazos. Owen le pegó un tiro en la coronilla, disparó de nuevo y el zumbido de los insectos aumentó de volumen, como el público de un partido de fútbol celebrando un gol.

La mujer se desplomó de costado sobre las flores horribles, un cuerpo convertido en un bulto pálido e inmóvil, y la nube de insectos se espesó sobre ella.

Owen se dio la vuelta, sin pensar en ella ni un segundo más, y siguió adelante con la pistola sujeta en la mano, pues su peso era como un ancla que lo amarraba a esta vida. Solo tenía que llegar al coche. Después, todo iría bien.

Continuó avanzando a trompicones y, cuando el bosque se tornó oscuro, las flores y los brotes de las gruesas enredaderas empezaron a brillar como luciérnagas gigantes con colores luminosos que pintaban sombras y luces sobre el lienzo de los troncos y las ramas de los árboles.

Una reunión en Masters

Iban conduciendo hacia la puesta de sol, con la luz del oeste en los ojos, camino de Alabama. Henry y James iban sentados en los asientos delanteros del coche de alquiler; Magda ocupaba el centro del de atrás y contemplaba la autopista que se extendía ante ellos.

—¿Cuánto tiempo creéis que tardará en oscurecer? —preguntó.

La idea de reunirse con Owen Maddox sin el apoyo moral de la luz del sol la inquietaba.

Henrietta iba al volante. Se agachó para asomar la cabeza por debajo de la visera y mirar al cielo.

—Un par de horas —dijo—. Como mucho.

Tomaron el avión de última hora de la mañana desde Londres hasta Nueva York. Henry compró billetes de primera clase para los tres, de modo que al menos pudieran viajar cómodamente. Cuando aterrizaron en el JFK, vieron que la Caja Imposible había abandonado Nueva York y que ahora estaba en Alabama. Tomaron el siguiente vuelo de conexión hasta Atlanta y, en el aeropuerto, alquilaron un coche para cruzar la frontera estatal. Tras escapar del tráfico de Atlanta, el trayecto fue sencillo, pero el ambiente en el coche era tenso, como si todos sintieran que se dirigían hacia algo peligroso.

—¿Por qué habrá venido a Alabama? —se preguntó Henrietta en voz alta.

Llevaban una hora y media en el coche y ya estaban cruzando la frontera del estado.

Magda se encogió de hombros. No sabía gran cosa de Alabama. Solo había estado en Estados Unidos una vez, durante un viaje a Nueva York y Boston con un par de amigas en el verano de su segundo año en la universidad. Volvió la mirada hacia la ventanilla lateral y vio el bosque que pasaba a toda velocidad convertido en una mancha borrosa de marrón y verde oscuro. Se sorprendió pensando en Frank; esperaba que estuviera bien. Se planteó llamar al hospital para ver cómo se encontraba, pero entonces James habló y la distrajo de sus pensamientos.

—No queda mucho —dijo, y la joven lo vio estudiando el teléfono por el que se estaba guiando.

Magda se sacó el mapa mágico del bolsillo y lo inspeccionó. La Caja Imposible no se había movido de las inmediaciones de un pequeño pueblo llamado Masters desde que aterrizaron en Atlanta. Hizo unas cuantas búsquedas básicas en internet mientras Henry se ocupaba de alquilar el coche en el aeropuerto, pero no encontró nada que aclarara por qué Owen Maddox había viajado hasta allí.

—Masters —le dijo a James, y este se volvió en su asiento para mirarla—. ¿Seguimos dirigiéndonos a Masters?

Él asintió.

—Masters, Alabama —confirmó. Luego, le dedicó una sonrisa—. No te preocupes.

La chica suspiró y clavó la mirada en la franja de carretera que se extendía ante ellos hasta perderse en el horizonte. Se descubrió reviviendo el enfrentamiento con Owen Maddox en Bell Street Books. Nunca se había visto envuelta en una pelea, así que el

incidente se le quedó grabado a fuego en la memoria y se negaba a liberarla de su presa. Todavía sentía las manos del hombre alrededor de la garganta, olía su colonia y el hedor de su vómito. El mero hecho de volver a pensar en ello hacía que el pánico le revoloteara por el cuerpo como una bandada de pájaros.

En aquel momento, un todoterreno enorme, con las ventanillas oscuras y el cromado reluciente destellando al sol, los adelantó e hizo que la suspensión de su coche se balanceara.

—Mierda, ¿a qué velocidad va? —murmuró Henrietta, y su pregunta sacó a Magda de su estado introspectivo.

—¿Qué vamos a hacer cuando lo encontremos? —preguntó ella a su vez.

Henry levantó la vista para mirarla a los ojos a través del espejo retrovisor.

—A Owen Maddox —añadió Magda, y el cuerpo entero se le estremeció de manera involuntaria—. ¿Qué vamos a hacer?

Ni James ni Henrietta respondieron.

—¿Nada? —suplicó Magda mientras los pájaros del pánico agitaban las alas cada vez más deprisa—. ¿No se os ocurre ninguna idea?

—Me he enfrentado a hombres como él en otras ocasiones —dijo Henry al fin.

—¿Por qué te has enfrentado a hombres así? —inquirió James.

—Henry es ladrona profesional —lo informó Magda—. Puede que no te lo hayamos dicho.

James la miró con las cejas arqueadas por la sorpresa.

—¿Ladrona?

—Tranquilo, cariño —dijo Henry—. Solo robo a la gente mala. Mi pasatiempo favorito es hundir a hombres horribles. Al tipo de hombres que les destrozan la vida a los demás.

—Trabajo en un banco —reflexionó James en voz baja—. A los bancos no suelen gustarles los ladrones.

—Si te sirve de algo, te prometo que no robaré nunca en tu banco —dijo Henry.

—A ver —espetó Magda, irritada por la charla—. Owen Maddox. ¿Qué hacemos con él?

—A los hombres así hay que tomárselos en serio —dijo Henry mientras asentía para sí misma—. Cada vez que voy a robar a una persona peligrosa, me aseguro de saber todo lo posible sobre ella. Dedico semanas a investigarla, a entenderla y a encontrar sus puntos débiles. El saber es poder, y todo eso.

Magda reflexionó sobre el consejo y se sintió derrotada.

—No disponemos de semanas para reunir información sobre él.

Henry volvió a mirar el reflejo de Magda en el espejo retrovisor.

—No, es cierto —admitió—. Pero tampoco estamos indefensos, ¿no?

La joven no dijo nada y esperó a que la convencieran.

—Yo puedo hacer que seamos intangibles para que nada nos haga daño —continuó Henry—. Por lo visto, el apuesto joven que tengo al lado no puede morir. Al menos, no de un disparo. Y tú puedes volar, ¿no? Creo que los tres juntos formamos un rival bastante intimidante.

Magda no se sintió reconfortada. El recuerdo de las manos de Owen rodeándole el cuello lo devoraba todo. Abrió un poco la ventanilla para que le entrara aire fresco en los pulmones. Se

recostó, cerró los ojos mientras olía el asfalto caliente y se dejó llevar por el sueño, porque las preocupaciones y los miedos desaparecían cuando dormía.

Entonces James habló y la despertó:

—Estamos a punto de llegar. Creo que es la próxima salida.

Magda vio que Henrietta asentía.

Unos ocho kilómetros más adelante, Henry redujo la velocidad, salió de la interestatal y, tras una serie de giros, enfiló una estrecha carretera comarcal que se dirigía hacia el noreste, de modo que el sol les quedó a la espalda y la sombra de su coche se extendió ante ellos. Circularon en silencio, pues la tensión aumentaba cuanto más se acercaban a su objetivo.

El pueblo de Masters apareció bajo la última luz del día, cuando las sombras se alargaban. Era un lugar pequeño, unas cuantas calles alrededor de una carretera principal que atravesaba el bosque de norte a sur. Magda lo estudió mientras pasaban, las casas, los garajes y los solares vacíos. Vio a unos adolescentes tirando a canasta en un camino de entrada agrietado y, en otro jardín delantero, a un perro atado con una cadena a una estaca. El animal rompió a ladrar y salió corriendo detrás de ellos hasta que la cadena se tensó y lo detuvo. Había una tienda de piensos para animales en un cobertizo enorme apartado de la carretera, y una colección de coches viejos y oxidados aparcados uno detrás de otro en un solar desocupado. No era más que un pueblo minúsculo que luchaba por sobrevivir, y Magda no tenía ni idea de qué podría haber atraído a Owen Maddox a viajar hasta allí.

Llegaron a un cruce que parecía ser el centro del pueblo. Había una iglesia en una esquina, una cafetería que parecía abierta en la

otra y una pizzería en la tercera esquina. La cuarta era un terreno vacío, un cuadrado de tierra irregular en el que había unos cuantos coches aparcados o abandonados. Henrietta entró en el solar y, cuando apagó el motor, los tres se quedaron mirando la cafetería del otro lado de la carretera. Tenía un letrero eléctrico en la ventana —una taza y la palabra «café»— que creaba una mancha de luz azul chillón en la oscuridad creciente. Una mujer con una camiseta y unos vaqueros rotos cruzó la calle delante de ellos; llevaba un cigarrillo entre los dedos de una mano e iba dejando una estela de humo en el aire a su paso. No vieron ni un solo coche más.

—No es un lugar precisamente animado, ¿verdad? —reflexionó Henry—. La viva imagen de la muerte de los pueblos pequeños de Estados Unidos.

—¿Nos tomamos un café? —preguntó Magda, que señaló la cafetería estirando un dedo entre ellos—. A lo mejor ahí dentro encontramos a alguien que sepa algo.

Lo dudaba, pero necesitaba el consuelo de las luces brillantes y de estar rodeada de gente. No quería ir en busca de Owen Maddox cuando las sombras comenzaran a intensificarse.

«No haces más que retrasar lo inevitable. Va a oscurecer más, ¿no te parece? No puedes pasarte toda la noche sentada en la cafetería».

No le hizo caso a la voz discrepante de su mente y salió al aire denso y cálido. Un instante después, se vio rodeada por el zumbido furioso de los insectos enfrascados en sus quehaceres vespertinos, de los mosquitos que se reunían para darle la bienvenida a Masters. Agitó una mano para ahuyentarlos y miró a Henry, a quien la presencia de los insectos no parecía molestar ni lo más mínimo.

Estaba tan fabulosa como de costumbre; al parecer, a ella no le afectaban ni los vuelos transatlánticos ni el peligro inminente.

«¿Cómo es posible que esté siempre tan impecable?».

Cruzaron la calle y al entrar en la cafetería los recibió un golpe de aire fresco y el chisporroteo y el aroma de las hamburguesas que se estaban cocinando en la plancha. El establecimiento era justo como Magda deseaba que fuera: a un lado tenía una larga barra con una hilera de taburetes delante y, junto a las ventanas que daban a la calle, se alineaban varios reservados. Había otros dos clientes: un adolescente en el reservado más alejado y, en uno de los taburetes, un hombre de mediana edad con una camisa a cuadros, unos vaqueros desgastados y una gorra de béisbol que le ocultaba el rostro. Aunque la cafetería tenía el vinilo de los asientos agrietado y las mesas con el barniz desconchado, estaba inmaculadamente limpia. Parecía un lugar muy frecuentado, y Magda pensó que tenía que serlo, para sobrevivir en un pueblo como Masters.

Henry los guio hasta la primera mesa junto a la ventana y James sacó el menú del soporte y lo abrió. Una joven ataviada con un delantal y unas zapatillas de deporte blancas salió a toda prisa de detrás de la barra y los saludó con una sonrisa radiante. Llevaba el pelo castaño recogido en una coleta que se balanceaba cada vez que se movía, y la placa prendida en la camisa decía que se llamaba Annie.

—Hola, chicos—dijo—. ¿Qué os traigo?

Tenía un dejo cantarín en la voz y una sonrisa contagiosa. Magda se enamoró de ella al instante.

—Yo quiero un café —respondió Henrietta, y le devolvió la sonrisa a la chica—. Solo.

Magda pidió unos gofres con beicon, aunque ni siquiera estaba segura de tener hambre, y un café. A continuación, James pidió pollo frito con puré de patatas y salsa de carne, acompañado de verduras.

—Y también un café, con leche y azúcar —añadió.

Magda observó a la chica mientras anotaba el pedido en la libreta y se mordía el labio inferior como si tuviera que concentrarse. Luego, levantó la mirada hacia ellos y les sonrió con ganas.

—¡Marchando!

—No sueles comer así, ¿verdad? —le preguntó Henrietta a James —. Es imposible, con una cintura tan delgada, no me lo creo.

Magda quería hablar de Owen Maddox y de lo que estaban a punto de hacer, pero también era agradable no tener que hacerlo, aunque solo fuera un momento. Henry la miró y le guiñó un ojo, y la joven se preguntó si no estaría tratando de aliviar la tensión y de distraerlos deliberadamente.

James se encogió de hombros en respuesta a la pregunta de Henry.

—Estoy viviendo una vida larga y saludable.

—¿La pastilla? —preguntó la mujer al darse cuenta de a qué se refería.

James se dio unas palmaditas en el vientre plano con las dos manos y sonrió.

—¿Es posible que sea una de las ventajas adicionales?

—Así que tu artefacto… —insistió Henry con los ojos amusgados —, ¿no solo detiene las balas, sino que te permite comer lo que te dé la gana sin consecuencias?

—Quizá se deba solo a una buena genética —admitió James—. Aunque como un montón…, así que seguro que es la pastilla.

Detrás de él, Annie le sirvió un plato al adolescente que ocupaba la mesa del fondo del local: una hamburguesa con patatas fritas. Magda vio que el chico levantaba la vista con timidez y, en su cabeza, escribió una breve historia de amor no correspondido. El muchacho estaba totalmente prendado de Annie y, soñando con que algún día ella también se enamorara de él, iba a la cafetería todas las noches solo para estar a su lado. Sonrió para sus adentros cuando vio que, en lugar de prestar atención a la comida que le había puesto delante, el chico se quedaba mirando a la camarera mientras esta se alejaba.

—Yo nunca he sido muy comilona —reconoció Henry mientras se recolocaba los brazaletes en las muñecas—. Nunca le he dado mucha importancia a la alimentación, si te soy sincera. Es una tarea que me resulta un tanto pesada.

—Uf, eso es algo que no soy capaz de entender —respondió James—. Yo siempre estoy o comiendo, o pensando en lo próximo que voy a comer. Esos son mis dos estados.

—Lo mismo digo —convino Magda.

Sintió que una oleada de felicidad la recorría de arriba abajo al ver que James la miraba a los ojos para reconocer el sentimiento compartido. Recordó el paseo por Hong Kong, el ruidoso restaurante en el que comieron fideos, y le pareció que había pasado una eternidad desde entonces. Sin embargo, eran buenos recuerdos, y la reconfortaron, como la mirada que James le estaba lanzando en aquel momento.

Aquel estallido de alegría la convenció de manera repentina e irracional de que nada malo podría pasarles. Estaba con sus amigos y ese era su poder, no los objetos mágicos que llevaban encima.

Annie volvió con tres tazas de café y Magda sintió que su aroma le inundaba la nariz. Cuando la camarera dejó las bebidas sobre la mesa, la joven le preguntó:

—¿Hay algo fuera del pueblo, al norte de aquí? —Señaló, entre Henry y James, hacia la carretera que circulaba en paralelo al exterior de la cafetería—. ¿Algún edificio o algo así? ¿Cualquier cosa interesante?

Annie volvió la cabeza hacia donde señalaba Magda, como si fuera capaz de ver a través de la pared, y adoptó una expresión pensativa.

—No hay gran cosa por ahí, no —respondió—. Esa es la antigua carretera comarcal. Creo que, si la sigues hasta el final, te lleva a Georgia. Pero no hay más que bosque durante kilómetros y kilómetros.

La otra asintió, pero no supo si la respuesta hizo que se sintiera mejor o peor.

—Está la vieja iglesia metodista —añadió Annie con una mano apoyada en la cadera—, pero lleva años abandonada. No creo que haya nadie que siga yendo por allí. Ni siquiera sé si todavía está en pie. Ahora todo el mundo va a esa iglesia de ahí enfrente. ¿Estáis buscando algo?

Magda se dio cuenta de que el hombre del taburete se giraba ligeramente hacia ellos y de que el adolescente de la mesa del fondo levantaba la vista de la hamburguesa que tenía en las manos para mirarlos. Henry respondió por ella antes de que le diera tiempo a decir nada.

—Qué va —sonrió—. Solo estamos de paso, camino de Atlanta, pero nos pareció buena idea tomarnos un descanso de la autopista e intentar ver algo interesante.

—Ah, claro —dijo Annie—. Pues siento decirlo, pero, aparte de árboles y arbustos, no hay mucho que ver por aquí. Enseguida os traigo la comida.

De nuevo en tensión, esperaron sin decir una sola palabra hasta que, al cabo de unos minutos, la camarera apareció con los dos platos. Magda se puso a juguetear con los gofres mientras James comía igual que si no fuera a volver a hacerlo y Henry se tomaba el café. Fuera, la oscuridad llegó de golpe mientras la joven estaba distraída con su plato, como si alguien apagara de pronto un interruptor que eliminase toda la luz del cielo. Levantó la vista y no vio más que la negrura de la noche y el inquietante resplandor azul del letrero de la ventana de la cafetería. En Londres ya era más de medianoche, y sintió que el sueño se apoderaba de sus pensamientos. Bebió un buen trago de café, necesitaba la cafeína.

Al otro lado de la mesa, James terminó de comer y se limpió la boca y las manos con unas servilletas de papel. Henry permanecía callada, perdida en sus pensamientos, y, mientras Magda la observaba, cogió y dejó el salero, hizo lo mismo con su cucharilla y luego dedicó unos momentos a doblar las servilletas. La joven se preguntó si, bajo aquella fachada segura, Henry no estaría tan nerviosa como ella.

—Bueno, ¿qué hacemos? —La pregunta atrajo la mirada de James y de Henry hacia ella—. No soportaré durante mucho más tiempo seguir aquí sentada temiéndome lo peor. Necesitamos un plan.

Ninguno de los dos se dio prisa en responder y, en medio del silencio, Annie volvió a la mesa para llevarse los platos. El hombre del taburete se levantó y se marchó tras intercambiar unas cuantas palabras amables con la camarera. Magda lo vio salir a la noche y cruzar la calle hacia uno de los otros coches del solar vacío. Un momento después, los faros iluminaron la calle y el coche salió y puso rumbo al sur.

—Es de noche —comentó James, que señaló la ventana con la cabeza—. Personalmente, preferiría hacer lo que sea que vayamos a hacer a la luz del día, cuando haya visibilidad.

Magda asintió de inmediato, encantada con la idea y con que fuera James quien la propusiera.

—Sin embargo, la oscuridad nos ofrece más protección para un acercamiento furtivo —replicó Henry.

Annie regresó con la cuenta y un rápido «Gracias, chicos».

—Quizá nos convenga llegar hasta donde está la Caja Imposible —sugirió Magda—. Solo para ver si vemos algo. Podemos trazar el plan una vez que tengamos más información. Como tú misma has dicho, Henry, lo mejor es recabar datos. —Se deslizó por el asiento del reservado y se puso en pie—. Pero estoy de acuerdo con James. Preferiría hacer… lo que sea que vayamos a hacer a la luz del día.

Magda pagó la cuenta con el dinero en efectivo que sacó de un cajero automático en el aeropuerto JFK y añadió una generosa propina para la camarera, porque le había caído bien. Después, los tres salieron de nuevo a la noche y dejaron al adolescente a solas con Annie en la cafetería. Magda se volvió y, a través de la ventana, vio el rostro pálido del muchacho, que los seguía con la mirada mientras cruzaban la calle.

—Entonces, cogemos el coche y nos dirigimos hasta donde está la caja —dijo Henry, que hizo un gesto vago en dirección a la carretera —, vemos qué podemos averiguar y luego buscamos un motel para descansar toda la noche.

Magda se sacó el mapa del bolsillo. La última vez que lo consultó, justo antes de que entraran en Masters, la caja estaba cerca del pueblo. Mientras lo desplegaba, agitó una mano para ahuyentar a los insectos que volvían a arremolinarse a su alrededor e inclinó el papel para vislumbrarlo a la luz de la ventana de la cafetería.

«¿Qué?».

Había algo distinto.

—Esperad —dijo. Tanto James como Henry se detuvieron y se dieron la vuelta hacia ella—. Se ha movido.

Magda miró al norte a lo largo de la calle, más allá de la cafetería, de la iglesia, de las casas y de los demás edificios. Al fondo, donde no llegaba la iluminación de las farolas, las sombras del bosque se espesaban hasta tragarse la carretera.

—La caja está aquí —dijo con el ceño fruncido. Una sensación de inquietud le hormigueó en el cuero cabelludo—. En el pueblo.

«¿Esto significa que Owen está aquí? ¿Y si está esperando, vigilando? Acechándonos».

James y Henry rodearon a Magda para examinar el mapa.

La caja estaba justo al otro lado del límite del pueblo, a apenas unos minutos a pie.

—Está cerca —dijo Magda.

—Agarradme de la mano, los dos —ordenó Henry mientras le tendía una a Magda y la otra a James. La joven miró sin comprender —. No es que necesite apoyo emocional —explicó Henry—. Voy a

«fantasmarnos». Si ese hombre está aquí, no podrá hacernos nada. Es solo por precaución.

—¿«Fantasmarnos»? —preguntó James.

—Como cuando atravesó la pared —le explicó Magda, y James asintió para indicar que lo entendía.

Magda se aferró a la mano de Henry y, un momento después, notó una sensación extraña, como una corriente de aire que entra por una ventana y atraviesa una casa caldeada, un escalofrío que le recorrió la espalda de arriba abajo. Un instante después, James se agarró a la otra mano de Henrietta.

—Vamos a echar un vistazo —dijo la mujer, y los tres subieron a la acera delante de la iglesia alta y blanca y echaron a andar hacia el norte cogidos de la mano.

—Si alguien nos ve, vamos a parecerle un poco raros —comentó James—. ¿No podemos hacernos invisibles también?

Se rio de su propio chiste, pero a Magda le pareció que la carcajada sonaba más nerviosa que divertida.

—Por desgracia, no —murmuró Henry—. La intangibilidad es el único servicio que ofrezco.

Más allá de los edificios de ladrillo rojo que se apiñaban alrededor del cruce, pasaron ante varias casas de madera rodeadas de vallas metálicas, algunas con las luces encendidas al otro lado de las cortinas y los postigos. Un perro ladraba a lo lejos y, desde la otra dirección, a Magda le llegaba un rumor de música amortiguada, como si alguien estuviera escuchando la radio del coche con las ventanillas bajadas. Por lo demás, el pueblo estaba sumido en el silencio.

Dejaron atrás el reconfortante resplandor de las farolas y les pareció que el bosque oscuro que se extendía ante ellos se hacía más denso y siniestro cuanto más se acercaban a él. Cuando la acera se acabó, vieron que el último edificio del pueblo era una gasolinera abandonada en el lado izquierdo de la carretera. Solo había dos surtidores viejos y una tienda construida con madera. Algunas de las tablas de la fachada del edificio estaban partidas y otras estaban desprendidas de los clavos que las sujetaban. El escaparate del establecimiento estaba tapiado desde dentro.

—Haston Gas and Go —murmuró Magda al leer el letrero descolorido que coronaba la puerta.

Un gran mural pintado en el lado del edificio que daba al bosque anunciaba: «¡Tenemos Coca-Cola bien fría!». Aquello hizo que Magda pensara en Frank y se preguntara cómo le iría en Londres.

Bajaron a la calzada y se detuvieron justo en el límite del pueblo, nada más pasar la Gas and Go, donde el bosque lindaba con la civilización.

—Nada —dijo James.

Giró la cabeza hacia uno y otro lado, como si estuviera inspeccionando el bosque. El único ruido que se oía era el de los ajetreados insectos, además del canto de un pájaro entre los árboles, cerca de allí. «Como dos notas de un clarinete —pensó Magda—. Uh-huuu».

De nuevo, consultó el mapa abriéndolo con la mano libre. La Caja Imposible estaba justo delante de ellos, a un lado de la carretera.

—Está aquí —dijo mientras asentía para sí. Alzó la voz y gritó hacia los árboles—: Sé que estás ahí. Más vale que salgas.

Esperaron y el tiempo se alargó. El pájaro volvió a cantar y los insectos siguieron zumbando sin cesar. Magda empezó a plantearse la posibilidad de que el mapa estuviera equivocado o, quizá, que a Owen se le hubiese caído la Caja Imposible.

«Eso estaría bien. A lo mejor se le ha caído y solo tenemos que encontrarla y volver a casa».

Entonces, algo surgió de entre los árboles de la izquierda de la carretera, un poco más adelante. Una figura. Un hombre.

«¡Es él!».

Pero Magda supo casi al instante que aquella figura no era Owen Maddox. Aquella figura no se movía como él y, aunque era de noche y los rasgos del hombre apenas se distinguían, su silueta tampoco encajaba con la de él.

—¿Hola? —gritó Henry—. ¡Eh, tú! ¿Hola?

El pájaro volvió a cantar, casi como si quisiera responder a Henrietta: «Uh-huuu».

Magda se arriesgó a echarle un vistazo al mapa. En aquel momento, la Caja Imposible estaba en la carretera, justo delante de ellos.

—La tiene —le susurró a Henry—. Ese hombre tiene la Caja Imposible.

Durante unos instantes, la figura no se movió, no fue más que una silueta estática en la carretera bordeada de árboles. Luego, avanzó con pasos cautelosos y de costado, como un hombre que se acerca a un animal salvaje. Mientras se aproximaba, sus rasgos se mantenían en sombra por el tenue resplandor de las farolas que tenía detrás.

Para Magda, aquel hombre no tenía nada de espectacular; su aspecto era corriente y olvidable, el pelo castaño y la piel bronceada. Llevaba un abrigo marrón largo encima de unos vaqueros y de una camisa de franela, prendas para un clima mucho más frío. Ya estaba cerca, y la joven sintió una punzada de inquietud que pareció surgir de manera espontánea. Su mente quería que apartara la mirada, su cuerpo quería darse la vuelta, pero no tenía forma de explicar aquellas sensaciones tan extrañas.

—¿Quién es ese? —preguntó James—. No es Maddox, ¿verdad?

—No me gusta su aspecto —dijo Henrietta—. Y lo digo en sentido literal. Se me revuelve el estómago solo con mirarlo, como si fuera a vomitar. ¿Soy la única?

—No —confirmó James—. No eres la única.

—No —convino Magda, que no apartó la vista de la figura a pesar de la incomodidad que sentía.

El desconocido se detuvo a cuatro o cinco pasos de ellos. Magda miró hacia atrás, pero Masters seguía en silencio. La luz azul del letrero de la ventana de la cafetería coloreaba la oscuridad del cruce.

—Hola —dijo el hombre—. Me llamo Lukas.

Tenía una voz fina, como la del locutor de una emisora de radio antigua. La boca se le estiró en una sonrisa y, para la joven, aquel gesto lo empeoró todo. Era como una criatura peligrosa que hubiera visto una sonrisa una vez e intentara imitarla, pero sin comprender en absoluto de qué se trataba en realidad. Sonreía con la boca, pero no con los ojos; los ojos permanecían impasibles, como los de un retrato mal pintado.

El hombre giró la cabeza para mirarlos uno por uno.

—Os he sentido —dijo—. Percibo las cosas que lleváis porque he bebido del frasco. He venido a verlas.

Magda no hizo caso de la incomprensible afirmación.

—No sé quién eres, pero tienes una caja que nos pertenece. ¿Cómo te has hecho con ella?

La sonrisa del hombre se desvaneció poco a poco y la joven tuvo la sensación de que reflexionaba muy profundamente sobre la pregunta. Cuando Lukas volvió a hablar, no fue para ofrecer una respuesta:

—Quiero ver las cosas que lleváis. Las cosas mágicas. Las siento.

—¿Qué? —murmuró Henry junto a la joven.

El extraño volvió a sonreír enseñando los dientes bajo los ojos muertos.

—Me gustan los objetos mágicos.

Magda sintió la necesidad de apartar la vista, así que bajó los ojos hacia el suelo. Para su extrañeza, aunque le pareciera imposible, se encontró mejor de inmediato, como si contemplar el rostro de Lukas fuera la causa de su malestar.

«Eso no tiene sentido. ¿Quién es este? ¿Dónde está Owen? ¿Y por qué me encuentro tan mal de pronto?».

Mientras movía la mirada a toda velocidad por encima de cualquier cosa que no fuera su cara, reparó en la bolsa que llevaba a la altura de la cadera. Era una mochila de lona con una flor bordada con torpeza en la solapa, una flor que reconoció enseguida. Se estremeció de arriba abajo, igual que si tocara algo muy caliente de forma inesperada.

«Eso es imposible».

—Dios mío —jadeó.

Se dio cuenta de que tanto Henry como James la miraban y de que la mujer le apretaba la mano. El pájaro volvió a cantar a lo lejos como si compartiera la sorpresa por lo que Magda acababa de descubrir.

—Esa es la mochila de mi madre.

La sonrisa del desconocido se relajó, el rostro se le tornó inexpresivo y los miró con los ojos vacíos.

—¿De dónde la has sacado? —exigió saber la joven, que señaló el bolso con la mano libre y el brazo tembloroso—. Es de mi madre. La llevaba con ella cuando murió.

Lukas bajó la mirada hacia la mochila.

—Eh —gritó Magda con furia—. ¿De dónde la has sacado?

—¡Eres Magda! —susurró Lukas cuando volvió a mirarla—. ¡Pienso en ti a todas horas! —Dio un paso al frente y le dedicó una de sus horribles sonrisas fingidas—. Hacía mucho tiempo que tenía ganas de conocerte.

Will Pinn descubre un secreto

Después de que Magda, Henrietta y James se marcharan, Will soportó una interminable jornada de trabajo. Por lo general, disfrutaba estando en el taller. La tarea de reparar relojes y ponerlos a punto le brindaba una gran satisfacción. Siempre sentía que estaba contribuyendo al mundo de una manera significativa y positiva, aunque fuera muy pequeña. Los aparatos que reparaba seguirían viviendo cuando él ya no estuviera, y tal vez pasaran de generación en generación llevando consigo el recuerdo de su tacto. Le gustaba imaginar que los muchos y muy distintos relojes en los que trabajaba estaban dispersos por todo el mundo, que sus clientes los llevaban siempre encima. Esas ideas solían animarlo.

Sin embargo, aquel día se sentía inquieto, incapaz de concentrarse. Todo lo que Magda le había contado se le alojaba en la mente como un visitante indeseado que exigía conversación. El libro que le había entregado lo acechaba desde un rincón del taller y le provocaba una pesada sensación de angustia en el estómago cada vez que lo miraba de reojo. Se descubrió farfullando entre dientes, maldiciendo a Magda y a Henrietta. Justo cuando tomaba la decisión de abandonar la Sociedad para siempre, esta se abría paso de nuevo en su vida.

A pesar de sus buenas intenciones, Will no llevó el libro al banco a la hora del almuerzo, sino que salió a dar un paseo por las calles de Marylebone y Mayfair con la intención de que el ejercicio lo distrajera

y le despejase la cabeza. Cuando volvió a la tienda, se sentía un poco más tranquilo, y trabajó más concentrado durante el resto de la tarde, hasta que el día se tornó oscuro y húmedo y llegó la hora de cerrar. Después de su rutina habitual de cierre, se quedó mirando el libro durante unos minutos. No se había olvidado de él, pero estaba evitando conscientemente tomar una decisión al respecto. El final del día exigía una respuesta. Con un suspiro y moviéndose tan rápido que casi pareció que estuviera intentando convencerse a sí mismo de que lo hacía sin pensar, cogió el libro del banco y se lo guardó en el bolso para llevárselo a casa.

Caminó hasta la estación del metro, viajó por los túneles en un vagón abarrotado de gente empapada de lluvia y, a continuación, salvó la corta distancia que lo separaba de su pequeña casa, construida al final de una calle sin salida bordeada de viviendas idénticas. Vio las noticias de la noche mientras se comía un sándwich que compró por la tarde en una de sus tiendas favoritas y, después, se dio una ducha, se puso el pijama, la bata y las zapatillas y se sentó a la mesa del comedor con un expreso y la radio de la cocina emitiendo música de los años sesenta. Abrió el bolso y sacó el libro.

Lo inspeccionó con cuidado, tomándose su tiempo, como lo haría con un reloj roto que le mandaran a reparar. La precisión y la paciencia eran importantes, y él siempre era preciso y paciente. Primero examinó la cubierta, el grueso papel de estraza que pegaron esmeradamente con cinta adhesiva a la parte delantera del libro para resguardarlo. Cuando era pequeño, Will hacía cosas parecidas con sus libros de texto para protegerlos de arañazos y manchas. Abrió el cuaderno y estudió las entradas de cada página, acarició el papel con los dedos como si pudiera sentir las hendiduras de la

pluma. Leyó acerca de los objetos mágicos que se crearon a lo largo de muchísimos años y descubrió todas las cosas maravillosas y terribles que la gente quiso hacer. Personas como su padre y sus amigos. Leyó sobre un crucifijo que era capaz de despertar a los muertos y sobre un colgante que permitía volar a quien lo llevara. También leyó acerca de una pulsera de dijes que hacía que quien la luciera fuese irresistible para los demás, y acerca de una baraja de cartas que maldecía a cualquiera que jugara con ellas. Había una navaja de plata que controlaba el viento, un par de gemelos de oro que generaban una réplica de cualquier cosa que tocase el portador, un guante de cuero negro que remodelaba la carne y convertía lo feo en bonito y lo bonito en horrible y el mapa del que Magda le había hablado aquella mañana, un mapa que guiaría a quien lo tuviese en su poder hasta los objetos mágicos perdidos en cualquier parte del globo.

La última entrada del libro era otro mapa, el que le mostraba a Magda Sparks dónde se encontraba la Caja Imposible.

Will se sentía cada vez más alarmado por todo aquello, por todas aquellas horribles cosas mágicas, demasiadas, que estaban esparcidas por el mundo. Sin embargo, en aquel momento reparó en algo más interesante que lo distrajo de su miedo. Le pareció que, antes de la entrada del mapa creado por Imelda, las páginas caían de una manera extraña. Frunció el ceño y se acercó el libro a la cara para inspeccionarlo. Después, lo aplanó sobre la mesa, pasó el dedo por el interior del lomo y sintió un borde rugoso allá donde antes había una hoja. Asintió para sí al llegar a la única conclusión posible: habían recortado una página del libro. Lo hicieron con cuidado, como pasando un cúter a lo largo de una regla.

—Así que falta una página —murmuró.

Sintió que se le despertaba la curiosidad, como cuando se sentaba ante un crucigrama vacío o le encargaban reparar un reloj con el que no había trabajado nunca.

Era fácil pasar por alto que faltaba una página. Si alguien hojeaba el libro sin prestar una atención especial, no se fijaría en ello. Ni Magda ni Henrietta habrían notado el hueco. Al fin y al cabo, ellas no tenían tanto ojo para los detalles como él.

Pensó en aquel descubrimiento durante unos instantes mientras se tomaba el expreso. La hoja desaparecida estaba justo antes de la del Atlas, un objeto que Imelda Sparks creó con el conocimiento de Frank. Will se preguntó si no habría sido él quien cortó la página. A fin de cuentas, era un hombre al que le gustaba guardar secretos.

Pero ¿por qué?

¿Qué objeto mágico se habría creado para que Frank, o quienquiera que fuera, no quisiera que nadie supiese de su existencia? ¿O acaso cortar una página del libro tenía algún efecto mágico en sí mismo? ¿Deshacía el objeto que se había creado?

Fue entonces cuando Will recordó otra cosa, algo significativo: ninguno de los artefactos que la Sociedad recopilaba —ninguno de los objetos que al parecer creó el libro que sostenía en las manos— podía ser dañado ni destruido. Todos los miembros conocían ese dato, y por eso los mantenían ocultos en un lugar seguro, porque nadie podía quemarlos, romperlos ni deformarlos. Eran indestructibles. No obstante, que las páginas del libro sí pudieran cortarse quería decir que no era tan resistente, que el libro sí podía ser dañado o destruido. Para Will, aquello implicaba que este objeto

era completamente distinto a los que creaba, pero todavía no entendía bien qué significaba aquella diferencia.

Revisó el libro con gran meticulosidad en busca de otros lugares en los que pudiera haberse cortado alguna página. Ya había llegado al principio cuando encontró dónde se eliminó otra hoja de forma similar: justo después de la cubierta delantera, faltaba la primera página.

—Dos hojas —susurró.

Se levantó de la mesa del comedor y se preparó un segundo café, aunque esta vez decidió añadirle un poco de nata espesa para darse un pequeño capricho. En la radio, los Beatles tocaban uno de sus primeros temas, una sencilla canción acerca del amor, los chicos y las chicas. Will esperó a que la melodía llegara a su fin y luego se llevó la taza de vuelta a la mesa del comedor.

Recordó lo que Magda le había dicho aquella mañana: «Solo tienes que sostenerlo y decir lo que quieres». Agarró el libro con las dos manos y se quedó mirándolo durante un largo rato.

Seguía odiando la magia. La odiaba por principio, porque no seguía las reglas del mundo, porque su padre siempre mostró más interés en los objetos mágicos que en él. Y la odiaba porque no dejaba de entremeterse en su vida por más que intentara alejarla. Sin embargo, había una cosa que Will detestaba más que la magia: los misterios. Detestaba los rompecabezas que no era capaz de resolver. Durante toda su vida, disfrutaba desmontando las cosas, estudiándolas, comprendiéndolas y volviéndolas a montar. Adoraba los relojes por la complejidad de su ingeniería: eran intrincados, pero explicables con estudio y dedicación. Por las razones contrarias, odiaba no saber por qué Frank, u otra persona, cortó las páginas del

libro: sería imposible que lo averiguara estudiándolo, desmontándolo. No había manera de encontrar la respuesta.

Es decir, no había manera de encontrarla sin emplear la magia.

Quería una respuesta al misterio. Quería saber por qué alguien arrancaría una página cerca del final y otra cerca del principio.

—Quiero hojas que sustituyan a las que han recortado —le dijo Will a la sala—. Quiero páginas que me muestren lo que había escrito en ellas.

Aguardó observando a su alrededor como si estuviera esperando a que surgiera una nube de humo o una explosión mágica, pero no pasó nada, solo se oía el ruido de fondo de la radio.

Entonces, miró el libro que tenía en las manos y vio que resplandecía.

Lo dejó caer, sorprendido, y apartó la silla de la mesa. El cuaderno estaba dentro de una nube, de una niebla dorada que lanzaba destellos y palpitaba.

Will se levantó y retrocedió.

—¿Qué he hecho?

En aquel momento, el brillo se atenuó hasta desaparecer y el objeto volvió a ser solo un libro. El hombre se acercó con cautela y el corazón desbocado en el pecho. El libro no se movió, no saltó hacia él, no resplandeció. Era solo un cuaderno. De pie junto a la mesa, lo levantó y lo revisó, pero las dos páginas seguían desaparecidas; no volvieron a materializarse en su sitio. Repasó todas y cada una de las hojas que ya había estudiado, pero no había cambiado nada. En la página posterior a la que describía el mapa de Magda, había una entrada nueva: unas palabras escritas con tinta negra que repetían lo que él acababa de decir momentos antes, y un

boceto de dos formas rectangulares que dedujo que eran las páginas del libro. Las palabras —las letras manuscritas, si es que era eso lo que eran— estaban escritas con la misma caligrafía que las demás páginas del libro.

—Uf —gruñó sorprendido.

La tinta de aquella nueva entrada estaba seca, como si llevara allí años, y no segundos.

Exhaló y dejó escapar su frustración y descontento en un largo suspiro. Lo odiaba todo. El resplandor y la tinta que aparecía mágicamente en las páginas. ¿Cómo se podía fiar de algo si era imposible saber si tenía cinco minutos o décadas de antigüedad? ¿En qué tipo de mundo viviríamos si no pudiéramos confiar en nada? Aquello erosionaba los cimientos de todos los aspectos de la vida.

Hojeó el resto del libro, de principio a fin. Doblado por la mitad entre la última página y la contracubierta, encontró algo que estaba seguro de que no estaba allí antes. Sacó el trozo de papel y, cuando lo desdobló, descubrió que en realidad eran dos doblados juntos, dos hojas del mismo tamaño que las del libro. El reverso de las páginas estaba en blanco, pero, cuando les dio la vuelta, vio que la primera tenía un texto escrito.

—Este es el *Libro de las maravillas* —leyó en voz alta—. Sujétalo en las manos y crea cosas maravillosas.

Will estudió las palabras para intentar averiguar por qué alguien —¿tal vez Frank?— habría quitado esa página. ¿Sería porque revelaba la verdadera naturaleza del volumen? Sin esa portada, nadie sabría que el libro hacía algo, cualquiera pensaría que no era más que un cuaderno con dibujos de objetos. Alguien intentó mantener oculto su

poder, y se sorprendió, porque estaba de acuerdo con quienquiera que lo hiciera.

Dejó la primera página a un lado y se fijó en la segunda. Aquella tenía palabras y un boceto hecho con tinta negra también.

Miró el dibujo y leyó las palabras, y a continuación dejó caer la hoja sobre la mesa, horrorizado.

Se apartó de la mesa, con los ojos clavados en la página, sin parpadear, al darse cuenta del acto tan horrible y aterrador que su padre y sus amigos cometieron con el libro.

Y supo por qué Frank —porque tenía que haber sido él— recortó la página del cuaderno; comprendió el secreto y la vergüenza que intentó ocultar.

El hombre de la mochila

Lukas metió la mano en la mochila que llevaba —en la mochila de la madre de Magda— y sacó un librito fino.

—¡Lo he leído muchísimas veces! —dijo con los ojos muy abiertos y blancos y aquella horrible sonrisa en el rostro—. ¡Lo sé todo sobre ti! ¡Imelda habla mucho de ti!

Magda tardó un momento en darse cuenta de que el hombre sostenía el último diario de su madre, el cuaderno que llevaba Imelda cuando murió.

«¡Lo ha tenido todo este tiempo! Sabe lo que mi madre pensaba en sus últimos días. Él lo sabe y yo no».

La joven negó con la cabeza rápidamente mientras miraba los dedos gruesos y mugrientos del hombre sobre el diario de su madre.

—¡Tú la mataste! —exclamó. Sintió que la mano de Henry se apretaba sobre la suya, puede que para tranquilizarla, quizá para advertirle—. Tú mataste a mi madre.

El hombre la miró con sorpresa y se le desvaneció la sonrisa.

—Fue un accidente.

Magda dio un paso adelante; la furia pudo más que su miedo.

—¿Que fue un accidente?

—Fue un accidente —repitió el hombre, que devolvió el diario a la mochila. Después, se la echó a la espalda, como si intentara mantenerla alejada de Magda—. Era mi amiga.

—¿Amiga? —preguntó Henry, y Magda percibió el escepticismo que rezumaba aquella sola palabra.

—La conocí en una montaña, pero ¡yo estaba allí primero! —El hombre apartó la mirada a toda prisa y dio un paso atrás—. Estaba contemplando la puesta de sol. Se cayó. ¡Yo no hice nada!

Magda lo miró y sintió que todos los músculos de la cara se le tensaban de rabia.

—Puedo quitarle la bolsa —le dijo Henrietta.

—¡No puedes quitármela! —vociferó el hombre, pero a Magda le pareció un grito más de pánico que de furia.

—Esa mochila es de Imelda —replicó Henry—. Junto con todo lo que hay dentro. Todo lo que era de Imelda le pertenece a Magda.

Lukas sacudió la cabeza y volvió a meter la mano en la mochila para sacar la Caja Imposible.

—Esto no era de Imelda.

El pájaro del bosque volvió a cantar, como si le sorprendiera aquel giro de los acontecimientos.

Magda miró a Henry y luego a James, conmocionada por la aparición de la caja. ¿Qué le había pasado a Owen?

—Esto me lo trajo el otro hombre —prosiguió Lukas, como si pudiera leerle el pensamiento a Magda—. El hombre con las alas manchadas. —Entornó los ojos mientras los observaba con la expresión de un hombre que empezaba a sospechar que le estaban estafando—. Vosotros tres también tenéis alas. Las veo. Hoy ya he bebido del frasco, así que veo vuestras alas.

Magda hizo un gesto de negación, no entendía nada. Aquel hombre que había aparecido por sorpresa junto al bosque, todo lo que decía… Le resultaba imposible descifrar la situación.

«No comprendo qué está ocurriendo aquí».

—Todo el mundo tiene alas —continuó Lukas—. Incluso los muertos, pero sus alas son negras y transparentes, como sombras. —Miró la caja un instante—. Yo no tengo alas. Soy distinto.

Henry le soltó la mano a Magda y dio unos cuantos pasos hacia delante.

—¡Henry! —resolló Magda.

—Dámela —ordenó Henrietta mientras agitaba la mano como si animara a Lukas a acercarse a ella.

El hombre dio un paso atrás sin apartar la mirada de ella. Al mismo tiempo, devolvió la Caja Imposible a la mochila.

—Es mía —se quejó, y a Magda le sonó como un niño mimado.

—No lo es. Nos la robaron y necesitamos recuperarla.

Henry continuó avanzando y Magda se dio cuenta de que James había dado un paso hacia ella para colocarse a su lado. Por alguna razón, en medio de toda aquella locura, su corpulencia resultaba tranquilizadora y reconfortante.

—Puedo quitártela —advirtió Henry a Lukas—. No necesito que me des permiso.

—¡No! —ladró este en respuesta, y Magda pensó en el perro encadenado que había visto al entrar en Masters con el coche.

Entonces Henry se detuvo, repentina, sorprendentemente inmóvil. Lukas desvió la mirada hacia Magda, pasó por completo de Henrietta y empezó a actuar como si la mujer no estuviera allí.

—¡Era mi amiga! —protestó, y, durante un segundo, Magda pensó que se refería a Henry—. La hice volver para hablar con ella.

—¿Hiciste volver a Henry? —preguntó Magda, que no lo entendía.

—A Imelda —respondió el hombre—. La hice volver. Porque leí sus palabras.

«¿Qué quiere decir con que hizo volver a Imelda?».

Lukas asintió con entusiasmo y se sacó unas cadenas de debajo de la camiseta. Magda atisbó dos objetos distintos colgando de ellas, uno de plata y el otro quizá de oro, aunque era demasiado pequeño para distinguirlo en la oscuridad.

—El crucifijo —murmuró James. La joven vio la sorpresa que mostraba en el rostro: los ojos muy abiertos, las cejas arqueadas—. Salía en el libro —explicó—. Oh, no… Resucita a los muertos.

—¡La cruz puede hacerlos regresar! —confirmó Lukas, que de nuevo sonreía como un niño con un juguete nuevo—. ¡He hecho volver a Imelda un montón de veces!

Magda se llevó la mano a la boca al comprender lo que decía. Sintió que salía flotando de su propio cuerpo, que el mundo entero se volvía de pronto surrealista y onírico. ¿Un «montón» de veces?

—¡Si quieres, te lo enseño! —exclamó Lukas.

Magda cerró los ojos para protegerse de aquel horror.

«Por favor, no. Por favor, no me lo enseñes. Por favor, haz que esto pare».

Sintió que se apoyaba en James, en su cuerpo fornido, firme y cálido. Quería que la alejara de aquella locura antes de que empeorara.

—¿Por qué ha dejado de moverse Henry? —preguntó este, y la chica notó su aliento cálido en la mejilla.

Magda abrió los ojos y vio que, mientras mantenía un puño apretado a un lado, Lukas levantaba la otra mano para señalar hacia atrás por encima de su propio hombro.

—Puedo enseñártelo en mi jardín. Está allí ahora mismo. —Entonces, frunció el ceño y su expresión cambió despacio, como si los pensamientos tardaran mucho rato en formársele en la cabeza—. Hay muchas Imeldas. La he hecho volver muchas veces.

Magda se quedó mirándolo; había oído las palabras, pero no quería procesarlas.

—La primera vez fue en un lago, muy lejos de aquí —continuó el hombre—. La primera vez que la hice volver. Pero ella no se alegró. Así que pensé que no le gustaba el lago y lo intenté de nuevo. En todos los lugares en los que paraba durante mis viajes. En todos los lugares en los que descansaba durante una temporada.

«Tiene el puño apretado porque está utilizando la pieza de ajedrez, ¿no? Eso es lo que le ha pasado a Henry. Puede que sea intangible, pero, aun así, este hombre es capaz de impedir que se mueva».

Tanto la Caja Imposible como la pieza de ajedrez estaban en poder de Owen. ¿Cómo consiguió ese hombre derrotar a un asesino profesional? Parecía bastante simple e ingenuo.

—Imelda no quería vivir —explicó Lukas mirando a Magda con los ojos muy abiertos y sin pestañear, bajando la voz hasta convertirla en un susurro, como si estuviera hablando de un asunto escandaloso —. Se enfadó y se enfrentó a mí. Intentó suicidarse.

—¡Basta! —ordenó James, y Magda se preguntó si él también estaría aturdido por la vorágine de emociones.

—Las últimas veces parecía una loca —prosiguió Lukas—. Decía cosas absurdas. —Frunció el ceño un instante al recordarlo—. Creo que le pasó algo. Por volver a la vida tantas veces. Me parece que el

cerebro no le funcionaba. Me parece que el cerebro se le quedaba muerto, aunque el cuerpo volviera a la vida.

—Ay, Dios —gimió Magda, que se giró para mirar al otro lado de la carretera, a cualquier cosa menos a aquel hombre.

—¿Por qué no dejas ir a nuestra amiga? —preguntó James con voz agradable y amistosa, igual que si estuviera pidiendo un café.

—Era como un animal —prosiguió el otro como si no lo oyera, y Magda volvió la cabeza para mirarlo con los ojos empañados de lágrimas y la garganta ardiendo—. Tuve que enterrarla. Utilicé la moneda y la enterré muy profundamente en la tierra. Con la moneda puedo mover las piedras y la tierra. Después de eso, ya no quise hacer que volviera de nuevo.

Pateó el suelo con aire distraído.

—¿Cuántas veces? —preguntó Magda con la voz temblorosa—. ¿Cuántas veces la hiciste volver?

—No te tortures —le suplicó James al mismo tiempo que le ponía una mano en el hombro.

—¿Cuántas veces? —le gritó Magda llena de odio, odiando tener que verlo.

Él retrocedió dando un respingo, como si le estuviera lanzando puñetazos en lugar de palabras, y la sonrisa se le borró del rostro. Pero a ella no le importó. En lo único en lo que era capaz de pensar era en su madre, sola y agonizante mientras aquel hombre horrible le hablaba.

—La hice volver muchas veces —reconoció Lukas—. ¿Estuvo mal?

La joven echó la cabeza hacia atrás y gritó en dirección al cielo para descargar toda la desesperación que se le estaba acumulando dentro. Notó que James se apartaba de ella y vio que Lukas daba un

paso atrás; el zumbido de los insectos pareció intensificarse a su alrededor, como si ellos también chillaran, como si compartiesen su agonía.

Entonces cayó en la cuenta de que oía un ruido distinto, no solo el zumbido de los insectos, sino algo más grande y estruendoso.

Antes de que le diera tiempo a procesar su descubrimiento, una luz brillante y repentina rompió la oscuridad e invadió el mundo desde detrás de Lukas. Magda se estremeció cuando un rugido bestial le invadió los oídos. Las sombras bailaban a su alrededor, se movían con la luz, y se quedó paralizada.

—¡Un coche! —gritó James a su lado, y Magda abrió la boca al ver que un vehículo se dirigía a toda velocidad hacia ellos.

Esto es magia

Magda notó que las fuertes manos de James la empujaban con brusquedad hacia el otro lado de la carretera. Aterrizó de costado sobre el asfalto, sin aliento a causa del golpe, y observó con horror que el coche que surgía de la oscuridad embestía a Lukas y lo hacía volar por los aires, cabeza abajo. El vehículo siguió acelerando y pasó a través de Henry, que continuaba inmóvil, como si la mujer ni siquiera estuviera allí. Después, se dirigió hacia James, que ocupaba el lugar de Magda hasta hacía apenas unos instantes.

La joven se oyó gritar cuando el coche atropelló a James y lo arrastró hacia atrás mientras los faros le iluminaban vívidamente el rostro conmocionado. Cuando el vehículo golpeó el bordillo, James salió despedido hacia un lado y se alejó rodando. El coche se estrelló contra uno de los surtidores de gasolina, lo derribó y, por fin, se detuvo contra el lateral de la Gas and Go, justo debajo del cartel de «¡Tenemos Coca-Cola bien fría!». En ese momento, todo dejó de moverse —el coche, las sombras— y James quedó boca abajo sobre el asfalto.

La puerta del vehículo se abrió. Un hombre salió a cuatro patas y se puso en pie agarrándose al habitáculo del coche con un brazo mientras se sujetaba el torso con el otro. Levantó la cara hacia Magda y esta identificó los ojos azul hielo y la piel pálida de Owen Maddox.

—Tú —escupió el hombre mirándola con furia y desprecio.

Se produjo un movimiento, lejos del coche, y la joven vio que Lukas se levantaba y se sacudía el polvo.

«Eso es imposible. El coche ha debido de atropellarlo a unos ochenta kilómetros por hora», pensó Magda mientras observaba sus movimientos. El hombre, que seguía llevando la mochila a la espalda, se agachó para agarrar algo del suelo, que ella no alcanzó a distinguir aunque sospechó que podría ser la pieza de ajedrez, antes de volverse hacia el vehículo y Owen Maddox.

—Ah —dijo—. Ha vuelto.

—¡Voy a mataros a todos de una puta vez! —gritó Owen.

Metió la mano en el interior del vehículo y sacó una pistola. Magda se puso en pie tambaleándose y le echó un vistazo rápido al cuerpo tendido de James.

«Se pondrá bien. Sobrevivió a un balazo, así que sobrevivirá a un atropello, ¿no?».

De repente, Henry estaba a su lado, abrazándola, y, justo cuando dos disparos perforaban la noche, la joven sintió que la misma extraña sensación de frío de antes le recorría el cuerpo.

Su amiga le sonrió.

—Te he «fantasmado», cariño.

—¿Estás bien? —le preguntó Magda mientras la miraba de arriba abajo.

Henrietta le restó importancia a la pregunta con un gesto con la cabeza.

—Estoy perfecta. No he podido moverme hasta que el coche ha atropellado a nuestro nuevo amigo.

Se oyó otro disparo, esta vez amortiguado. Magda miró hacia el vehículo y descubrió que James se había levantado ileso tras la

colisión y estaba forcejeando con Owen, contra la carrocería del coche y con los brazos en alto, y Maddox rugía de furia.

Magda vio que la gente salía de los edificios del pueblo, atraída por los gritos y los disparos; Annie y el adolescente estaban en la puerta de la cafetería, un hombre en el porche de su casa al otro lado de la calle; todos miraban hacia allá, hacia el ruido.

En ese momento, Owen disparó otro tiro descontrolado y la gente corrió a ponerse de nuevo a cubierto.

«Tenemos que protegerlos de esto. ¿Qué les haría Owen? ¿O este hombre tan raro?».

—¡Te voy a matar, joder! —le gritó Owen a James con los dientes apretados.

Era un animal rabioso, herido y acorralado.

Magda se fijó en que James se tensaba y se erguía, en que rotaba las caderas para tirar a Owen al suelo. El arma se le escapó de entre los dedos y resbaló por la carretera hasta quedar fuera de su alcance.

—¡No te muevas de ahí! —ordenó James, cuya voz suave se volvió de pronto estruendosa y autoritaria.

—Quédate aquí —dijo Henry—. Voy a ayudarlo.

Antes de que Magda pudiera impedírselo, Henrietta salió corriendo.

—No me gusta ese hombre.

La joven soltó un chillido y, cuando se dio la vuelta, vio a Lukas justo detrás de ella.

—Ya ha intentado matarme antes —continuó con la mirada clavada en los dos contendientes que luchaban en el suelo.

Magda lo observó y volvió a sentir las mismas náuseas inquietantes y perturbadoras.

«¿Qué tiene este hombre? ¿Por qué hace que me sienta así?».

Lukas la miró a los ojos.

—Dijo que me enterraría vivo y me dejaría allí.

El hombre desvió la vista hacia la mano que tenía cerrada, la abrió y le mostró a Magda la moneda de oro que tenía en la palma.

—La tenía Imelda —dijo con una voz extrañamente cantarina—. La moneda me permite mover las piedras y la tierra. —Miró a Owen con expresión hosca—. Voy a enterrarlo —dijo casi en un susurro.

El miedo se apoderó de Magda cuando el hombre cerró los dedos sobre la moneda. El suelo retumbó bajo sus pies, la tierra se agitó. Le pareció que el mundo entero se movía, y el pájaro del canto de clarinete ululó en la noche, como si él también lo notara.

Calle abajo, vio que Henry frenaba en seco y ponía los brazos en cruz, como una patinadora novata intentando mantener el equilibrio. La mujer volvió la cabeza por encima del hombro para mirar a Magda con una pregunta en los ojos. Esta quiso decirle que corriera, que ayudase a James, que hiciera cualquier cosa, pero, antes de que pudiese encontrar las palabras, la carretera se separó con violencia, se convirtió en una boca gigante que desgarraba el asfalto y hacía que la tierra y las piedras se derrumbaran, que el polvo y la suciedad impregnasen el aire. La grieta apareció justo debajo de donde James y Owen continuaban luchando y, mientras se hundían en la oscuridad, los dos hombres se separaron al fin.

—¡James! —chilló Magda.

Intentó correr hacia él, pero enseguida se dio cuenta de que no podía moverse.

—Me gustaría que te quedaras aquí —dijo Lukas detrás de ella, y la joven sintió un escalofrío de horror.

Más allá, Henry se tambaleaba sobre un pie, con los brazos levantados a la altura de los hombros, pero ella también terminó hundiéndose en la oscuridad cuando la grieta se extendió como si intentara atraparla. Entonces, la carretera se cerró de golpe, igual que la boca de un cocodrilo, y los amigos de Magda desaparecieron, aplastados en la oscuridad.

Quiso gritar, llorar y derrumbarse por la desesperación, pero no podía moverse. Una única lágrima le resbaló por la mejilla haciéndole cosquillas y no pudo secársela.

Lukas la rodeó hasta colocarse delante de ella y le mostró la pieza de ajedrez que tenía en la mano derecha mientras metía la izquierda en la mochila que llevaba a la altura de la cadera.

«Esto es magia —pensó Magda con una voz que se parecía más a la de Frank que a la suya—. Esto es lo que pasa cuando la gente utiliza los artefactos. Así es como acaba: locura, violencia y un mundo deformado. Por eso tenemos que mantenerlos a buen recaudo. ¿Cómo pude ser tan tonta como para pensar que esto era emocionante? ¿Cómo pude ser tan ingenua?».

Lukas le sonrió —una sonrisa de felicidad, no de malicia, como si por fin pudieran estar a solas sin distracciones— y fue peor porque Magda no podía apartar la mirada. Luego, sacó la Caja Imposible de la mochila.

—Ese hombre me trajo esto —dijo, y se sentó con las piernas cruzadas en la carretera, delante de ella.

El tenue resplandor rojo de las luces traseras del coche accidentado bañaba el mundo. Lukas abrió la caja y miró dentro.

Magda esperó a que vomitara o se desmayase, pero, para su sorpresa, no ocurrió nada. El hombre movía los ojos a toda velocidad, como si estuviera examinando una despensa en busca de una lata de comida específica.

—Aquí dentro hay muchísimos objetos —dijo—. Ni siquiera he empezado a explorarlos. Me gustan estas cosas. Me hacen feliz. Como los amigos. En realidad, nunca he tenido un amigo. Ni familia. Siempre he estado solo. Era… —Frunció el ceño, como si estuviera pensando en una palabra que hacía mucho tiempo que no usaba—. Era huérfano.

«¿Quién es este hombre?».

Lukas bajó la mirada hacia la caja y, cuando volvió a cerrarla, posó la mano en la tapa durante un momento.

—A veces me gustaría saber qué se siente al tener una familia. Antes observaba a la gente. Caminaba hasta zonas habitadas para poder ver a los hombres y a las mujeres con sus hijos. Parecían felices. —Se le ensombreció la expresión, perdió la sonrisa—. Pero a ellos no les gusta tenerme cerca. No les gusta mirarme.

«¡Haces que la gente se encuentre mal! ¡Ahora mismo tengo ganas de vomitar! ¿Qué voy a hacer…? Henry y James… Puede que estén bien. Annie debe de haber llamado a la policía… Pero ¿a qué distancia estarán? Y ¿qué van a hacer?».

Lukas bajó lentamente la mirada hacia el pecho de Magda, donde el collar descansaba bajo el jersey.

—Tienes objetos —dijo—. Lo siento. Lo veo. —Volvió la cabeza para mirar hacia la carretera, hacia la cicatriz que la grieta había dejado en el asfalto—. Tus amigos también tenían artefactos. Me haré con ellos más tarde.

Se levantó y, cuando se acercó a ella, Magda se sintió abrumada por el tufo de su sudor, de su cuerpo sin lavar y su ropa sucia. Quería plantarle cara y huir, pero no podía porque la estaba controlando con la pieza de ajedrez, tal como había hecho Frank con todas aquellas personas en Regent's Park.

—Dámelos —dijo el hombre echándole el aliento en la cara.

«Dios, voy a marearme. Voy a vomitar y ahogarme porque no puedo moverme».

—Dame los objetos mágicos —insistió Lukas, cuyos ojos inexpresivos destellaban bajo la tenue luz roja—. Yo los cuidaré. Lo prometo.

«¡Tengo que hacer algo!».

Pero no podía hacer nada. Solo podía pensar.

«Puede que pensar sea suficiente».

En las ocasiones en que voló, siempre sujetó el colgante en la mano, pero ¿acaso importaba? Llevaba el colgante pegado al pecho, le rozaba la piel. ¿Era realmente necesario que lo sostuviera en la mano para que funcionase?

Intentó concentrarse a pesar del miedo, buscar las burbujas de gravedad. Dirigió su atención hacia la sensación que el colgante le producía en el pecho, hacia su peso frío y denso. Al principio le costó, le pareció que su propia mente quería oponerse a ella, pero persistió. Era como centrarse en una ilusión óptica para obligar a su cerebro a verla de otra manera. Y, entonces, de repente, se hizo fácil y las burbujas aparecieron por todas partes, tangibles y reales.

Pensó en marcharse volando, en elevarse hacia el cielo solo con el pensamiento, pero, por alguna razón, eso se parecía demasiado a huir. Así que hizo otra cosa: sirviéndose solo de su mente, apartó las

burbujas de gravedad que había debajo de Lukas. Sirviéndose solo de su mente, lo hizo volar.

De entrada, él no se dio cuenta, quizá porque estaba absorto en el colgante de Magda. Pero luego se percató de que el suelo se alejaba de él, primero quince centímetros, luego veinticinco. Lukas dio un respingo y empezó a girar los dos brazos hacia atrás, como si intentara recuperar el equilibrio. La pieza de ajedrez se le cayó de la mano abierta y se estampó contra el suelo.

Magda resolló, al fin liberada, y cayó hacia atrás trastabillando cuando le fallaron las rodillas. En el suelo, apoyada en los codos, se concentró en mantener a Lukas en el aire defendiendo la puerta de su mente contra todos los miedos y las preocupaciones que la golpeaban y amenazaban con sobrepasarla.

—Dame la mochila de mi madre —gritó—. Déjala caer. Si no, te haré flotar hasta el espacio.

—No sé por qué no te estás portando bien conmigo —protestó Lukas, cuya voz volvía a ser un gemido lastimero—. Imelda siempre decía cosas bonitas de ti.

—¡Cállate! —bramó Magda entre lágrimas mientras se recomponía y se levantaba de nuevo—. ¡Deja de hablar de mi madre!

—¿Te gustaría volver a verla? —preguntó Lukas con la cabeza ladeada.

Magda lo miró con la boca abierta pero vacía de palabras. El hombre cerró los ojos un momento, aún suspendido en el aire, donde ella lo sujetaba.

—Solo un segundo —dijo casi en tono burlón.

—¡Cállate! —gritó Magda de nuevo, y la voz se le quebró.

Nunca se había sentido tan sola, tan insegura, tan asustada. Necesitaba a Henry y a James, necesitaba a Frank.

«Todo esto es demasiado. Se suponía que la magia era emocionante, una aventura… Pero no así… ¡No así!».

Detrás de Lukas, bajo las sombras de los árboles que daban paso al bosque, una figura se incorporó. Era una mujer. Estaba desnuda, tenía el pelo gris. Miró al frente un instante y luego volvió la cara hacia Magda.

La concentración de la joven estalló como un globo demasiado inflado, toda su atención se centró en aquella figura que apareció de la nada.

—¿Mamá? —jadeó mientras Lukas, liberado de su control, caía de golpe a la carretera.

No hubo reconocimiento en el rostro de la mujer al devolverle la mirada a su hija, solo ojos vacíos y rasgos flácidos.

Entonces, la Imelda resucitada giró un poco más la cabeza y vio a Lukas, que se estaba agachando para agarrar la pieza de ajedrez. Cuando volvió a guardársela en la mochila, la cara de la mujer se contrajo de furia y dolor, se tornó espantosamente fea en un solo instante. Magda, boquiabierta de horror e incredulidad, vio que su madre se ponía en pie de un salto y, con un chillido de animal salvaje, echaba a correr hacia Lukas con los brazos extendidos delante de ella. Rugía con la boca muy abierta, enseñando los dientes y la saliva. Lukas no hizo nada, dejó que se acercara hasta chocar con él y ambos cayeron al suelo.

—¡Mamá! —gritó Magda, que salió disparada hacia delante.

Pero Imelda levantó la cabeza de golpe, con ferocidad, con unos ojos extraños y una mueca de desprecio dirigida a su hija: una

advertencia y un puñal en el corazón de esta. La joven se detuvo con un estremecimiento, y aquello que había sido su madre volvió a bajar la cabeza para atacar a Lukas como un animal, mordiéndole el cuello y arañándole el pecho.

—¡Mamá! —gimió Magda mientras las lágrimas le caían a raudales.

Cayó de rodillas una vez más, la fuerza y la cordura que le quedaban se dispersaron como pájaros asustados. Aquel ser resucitado ya no era su madre, y Magda estaba sola en la oscuridad.

La Sociedad, disgregada

En la oscuridad subterránea, Alabama

Bajo la tierra, en la oscuridad, Henrietta Wiseman era un fantasma. Nadaba entre el barro, las raíces, los insectos y los gusanos subterráneos en busca de un hombre al que el mundo engulló. No había luz, pero ella sentía los diferentes tipos de materia, las cosas que se movían y las que no, a los vivos y a los muertos, y eran como los distintos sabores u olores: discernibles, aunque no siempre identificables. Sentía la edad de la tierra mientras viajaba, la enorme inmensidad del tiempo a través de las piedras y el barro, la fría indiferencia hacia los asuntos transitorios de un ser vivo, aquellos destellos momentáneos de energía en la eternidad infinita. Supo que aquello cambió algo en ella, algo a lo que se resistió y que trató de ignorar en el pasado. Entremezclarse con aquellas sustancias le dejó huella. Ahora la sentía, una mano en la espalda, una marca de asociación. «Nos hemos mezclado. Nos conoces».

Aquellos eran los pensamientos que se le pasaban por la cabeza mientras buscaba en la oscuridad palpando con las manos, tratando de sentir a James Wei. Albergaba la esperanza de que aún estuviera vivo, de que su pastilla mágica lo estuviera protegiendo de algún modo, aunque no sabía cómo. Se preguntó qué sería peor: que el suelo lo aplastara al instante al cerrarse o que estuviese atrapado y

vivo en la oscuridad, incapaz de moverse y escapar. Esto último sería peor, ¿no?

Siguió avanzando, planteándose ahora si no sería mejor encontrar a James muerto, en lugar de con vida.

En la oscuridad, a las afueras de Masters, Alabama

El hombre se quitó de encima a la cosa que una vez había sido Imelda Sparks y la empujó hacia atrás, hacia los árboles. Ella se quedó inmóvil durante unos segundos mirando al hombre, odiándolo, pero sin recordar por qué. Ahora el hombre tenía una flor en la mano, aunque ella no se acordaba de la palabra «flor», no se acordaba de muchas palabras. El hombre agachó un poco la cabeza, levantó la vista hacia ella y, de repente, algo la agarró por la cintura, algo grueso, que se movía y que salía del bosque que tenía a su espalda. Bajó la mirada y lo vio enroscándose a su alrededor y, si aún conservara las palabras, habría sabido que se trataba de una enredadera. Le rodeó el cuello para estrangularla, y la cosa que había sido Imelda recordó que ya había muerto así antes, más de una vez, estrangulada hasta desaparecer de la existencia.

La enredadera tiró de ella hacia abajo, la arrastró hasta el suelo y de vuelta al bosque, lejos de las luces brillantes, el ruido y el hombre.

Estaba atrapada, tumbada boca arriba, presionada y estrangulada por la enredadera. La vida la abandonaba despacio, como un alpinista que se aferra con terquedad a una pared de roca infranqueable y, mientras la luz se atenuaba, varios pensamientos se

abrieron paso a trompicones entre el dolor y la agonía que era el cerebro de Imelda.

Había imágenes de su vida anterior, de las aventuras y la alegría, aunque no recordaba la sensación de estar viva de verdad. No eran más que fotografías inmóviles en la pared de una habitación oscura, colores que veía pero que no entendía. Las imágenes eran destellos repentinos de luz solar en una mente oscura que gritaba, pero no bastaban para sanarla.

Recordó lo que se sentía al resucitar, al estar viva cuando no debía estarlo: aquella increíble sensación de que algo no iba bien en lo más profundo de su ser, aquella convicción de que algo fundamental estaba fuera de lugar y jamás volvería a encajar, como en un rompecabezas con las piezas metidas a presión en los huecos equivocados. Era imposible arreglarlo mientras ella siguiera viva.

Recordó morir y ser devuelta a la vida, y luego al extraño hombre de la piel bronceada, al demonio que la atormentaba. Morir y resucitar. Morir y resucitar.

Y entonces recordó a la mujer, a la mujer pelirroja que había querido interponerse en su camino mientras ella intentaba matar al hombre. Sentía que odiaba a esa mujer y estaba furiosa con ella; sin embargo, una parte distinta de ella, más profunda y dañada, sabía que eso estaba mal y trataba de acordarse de su identidad.

Pero entonces los pensamientos se le embotaron, se le ralentizaron y, finalmente, se detuvieron por completo. La vida la abandonó. El error de la existencia de Imelda se corrigió una vez más.

En la carretera de Masters, Alabama

Magda permaneció de rodillas —desolada, devastada, arrasada por el llanto— mientras veía cómo Imelda luchaba contra las enredaderas que la sujetaban, la estrangulaban y la arrastraban de vuelta al bosque, donde la perdió de vista. A la joven le habían arrebatado todo lo que conocía y amaba.

La Sociedad no era lo que siempre creyó que era, su historia era una mentira.

El Chifonier de Relojería estaba vacío, no lleno de maravillas y magia.

Frank estaba en el hospital, frágil y quebrado.

Henry y James habían desaparecido, se los había tragado la tierra.

Y ahora su madre regresaba convertida en una bestia, en un animal, solo para que el bosque la devorara ante sus ojos.

Siempre se consideró una persona resiliente y robusta, pero ¿se había puesto realmente a prueba? ¿Se había enfrentado a un verdadero problema en algún momento de su vida? Ahora no se sentía fuerte. Estaba hecha de un tejido translúcido y diáfano, fácil de dañar hasta por una brisa pasajera.

Levantó los ojos hacia el cielo lejano, con las mejillas irritadas y empapadas de lágrimas y el pecho agitado a causa de los sollozos. ¿Qué podía hacer para enfrentarse a unos horrores tan inverosímiles?

Oyó pasos, el ritmo tranquilo de alguien que caminaba con despreocupación. Bajó la mirada de las alturas y vio que Lukas se dirigía hacia ella. Aunque el rostro del hombre era tan inexpresivo como una máscara, mirarlo seguía resultándole doloroso, seguía

revolviéndole el estómago. Lukas era un error, así de sencillo; dentro de él había algo fundamental que estaba roto o que ni siquiera estaba. Y ella lo odiaba como no había odiado nada en su vida.

—Podemos ser amigos —dijo, pero no sonrió—. Podemos compartir las cosas mágicas.

Una petición muy sencilla, enunciada casi con educación, como si todo lo que acababa de suceder no fuese más que un simple malentendido.

Magda negó con la cabeza y se sorbió la nariz para intentar contener los sollozos. Aquel hombre extraño y horrible tenía la Caja Imposible y otros objetos mágicos, y parecía que ni siquiera un coche a toda velocidad era capaz de detenerlo.

—Te odio —gruñó. Vio el impacto que sus palabras tenían por la expresión de Lukas y lo disfrutó: el hombre formó una «o» con los labios por la sorpresa y abrió los ojos como platos—. Te odio con todas mis putas fuerzas.

Pensó en el colgante que llevaba, en aquel regalo de su madre y, antes de que Lukas tuviera tiempo de llegar hasta ella o de detenerla, salió disparada hacia el cielo, hacia donde el aire era ligero y todo lo sucedido quedaba muy lejos.

Volando más rápido que nunca, se dirigió hacia el este por encima de un paisaje de autopistas, campos y bosques. Solo quería estar en casa. Quería escapar.

En la oscuridad subterránea, Alabama

Henrietta encontró primero a Owen Maddox: tenía el cuerpo completamente sepultado bajo un montón de tierra y piedras. La cara estaba atrofiada en un grito constante, con la boca y los ojos muy abiertos, pero la tierra estaba embutida en las cuencas y le destrozaba los globos oculares, se colaba por la boca y por la garganta. La vida lo había abandonado por completo, las rocas que lo aplastaban le arrancaron hasta el último aliento. Su papel de malvado en el mundo había llegado a su fin.

«Que te vaya bonito».

Sin embargo, Henry sintió que el corazón de fantasma le flaqueaba al pensar que James, aquel hombre tan amable y encantador, habría corrido la misma suerte.

Siguió avanzando, explorando el inframundo, sintiendo los ritmos de la tierra.

Aunque los dos hombres se separaron al caer, James no se encontraba lejos de allí. No obstante, él no estaba sepultado y asfixiado, sino vivo y hecho un ovillo en una cavidad forzada en la tierra. Parecía que el suelo formase una cuna para protegerlo, como una mano ahuecada alrededor de un insecto. Henry detectó primero el vacío: una nada repentina donde antes sentía la textura de la tierra y la piedra. Después, oyó el ruido de la respiración, vio el resplandor de la luz azul de un móvil que iluminaba el rostro de James, como el de un personaje de una película de terror. Era increíble.

«No, es magia».

Sin decir una sola palabra, Henrietta le puso una mano en la pierna y lo «fantasmó».

—¡Henry! —exclamó James, que movió el teléfono para iluminar a la mujer cuando esta atravesó las paredes de su tumba—. ¿Te lo puedes creer? —preguntó—. He acabado metido en un agujero del tamaño justo de un hombre. ¡No tienes ni idea de lo mucho que me alegro de verte!

—Vamos —dijo ella, impaciente por volver con Magda.

Lo atrajo hacia ella, y se elevaron surcando la tierra hasta encontrar el alivio del aire puro. Fue como dejar atrás un día húmedo para adentrarse en una habitación con aire acondicionado. Al salir, miraron a su alrededor y, justo detrás del coche con el que Owen Maddox lo había atropellado, vieron a Lukas sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Estaba solo, no había ni rastro de Magda.

James tiró de Henry para que se agachara con él junto al coche y, cuando se asomó, vio que el hombre sacaba la Caja Imposible de la mochila, la depositaba delante de él y, tras abrir la tapa, metía la mano hasta el codo dentro de ella.

Henrietta apenas se atrevía a respirar mientras se preguntaba qué sacaría.

—¿Dónde está Magda? —le susurró James al oído con voz urgente.

—No lo sé —admitió sin apartar la mirada de aquel hombre tan extraño y de la caja—. Pero tengo que hacerme con la Caja Imposible. Tengo que quitársela.

Will y Frank

Cerca de la hora en la que Magda y sus amigos se encontraban con un hombre extraño en Alabama, Will Pinn aporreaba la puerta del apartamento de Frank, encima de Bell Street Books. Tenía llaves de la librería —todos los miembros de la Sociedad tenían un juego para poder acceder a la sala de reuniones siempre que lo necesitaran—, pero no del apartamento. Así que golpeó la puerta una y otra vez para que le abrieran.

Sabía que Frank estaba dentro, porque había llamado al hospital y le habían dicho que le habían dado el alta aquel mismo día. Sin embargo, era más de medianoche, así que debía de estar dormido o agotado.

Pensó en volver a la mañana siguiente, cuando estuviera despierto, pero se vio incapaz de dejar el asunto en suspenso por más tiempo.

Volvió a llamar a la puerta, con los nudillos ya doloridos.

—Frank, necesito hablar contigo —gritó—. Es importante.

Cuando el anciano al fin acudió a abrirle, Will estaba sentado contra la pared de enfrente rodeándose las piernas con los brazos. Observó a Frank mientras este lo miraba. El librero seguía llevando una venda en el cráneo y tenía los ojos oscuros y hundidos. Iba vestido con una bata vieja y un pijama, y el pelo alborotado le sobresalía en diferentes direcciones por debajo de la venda.

—¿Will? —preguntó con una expresión de desconcierto en la cara —. ¿Qué hora es? Estaba acostado.

El relojero se levantó y utilizó la excusa de acompañar a Frank de vuelta a la cama para entrar en el apartamento.

Lo ayudó a recorrer el pequeño pasillo hasta su dormitorio. El anciano se metió en la cama que a todas luces acababa de abandonar y se tapó con las mantas. Se recostó sobre las almohadas, medio tumbado, medio sentado, y se entrelazó los dedos sobre el pecho al mismo tiempo que cerraba los ojos. Una única lámpara de noche con una brillante bombilla blanca iluminaba la habitación, las estanterías y el gran armario de la esquina, pero sumía la mitad de la cara de Frank en las sombras, lo cual le confería un aspecto cadavérico. El único ruido que se oía en la habitación era el suave tictac del reloj de la mesita de noche, y Will pensó que el aroma a flores secas que impregnaba el aire era un aroma extrañamente femenino para el dormitorio de un anciano.

Acercó la silla que había en una esquina de la habitación y se sentó junto a él.

—¿Qué haces aquí, Will? —le preguntó mientras lo miraba con los ojos apenas abiertos—. Es muy tarde.

—Necesito hablar contigo. No podía esperar.

El hombre suspiró y volvió a cerrar los ojos. Parecía agotado y Will se sintió mal por molestarlo. Sin embargo, aquella situación la había provocado Frank, no era culpa suya. Aquella reunión en plena noche, que él tuviera que vestirse y cruzar la ciudad mientras todos dormían, no era más que otra señal de que la magia corrompía el buen orden de las cosas y el sentido común.

—Me siento muy débil —dijo el anciano, y Will no supo si estaba intentando evitar una conversación difícil. Frank levantó una mano y se agitó los dedos sobre el pecho durante unos segundos—. Es como si el corazón se me estuviera quedando sin fuerzas. Como si se me estuvieran acabando las pilas, ¿me entiendes?

El relojero lo miró sin decir nada; quería ir al grano, pero temía la confrontación que seguiría.

—¿Dónde está Magda? —preguntó Frank, que abrió los ojos de golpe—. ¿Has venido por ella? ¿Está bien?

—Está bien, que yo sepa —contestó Will—. Se ha marchado a buscar a tu atacante con Henrietta y ese otro hombre.

El anciano se quedó callado un momento y a su interlocutor le dio la sensación de que algo de lo que acababa de decir no tenía sentido para él.

—Frank. —Se echó hacia delante y bajó la voz—. Mírame, Frank.

El hombre abrió los ojos.

—Quiero… No. Tengo que hacerte una pregunta —dijo al fin—. Magda me encargó que le guardara una cosa.

El hombre lo miró sin pestañear, a la espera.

—Es un libro —prosiguió Will—. Un cuaderno envuelto en papel marrón. Me dijo que era tuyo. Me dijo que lo encontró.

El librero cerró los ojos de nuevo y exhaló con fuerza. Sacudió la mano, frunció el ceño y volvió la cabeza hacia el otro lado.

—No quiero hablar de eso.

—Yo tampoco, Frank —respondió Will, que se sorprendió ante la fuerza de su propia voz—. Pero no nos queda más remedio. Porque no sé cuántas oportunidades de hablar nos quedan y… tengo que saberlo.

El anciano abrió los ojos y lo fulminó con la mirada.

—Abandonaste la Sociedad —le espetó con un gruñido seco—. ¿Te acuerdas, Will? Ni siquiera viniste a verme. Te limitaste a enviarme un mensaje. ¿Qué te da derecho a exigirme respuestas?

El relojero sintió que vacilaba, que el viejo lo desviaba de su rumbo, pero se negó a sucumbir. Insistió.

—Hay páginas recortadas en el libro —dijo—. ¿Fuiste tú? ¿Las quitaste tú?

Frank solo sacudió la cabeza, cerró los ojos, negó a Will, negó la pregunta.

—Eso da igual. —Su voz no era más que un susurro—. Es agua pasada. No traerá nada bueno.

Will suspiró con amargura y se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—He usado el libro —dijo tras decidir que tenía que perseverar—. He usado el libro para recrear la página que recortaste.

En aquel instante, las mejillas de Frank recuperaron algo de color y el anciano le lanzó una mirada furiosa, como un hombre traicionado.

El relojero se llevó la mano al bolsillo del abrigo para sacar una hoja de papel doblada.

—Lo que no entiendo —continuó mientras el otro lo observaba desplegarla y sostenerla en alto— es que esto sea posible. —Le dio la vuelta a la página y la dejó sobre la cama, encima de las piernas de Frank—. «Quiero un hijo que viva».

Aquellas eran las palabras escritas debajo del boceto de un bebé humano tumbado de espaldas, con las piernas y los brazos delgados

recogidos. La criatura miraba hacia fuera desde la página con una cara extrañamente inexpresiva.

—¿Cómo pudo ser esto, Frank? —preguntó al mismo tiempo que le daba unos golpecitos a la imagen del papel, consciente de que el volumen de su voz aumentaba hasta escapar de su control debido a la indignación que sentía—. ¿Usaron un libro mágico para crear un ser humano?

El anciano negó despacio con la cabeza y el relojero vio que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Aquel niño no era humano —respondió con una voz que era poco más que un susurro—. No podía serlo.

—¿Qué le pasó? —preguntó Will en tono urgente—. ¿Qué fue del bebé?

Frank volvió a cerrar los ojos y él esperó mientras escuchaba el interminable tictac del reloj de la mesilla.

Cuarta parte

LAS ROSAS DE BELL STREET



Magda está destrozada en casa

Magda estaba hecha polvo en todos los sentidos. Tenía el cuerpo agotado y la mente convertida en una sala saqueada por intrusos, el orden y el sentido destruidos por completo, todos los objetos familiares hechos añicos y esparcidos aquí y allá. Lo único que quería era esconderse. Estaba en un lugar seguro, quizá el único lugar verdaderamente seguro que había conocido a lo largo de su vida: en su propia cama, con la cabeza oculta bajo las sábanas y las cortinas cerradas para protegerse del mundo. En la casa de su infancia. La casa de su madre.

Al pensar en Imelda, Magda se estremeció, como una reacción instintiva a un ruido fuerte e inesperado. Apartó todos los pensamientos sobre su madre y se concentró en las sensaciones físicas, en lo que notaba en el cuerpo, en las sábanas y el calor.

Recordó la última vez que se había resguardado de aquella manera, la mañana antes de partir hacia Alabama. Solo debían de haber pasado uno o dos días, pero le parecía que había sido una década. Recordó los olores del desayuno y los rumores de las conversaciones en las estancias de abajo, la sensación de no estar sola, de tener una compañía alegre en una casa por lo general vacía. Recordó a…

«Henry… ¡y James!».

El corazón se le partió en mil pedazos y se dio la vuelta sobre el colchón para hundir la cara en la almohada y gritar y chillar el horror

que le provocaba la pérdida de sus amigos. Su imaginación se mostró dispuesta a perturbarla y le sirvió escenarios como un camarero sirve comida: imágenes vívidas de sus amigos enterrados en el suelo, asfixiándose en la oscuridad, solos.

«¡Basta! ¡Deja de torturarte!».

Pero ¿por qué debía dejar de hacerlo? ¿No era ella la causa de que James y Henry estuvieran muertos? Puede que el hombre extraño, Lukas, abriese la tierra y los arrojase a la grieta, pero la que los obligó a ir en busca de Owen Maddox fue ella.

Se incorporó, pues de pronto sentía la necesidad de moverse, de escapar de sus propios reproches, y el aire frío que le golpeó el rostro la hizo estremecerse. Tenía la piel enrojecida y seca, como si sufriera quemaduras solares graves y, durante un instante, no consiguió tener claro a qué se debía.

Entonces lo recordó: había volado. Nada menos que desde Alabama hasta su casa.

Lo ocurrido había sido demasiado para ella —su madre, Owen Maddox, el tiroteo, la desaparición de James y Henry bajo tierra—, así que había escapado del terror. Los detalles y la duración del viaje se le borraron de la mente, pero recordaba algunas imágenes: el vasto y oscuro territorio de Estados Unidos; los campos y los bosques que sobrevolaba a baja altura y a toda velocidad; y, luego, la interminable costa que se alejaba de ella tanto hacia el norte como hacia el sur. Después, el frío Atlántico, del color de la mesa de un embalsamador, y el sol que salía entre jirones de nubes en el distante cielo oriental, por delante de ella. Magda cerró los ojos mientras volaba unos seis metros por encima de las olas, con el viento cortándole la cara y rugiéndole en los oídos y el recuerdo de

su madre gritándole en el alma. Al cabo de una eternidad, vio las vastas arenas del desierto del Sáhara —un mar amarillo tras un mar gris, calor en el rostro— y giró hacia el norte, con el sol de costado. A continuación, nubes, cielos tan grises como el Atlántico y una lluvia punzante como las agujas; las concurridas calles de Londres y el Támesis, una serpiente oscura que serpenteaba entre ellas.

Y, por último, Norfolk Road y su casa. Recordaba haberse dejado caer en la cama, pero no cómo abrió la puerta ni subió las escaleras.

Frunció el ceño y enseguida sintió que la piel le dolía al estirarse. Tenía que hacer algo respecto a las quemaduras del viento. Se levantó de la cama y toda la habitación comenzó a dar vueltas como una atracción de feria, lo cual la obligó a agarrarse a la pared para evitar caerse. Se tambaleó hasta el baño, encontró una crema hidratante y, cuando se la untó con generosidad en la cara, gritó de impresión ante la repentina agonía que le causó la loción. No encendió la luz; no quería ver el mal aspecto que tenía.

Mientras estaba de pie en la oscuridad, echándose crema en la cara, Magda sintió un hambre que no había conocido nunca, como si estuviera del todo vacía. Su cuerpo, su mente y su alma necesitaban comida. Se puso una bata, a pesar de que los brazos le protestaron a causa del dolor, y bajó las escaleras hasta la cocina, despacio. Se sentó en la encimera y comió con voracidad durante media hora, todo lo que pudo encontrar y comerse deprisa: pan, galletas, refrescos y plátanos. Por fin, el hambre se aplacó y Magda empezó a reconocer ideas más sensatas en su mente. Fue entonces cuando miró el reloj del salón y vio que era la hora de la cena, el final de la tarde. ¿Se había pasado todo el día durmiendo?

Intentó calcular cuánto tiempo había pasado desde que salió de Masters. No tenía ni idea de cuánto tardó en cruzar el Atlántico, y tampoco sabía cuántas horas había dormido. Le entraron ganas de volverse a la cama, donde no tenía que pensar ni en Henry ni en James ni en su madre…

«Dios mío… Mamá… Ese vacío en los ojos».

Cerró los suyos y, con los labios temblorosos, intentó alejar aquel recuerdo a la fuerza. No tenía tiempo para regodearse en sus terrores. Tenía cosas que hacer.

—Frank —dijo mientras asentía para sí misma.

Tenía que ver a Frank.

Magda caminó bajo la lluvia hasta Bell Street Books ataviada con un impermeable amarillo que, recortado contra el día gris, brillaba tanto como una bengala. Toleró el escozor del aire en las mejillas quemadas por el viento y el dolor en las piernas y las caderas, pues no eran más que síntomas de todo lo que iba mal en el mundo, de todo lo que estaba roto. Se aferró con desesperación a la creencia de que las cosas volverían a cobrar sentido si lograba hablar con Frank.

Cuando llegó a Bell Street, se dio cuenta de que la puerta de la librería estaba cerrada con llave y de que ella no llevaba su juego. Miró por la ventana poniéndose una mano a cada lado de la cara, pero el establecimiento estaba en silencio, no había ni rastro de Frank. Apretó el timbre del apartamento del anciano y lo mantuvo pulsado hasta que recibió una respuesta.

—¿Sí?

La voz sonó cortante e irritada; estaba claro que no era la de Frank.

—¿Quién es? —preguntó Magda—. Vengo a ver a Frank. Ábrame.

—¿Con quién hablo? —respondió la voz.

Entonces la reconoció.

—¿Will? —preguntó—. Soy Magda. ¡Abre!

—Espera.

Un minuto más tarde, Will Pinn emergió de la penumbra del fondo de la librería. Magda nunca lo había visto vestido con prendas tan informales: un jersey gris con el cuello de pico, unos pantalones de pana marrones y una camisa con el cuello abierto. Cuando quitó el pestillo de la puerta y la dejó entrar, la joven pensó que parecía cansado.

—¿Cómo está Frank? —preguntó, y se quitó la capucha mientras Will volvía a cerrar la puerta.

Este se volvió hacia ella y se quedó boquiabierto al verle la piel quemada por el viento.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

Magda negó con la cabeza, convencida de que no tenía tiempo para explicarse.

—¿Cómo está Frank? Tengo que hablar con él.

—Está arriba. Se encuentra bien. Débil. Cansado.

—¿Qué haces aquí, Will? —preguntó entonces—. Eres la última persona a la que esperaba ver.

El relojero frunció los labios y clavó la mirada en el suelo.

—Será mejor que hablemos arriba —masculló—. Vamos.

Frank estaba en el salón, tumbado en el sofá con una manta fina sobre las piernas. La estancia estaba tan caldeada que resultaba

sofocante, como si hubieran subido la calefacción al máximo, y Magda notó de inmediato que el ambiente le abrasaba la piel de la cara. Las lámparas de mesa hacían todo lo posible por ahuyentar la tarde gris mientras el viento lanzaba puñados de lluvia fina contra las ventanas. La joven captó el olor del café recién hecho en el aire y vio dos tazas sobre la mesa.

«¿Qué hace Will aquí? ¿Por qué ha estado cuidando a Frank?».

El anciano abrió los ojos cansados y una sonrisa sincera le frunció el rostro.

—¡Magda! —exclamó con voz ronca al mismo tiempo que tendía los brazos hacia ella.

La chica se sentó en el borde del sofá y abrazó al anciano con torpeza; después, le agarró la mano y notó que tenía los dedos fríos y rígidos.

—¿Cómo estás, Frank? —preguntó mientras lo escrutaba con la mirada.

No parecía encontrarse mejor que cuando lo vio en el hospital; si acaso, verlo en su propia casa exageraba su evidente fragilidad.

Frank sonrió, pero volvió a cerrar los ojos.

—Mejor que nunca —respondió—. Disfrutando de la agradable compañía de Will.

Este estaba apoyado en la pared junto a la puerta y miraba a Magda con un descontento con el mundo aún mayor que de costumbre.

—Tengo que hablar contigo, Frank —dijo, pero ni siquiera acabó de pronunciar las palabras cuando empezó a preguntarse si sería el momento adecuado.

Le preocupaba que su amigo estuviera demasiado débil, que lo que tenía que decirle empeorara su estado.

—Estupendo —dijo Frank—. Me gusta hablar. Mucho más que no hablar. Por lo visto, Will prefiere no hablar.

—Llevo todo el día intentando hablar, Frank —replicó el hombre—. Solo que no sobre lo que tú quieres.

Magda interrogó al relojero con la mirada, pero, antes de que tuviera tiempo de responder, el anciano volvió a hablar.

—¿Por qué no preparas más café, té o cualquier otra cosa para todos, Will? —sugirió—. Y podemos acompañarlo de unas galletas para recuperar fuerzas. Suponiendo que no te parezcan demasiado baratas.

Will miró a Magda poniendo los ojos en blanco: «¿Ves lo que tengo que aguantar?». Ella intentó darle las gracias con una sonrisa.

Cuando el hombre se encaminó hacia la cocina con paso pesado, Magda se trasladó al sillón que había al lado de Frank. Dudó un momento y se mordió el labio mientras trataba de decidir por dónde empezar y qué decir.

—¿Qué pasa, Sparks? —le preguntó el anciano, que abrió los ojos para mirarla con seriedad—. ¿De qué quieres hablar?

—De todo —respondió ella—. Tengo que contarte todo lo que ha ocurrido. Y luego tienes que ayudarme. Porque no lo entiendo.

Magda le narró su historia, todo lo que había sucedido desde que lo dejó en el hospital hacía dos noches. Cuando Will volvió con una taza de té y un plato de galletas para la joven, pero sin nada para él, Magda continuó hablando entre sorbos y bocados mientras la luz

gris del día se desvanecía y dejaba solo la oscuridad y el tenue resplandor de las luces de la ciudad en las ventanas. Al referirse a James y a Henry, la voz se le quebró y apartó la cara en un esfuerzo furioso por reprimir la emoción y las lágrimas que amenazaban con desbordarla.

—Así que eché a volar —dijo al fin—. Hui sin más. Regresé volando hasta aquí, atravesé el océano Atlántico por los aires. —Se señaló el rostro—. Esa es la razón por la que tengo quemada la cara —le dijo a Will, que ahora estaba sentado frente a ella.

Este se revolvió con incomodidad en su asiento y el ceño de infelicidad se le marcó aún más al decir:

—¿Henry está muerta?

Magda no pudo mirarlo, la vergüenza le avivó el dolor de las mejillas quemadas y fue incapaz de contestar a la pregunta. Confirmar la verdad le resultaba demasiado duro, así que se quedó callada mirando al suelo. En algún lugar indefinido detrás de la pared, las tuberías traquetearon y crujieron.

—¿Quién era ese hombre, Frank? —preguntó al final la joven sin levantar la mirada del suelo—. ¿Por qué tenía la mochila de mi madre?

—Imelda estaba muerta, tú viste su cadáver hace diez años cuando la trajiste de vuelta para enterrarla —dijo Frank con los ojos cerrados y respondiendo a una pregunta que no era la que ella le había formulado—. Si la cosa que describes fue tu madre alguna vez, ahora ya no lo es. No dejes que se apodere de tu mente.

Magda sacudió la cabeza con frustración y las lágrimas le brotaron a pesar de sus esfuerzos.

—No es tan sencillo.

—No te estoy diciendo que sea sencillo —replicó Frank con más aspereza de la que a ella le hubiera gustado.

—¿Quién era ese hombre? ¿Quién es Lukas? —insistió mientras se enjugaba las lágrimas—. No murió. Owen Maddox lo atropelló con su coche. Tendría que haber muerto o haber sufrido lesiones graves, pero se levantó y echó a andar. Y había algo en él que no encajaba, Frank. Se me revolvía el estómago solo con mirarlo. Era… —Le costaba expresar con palabras la sensación que había experimentado—. Era como oler leche agria o algo así. Se notaba enseguida que había algo que no iba bien. Pero no sé cómo explicarlo. Y ahora tiene todos los artefactos. Tiene la Caja Imposible. Lo vi asomarse al interior y no le pasó nada, Frank. Al contrario que a Owen. Él no se desmayó ni vomitó. ¡Fue como si no le afectara en absoluto!

Will lo miraba fijamente, y Frank se observaba con obstinación las manos, entrelazadas sobre el estómago.

—¿Qué? —exigió saber Magda—. ¿Qué está pasando?

—No puede morir porque es un artefacto —respondió el relojero en voz baja y con la cabeza gacha. Titubeó, frunció el ceño y luego añadió—: Los artefactos son indestructibles.

Magda lo miró atónita: entendía las palabras que Will había pronunciado, pero no les encontraba sentido.

—¿Qué?

Will se levantó y salió de la habitación. En su ausencia, la joven se volvió hacia Frank, pero este continuó mirándose las manos.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Magda.

El anciano cerró los ojos y apretó los labios hasta convertirlos en una línea fina.

A la chica le entraron ganas de gritarle, de llorar de frustración y miedo. Se llevó las manos al pelo y se lo agarró con fuerza; tuvo la extraña sensación de que intentaba contener todas sus emociones dentro, como si la cabeza fuera a explotarle si relajaba los dedos.

Will volvió y le entregó un papel a Magda.

—Al libro que me dejaste le faltaba una página —dijo—. Dos, en realidad. Pero esta es la que importa.

En la hoja había una imagen de un bebé tumbado de espaldas y unas palabras escritas debajo: «Quiero un hijo que viva».

Magda contempló la imagen durante un buen rato, con las manos aún en el pelo y la mirada clavada en la expresión del rostro del bebé del dibujo. Era una expresión que ya había visto antes, en Alabama.

—No —murmuró. Se levantó de un salto del sillón y se encaminó hacia la ventana para escudriñar la noche oscura a través de la lluvia. Después, al darse cuenta de que le resultaba imposible estarse quieta, se apartó de la ventana y se dirigió a la cocina dándole la espalda a la habitación, a Frank, a Will y al horror de lo que le revelaban. Se descubrió reviviendo el encuentro con Lukas, examinándolo desde otra perspectiva—. ¿Es un artefacto? —preguntó sin dejar de estudiar la pared de la cocina.

Fue Will quien respondió:

—Por eso odio la magia. —Magda se dio la vuelta con las manos posadas en las caderas. Vio a Will inspeccionando la página mientras negaba con la cabeza—. Odio este tipo de cosas —dijo con la voz a punto de quebrarse por la emoción—. No está bien.

—Tu abuelo —dijo el anciano al fin—. Joseph Rudge.

—Sé quién es, Frank —contestó ella con los dientes apretados.

—En mil novecientos setenta y cinco, le prometió un bebé a un hombre, un hijo para su esposa, que no podía concebir. —Frank se volvió ligeramente y estiró los brazos hacia Will para instarlo a acercarse. Le quitó la página de entre las manos—. Este bebé… —dijo. Negó con la mirada fija en el boceto—. Mi padre me dijo que murió. Me dijo que no sobrevivió. Nunca me lo creí.

—Lukas es un artefacto creado por el libro —afirmó Magda.

No era una pregunta. Era un hecho que expresaba en voz alta para tratar de entender su enormidad.

—Que esté vivo… —murmuró el anciano en voz tan baja que la joven tuvo que dar varios pasos hacia delante para oírlo mejor— explica muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—Intenté localizar a la familia —dijo Frank, y a Magda le pareció que su amigo estaba ofreciendo un alegato desesperado en descargo, una defensa antes de la sentencia—. Tras la muerte de mi padre. Lo intenté de verdad, con todas mis fuerzas. Se mudaron a Estados Unidos, a Chicago, creo. —Dejó la hoja en la mesita que tenía al lado y volvió a entrelazarse las manos sobre el estómago—. El padre era un gánster. Lo siento, Magda, pero Joseph Rudge no era un buen hombre. Se relacionaba con delincuentes y con el mundo del hampa.

—Me da igual, Frank, ni siquiera lo conocí.

—Estoy seguro…

—Ve al grano.

—Tu madre hizo lo correcto al deshacerse de su apellido —reflexionó el anciano en voz baja.

—¿Lo encontraste? —lo apremió Will, y se cruzó de brazos—. ¿Encontraste al bebé?

Frank levantó la vista sorprendido, como si se le hubiera olvidado que el relojero estaba allí.

—No. No pude seguirle el rastro. La esposa murió pocos años después de que se mudaran a Estados Unidos, pero no encontré ningún dato sobre el niño. —Frank se encogió de hombros—. Era como si no existiera.

—Pero ¿cómo es posible? —insistió Will, y a Magda le pareció que le enfadaba el hecho de que no hubiera una respuesta mejor—. Un bebé no desaparece sin más.

La joven se acercó a él y le puso una mano en el brazo para tratar de calmarlo. Cuando el hombre la miró, los ojos ardientes de ira se le enfriaron casi de inmediato.

—Puede que el padre lo abandonara o lo dejase en algún lugar tras el fallecimiento de su esposa —sugirió Frank—. Él no sabía que el niño no podía morir. Es imposible que tu abuelo les contara de dónde salió la criatura, debió de fingir que el niño era huérfano, un bebé robado o algo así.

—O sea que el libro creó a un hombre que no puede morir —farfulló Will al mismo tiempo que levantaba la página de la mesa—. Estupendo, ¿verdad, Frank? Y yo que pensaba que nuestro cometido era impedir el uso indebido de estas cosas.

—¿Qué quieres de mí, Will? —le espetó Frank, que se giró en el sofá para fulminar al otro hombre con la mirada. Magda vio ira en sus ojos, y le recordó a cómo la trató unos días antes en Regent's Park—. No fui yo. Cambié la Sociedad precisamente por esto, para

evitar que volvieran a suceder cosas tan horribles como esta, las que hicieron nuestros padres. ¡Estoy de tu lado!

—Parad, por favor —suplicó Magda con la voz débil y los ojos cerrados—. No soporto tantos gritos.

Volvió a sentarse en el sillón junto a Frank y la habitación se sumió en el silencio. La lluvia aporreaba las ventanas impulsada por un viento que parecía arreciar con cada segundo que pasaba.

—Si ese hombre es un artefacto —murmuró Magda casi para sí—, puede que ese sea el motivo de que le gusten los demás objetos. ¿Puede que sienta algún tipo de conexión con ellos? ¿Que los entienda de formas que escapan a nuestra comprensión?

Frank se encogió de hombros sin llevarle la contraria.

—Dijo que los percibía de algún modo —continuó la joven—. Vino a nuestro encuentro porque sentía los objetos que llevábamos.

—Se supone que estas cosas hacen magia —comenzó Will mientras agitaba la página hacia los otros dos. Tenía las comisuras de los labios curvadas hacia abajo, lastradas por la tristeza—. Pero ¿qué magia hace ese hombre? Si lo creó el libro, ¿qué sabe hacer?

Frank pareció reflexionar sobre la pregunta un instante.

—Vive —contestó en voz baja—. ¿No te parece suficiente magia? Ese era el deseo de Joseph Rudge. Un niño que viviera.

Magda se quedó mirando la mesita mientras negaba despacio con la cabeza ante aquellas revelaciones.

«¿Recuerdas cuando la vida era divertida y fácil? ¿Cuando solo escribías tus historias y soñabas con objetos mágicos y sociedades secretas? Qué bonita era la vida entonces, ¿no?».

¿Cómo era posible que tantas cosas hubieran cambiado en tan poco tiempo?

—Puede que eso también explique por qué tiene la mochila de Imelda —continuó Frank, que se incorporó con un suspiro. Se sentó posando los pies en el suelo y miró a Magda—. Tu madre tenía el Atlas de las cosas perdidas. Se embarcó en una aventura en busca de artefactos. Si este chico, este hombre, es un artefacto, el Atlas debió de llevarla directamente hasta él. Porque ¿qué es Lukas sino un objeto mágico perdido?

—Me dijo que la conoció —recordó Magda—. Que se la encontró en una montaña.

—¿Y la mató? —preguntó Will con la voz teñida de alarma, casi gritando.

Magda negó con la cabeza y esbozó una mueca de dolor a causa del estruendo.

—Me dijo que no. Que se cayó ella sola.

Al relojero se le escapó una risa incrédula.

—Claro, a ver qué iba a decir si no.

—Pero ¿qué hacía él allí arriba, en medio de la nada? —le preguntó Magda a Frank. Había muchas cosas que seguía sin entender—. ¿Y qué hacía en Alabama?

El anciano hizo un gesto de negación y miró hacia la ventana que había detrás de Magda con los ojos solo a medio abrir, luchando contra el cansancio.

—No lo sé. ¿Cómo quieres que lo sepa? Lo único que importa es que Imelda se lo encontró cuando llevaba consigo el resto de los artefactos que reunió durante sus viajes. Objetos que podrían explicar lo que viste en Alabama.

—Y ahora tiene la Caja Imposible —dijo Magda—. Y la pieza de ajedrez. Se las quitó a Owen Maddox. ¿Qué hará con todos los

objetos que hay en la caja? ¿Qué podría hacer con ellos?

Frank no dijo nada y a la joven le dio la sensación de que trataba de esquivar su mirada. Parecía casi avergonzado por todas las verdades y secretos que estaban saliendo a la luz, y eso molestaba a Magda. Su vergüenza no les servía de nada. No ayudaba.

—Tienes que hacer algo al respecto, Frank —dijo Will, y sus palabras expresaron en voz alta lo que Magda sentía—. Ese maldito libro creó a Lukas, así que tienes que hacerte responsable de él. De lo contrario, ¿qué sentido tiene la Sociedad?

—Sí. Tenemos que hacer algo —convino Magda—. Pero ¿qué?

—¿Dónde está ahora? —preguntó Will tras volverse hacia ella—. Has dicho que tienes un mapa que te muestra dónde está.

La joven se sacó el mapa del bolsillo trasero y se lo pasó.

—Señala dónde está la Caja Imposible, no dónde está él. Pero la llevaba encima.

El relojero desplegó el mapa y lo estudió durante un momento. Entonces le cambió la expresión de la cara, abrió los ojos como platos y los levantó hacia Magda.

—¿Qué? —preguntó ella.

Will extendió el papel sobre la mesita.

—¡Ay, no! —exclamó Magda.

Los sentimientos de la joven estaban tan tensos y estirados como las cuerdas de un violín y amenazaban con saltar en cualquier momento.

Porque la Caja Imposible ya no estaba en Alabama…

Estaba cerca, en Londres.

Por alguna razón, Lukas la había seguido a través del océano.

—¿Qué significa esto? —preguntó Will con la voz una octava más alta y temblando de pánico—. ¿Qué significa, Magda?

La lluvia y el viento golpeaban las ventanas, un rugido en la noche.

Un beso antes de partir

Londres brillaba bajo un cielo oscuro y tormentoso; las luces de las calles y de los faros de los coches se reflejaban en el asfalto empapado y los escaparates de las tiendas proyectaban rectángulos luminosos sobre las aceras oscuras, como puentes levadizos. Las calles estaban abarrotadas de gente que regresaba a casa al terminar la jornada laboral y las carreteras congestionadas estaban atascadas de autobuses y vehículos que avanzaban despacio. Suspendida por encima de todo ello, sacudida por el aire turbulento, Magda entornó los ojos para tratar de detectar cualquier indicio de la presencia de Lukas, e hizo caso omiso del intenso dolor que el viento le provocaba en las mejillas ya irritadas. El mapa le señaló que la Caja Imposible se desplazaba hacia el este desde algún lugar cercano a la estación de Paddington, así que planeaba sobre Edgware Road intentando distinguir a su portador entre la multitud.

«¿Adónde iría Lukas? ¿De compras? ¿A ver un espectáculo?».

Sabía muy bien adónde iría; de hecho, sabía exactamente adónde se dirigía cuando miró el mapa por última vez: a Bell Street Books. Porque Lukas le dijo que percibía los objetos mágicos, ¿no? Era capaz de sentir de algún modo dónde se hallaban los artefactos. Y allí era donde se encontraba el libro de Frank. Seguro que lo atraía como una polilla a la luz.

Una enorme ráfaga de viento que azotó como una mano el cielo oscuro empujó a Magda hacia atrás y hacia los tejados de los

edificios que tenía debajo, casi como si los dioses pretendieran devolverla a su lugar en la tierra. Protestó para sus adentros y, con la mirada clavada en el suelo, apretó con más fuerza el colgante que tenía en la mano izquierda. Nadie miraba hacia el cielo, todos llevaban la cabeza escondida bajo la capucha o el paraguas.

«Nadie mira al cielo cuando llueve y hace viento».

Magda no recordaba una tormenta tan fuerte en Londres, o quizá no fuera más que el miedo lo que teñía sus pensamientos. Quería consultar de nuevo el mapa, pero no podía hacerlo en el aire, pues el viento podría arrancárselo de las manos. Se dejó caer en una de las terrazas del hotel Hilton Metropole, dos pisos por encima de la calle, y se acuclilló para protegerse todo lo posible del viento e inspeccionar el plano, que le indicó que, en aquellos momentos, la Caja Imposible se encontraba en el extremo contrario de Edgware Road, avanzando sin pausa hacia Bell Street Books.

Gruñó de frustración, arrepentida de no haberle quitado el libro a Frank y Will. Tendría que habérselo llevado a algún lugar donde Lukas no pudiera alcanzarlo.

«Atravesaste un océano volando para escapar de él y, por lo visto, no fue suficiente. ¿Adónde crees que podrías huir para que no te diera alcance?».

Magda no sabía qué hacer. ¿Debía intentar detener a Lukas? ¿O debía volver con Frank y Will para animarlos a escapar o, al menos, para llevarse el libro?

Se guardó el mapa en el bolsillo y se elevó desde la terraza hacia el cielo tumultuoso girando y dando tumbos como si estuviera en una montaña rusa de viento. Si al menos lograse atisbar dónde estaba Lukas, tal vez pudiera averiguar sus intenciones.

Protegiéndose los ojos del viento, voló hacia el este hasta que se encontró encima de un callejón estrecho, un pasaje trasero entre dos hileras de casas adosadas que se utilizaba para hacer entregas o como atajo por los taxistas que conocían bien la ciudad. Sin embargo, Lukas no estaba allí, que era donde el mapa le dijo que estaría. Había dos personas que chapoteaban en los charcos mientras corrían hacia el este, y Magda gritó de incredulidad y júbilo cuando descubrió quiénes eran.

Bajó rápidamente del cielo y aterrizó en medio del callejón, justo delante de James y Henry. Ambos se detuvieron en seco y se quedaron mirándola con la boca abierta, los ojos como platos y el pelo pegado a la cabeza por culpa de la lluvia.

—¡Magda! —gritó Henry.

Antes de que esta pudiera responder, James echó a correr hacia ella, dio tres grandes zancadas y la abrazó hasta amortiguar el fragor de la tormenta. La chica se tranquilizó de inmediato, y todas sus preocupaciones se evaporaron en el aire en cuanto se sintió envuelta por los fuertes brazos del hombre.

James la soltó al cabo de un momento —demasiado pronto— y le clavó la mirada de ojos oscuros en la cara.

—¡Estás viva! —exclamó—. ¡No tenía ni idea de lo que había pasado!

—¡Tú también estás vivo! —gritó Magda casi sin poder creérselo mientras la felicidad la recorría de arriba abajo como una gran ola de calidez—. ¡Pensaba que los dos estabais muertos! ¡Dios, qué alivio! ¡Creía que os había perdido!

Henry se acercó y le dio un abrazo rápido a Magda: le pasó un brazo alrededor de los hombros y juntó la mejilla con la suya para

que James no tuviera que soltarla. A la joven le encantó; adoraba que sus amigos estuvieran de nuevo con ella.

—Mi chica lista —dijo Henrietta—. Sabía que debías de haberte escapado. ¡No lo dudé ni un momento!

—Pero ¿cómo habéis llegado aquí? —preguntó la otra mientras los miraba por turnos—. ¿Cómo habéis conseguido huir?

—Henry me rescató de debajo de la tierra —explicó James hablando a toda velocidad, como si los acontecimientos se le precipitaran de la boca—. Me «fantasmó» para que pudiéramos salir de allí. Luego, condujimos como locos por medio país para volver al aeropuerto. En línea recta. Yo conducía y Henry «fantasmaba» el coche para permitirnos atravesar cualquier obstáculo. ¡Fue increíble!

—Pero ¿tenéis la Caja Imposible? —preguntó Magda—. El mapa me ha dicho que estaba aquí.

Henry se llevó una mano al interior del abrigo y sacó la caja de debajo del brazo para mostrársela. Las gotas de lluvia rebotaron en la tapa marcando un ritmo.

—Se la quité a aquel hombre —dijo—. Cuando salimos de debajo de la tierra, estaba distraído jugando con algo que sacó de la caja. Así que volví a «fantasmarme» para meterme bajo el suelo y la agarré desde abajo. Creo que al principio ni siquiera se dio cuenta.

—No —convino James, que le lanzó una sonrisa a Magda—. Actuó como una auténtica ladrona.

—Soy una auténtica ladrona —replicó Henry—. «La» ladrona.

—Vale, Henry —masculló Magda para intentar que su amiga volviera al tema—. ¿Y qué pasó luego?

—Pues que salimos pitando hacia el coche y nos largamos de allí —continuó Henrietta—. Directos al aeropuerto para tomar el vuelo

nocturno.

Magda tardó un instante en asimilar la información.

—Entonces ¿Lukas ni siquiera está aquí? —preguntó—. ¿Sigue en Alabama?

—Allí estaba la última vez que lo vimos —confirmó Henry.

—Creía que estaba en Londres —dijo Magda. Soltó una risita casi delirante de alivio y notó que el yugo de la tensión empezaba a aflojarse—. Ay, Dios, pensaba que había venido hasta aquí.

—No, somos solo nosotros —le aseguró Henrietta—. Y me alegro muchísimo de verte, Magda, pero no tienes muy buen aspecto.

La mujer le recorrió el rostro con la mirada y se detuvo en las quemaduras causadas por el viento.

—¿Qué artefacto era? —preguntó James, que se volvió hacia Henry como si se le acabara de ocurrir una idea.

—¿Cómo? —preguntó ella.

Un par de faros giraron hacia el callejón por detrás de Henry y James y cegaron brevemente a Magda. Cuando el vehículo se acercó a ellos, el conductor hizo sonar el claxon con educación. Los tres se hicieron a un lado para dejar pasar a una furgoneta Transit blanca, y un hombre vestido con un chaleco de alta visibilidad se lo agradeció con un gesto de la mano.

—Venga —dijo Magda—. Volvamos a la librería, hablaremos mientras andamos.

Los guio hacia el exterior del callejón siguiendo las luces traseras de la furgoneta, con James a la derecha y Henry a la izquierda.

—Has dicho que estaba distraído con algo que sacó de la caja —dijo James para retomar el hilo de su pregunta anterior—. No me lo habías dicho hasta ahora. ¿Qué sacó?

—Ah —dijo Henry—. Era un cuchillo. Lo vi cuando agarré la caja. Una navaja plegable, ya sabes, de esas en las que la hoja se esconde en el mango. No paraba de plegarla y desplegarla, como si fuera un juguete.

El callejón desembocaba en Seymour Place, una calle bordeada a ambos lados de elegantes casas adosadas de ladrillo rojo. Los árboles se agitaban frenéticamente a causa del viento y la lluvia caía en diagonal contra el suelo, gotas afiladas que le bombardeaban la cara a Magda y hacían que se estremeciera de dolor. La furgoneta Transit que acababa de adelantarlos se detuvo delante de ellos sin apagar el motor; el agua rebotaba contra la parte superior y los laterales del vehículo.

—La navaja —murmuró James.

Entonces, ralentizó el paso y Magda se dio cuenta de que se quedaba rezagado, de que entornaba los ojos para mirar hacia arriba enfrentándose a la lluvia y el viento.

—¿Qué? —le preguntó—. ¿Qué pasa?

—Leí acerca de la navaja en el libro —contestó él con la mirada perdida en el cielo—. ¿No lo recuerdas?

Magda negó con la cabeza; le costaba oírlo por encima del rugido de la tormenta.

—¿Qué? —preguntó de nuevo.

—La navaja… controla el viento.

El dato cayó como una piedra pesada en medio del estanque calmado de las emociones de Magda. Echó el cuello hacia atrás y contempló el cielo.

—Lleva toda la tarde haciendo viento —dijo con el cuerpo alerta y en tensión.

—Esto es Londres, cariño —dijo Henry—. Estas brisas ligeras son el pan nuestro de cada día, en mi opinión.

Sin embargo, ahora Magda no podía quitarse de la cabeza la idea de que aquel no era el habitual y alocado clima londinense.

—¿Y si ya está aquí?

Delante de ellos, el conductor de la furgoneta abrió la puerta y se apeó de un salto. Se quedó de pie en el asfalto, mirando hacia Seymour Place con una mano sobre los ojos para protegerse de la lluvia.

Cuando Magda se acercó a él, se fijó por primera vez en que había más coches parados, en los peatones que ya no se apresuraban a resguardarse de la lluvia, sino que se detenían y miraban.

—¿Qué ocurre? —preguntó Henry a su espalda, pero Magda no contestó.

Estaba contemplando lo que parecían enredaderas o ramas enroscadas alrededor de las ruedas de los coches en plena calle. Los conductores se asomaban por las ventanillas o se bajaban de los vehículos. Se dio cuenta de que las ramas se movían, de que eran casi como criaturas que reptaban por la calzada. Y entonces se fijó en los brotes, en las enormes flores rojas y verdes, circulares y resplandecientes, como un semáforo que parpadea en la oscuridad de la noche.

—Mira —dijo James, que le dio unas palmaditas en el hombro y desvió su atención hacia las casas adosadas del fondo de la calle.

Allí también había ramas que se extendían como dedos a lo largo y ancho de los ladrillos.

—Rosas —dijo Magda con una expresión llena de incredulidad.

Los arbustos espinosos trepaban sin cesar por la fachada de los edificios y se enredaban en los troncos de los árboles que bordeaban las aceras. Los peatones gritaban y saltaban para esquivar las ramas reptantes que avanzaban por la calle, miraban con asombro las rosas que florecían y volvían a contraerse rápidamente. Entretanto, la lluvia seguía golpeando el asfalto y el viento aullaba con fuerza.

«¿No te acuerdas de Alabama? ¿De las enredaderas que se llevaron a tu madre de vuelta al bosque? Es Lukas, ¿verdad? Es él quien está haciendo esto».

Poco a poco, los ruidos de los transeúntes empezaron a cambiar: el rumor de la confusión y la incertidumbre se convirtió en un retumbo grave de ansiedad y puro miedo. Magda oyó que el conductor de la furgoneta mascullaba:

—¿Qué coño es esto?

—Es él —gritó la joven tras volverse hacia Henry y James—. Está aquí. ¡Lukas está haciendo esto! —Pensó en Frank y Will en Bell Street Books, a apenas unas calles de distancia—. ¡Vamos! ¡Tenemos que volver!

Echó a correr bajo la lluvia, a saltar por encima de las ramas que se arrastraban y a abrirse paso a la fuerza entre los curiosos y los peatones. A nadie le importó, nadie le lanzó una mirada molesta. Estaban absortos en otras cosas. Mientras corría, Magda no se detuvo a comprobar si James y Henry la seguían; oía sus pasos detrás de ella chapoteando en la calle empapada.

Llegaron a una esquina y se detuvieron. Vieron más de lo mismo: flores imposibles que detenían el tráfico y a los peatones. Sin embargo, los arbustos parecían más espesos en aquella zona, y aún

más hacia el final de la calle, donde había edificios enteros cubiertos de hojas, espinas y rosas multicolores que brillaban como focos.

—Creo que vi algo —jadeó Henry con las manos apoyadas en las caderas—. En el avión. Había turbulencias y, al mirar por la ventanilla, me pareció ver algo, a un hombre girando como una peonza, con los brazos extendidos a los lados. No fue más que una silueta en el cielo al estallar un rayo. Pensé que me estaba volviendo loca. No podía haber nadie en el exterior a aquella altura.

—Dios mío —murmuró Magda mientras paseaba una mirada inquieta sobre los brotes y aquellos horribles colores.

Le pareció que algo estaba devorando Londres, que el caos de la naturaleza estaba corrompiendo las estructuras organizadas y meticulosas. Más bien, algo que se parecía a la naturaleza, pero que en realidad no lo era.

—¿Qué es esto? —preguntó James.

Se dio la vuelta hacia ellos. James la estaba mirando fijamente, Henry seguía resollando tras la carrera.

—¡No es un hombre! —les explicó Magda de forma apresurada—. Es un artefacto. ¡Lo creó el libro!

Henry se escurrió el pelo mojado y, después, entornó los ojos y se concentró de nuevo en lo que Magda acababa de decirles.

—¿Que es qué?

Los zarcillos de una enredadera pasaron junto a ellos arrastrándose por la acera empapada, unos tentáculos horribles que tanteaban el terreno para los arbustos y las plantas que se acercaban poco a poco.

—Es un artefacto —repitió Magda mientras intentaba hacer caso omiso del movimiento—. Es mágico. Y no sé qué hacer, porque los

artefactos son indestructibles, ¿no? ¿Qué hacemos con un hombre al que no podemos destruir?

Ni James ni Henry contestaron. El hombre la miró fijamente, la mujer desvió la vista hacia el caos de la calle. Magda la imitó y vio que unas gruesas ramas cubiertas de espinas se enroscaban alrededor de un autobús de dos pisos, que rompían las ventanas y arañaban el metal. Las puertas traseras del vehículo se abrieron y, cuando los pasajeros salieron dando tumbos, se volvieron para ver cómo aquella extremidad musculosa y constrictora aplastaba y comprimía el centro del autobús.

—Todo esto es obra suya —dijo Magda mientras veía que Londres cambiaba ante sus ojos—. La tormenta, las plantas. ¡Vamos!

Encabezó la marcha entre los crujidos que los tallos y el follaje que ahora cubrían la carretera como una alfombra enmarañada emitían bajo sus pies, escuchando gritos y sirenas que aullaban como *banshees* bajo la tormenta.

«Es una noche oscura y tormentosa. Perfecta para la magia y el caos».

Giraron hacia Bell Street y frenaron a trompicones nada más doblar la esquina. La calle que tenían delante, la calle que tan bien conocía Magda, se había transformado hasta quedar irreconocible. Entre las hileras de casas adosadas, a lo largo de la calzada —donde por lo general se alineaban los coches aparcados—, el espacio estaba ocupado por un muro nudoso de rosas, tan alto como los edificios. El seto estaba formado por ramas densamente entrelazadas, delgadas como dedos esqueléticos y salpicadas de espinas afiladas. Aquellos dedos parecían estirarse y crujir igual que si tuvieran artrosis, se movían sin parar y no se detenían nunca.

Magda miró hacia sus pies y vio zarcillos que reptaban hacia delante por la carretera. La superficie del arbusto estaba moteada de grandes flores, una vasta gama de colores que florecían y se marchitaban sin cesar creando un espectáculo de luces… Las flores tenían algo que la repelía; para la joven, eran como poros que se abrían y se cerraban en la piel de un monstruo gigantesco. Se trataba de la misma vegetación que habían visto en otras calles, pero mucho más avanzada, como si los rosales y las flores empezaran a extenderse hacia el oeste, hacia donde ellos se encontraban, desde la librería.

—Oh, no —dijo Magda.

Bell Street Books estaba más abajo, en la esquina siguiente, en algún lugar dentro de aquel arbusto.

Detrás de ella, los coches embotellaban la calle e iluminaban con los faros el gigantesco nudo de ramas que antes era la carretera, y los residentes salían de sus respectivas casas y tiendas para contemplarlo con horror mientras la lluvia les azotaba la cara. Magda oyó preguntas y exclamaciones de confusión, gente que llamaba por teléfono para pedir ayuda. El viento levantaba y agitaba las voces en el aire hasta convertirlas en un torbellino de pánico y confusión.

—Es Lukas —gimió.

—Pero ¿cómo ha sabido que tenía que venir a la librería? —preguntó James.

—Es capaz de sentir los objetos mágicos. Al menos, eso fue lo que me dijo —respondió ella.

Magda extendió una mano vacilante hacia el arbusto, y una de las ramas reaccionó crispándose y lanzando un latigazo, cortando el aire con las espinas.

—¡Tenemos que entrar ahí! —exclamó cada vez más llena de pánico—. ¡Tenemos que ayudar a Frank y a Will!

—Yo puedo llegar hasta ellos —dijo Henry. Le entregó la Caja Imposible a Magda—. Sujétame esto.

Sin decir una sola palabra más, sin trazar ningún plan, Henrietta atravesó la pared de ramas. Magda se quedó mirando las espinas gruesas y dentadas, que le hicieron pensar en los dientes de un animal enorme. Se estremeció, consumida durante un instante por la horrible idea de que la bestia acababa de tragarse y devorar a Henry.

—¡Cuidado!

James agarró a Magda y tiró de ella hacia atrás justo a tiempo para alejarla de una rama que reptaba hacia ella; una furiosa flor amarilla se encendió a los pies de la joven y luego se desinfló de nuevo.

—¿Cómo es posible que un solo hombre haga todo esto tan rápido? —preguntó ella, apretada contra James.

Sin embargo, ya sabía la respuesta.

«Porque no es un hombre».

—Magia —respondió James, que confirmó sus pensamientos—. Todo esto es magia, ¿no?

Magda vio que ahora también había hiedra entreverándose en el rosal, unas hojas triangulares y cerosas que se enredaban y arrastraban entre las ramas para reforzar la pared cada vez más impenetrable. También había otras flores, flores inglesas —margaritas, ranúnculos e incluso campánulas—, que se abrían paso entre la espesura de tallos de rosa y formaban nudos con los colores del verano. El seto seguía avanzando, deslizándose por la calle

detrás de ellos, reventando neumáticos y arañando el cristal y el metal con las espinas. Aun así, continuaba moviéndose delante de Magda, dentro del espacio que ya ocupaba, retorciéndose y enroscándose como si la calle estuviera enterrada en serpientes.

—¿Está todo Londres así? —se preguntó en voz alta. Entrecerró los ojos para esquivar la lluvia y levantó la mirada hacia la parte superior del arbusto. Era tan alto como los edificios, medía tres pisos o más—. ¿La naturaleza ha tomado toda la ciudad? ¿Qué va a pensar la gente? La magia ya no es un secreto, ¿verdad?

James no tuvo tiempo de responder antes de que Henry reapareciera. Emergió del rosal que tenían justo delante, con Will pisándole los talones y agarrándola de la mano. Magda se volvió para mirar a la multitud, pero nadie les estaba prestando atención, nadie vio a los fantasmas salir ilesos del agitado y turbulento muro de espinas y tallos.

—¿Dónde está Frank? —preguntó mientras Will le soltaba la mano a Henry con brusquedad y se apartaba de ella a toda prisa.

—De nada —le espetó la mujer.

Magda vio que el relojero se daba la vuelta y que abría muchísimo los ojos cuando, al recorrer el arbusto con la mirada, se percataba por primera vez de su magnitud.

—Dios mío —murmuró al mismo tiempo que daba un paso atrás.

Cuando Henry se volvió hacia Magda, esta se dio cuenta de que su amiga parecía agotada, de que quizá estuviera mostrando las primeras señales de que a ella también le afectaba todo lo que estaba ocurriendo.

—Se ha negado a venir —dijo.

—¿Cómo? —preguntó la joven.

—Viejo estúpido —farfulló Henry, que miró de nuevo hacia el arbusto—. No sé qué se cree que está haciendo.

—¿Y qué está haciendo?

—Ese es el problema: nada. —Henry levantó las manos en un gesto de desesperación—. Dice que es su casa y que no piensa moverse.

—¡Díselo! —gritó entonces Will y, cuando Magda lo miró, tenía las mejillas enrojecidas y los ojos centelleantes.

Era un manojo de ira y miedo; se apretaba contra el edificio que tenía detrás como si intentara alejarse todo lo posible de las rosas.

—¿Decirme qué? —preguntó la chica.

—Ya lo tiene —respondió Henry, y a Magda le pareció que estaba exhausta.

«Nunca había visto a Henry así. Jamás».

—El libro —prosiguió la mujer—. Ese hombre, Lukas. Ya está allí.

La otra negó con la cabeza.

—Si tiene el libro…, puede crear todo lo que quiera. Cualquier objeto mágico capaz de hacer cualquier cosa. No le hace falta la Caja Imposible. No es nada comparada con el libro.

—Frank quería bajarlo al sótano —gritó Will—. Y entonces llegó él. Ese hombre. ¡Nos lo quitó, Magda! Se ha apoderado del libro.

La joven lo miró con incredulidad durante un momento y luego se volvió hacia el arbusto retorcido, hacia las flores que florecían y morían a toda prisa en un incesante caleidoscopio de colores.

—Llévame —decidió.

—¿Qué? —preguntó Henry.

—Vamos a sacar a Frank aunque tenga que ser a rastras. Y después…

«Y después, Magda, ¿qué vas a hacer?».

—Y después detendremos a Lukas de algún modo.

—¿Cómo piensas hacerlo? —bramó Will en el momento en el que perdió hasta el último resquicio de autocontrol. Tenía el rostro reluciente a causa de la lluvia y la ropa empapada—. Es un hombre mágico que no puede morir, ¿no? ¡Ha convertido Londres en un puñetero invernadero! ¿Qué leches vas a hacer, Magda?

No le hizo caso, más que nada porque no tenía una respuesta para su pregunta, y miró a James, que la observaba en silencio. Le entregó la Caja Imposible.

—Llévatela —le dijo—. Llévatela lo más lejos posible. Haga lo que haga con el libro, Lukas también querrá la caja, y no podemos permitir que se haga con ella. Llévatela lejos de aquí. Quién sabe, a lo mejor contiene algo con lo que podamos detenerlo, llegado el caso.

—¡Por supuesto! —le gritó Will—. ¡Más objetos mágicos, justo lo que necesitamos! ¡Estás loca!

James asintió mirando a Magda con seriedad e ignoró también a Will.

—Lo haré.

—Una cosa más —dijo la joven, que se volvió de nuevo hacia la pared de flores mientras unas rosas del tamaño de un balón de fútbol desplegaban sus pétalos—. Dado que no sé lo que va a pasar…

—¿Qué? —preguntó James—. Puedes pedirme cualquier cosa.

La joven se puso de puntillas y levantó los brazos para atraer a James hacia ella y besarlo en los labios. El beso fue breve, pero fabuloso. A su alrededor, el mundo se convertía en un infierno, las

flores resplandecían con colores vibrantes, la lluvia aporreaba la calle como un aplauso enfermizo. Sin embargo, durante unos breves instantes, nada más importó, fueron solo ellos dos. Magda se llenó de la sensación de James, de su olor, de su fuerza, de su compasión.

Luego, lo soltó y disfrutó de la expresión de sorpresa que invadía el rostro del hombre, que tenía las cejas arqueadas y los labios entreabiertos.

«Dios, espero que ese no sea el último beso que nos demos».

Lo miró con seriedad, hizo un gesto de asentimiento fingiendo que no estaba temblando de alegría y sorpresa por lo que acababa de hacer y, por último, agarró a Henry de la mano.

—Vámonos.

Lo que Lukas no puede hacer

Al otro lado del muro de rosas y flores silvestres, el mundo se tornó repentinamente silencioso, protegido del viento y la lluvia.

—Guau —murmuró Magda, que dio una vuelta sobre sí misma y contempló boquiabierta lo que la rodeaba.

Estaban en un cenador inmenso. Las ramas oscuras formaban un arco en las alturas, como el techo de una catedral medieval; estaban cargadas de rosas enormes que brillaban como bombillas eléctricas mientras sus pétalos se abrían y marchitaban de forma rítmica. Los únicos ruidos que se oían eran el crujido de las paredes, como árboles en un vendaval, y el lejano repiqueteo de la lluvia. Había coches aparcados dentro de aquella construcción, sendas hileras ordenadas a lo largo de las dos paredes, los lados de la carretera en el mundo real. Las casas adosadas de Bell Street se atisbaban aquí y allá entre las ramas y las flores silvestres enmarañadas que formaban los muros, y unos gigantescos girasoles naranjas —unas cabezas bulbosas sobre tallos larguiruchos— se balanceaban y asentían como una congregación escuchando un sermón.

—Mira —dijo Henrietta, y señaló hacia delante.

Bell Street Books se vislumbraba en la siguiente esquina. El gran escaparate que daba a la calle estaba hecho añicos y un montón de ramas con forma de dedo se enroscaban alrededor de los bordes de la abertura. Frank estaba allí de pie, mirando hacia la calle transformada con un rictus ausente en la cara. Magda nunca lo

había visto así, completamente inexpresivo, con los ojos muy abiertos e inmóviles. Tenía un aspecto desaliñado con la venda alrededor de la cabeza y el pelo despeinado.

—¡Frank! —gritó Magda mientras avanzaban hacia él trastabillando con la irregular alfombra de flores y maleza.

El anciano volvió la cabeza de golpe al oír su voz. La recorrió con la mirada y luego la desvió hacia Henry, que iba a su lado.

—Se ha llevado el libro —dijo.

Apoyó una mano en el marco para estabilizarse entre las ramas, pasó una pierna por encima del alféizar de la ventana y salió a la calle.

—Lo sabemos —dijo Henry.

En ese momento, Magda vio a Lukas sentado con las piernas cruzadas en lo que una vez había sido el centro de la carretera, entre las hileras de coches aparcados que ahora estaban rodeados de hiedra y ramas espinosas.

—¿Estás bien? —le preguntó a Frank cuando llegaron a su lado. Lo agarró del brazo para que no perdiera el equilibrio y lo miró a los ojos—. ¿Frank?

El anciano se zafó de su agarre, se apartó de ella y centró toda su atención en el hombre sentado en la carretera.

Magda miró a Lukas y, al hacerlo, él se pasó la correa de la mochila de Imelda por encima de la cabeza y la posó en la carretera a su lado. La joven vio que llevaba el crucifijo y otro artefacto alrededor del cuello, y que había ensartado una flor azul en los eslabones de una de las cadenas para que le cayera sobre la piel de la garganta.

«¿Qué es capaz de hacer con esas cosas? Con esas y con los otros objetos que llevaba en la mochila de mi madre: la navaja, la moneda».

Lukas abrió el libro que tenía en el regazo.

—Ya te lo he dicho —espetó Frank dirigiendo sus palabras hacia la calle, hacia el otro hombre—. Eso es mío.

Este no respondió. Parecía absorto en el libro abierto, estudiando un boceto que Magda no alcanzaba a distinguir. A ambos lados de la calle, las ramas continuaban crujiendo, moviéndose de forma rítmica como el pecho de una enorme bestia que respiraba con regularidad. El metal chirriaba allá donde las espinas rayaban la pintura de los coches, y las ventanas que estallaban bajo la presión retumbaban como disparos en el silencio y hacían que Magda se sobresaltara. Se dio cuenta de que allí se notaba el olor de las flores, el aroma empalagoso y abrumador de demasiadas rosas abiertas, como si la rociaran en exceso con perfume barato.

—Esto no forma parte del libro —dijo Lukas y, bajo la atenta mirada de la joven, rascó con las uñas la cinta adhesiva que sujetaba el papel marrón y la arrancó.

Luego, retiró la cubierta protectora y la tiró al suelo cerca de él.

—Madre mía —murmuró Magda al ver lo que se ocultaba bajo el papel marrón.

La cubierta del libro de Frank —la verdadera cubierta— era del color de la luz del sol, de un dorado intenso que brillaba como el papel de aluminio y hacía que las flores resplandecientes se reflejaran en el rostro de Lukas y le tiñeran la piel de matices y tonos cambiantes.

Miró a Frank.

—Es precioso —le dijo, pero el anciano no respondió, ni siquiera la miró.

—Sé lo que hace esto —le dijo Lukas a Frank. Levantó el libro en el aire y la cubierta dorada brilló como una bombilla—. Lo sé. —A continuación, posó la mirada en Magda—. Ah, hola —la saludó como si se sorprendiera de verla.

El tono de sus palabras resultó casi cómicamente distante.

—Hola, Lukas —respondió ella.

No sabía qué hacer. ¿Cómo podía enfrentarse a un hombre al que nada le hacía daño? ¿A un hombre capaz de controlar las plantas y la tierra sobre la que se encontraban, a un hombre que podía resucitar a los muertos? Miró a Frank.

«¿Y con él? ¿Qué hago con Frank? Tengo que sacarlo de aquí».

—Sé lo que hace esto —repitió Lukas con una mano posada en el anverso del libro—. Esto crea todas las cosas. —Volvió a abrirlo y pasó una página, estudió la siguiente imagen durante un instante. Cuando volvió a hablar, su voz sonó tranquila—: ¿Cómo funciona? Dímelo.

Magda sintió que el anciano se tensaba a su lado.

—Por supuesto que no —le contestó.

Lukas lo miró con el rostro inexpresivo y luego hojeó las páginas con aire casi distraído, sin decir nada. Cerró el libro y volvió a abrirlo justo por el principio. Allí había una sola hoja que no estaba unida al cuaderno. Magda lo vio fruncir el ceño y mover los labios en silencio mientras leía las palabras que contenía.

—Dios, apenas sabe leer —murmuró Frank.

—«Este es el *Libro de las maravillas*» —dijo Lukas al fin, tras alzar la mirada primero hacia Frank y luego hacia Magda—. «Sujétalo en

las manos y crea cosas maravillosas».

Sonrió y las flores que había por todas partes latieron: durante un instante, brillaron con más intensidad en la penumbra mientras las ramas crujían y se retorcían más deprisa.

—No lo hagas, Lukas —probó a decir Magda—. Por favor.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Henry—. No lo entiendo.

El hombre mágico volvió a cerrar el libro y lo sostuvo con ambas manos. Frank gritó:

—¡No! —Se precipitó hacia Lukas con los brazos estirados delante de él—. ¡No te atrevas!

Una sola rama espinosa salió disparada desde lo alto, tan rápida como una bala, y se enredó como un látigo alrededor de la muñeca de Frank. Luego, otra hizo lo propio con la otra mano. El librero emitió un sonido extraño, como un animal golpeado, sorprendido y asustado, antes de que una tercera rama se le enroscara alrededor de la garganta y lo obligara a parar.

—¡Frank! —gritó Magda, presa del pánico.

—Estoy bien —gruñó su amigo, a pesar de que todas las pruebas indicaban lo contrario: tenía la cabeza echada hacia atrás en un ángulo extraño, las espinas se le clavaban con fuerza en la carne del cuello.

—¡Lukas, suéltalo! —suplicó Magda.

Se dio cuenta de que Henry daba un paso atrás y otro hacia un lado para acercarse a Frank.

Lukas levantó el libro y cerró los ojos; una pequeña sonrisa le curvó los labios.

—Quiero un objeto mágico —anunció con voz alta y clara. Cuando abrió los ojos, volvió la cabeza hacia uno y otro lado para examinar

el entorno, como si esperara que apareciese de repente. Se le desvaneció la sonrisa—. No funciona —dijo, y miró a Magda para que se lo explicara.

—Tarda un rato —dijo la joven para intentar que no se pusiera triste. No quería pensar en lo que haría si se sentía decepcionado—. No aparece al instante.

Lukas negó con la cabeza para mostrar su desacuerdo.

—Veo la magia —dijo mientras agitaba una mano en el aire por encima del libro. Acto seguido, señaló a Magda—. Veo tus alas y la magia de tu colgante y del anillo de esa mujer. —Giró la cabeza para mirar hacia Bell Street a través de las ramas—. Veo la caja que me quitasteis y el objeto mágico que el hombre que la sostiene lleva en el bolsillo. —Bajó la vista hacia el libro que tenía en el regazo—. Y veo la magia de este libro y no está funcionando. Si estuviera funcionando, lo sabría.

Frank dejó escapar una risa, un sonido seco y desagradable. Magda lo miró y vio que estaba sonriendo pese a que las espinas afiladas le hacían sangre en las muñecas y se le clavaban en el cuello.

—No te funcionará —dijo el librero.

La joven odió lo crueles que sonaron las palabras del anciano. Aquel no era el hombre que ella conocía.

—¿Por qué? —le preguntó Lukas con la cabeza ladeada.

—Porque no eres humano.

Magda se planteó si le daría tiempo a arrebatarle el libro a Lukas mientras este estaba distraído.

«¿Y qué ibas a hacer con él? Una vez que lo tuvieras, no podrías escapar, ¿no? No puedes atravesar las ramas volando».

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lukas sin mostrar ningún tipo de emoción, con los ojos vacíos e inexpresivos.

—Mira la última página —le espetó Frank con los labios contraídos en una mueca de desprecio y enseñando los dientes—. A ti te creó el libro. Eres un objeto. Eres un artefacto mágico que, simplemente, tiene aspecto humano.

Magda vio que Lukas parpadeaba una sola vez mientras miraba al anciano y que luego hacía lo que este le sugería y pasaba las páginas hasta encontrar una suelta al final del libro. Una vez más, leyó las palabras moviendo los labios. En ese lapso, la joven se dio cuenta de que Henry correteaba por encima de las ramas para llegar hasta Frank y «fantasmarlo». Al punto, las ramas atravesaron el cuerpo intangible del hombre y quedaron flotando en el aire.

—Vamos, viejo —le dijo Henry una vez que lo liberó—. Hay que sacarte de aquí.

—Ya te lo he dicho dos veces: no pienso irme a ninguna parte —replicó el anciano mientras trataba de zafarse de ella tal como había hecho con Magda.

—¿Quieres morir?

—Quiero acabar con esto.

A Magda le entraron ganas de suplicarle, de convencerlo de que se marchara, pero una parte de ella también quería que se quedase. Una parte de ella necesitaba sus conocimientos y su experiencia; su seguridad.

Entonces, Lukas se puso en pie de un salto y la sorprendió con la rapidez de su movimiento.

—¿Este soy yo? —le preguntó a Frank mientras tendía la página suelta hacia él—. ¿Por eso no tengo alas?

—¿Qué alas? —El anciano lo miró con el ceño tan fruncido que las cejas pobladas le cubrieron los ojos—. ¿De qué narices hablas?

—¿Tú me creaste? —preguntó el otro mientras lo miraba con los ojos muy abiertos.

—No, chaval —repuso Frank—. Yo no. Jamás haría…

Pero no pudo terminar la frase. Lukas lo interrumpió.

—Crea otro —dijo taladrándolo con la mirada.

—¿Qué? —intervino Magda, que sintió una inquietud que se agitaba en lo más profundo de su ser.

—Crea otro como yo —dijo Lukas, ahora dirigiéndose a Magda—. Crea a alguien como yo para que no esté solo.

La joven lo miró de hito en hito, dividida entre el horror y una tristeza abrumadora.

«¿Es eso lo único que quiere? ¿No estar solo?».

—No —respondió Frank con una voz tan firme como el granito—. No, no haremos eso. Voy a hacer lo que tendría que haber hecho hace años. Voy a destruir el libro para que nunca vuelva a ocurrir nada como tú.

—Es mejor que no lo cabreemos, Frank —murmuró Henrietta, aunque lo bastante alto para que Magda la oyera.

—¿Qué importa eso? —replicó el hombre, que agitó la mano en el aire como si quisiera librarse de una persona molesta—. Soy demasiado viejo como para no decir la verdad. —Fulminó a Lukas con la mirada—. No deberías existir. Lo siento, pero te sientes solo porque estás solo. Eres único. No deberían haberte creado jamás.

Lukas levantó la mochila del suelo y se pasó la correa por encima de la cabeza mientras, con la otra mano, rebuscaba algo dentro. Magda se fijó en el movimiento y se le dispararon todas las alarmas.

—Si no lo haces tú —dijo Lukas, que sacó la mano de la mochila sin dejar de mirar a Frank—, ya encontraré a otra persona que lo haga.

Las ramas se lanzaron una vez más contra el anciano, pero Henry seguía agarrándolo por el brazo y no atraparon nada más que aire.

—No tienes por qué hacer esto, Lukas —dijo Magda en tono tentativo. Dio un paso hacia él para intentar llamar su atención—. ¿Por qué no lo hablamos?

El hombre la miró con la cabeza ligeramente ladeada.

—¿Por qué quieres hablar con una persona a la que odias?

«Dios mío. Ahora no va a hacernos caso jamás».

—Venga, Frank —insistió Henry a su espalda mientras trataba de llevarse al librero de allí.

—Tú —dijo Lukas con la mirada clavada en Henrietta.

—Marchaos, Henry —suplicó Magda tras volver la cabeza hacia sus amigos.

—Veo tu anillo —dijo Lukas, que bajó la vista hacia la mano de Henry y avanzó hacia ellos.

—No puedes hacerme nada, amigo —dijo Henry, aunque siguió intentando llevarse a Frank—. Somos fantasmas.

El hombre levantó un puño apretado.

—Puedo controlaros.

Cuando abrió la mano, Magda divisó la pieza de ajedrez. Vio que tanto Henry como Frank miraban el objeto y que este último abría mucho los ojos.

—¡Marchaos! —suplicó Magda, pero Henry no respondió.

Frank y ella continuaron mirando al frente con una expresión repentinamente cerosa, como de maniquí.

—No puedo tocarte —prosiguió Lukas—. Pero sí puedo hacer que te quites el anillo y me lo entregues.

Magda observó con terror a Henry mientras comenzaba a moverse: soltó a Frank y juntó las dos manos. Las ramas se retorcieron en el aire como cintas, esta vez sin prisa, y se enredaron alrededor del cuello y de los brazos de Frank, de nuevo tangibles. Apretaron con fuerza, comprimieron la ropa y la carne. Magda oyó el resuello que se le escapaba de los labios al anciano, pero Frank era incapaz de moverse, incapaz de resistirse. Miraba al frente con fijeza, sin pestañear. Mientras tanto, dándole vueltas para que resultara más fácil, Henry empezó a sacarse el anillo del dedo de la otra mano con el índice y el pulgar.

—Lukas, para, por favor —rogó Magda.

Superando su miedo, se acercó al hombre y lo agarró por el brazo. Las fosas nasales se le llenaron enseguida de su olor, del tufo de los cubos de basura llenos en un día caluroso. Olía a rancio, sucio y podrido y, cuando el hedor se mezcló con el aroma abrumador de las rosas, Magda sintió ganas de vomitar.

Lukas la miró con aquellos ojos horribles e inexpresivos.

—¿Crearás a otra persona como yo?

«No puedes. No puedes crear otro Lukas. Pero ¿y si eso es lo único que quiere? ¿Y si se marcha y no vuelve a molestarnos nunca más?».

La joven miró a Frank, con el cuello rodeado de ramas, y a Henry, a punto de sacarse el anillo del dedo.

«Pero ¿y si el nuevo Lukas es peor que él? ¿Qué harían siendo dos?».

Entonces oyó otra voz en su mente, una voz que se parecía mucho a la de Frank: «¡Para eso existe la Sociedad, para guardar los objetos mágicos donde no puedan causar ningún daño!».

De pronto, Henry dejó escapar un jadeo que interrumpió los pensamientos enfrentados de Magda, y el anillo cayó a la alfombra de ramas del suelo. Un instante después, la mujer quedó inmovilizada del mismo modo que Frank: una rama gruesa, salpicada de espinas afiladas y con una enorme rosa roja al final, se le enrolló alrededor de la cintura.

—Para, por favor —suplicó Magda de nuevo. Tenía los ojos llenos de lágrimas de frustración y miedo—. No te han hecho nada.

—Yo tampoco les he hecho nada a ellos —replicó Lukas—. Crea otro como yo.

La chica rechazó su petición en silencio, negando con la cabeza.

—Me llevaré todos los objetos de la caja mágica que me quitasteis —replicó él mientras la taladraba con la mirada—. Los usaré todos. Los usaré con la gente. Los usaré en este mundo que tanto te gusta. Harás lo que yo quiera.

—¡No, no lo harás! —le gritó Magda—. ¡La caja ha desaparecido!

Lukas dio un paso atrás y volvió la cabeza hacia el final del cenador, hacia el lugar donde Magda había dejado a James y a Will.

—No, no ha desaparecido. Solo es que no está aquí. Todavía no —dijo mientras esbozaba aquella sonrisa enfermiza.

Al cabo de un instante, la joven oyó susurros y crujidos y detectó un movimiento a su lado: varias enredaderas gruesas retrocedían hacia ellos desde el fondo del cenador, se deslizaban por el suelo arrastrando con ellas unas formas pesadas y bulbosas, siluetas envueltas y resguardadas en tallos delgados y flores vibrantes.

Mientras las formas chocaban y rebotaban contra el terreno irregular, remolcadas lentamente por las enredaderas que se replegaban, Magda pensó en la presa de una araña, empaquetada y lista para ser digerida y devorada. Las abultadas enredaderas se detuvieron y soltaron las dos formas momificadas, que permanecieron inmóviles en el suelo ante Lukas. Magda vio que la más grande se retorcía y que dentro de ella algo empujaba contra las ataduras.

Cuando las ramas se desenrollaron y la hiedra cayó, dejaron al descubierto a Will y a James. El relojero tenía los ojos cerrados y el rostro pálido. James no paraba de parpadear, con la Caja Imposible aún aferrada contra el pecho.

—¡Os dije que os marcharais corriendo! —gritó Magda.

—Lo intentamos —respondió James con voz ronca.

Lukas se agachó para tomar la caja, pero el otro se resistió con un rotundo:

—¡No!

Después, se quedó callado, las manos se le cayeron a los lados y clavó la mirada en el techo del cenador: la pieza de ajedrez lo había inmovilizado. Lukas agarró la caja con la mano libre y se alejó unos pasos de Magda para volver a sentarse en el suelo con las piernas cruzadas. Mantenía la mano izquierda apretada en un puño, así que la pieza de ajedrez le permitía inmovilizar a todos los amigos de Magda sin ningún esfuerzo. Manejaba los objetos mágicos con gran facilidad. La joven recordaba la enorme cantidad de energía que Frank tuvo que emplear para paralizar a la gente en Regent's Park. Lukas, en cambio, no tenía que afanarse de igual modo. Colocó la caja delante de él, sobre la alfombra enmarañada, y abrió la tapa. Se asomó al interior en silencio.

Magda miró a su alrededor: Frank y Henry seguían paralizados en el mismo sitio, inmovilizados por las ramas, besados por las espinas y las rosas; James yacía en la carretera mirando hacia arriba, sin pestañear. Lukas no dejó de controlarlos. Will estaba tumbado junto a James, inconsciente e inmóvil.

«¿Está muerto? ¿El pobre Will está muerto? ¡Dios, no puedo soportarlo!».

Delante de ella, Lukas metió la mano libre en la caja sin quitarle ojo a Magda.

«¿Qué hago?».

Una promesa

Magda, desesperada, levantó la vista hacia la cúpula de ramas y flores que se alzaba sobre ella. ¿Cómo era posible que los acontecimientos se confabularan de tal manera que le tocase a ella lidiar con todo lo ocurrido? ¿Por qué recaía esa responsabilidad sobre sus hombros?

«Porque te encanta la magia, ¿a que sí, Magda? Es muy emocionante, ¿no?».

Miró primero a Frank y a Henry y luego a Will y a James con los ojos anegados en lágrimas. Allí estaban todas y cada una de las personas a las que conocía, las únicas a las que, de una manera u otra, se sentía unida. Y todas estaban heridas y destruidas, sometidas por completo al control de aquel hombre extraño e imposible.

Y delante de ella, sobre el tapiz de tallos y ramas, Lukas seguía sentado con un brazo dentro de la caja. La expresión del hombre cambió; asombrado, abrió de forma desmesurada los ojos y la boca, y se echó hacia atrás al sacar el brazo. La mano que emergió sostenía una flauta sencilla, tallada en una sola pieza de madera clara y con tres agujeros para los dedos a lo largo del cuerpo. Lukas estudió el instrumento durante unos segundos, lo hizo rodar igual que si estuviera liando un cigarrillo. Magda no tenía ni idea de para qué serviría la flauta.

«James sí lo sabría. Se ha aprendido el libro de memoria».

Desvió la mirada hacia él, pero no se movía. Seguía atrapado, controlado por la pieza de ajedrez que Lukas apretaba en la mano izquierda. Magda recordó el beso, el riesgo que corrió, tan impropio de ella. ¿Acaso solo tenía el valor necesario para hacer una cosa así cuando se estaba acabando el mundo? ¿Tan cobarde era? Odiaba pensar que aquel pudiera haber sido su último beso. Porque ¿dónde acababa todo aquello? ¿Qué podía pasar ahora para impedir que aquel desastre se extendiera? Londres ya estaba consumida por las monstruosas rosas de Lukas, ¿qué más sería capaz de hacer con las cosas de la Caja Imposible?

Magda no podía darle a Lukas lo que quería, pero tampoco podía impedir lo que haría si no se lo daba.

—¿Qué hará esto? —farfulló el hombre mientras posaba la flauta en el suelo, entre la caja y él.

—¿Por qué estás haciendo todo esto, Lukas? —preguntó Magda intentando mantener un tono ligero a pesar de las lágrimas, tratando de sonar como una amiga preocupada en lugar de como una extraña que lo desafiaba.

—¿A qué te refieres?

Él la miró mientras volvía a meter la mano en la caja.

La joven señaló hacia atrás a través del cenador; señaló hacia donde, más allá de las flores y las ramas, se encontraban Bell Street y las hileras de elegantes casas adosadas que ahora apenas se atisbaban.

—A todo esto. Has cambiado la calle con todas estas flores. Has bloqueado las casas y los negocios de un montón de gente. Estás cambiando la ciudad. ¿Por qué lo has hecho?

—No me gustan las ciudades —dijo Lukas—. Cuando era pequeño, hui de una ciudad porque nadie me quería allí. Me gusta la naturaleza. Las ciudades… son todo líneas rectas y cajas, y gente que se me queda mirando. Sin embargo, la naturaleza, las plantas, las flores y los árboles no me odian. No como me odia la gente. Así que la he cambiado. —Volvió a sacar la mano de la caja—. Me he dado cuenta de que puedo transformar las cosas si quiero. ¿Te gustan las flores de aquí? Son distintas a aquellas a las que estoy acostumbrado.

Abrió los dedos y mostró que tenía dos pequeños objetos en la palma de la mano. La agitó y los sencillos gemelos de oro rebotaron y chocaron entre sí, reflejaron la luz de las rosas resplandecientes que tenían encima y bañaron a Magda en destellos de múltiples colores.

—Me pregunto qué serán.

Uno de los girasoles extraños y larguiruchos, uno que tenía una enorme cabeza de color fuego llena de semillas, se balanceó ligeramente como para asomarse por encima del hombro de Lukas. Magda pensó que, aunque no le veía la boca, aquella flor tenía un aspecto carnívoro. Parecía hambrienta. De pronto, se convenció de que las semillas en realidad eran dientes y de que la flor se abriría y revelaría una gigantesca boca circular.

—Gemelos —dijo Magda—. Son unos gemelos.

Lukas la miró sin comprender.

—Se utilizan para abrochar los puños de una camisa —le aclaró mientras se daba unos golpecitos en la muñeca.

El hombre volvió a mirar los gemelos y Magda intuyó que su explicación no hacía que lo entendiera. Lukas los dejó junto a la

flauta.

—Yo era feliz solo —prosiguió mientras volvía a meter la mano en la caja. Magda se fijó en que el brazo le desaparecía hasta el codo—. Pero entonces Imelda me encontró, y ella tenía unos objetos que me parecieron distintos. Cosas que hacían cosas. Nunca conocí nada que me interesara de verdad. —Frunció un poco el ceño—. No recuerdo gran cosa de antes de conocer a Imelda. No había nada que mereciera la pena recordar. Pero entonces pasé a tener la mochila de Imelda y las cosas que contenía. No sabía qué eran, pero me gustaba tenerlas. Me gustaba usarlas. Pero yo no fui a buscarlas, Magda. No le pedí a Imelda que me encontrara. No la maté ni le robé los objetos. Fue un accidente.

La joven tragó saliva con dificultad por culpa de algo grande y caliente que le obstruía la garganta. Quería preguntarle a Lukas por su madre, por lo que Imelda le dijo el día de su muerte, por el aspecto que tenía. ¿Estaba feliz o triste? Pero, al mismo tiempo, no quería preguntarle esas cosas, porque quizá saberlo sería peor que no saberlo.

—Cogí los objetos, los investigué y los utilicé —continuó Lukas con su voz aguda y fina—. Era feliz solo, con mis flores y mis plantas. Pero entonces descubrí lo que hacía el mapa. Y el mapa me llevó hasta el hombre de la pistola. —Se le ensombreció la expresión—. Y él tenía el frasco. —Con los nudillos del puño izquierdo, le dio unos toquecitos al objeto que llevaba colgando de una cadena alrededor del cuello—. Cuando bebo del frasco, veo cosas. Veo la magia. Veo las alas. Tú tienes unas alas preciosas, Magda.

—Gracias.

«¿Por qué le das las gracias como si acabara de hacerte un cumplido en una fiesta?».

Porque darle las gracias a alguien que acaba de hacerte un cumplido es de buena educación. Magda no podía desprenderse de golpe de toda una vida de buenos modales, por muy descabellado que pareciera darle las gracias en aquellas circunstancias.

«Eso no importa. ¡Piensa! ¡Haz algo!».

—Yo no tengo alas —reconoció Lukas en un tono tristísimo—. Es lo que ha dicho el viejo. Soy distinto. No soy humano. Pero entonces el hombre de la pistola vino e intentó matarme. Y luego llegasteis tus amigos y tú. Yo no os pedí que vinierais. Vinisteis a buscarme.

—No, eso no es cierto, Lukas —replicó Magda mientras sacudía la cabeza con gran énfasis—. Yo ni siquiera sabía que existías.

El hombre empezó a sacar la mano por tercera vez.

—Yo sí sabía de ti —dijo—. Leí las palabras de Imelda. Decía que eras buena y que tenías muchos amigos. —Le sonrió, pero su expresión era de amargura—. Pensé que a lo mejor querías ser mi amiga. Los dos tenemos objetos mágicos. A los dos nos gustan las cosas mágicas. Eso es lo que les pasa a los amigos, ¿no? A los amigos les gustan las mismas cosas.

Esta vez, al sacar la mano de la caja, sostenía una pluma estilográfica negra con el plumín dorado. Era preciosa, pensó Magda, más que la flauta o los gemelos. Lukas la examinó, la hizo rodar entre los dedos y la colocó junto a los demás artefactos.

—Pero dijiste que me odiabas.

La joven dio un respingo ante la acusación y recordó haberle gritado aquellas palabras a Lukas antes de alejarse volando hacia la noche.

—Has torturado a mi madre, Lukas. ¡Has hecho que pierda la cabeza!

El hombre la miró y volvió a fruncir el ceño como si no lo entendiera.

—La devolví a la vida. ¿Por qué no iba a querer alguien que lo devolvieran a la vida? —Magda hizo un gesto de negación al darse cuenta de que aquel ser era incapaz de ver lo que hizo—. Estar muerto es malo. Estar vivo es bueno. La hice volver por ti, porque pensé que te gustaría. No es culpa mía que estuviera rota.

—¡Estaba sufriendo! —gritó Magda, y las ramas sisearon y se retorcieron por todas partes a modo de respuesta—. Tú mismo dijiste que se volvió loca. Pero ella es solo una parte más de todo esto. ¿Qué hay de todas las demás personas a las que has hecho daño? ¿Por qué has venido hasta aquí solo para destruir cosas?

—He venido porque tus amigos me robaron la caja —respondió—. Utilicé la navaja y el viento para seguirlos. Veo los colores de la caja, Magda, la magia. Los seguí hasta esta gran ciudad. Y entonces vi los colores del libro que tiene el viejo. Así que vine a verlo. Pero traje las flores porque me hacen compañía. No como las personas. No como tú.

La chica tragó saliva sin dejar de temblar. Odiaba la forma de hablar de Lukas. No hablaba como una persona normal, sino con frases cortas, repitiendo palabras e ideas cada dos por tres. Era antinatural, como todo lo relacionado con él.

—No le he hecho daño a nadie —prosiguió el artefacto con forma humana—. Solo a ese hombre de la pistola, pero porque él intentó matarme antes. Vino a buscarme, yo no lo busqué. Solo me defendí.

Magda volvió a señalar la calle.

—¿Y qué me dices de esto? ¿Qué pasa con todos los daños que has causado?

—¿Y qué pasa con todo el daño que me han hecho a mí? —replicó Lukas tal como hizo antes ante una acusación similar, sin emoción en la voz—. ¿Qué pasa conmigo? ¿Qué pasa con todo el dolor que he sentido durante toda mi vida? —El tono totalmente razonable con el que las formulaba hacía que sus preguntas resultaran aún más devastadoras—. ¿Por qué a nadie le importa cuando soy yo el que sufre?

Magda se encogió de hombros y se enjugó con las manos las lágrimas que le corrían por las mejillas irritadas.

—No lo sé —contestó con sinceridad—. Lo siento mucho, Lukas.

Pero él no pareció oírla.

—A nadie le importa el dolor que siento, así que ¿por qué tendría que importarme a mí el de ellos? Me importan las cosas que me gustan… Mis plantas y flores… Los objetos mágicos. —Negó despacio con la cabeza—. Y nada más. —Durante un instante, miró a Magda con los ojos muy quietos y sin vida, como los de un maniquí—. Tú no me importas, Magda. No eres buena. Si no vas a ayudarme, no quiero hablar contigo.

La joven estaba a punto de protestar, de intentar razonar con él una vez más, pero entonces algo le rozó el cuello, algo afilado y fino como un alambre. Luego lo sintió alrededor de la muñeca y, cuando bajó la mirada, vio que el tallo de una rosa se tensaba de repente y le tiraba del brazo hacia un lado. Una rosa grande, de un amarillo furioso, le floreció en la palma abierta, como una boca que se abre con avidez. Una segunda enredadera le agarró el brazo izquierdo de

la misma manera, tiró de ella hacia atrás y le reavivó el dolor del hombro.

«Esto es la magia, ¿no, Magda? Igual que en aquel pequeño pueblo de Alabama, igual que toda aquella locura. Tus amigos retenidos, muertos o moribundos. El mundo, cambiado. Un hombre peligroso e imparable. ¿De verdad es esto lo que ansías y te emociona?».

No lo era. Aquello no era ni por asomo lo que quería.

Entonces le vino a la mente la conversación que mantuvo con Henry en su casa aquella noche, justo después de volver de Hong Kong. ¿Qué era lo que le dijo su amiga?

«No podemos aferrarnos a las cosas infantiles para siempre».

En un instante de inspiración, Magda conectó dos pensamientos y se dio cuenta entonces de cuál era la respuesta, la respuesta que Henry le dio hacía ya días. Supo lo que tenía que hacer.

—¡Espera! —gritó, espoleada por la revelación que acababa de tener y por la necesidad de hablar antes de que las ramas la silenciaran para siempre—. ¡Te ayudaré! ¡Haré lo que quieres!

Las ramas se aflojaron, las espinas que le rodeaban el cuello retrocedieron un poco y la flor amarilla que tenía en la palma se retiró sobre sí misma. Lukas levantó la barbilla hacia ella y entornó los ojos con aire interrogativo.

—Haré lo que quieres —se apresuró a decir Magda—. Pero con condiciones.

Magda casi sentía las ondas de desaprobación de Frank transmitiéndose por el aire. Se lo imaginaba gritando mentalmente, exigiéndole que parara.

—¿Me ayudarás? —preguntó Lukas—. ¿De verdad?

—Con condiciones —repitió ella—. ¿Puedo sentarme, por favor? ¿Podemos hablar de ello?

Sin quitarle ojo, el hombre reflexionó sobre la petición durante unos instantes. A Magda le temblaba el cuerpo entero de inquietud.

—¿Como amigos? —probó a decir, y se odió a sí misma.

Lukas cedió y las enredaderas volvieron a moverse para desenredarla y liberarla.

«Uf, gracias a Dios».

Aliviada, cogió una enorme bocanada de aire, se frotó las muñecas y el cuello y se acomodó en la alfombra enmarañada frente a Lukas. Se sentó con las piernas cruzadas, igual que él, a pesar de que sentía las rodillas rígidas y doloridas. Después, miró hacia arriba un segundo. Allí, la iluminación de las flores del techo era distinta, de manera que se encontraba en un círculo de luz de un naranja y amarillo intensos. El rostro de Lukas también estaba bañado en aquel tono amarillo, lo cual le confería un aspecto aún más enfermizo. Como si estuviera hecho de cera.

—Gracias —le dijo al hombre—. Gracias por liberarme.

Lukas desvió la mirada hacia un lado, como si algo lo distrayera. Frank y Henry seguían allí, aún paralizados. Parecían unas marionetas monstruosas sostenidas por hilos, con los brazos doblados en ángulos incómodos. Henrietta estaba de puntillas, como si las ramas la levantaran un poco del suelo.

—Tu amigo, el viejo… —dijo Lukas—. Las alas le están cambiando de color. Está triste.

«Por supuesto que está triste. Cree que lo estoy traicionando. Y quizá, en cierto modo, eso sea justo lo que estoy haciendo».

—Te ayudaré, Lukas —dijo Magda mientras trataba de sacarse a Frank de la cabeza—. Si me prometes una cosa, te crearé a otra persona con el libro.

El hombre paseó la mirada alrededor de la chica, examinó el espacio que le quedaba a los costados y por encima de la cabeza, como si estuviera estudiando algo que tenía detrás.

«Las alas. Te está mirando las alas. ¿Qué verdades le dirán? Tienes que imaginarte lo que va a pasar. Contarte la historia de lo que él quiere: le crearás un amigo. Usarás el libro. Esa es la verdad. Esa es la historia, imagínatela, Magda. ¡Eres escritora, imagínate la historia!».

Lukas no dijo nada sobre sus alas. Solo preguntó:

—¿Qué promesa?

Ella señaló con la cabeza la Caja Imposible, que descansaba entre ambos sobre el lecho de flores silvestres.

—Quiero que me prometas que me darás la caja con todos los objetos que había dentro.

El hombre bajó la mirada hacia el artefacto con el rostro inexpresivo.

—Y quiero las cosas que le quitaste a mi madre. Su diario, los objetos que llevaba en la mochila. Lo quiero todo.

—Pero me gustan los objetos mágicos —murmuró Lukas para sí, y a la joven le pareció que estaba batallando con la decisión.

—Lo sé —dijo mientras asentía para tratar de demostrar que estaba de su lado—. Es una decisión sobre tus preferencias. ¿Prefieres estar solo con los objetos mágicos? ¿O quieres renunciar a los objetos mágicos y tener un amigo?

Él se enderezó un poco, apoyó las manos en las rodillas, y la mirada que le lanzó a Magda en aquel momento fue más calculadora. Ladeó un poco la cabeza y entornó los ojos.

—Es un truco.

La joven se encogió de hombros y sintió que una lágrima nueva le resbalaba por la mejilla. Lukas tenía que confiar en ella.

—No es un truco. Te ayudaré si me dejas. Solo tienes que renunciar a los objetos mágicos.

El hombre no reaccionó. Estaba en equilibrio sobre el precipicio que decidiría si la pesadilla terminaría o no. La luz iba cambiando a medida que las flores florecían y morían, los colores rebotaban contra el cristal y el metal de los coches que Lukas tenía detrás. Lo único que se oía era el crujir constante que los rodeaba, el repiqueteo de la lluvia y el ulular de las sirenas lejanas.

«Este es el momento. Tienes que lograr que funcione. Por Frank, por Henry y por el pobre Will. Y por James y por ti. Por todos. ¡Haz que se lo crea!».

Le tendió la mano a Lukas, como si acabaran de conocerse y se estuvieran presentando.

—Deberíamos estrecharnos la mano.

—¿Para qué? —preguntó sin entender a qué se refería.

Ella intentó sonreírle, e intentó que la sonrisa fuera más amistosa que temerosa.

—Es lo que hace la gente cuando cierra un trato, cuando hace una promesa. Se estrechan la mano. Es lo que hacen los amigos cuando se encuentran. Significa que confiamos el uno en el otro.

Lukas miró la mano extendida de la chica durante unos instantes, los suficientes para que a Magda empezase a temblarle el brazo,

para que empezara a notarse los latidos del corazón en los oídos. Entonces, el hombre levantó los ojos hacia los de ella y le cambió la cara: la línea de la boca se le suavizó y los músculos de las mejillas se le relajaron. Aunque seguía teniendo los ojos inexpresivos y sin vida, el resto del rostro contaba la historia de un cambio de opinión, de una decisión tomada.

«Ha decidido creer».

Lukas reunió los artefactos que tenía delante —la flauta, los gemelos y la pluma estilográfica— y los metió en la mochila de Imelda. Luego, dejó caer en la bolsa la pieza de ajedrez que tenía en el puño izquierdo. Se echó hacia delante como para estrecharle la mano a Magda, pero se detuvo dejando los dedos suspendidos en el aire a unos treinta centímetros de los de ella.

—Es porque no quiero estar solo. No quiero hacerle daño a nadie.

Magda sonrió a pesar de las lágrimas que le caían a raudales por las mejillas.

—Lo sé, Lukas, lo sé —dijo con la voz quebrada a causa de la emoción, con la garganta ardiendo y dolorida.

Por fin, el hombre le agarró la mano a Magda. Esta notó la calidez y la aspereza de su piel, los dedos de nudillos gruesos, y se estremeció para sus adentros ante el contacto. Entonces, Lukas esbozó una sonrisa, y ella pensó que intentaba demostrar que estaba contento, que la creía.

Todo cambió en un instante, cuando Magda lo traicionó.

Cosas que se guardan

—Lo siento, Lukas —dijo Magda mientras le estrechaba la mano—, pero ahora tengo que guardarte.

Antes de que el hombre pudiera asimilar el significado de sus palabras, antes de que le diera tiempo a hacer algo más que fruncir el ceño, Magda lo agarró por la muñeca con la mano libre. Poniéndose de rodillas y empujando con todo el peso de su cuerpo, tiró de la mano de Lukas hacia la boca abierta de la Caja Imposible.

Magda recordó lo que Frank le dijo en el sótano de Bell Street Books: «Aquí dentro puedes meter cualquier cosa, de cualquier tamaño. No solo los objetos que parezca que van a caber. Cualquier cosa. Lo único que tienes que hacer es empujarla hacia dentro, y entonces la caja la agarrará y la retendrá».

Cualquier cosa. Solo tienes que empujarla y la caja la agarrará y la retendrá.

Los dedos de Lukas ya estaban dentro antes incluso de que el hombre empezara a resistirse tensando el brazo y apretando los músculos.

—¡Me has mentido! —le gritó con los ojos destellando de rabia.

Magda apartó la mirada, incapaz de soportar la furia y el miedo que, fruto de su traición, le invadían el rostro. Empujó la mano de Lukas con todas sus fuerzas hacia la Caja Imposible para tratar de guardarlo como habría hecho con cualquier otro artefacto.

—¡No! —gritó él, y Magda percibió unos susurros y crujidos repentinos cuando las ramas, los tallos y las flores empezaron a retorcerse con inquietud por todas partes.

Los tallos azotaban el aire como látigos, las espinas le rasgaban las mejillas irritadas a Magda y le destrozaban el impermeable, pero ella no prestó atención. Toda su energía y el peso de su cuerpo estaban volcados contra Lukas.

—¡No! —volvió a gritar este, un alarido aterrado y agudo, y las flores que tenían encima y alrededor destellaron y parpadearon mientras las ramas golpeaban el suelo.

Magda notó algo en la pierna, pero lo ignoró; sintió que le golpeaban los talones, pero no se distrajo. Luego, captó un movimiento por el rabillo del ojo y ya no pudo seguir haciendo caso omiso de lo que ocurría. Vio ratas, miles de ratas, algunas de ellas tumbadas boca arriba, que aparecían como de la nada y luego se ponían a cuatro patas de un salto; otras ya correteaban y husmeaban el aire.

«¿Qué coño es esto? ¿Es capaz de atraer a las ratas?».

Un zumbido le llenó los oídos, el creciente rumor de cientos de moscas, abejas, avispas y otros insectos. Por fin, Magda miró a Lukas, el rostro contorsionado e iracundo del hombre, y vio el crucifijo que le colgaba del cuello, que se balanceaba libremente en el aire mientras forcejeaba contra ella.

«¡Está resucitando a todos los seres muertos!».

Sintió que le flaqueaban las fuerzas, que su determinación se disipaba, que el cuerpo dolorido empezaba a fallarle.

«¿Y si no puedo detenerlo? ¿Qué le hará al mundo ahora que lo he puesto furioso?».

Los brazos le temblaban debido al esfuerzo. Era demasiado débil para aquel hombre. ¿Cómo se le ocurría pensar que podría vencerlo en un enfrentamiento físico?

Un siseo y un chillido le llenaron los oídos y vio un gato negro que corría a toda velocidad entre las flores persiguiendo a las ratas. Entonces vislumbró otro gato, blanco y marrón, y se preguntó cuántas más cosas muertas aparecerían en el cenador.

La resistencia de Lukas cambió y Magda lo vio girar la cabeza hacia la mochila, que estaba a escasos metros de distancia. Empezó a tirar hacia ella, a alejarse de Magda, en lugar de hacer fuerza hacia arriba para salir de la caja.

«Si llega a la mochila, agarrará la pieza de ajedrez y todo acabará».

Se produjo un movimiento al lado de Magda, un destello que atisbó por el rabillo del ojo, y la joven se estremeció al pensar que algo más grande que una rata venía a por ella. Cuando volvió la cabeza, descubrió que se trataba de Will, que de repente se plantó junto a ella y agarró el brazo de Lukas poniendo las manos pegadas a las de ella. El relojero tenía los dientes apretados en una mueca y el pelo le caía sobre los ojos. Gracias a su peso y a su fuerza, la mano de Lukas volvió a hundirse en la caja.

Una oleada de alivio y esperanza inundó a Magda. Miró más allá de Will y vio a Frank y a Henry forcejeando contra las enredaderas que los oprimían, contra las espinas que se les clavaban en la piel hasta hacerles sangre. Henry se estiraba para intentar alcanzar el anillo que había tirado al suelo justo detrás de ella. Y James estaba de rodillas, liberado del control de la pieza de ajedrez, contemplando

con los ojos desorbitados la invasión de ratas y gatos, de bichos en el aire.

—¡Henry, ayuda! —gritó la joven, pero no sabía si James o ella la oirían por encima del zumbido de los insectos.

Magda miró a Lukas y vio que él también estaba enseñando los dientes, que tenía los ojos horribles abiertos como platos. Mientras su hedor continuaba abrumándola, el hombre volvió a mirar hacia un lado y, una vez más, intentó estirar la mano libre hacia la mochila.

«Mételo en la caja antes de que alcance la pieza de ajedrez o se acabó el juego».

Las moscas y los bichos que revoloteaban en el cenador oscurecían el aire alrededor de la cabeza de Magda; era como si alguien mandara a las criaturas a atacarla. Oía a Will gruñir a su lado mientras ambos empujaban el brazo de Lukas, y las ratas le hacían cosquillas en la espalda y en las piernas al corretear sobre ella, le chillaban al oído cuando le trepaban por el pelo. Las yemas de los dedos de su adversario iban acercándose poco a poco a la bolsa.

—¡No! —gritó la joven con las cuerdas vocales inflamadas.

Cuando abrió los dedos de una mano y los apartó del antebrazo de Lukas, Will le lanzó una mirada afilada e inquisitiva. Magda agarró el colgante que llevaba alrededor del cuello, el regalo de su madre, y, mientras veía a James tomar el anillo de Henry del suelo, se concentró en las burbujas de gravedad que rodeaban a Lukas. Hizo caso omiso de todo el estruendo, del alboroto y la actividad y silenció su mente. En cuanto sintió las familiares burbujas, las movió. Levantó al hombre en el aire, acompañado de un puñado de ratas. De repente, sin suelo en el que apoyarse, Lukas no pudo

seguir haciendo palanca y Magda y Will le hundieron la mano y el brazo en el interior de la caja.

Algo sólido golpeó a Magda en el hombro con la intención de abatirla. Al mirar hacia arriba, vio que unos altísimos girasoles naranjas se balanceaban violentamente hacia ella sobre el tallo delgado. También se dio cuenta de que, en la cúpula superior, había enredaderas de hiedra que revoloteaban como cintas y se estiraban para alcanzarla derribando moscas y avispas en pleno vuelo. Las rosas de Bell Street, que ocupaban todas las paredes y el techo que tenía encima, se hinchaban y palpitaban, lanzaban destellos de enfermizos colores neón, y el cenador entero temblaba y se retorcía, bien tratando de ayudar a Lukas, bien cantando su ira y su miedo.

Entonces, el hombre gritó y todas las flores, ramas y árboles chillaron, se estiraron e intentaron salvarlo.

Otro par de manos se unió al forcejeo, unos dedos largos y elegantes que se colocaron sobre los de Magda y empujaron hacia abajo. La chica vio a Henrietta, por fin liberada de sus ataduras, con la boca apretada y el pelo pegado a la frente, apelmazado por el sudor y la sangre. Los tres juntos continuaron empujando a Lukas hacia la Caja Imposible.

En aquel preciso instante, Magda lo sintió: una tracción repentina cuando la Caja Imposible se apoderó de él, cuando el artefacto que era Lukas quedó atrapado en su interior.

Relajó los dedos para hacer una prueba y el brazo del hombre no se movió. La caja lo había apresado.

Magda lo miró a la cara durante aquellos últimos segundos, mientras la Caja Imposible lo iba absorbiendo, y vio el terror que le invadía los ojos. La joven supo que viviría con la imagen de aquella

expresión para siempre, que la perseguiría. Cuando Will y Henry soltaron al hombre y cayeron de espaldas, pensó en volver a disculparse o en sacudir la cabeza para transmitirle algún tipo de arrepentimiento, pero no hizo ninguna de las dos cosas. Se limitó a mirarlo mientras retrocedía con las rodillas doloridas.

Lukas se hundió de forma imposible en la caja. Primero el brazo hasta el codo y luego el hombro. Magda contempló la expresión horrorizada del hombre cuando este miró hacia abajo, hacia su destino. Dio la sensación de que la luz y la realidad se plegaban, era como observar una ilusión óptica en el mundo real. Una vez que el hombro desapareció en el interior de la caja, Lukas pareció doblarse y derrumbarse sobre sí mismo, como si el espacio y el tiempo se curvaran igual que un codo; la cara se le estiró y alargó de forma horrible en un grito exagerado. Entonces, la cabeza de Lukas desapareció y, con ella, su grito y su torso. Finalmente, no quedó nada; solo una caja de madera con la tapa abierta, posada en el suelo y rodeada de ratas que correteaban e insectos que zumbaban.

—Y eso es lo que se hace con los artefactos —graznó Frank desde detrás de Magda. Estaba desplomado en el suelo, apoyado sobre el regazo de James. Tenía arañazos ensangrentados alrededor del cuello y la piel de la cara del color del papel de periódico; la luz de los ojos se le estaba apagando. Miró a Magda a la cara—. Los guardas.

—¿Se quedará ahí dentro para siempre? —preguntó Will con la voz aguda al mismo tiempo que le daba una patada a una rata que se atrevía a acercarse a él.

—No puede salir —murmuró Frank, que cerró los ojos y sonrió—. A menos que alguien lo saque.

Magda exhaló con fuerza para expulsar el terror y el miedo, pero se dio cuenta de que aquello la dejaba vacía. No había ni alegría ni alivio ni placer; el armario de sus emociones estaba vacío.

Pensó en la expresión de Lukas en el momento en el que lo traicionaba, en su cara, y se estremeció como si la golpearan.

«Has metido al genio en la lámpara y ahora está allí solo, atrapado. ¿Está sufriendo? ¿Está asustado? ¿Está llorando y golpeando las paredes? ¿Qué ha hecho para merecerse eso, Magda? ¿Qué ha hecho en realidad?».

Cerró los ojos un instante mientras sacudía la cabeza y deseaba, por primera vez en su vida, que su imaginación no fuera tan poderosa.

«¿Era malo de verdad, Magda? ¿Era la única manera?».

Volvió a abrir los ojos para intentar concentrarse en cualquier cosa que no fueran las imágenes y las preguntas que le ocupaban la mente.

A su alrededor, la luz de las flores se atenuó y las ramas y los brotes se combaron. Ahora que la magia que lo alimentaba y sostenía había desaparecido, el cenador empezaba a derrumbarse y a dejar al descubierto el cielo nocturno, el beso frío de la lluvia y las familiares hileras de casas adosadas que bordeaban Bell Street.

Cosas que llegan a su fin

Magda se puso en pie con dificultad, se acercó a Frank dando tumbos y se dejó caer a su lado sobre el lecho de flores marchitas.

—¡Frank! —suplicó mientras lo sacudía.

Cobró conciencia de que Henrietta estaba arrodillada frente a ella, junto a James. El anciano no respondió.

La joven observó a Henry mientras esta le tomaba el pulso y, luego, le acercaba la cabeza al pecho. Will estaba justo detrás de ella, incómodo, cambiando constantemente el peso de un pie al otro. Los aludes de ratas menguaron a su alrededor cuando las criaturas empezaron a escabullirse hacia la noche. Magda oyó gritos que le parecieron lejanos, el ulular de las sirenas y el repiqueteo de la lluvia, que iba intensificándose a medida que el techo que los cubría se hundía y derrumbaba.

—¡Frank! —gimió Magda con los ojos llenos de lágrimas que le nublaban la vista.

Henrietta se dejó caer hacia atrás apoyándose en una mano.

—Ha muerto.

«¡No, no ha muerto! ¡Eso no puede ser! ¡Me niego!».

Volvió a sacudir a Frank y le pareció que estaba zarandeando algo ligero y vacío.

—¡Frank, despierta! —La cabeza del hombre resbaló hacia un lado —. ¡Hazle la reanimación cardiopulmonar o algo así! —Miró a Henrietta con furia—. ¡Haz algo, Henry!

—¿Hacer qué? —le preguntó ella en voz baja, con delicadeza. Miró al anciano y luego negó despacio con la cabeza—. No —dijo—. Ha muerto. No hay nada que pueda cambiarlo.

En aquel momento, Magda odió a Henrietta por ser tan insensible como para decirle la pura verdad, por aceptar con tanta facilidad el hecho de que Frank se había ido.

«Frank nunca le cayó bien. Seguro que se alegra de que haya muerto».

—Podrías usar el crucifijo —sugirió James, y la mente de Magda se aferró a aquella idea como un hombre hambriento se aferra a una barra de pan.

Desvió la mirada hacia la Caja Imposible. Lukas lo llevaba puesto cuando desaparecía en su interior.

«Pero a lo mejor eres capaz de sacar solo el crucifijo, ¿no? De dejar a Lukas donde está y recuperar solo la cruz».

Se mordió el labio mientras recordaba lo ocurrido en Alabama, la cosa que fue su madre.

—Yo diría que lo último que necesitamos ahora mismo es más magia —dijo Will. Parecía agotado—. Magda, por favor, ¿no te parece suficiente?

La joven lo miró. A pesar de las lágrimas, se dio cuenta de que el relojero era la imagen misma de la desolación. Estaba despeinado —algo totalmente impropio de él— y empapado de lluvia, y tenía las rodillas de los pantalones manchadas de barro. La miraba suplicándole que no hiciera ninguna tontería, y Magda supo que tenía razón. Supo que sería imposible que utilizara el crucifijo para resucitar a Frank. Que el anciano no la perdonaría si lo hacía.

Henrietta se inclinó hacia Magda y le tomó las manos entre las suyas mientras la miraba a los ojos.

—Se ha ido —dijo.

—¡Ha muerto por mi culpa! —se lamentó Magda.

—No —respondió Henrietta, que sonrió a pesar de que la joven vio que tenía los ojos llenos de lágrimas—. No, no se ha ido por eso. Sabes que no son más que el dolor y la tristeza, que se unen e inventan historias.

Magda contempló el cuerpo sin vida de Frank, las gotas de lluvia que le salpicaban el rostro.

«Es increíble lo rápido que se desvanece la magia de la vida. Es increíble que algo tan lleno, algo rebosante de emociones, experiencias y opiniones, se vacíe tan rápida y silenciosamente».

—¿Qué voy a hacer sin ti, Frank? —le preguntó Magda, pero él ya no estaba allí para responderle.

Magda se dejó caer sobre la carretera, entre los escombros y las flores muertas, y contempló los rostros de los curiosos de la calle, sintió la lluvia en las mejillas.

Estiró un brazo y, cuando le agarró la mano a Frank, notó que las lágrimas se desbordaban, que los sollozos le sacudían el cuerpo. Le dolía todo: las articulaciones y las extremidades, el corazón y el alma. Se percató de que James rodeaba el cuerpo para colocarse a su lado y abrazarla. Y entonces Will se sentó en el bordillo y se quedó mirando al vacío con las manos entrelazadas entre las rodillas.

Y Magda siguió llorando durante un rato mientras la calle se llenaba de gente, de charlas y, por último, de luces azules que giraban en el aire húmedo.

Cosas que empiezan de nuevo

Diez días después de la muerte de Frank Simpson, Magda, Will, Henrietta y James se reunieron de nuevo en Bell Street Books. Asistieron al funeral y a la cremación en el West London Crematorium, y luego regresaron juntos a Marylebone sentados en silencio en la parte trasera de un taxi, todos vestidos de negro para la ocasión.

Las calles de Londres estaban recuperando algo parecido a la normalidad, pero aún quedaban vestigios de aquella noche de caos: restos de pétalos de rosa y de ramas junto a los bordillos, girasoles naranjas medio podridos y desperfectos en los edificios y los vehículos, incluso ratas que correteaban por los callejones y se enjambraban alrededor de los contenedores de basura. Los medios de comunicación seguían analizando todo lo sucedido. En los días de aturdimiento que siguieron a la muerte de Frank, Magda se empapó de parte de ello: los especiales de televisión y las fotos de portada de los periódicos, las historias de algunas de las personas que sobrevivieron a las repentinas explosiones de plantas y flores por toda la ciudad. Había teorías conspirativas sobre experimentos del Gobierno y sugerencias de que el mundo natural estaba luchando para defenderse de la humanidad. Había expertos que no sabían nada, portavoces de la Policía, testigos oculares y promesas de investigaciones gubernamentales. Todo ello se reducía a mucha especulación y poca información. Y ahora, días después, Londres

seguía con su rutina: la gente iba al trabajo, quedaba para tomar algo o para comer. ¿Qué iban a hacer si no?

Cuando Magda y los demás llegaron a Bell Street Books, subieron en tropel al apartamento de Frank y entraron en su salón. Se quedaron de pie junto a la encimera de la cocina mientras Magda les servía una copa de *whisky* a cada uno.

—Brindemos —ordenó, y todos levantaron la copa, incluso Will, del que la joven esperaba que se quejara de que no le gustaba el *whisky*. Sin embargo, el relojero no dijo nada, se limitó a llevarse la copa al pecho y a esperar a que Magda hablara—. Por Frank —dijo esta con la copa en alto. Se bebió el líquido y el sabor estuvo a punto de provocarle arcadas—. Dios, odio el *whisky* —masculló mientras se limpiaba la boca con la manga.

—Huy, qué va, está bueno —replicó Henrietta, que chasqueó los labios en señal de aprobación.

—Ahumado —convino James con un gesto de asentimiento.

Will hizo una mueca que reflejaba a la perfección los sentimientos de Magda y dejó su vaso junto al de la joven en la encimera. Ella lo miró a los ojos y, en ese momento de aversión compartida hacia el licor, sintió una extraña afinidad con él. El hombre asintió con la cabeza, como si también notara la conexión.

—Tengo que irme —dijo cuando ya comenzaba a alejarse.

La rabia prendió en Magda como una cerilla cuando se dio cuenta de que Will quería marcharse así de rápido, de que no quería quedarse con ellos y compartir recuerdos de Frank.

—Espera, Will —le dijo—. Antes de que te vayas, necesito hablar con los tres.

El relojero dudó un momento, pero cedió ante la presión de la mirada de Magda.

—Quiero haceros una pregunta a todos —continuó la chica antes de que Will pudiera decir nada más—. Es importante.

—Oh, oh —murmuró Henrietta, y Magda vio que le guiñaba un ojo a James.

Era consciente, y ahora disfrutaba, del hecho de que Henrietta y James se hicieran amigos tan rápidamente. Ambos la apoyaron muchísimo a lo largo de los últimos días y la ayudaron con los trámites burocráticos derivados de la muerte de su amigo. Los servicios habituales se vieron desbordados, superados por la cantidad de londinenses que requerían asistencia. Frank se unió a las filas de los que fallecieron durante los acontecimientos, de los que se cayeron o a los que les falló el corazón: no era más que otro anciano afectado por el caos. Se pusieron de acuerdo en contar que las rosas de Bell Street rompieron el escaparate de Bell Street Books y que, debido a la conmoción y el horror que le provocó todo lo sucedido, el librero sufrió un colapso. Les contaron esa historia varias veces a los sanitarios y a los de la funeraria, e incluso a los policías agotados que fueron a tomarles declaración. Nadie parecía sorprendido ni preocupado en exceso; al fin y al cabo, Frank era viejo y había estado en el hospital hacía solo unos días. Además, aquella noche ocurrieron cosas mucho más extrañas en toda la ciudad. Al final, tras una semana de retrasos, les entregaron el cuerpo del hombre para el funeral.

Magda los miró a los tres, de pie frente a ella en el salón de Frank.

—La Sociedad ha defendido algo durante mucho tiempo —dijo a pesar de que se notaba tensa, como si estuviera dando un discurso

en una boda e intentase estar a la altura de las expectativas—. Y creo que, después de todo lo que hemos vivido a lo largo de los últimos días, entendemos por qué. Hemos visto la realidad de lo que estos objetos, estos artefactos mágicos, son capaces de hacer. De lo que pueden hacer si caen en malas manos.

James asintió con seriedad; Henrietta bebió un sorbo de *whisky* sin apartar la mirada de Magda; y Will mantuvo la mirada clavada en el suelo, con las manos metidas en los bolsillos.

—La Sociedad de los Objetos Extraordinarios debe continuar —dijo —. Yo la presidiré. —Miró a Will para ver si tenía alguna objeción al respecto, pero el hombre ni siquiera levantó la vista del suelo. En cualquier caso, Magda dudaba que quisiera seguir teniendo nada que ver con la Sociedad—. Sin embargo, será distinta a como la entendía Frank —continuó—. No estoy de acuerdo con algunos de sus métodos, pero debemos proteger al mundo de los objetos mágicos. De los que tenemos y de los que aún están ahí fuera.

—¿Qué quiere decir eso exactamente, cielo? —preguntó Henrietta con un atisbo de sonrisa en los labios.

Magda cambió de postura con ademán incómodo mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas.

—Uf, a la mierda. Lo que quiero decir es: ¿queréis formar parte de mi pandilla?

A Henrietta se le iluminaron los ojos de alegría y James soltó una carcajada.

—Una nueva sociedad. Una nueva generación. Acordando entre todos qué hacemos y cómo lo hacemos. Sin dictadores, sin secretos. Juntos, intentando mantener el mundo a salvo.

—¿Me lo estás pidiendo a mí también? —preguntó James al mismo tiempo que se señalaba el pecho.

Ella asintió a modo de respuesta.

—Ajá. Quiero a gente en la que confíe y tenemos una vacante. ¿Te unirás?

El hombre apuró el último trago de *whisky*.

—Joder, sí —dijo. Luego, controló su entusiasmo y frunció el ceño —. Aunque vivo en el otro lado del mundo. Puede que tenga que mudarme.

El ceño fruncido se le transformó en una sonrisa dirigida a Magda, y a esta le pareció que la expresión contenía un mensaje secreto.

—Bueno, creo que podríamos arreglarlo —contestó mientras le devolvía la sonrisa—. ¿Henry?

Henrietta agarró la botella y se sirvió otra copa.

—No voy a decir que no —contestó despacio, eligiendo las palabras con mucho cuidado—. Pero tampoco voy a decir que sí. Voy a decir que ya veremos cómo va. Haría cualquier cosa por ti, Magda, lo sabes. Pero tal como decía Frank en su carta, me cuesta mucho aceptar las normas y la autoridad. Es mi punto débil.

Se encogió de hombros, como si no pudiera hacer nada al respecto.

—Lo entiendo —dijo Magda, que sonrió a pesar de que se sentía un poco desanimada: se había hecho ilusiones de que Henry se mostrara más entusiasmada.

—Pero ¿por qué no me pones en copia en los correos electrónicos y esas cosas? —sugirió Henrietta, como si percibiera la decepción de la joven—. Así me uniré a vosotros siempre que pueda. ¿Qué opinas? ¿Te parece buena idea?

—Sí, buena idea.

Magda se volvió hacia Will.

El relojero tenía los brazos cruzados y los labios fruncidos.

—¿Will? —le preguntó—. Necesitamos a alguien como tú. Necesitamos a alguien a quien no le guste la magia. A alguien que sea nuestra conciencia. Que nos mantenga a raya.

El hombre suspiró y miró hacia la ventana que Magda tenía detrás, hacia los tejados de Marylebone. A la chica le pareció que estaba batallando consigo mismo, pero no tenía claro qué era lo que iba a decidir.

—¿Puedo pensármelo? —preguntó al final en voz baja—. ¿Me das un poco de tiempo?

—De acuerdo —dijo Magda—. Por supuesto, Will.

Este asintió y a la joven le dio la sensación de que, simplemente, no quería decirle que no a la cara.

—Me temo que ahora tengo que irme. Estoy haciendo esperar a mis clientes.

Agachó la cabeza en señal de disculpa, les lanzó una mirada rápida a Henrietta y a James e hizo ademán de marcharse.

—¿Un abrazo rápido? —preguntó Magda con los brazos abiertos—. Por los viejos tiempos.

El hombre accedió y se dieron un abrazo breve.

—Gracias, Will —le dijo Magda al oído.

—¿Por qué? —preguntó.

—Por pensártelo.

Lo soltó y él la miró a los ojos con una expresión indescifrable. Luego, se dio la vuelta y se fue.

Tras la marcha de Will, los tres bajaron al sótano, a la sala de reuniones de la Sociedad. Seguía estando hecha un desastre. Todavía había manchas de sangre de Frank en el suelo, y la cara dañada del Chifonier de Relojería miraba hacia la habitación. La Caja Imposible y todo su contenido, junto con el libro de la preciosa cubierta dorada, estaban en la caja fuerte detrás de la estantería, donde permanecían desde la noche de la muerte del librero. A Magda no le gustaba pensar en la Caja Imposible, puesto que solo le evocaba imágenes que prefería olvidar: no de Frank, aunque eso también era difícil, sino de Lukas y de la esperanza que le invadió los ojos antes de que ella lo traicionara. Intentaba olvidarse de esa imagen. Se sorprendía preguntándose cómo se encontraba Lukas dentro de la Caja Imposible. ¿Seguía consciente? ¿Flotaba en un vacío imposible? ¿Era feliz rodeado de todos los demás objetos mágicos? ¿O estaba sufriendo?

Como si le leyera el pensamiento, o tal vez porque Magda se quedó mirando con fijeza la estantería que ocultaba la caja fuerte, James le preguntó:

—¿Piensas en Lukas?

Intentó librarse de la pregunta encogiéndose de hombros y evitando su mirada.

—Claro que piensa en él —dijo Henrietta—. Estaría loca si no lo hiciera.

—¿Alguna vez piensas en lo que podrías haber hecho? —insistió James mientras la joven pasaba a su lado camino de la mesa del centro de la estancia.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, aunque en realidad no quería hablar del tema.

—Bueno —contestó el hombre, que frunció el ceño y miró al suelo —. Tienes un libro mágico capaz de crear cualquier cosa. ¿Te preguntas si podrías haber creado algo para…? No sé, ¿para curarlo, como las pastillas me curaron a mí?

Magda lo miró a los ojos oscuros. La pregunta la irritaba, pero no sabía por qué.

—No podía curarlo —respondió Henry, que negó con la cabeza una sola vez—. ¿Curarlo cómo? ¿Haciendo que no repeliera tanto a la gente? Habría seguido siendo inmortal, ¿no? Además, lo sabía todo sobre nosotros. No. Demasiado arriesgado. Encerrarlo era la mejor opción. Magda hizo lo que había que hacer.

James asintió despacio, pero no apartó la mirada de Magda. Esta intuyó que quería que fuera ella quien contestara.

—Pienso en él a todas horas —reconoció, y oyó que la voz le temblaba bajo el peso de aquella verdad—. Odio lo que tuve que hacer. Detesto sentir que lo traicioné. Creo que jamás olvidaré su forma de mirarme. —Volvió a encogerse de hombros—. En cierto sentido, Lukas no hizo nada malo, ¿no? No era malvado… Solo era… peligroso.

Dejó escapar un suspiro profundo y miró hacia el suelo para tratar de calmar la brutal batalla de emociones que se libraba en su interior. La pena por el funeral de Frank, la desesperación por todo lo que descubrió sobre su madre, el horror por todo lo vivido y lo que le hizo a Lukas. Muchos sentimientos, más de los que Magda estaba acostumbrada a manejar.

Volvió a mirar a James.

—El hecho de que lo deteste y de que sea lo peor que he hecho en mi vida no significa que estuviera mal. No significa que no fuese

lo que debía hacer.

James le sostuvo la mirada en silencio, como si estuviera reflexionando sobre su respuesta. Al final, para gran alivio de Magda, asintió y sonrió. La expresión se le suavizó hasta convertirse en la que ella prefería, en la que ella adoraba. El ambiente se relajó y la joven sintió que sus emociones agitadas también se aplacaban un poco.

—Si vas a mantener en activo la Sociedad, ¿puedes buscar una sala de reuniones más alegre? —sugirió Henrietta mientras señalaba a su alrededor con el vaso de *whisky* en la mano—. Que al menos tenga un poco de luz natural o algo así.

La chica se echó a reír.

—Sí. Supongo que no hace falta que nos reunamos aquí.

—Un asunto para otro día —dijo Henrietta.

—¿Así que este es el Chifonier de Relojería? —preguntó James, que cruzó la sala para contemplarlo con las manos en las caderas—. Es muy bonito.

—Sí —confirmó Magda—. Es un mueble precioso. Una pena lo de los agujeros de bala.

—Seguro que encuentro un buen artesano —dijo James tras volver la cabeza por encima del hombro para mirarla—. Puedo encargarme de que lo reparen. De que lo arreglen. Las marcas no desaparecerán jamás, pero quizá no sea mala idea, si quieres seguir teniendo un chifonier en el que guardar todas las cosas.

—Me encantaría —admitió Magda. Le parecía que el Chifonier de Relojería era una parte esencial de la Sociedad, aunque hiciera muchos años que no lo utilizaban. Ella quería que lo fuera. Miró a Henry. —¿Qué te parece?

Henrietta se encogió de hombros, indiferente, y bebió otro trago de *whisky*.

—Si te apetece, quédate con el mueble bonito, cariño.

—Yo creo que estaría bien —dijo James mientras acariciaba uno de los agujeros de bala con una mano—. Requerirá tiempo. Tendría que encontrar a un ebanista excepcional, y los buenos artesanos están muy solicitados. Puede que tenga que venir a Londres a menudo. —Miró a Magda—. Si no te importa tenerme por aquí.

La joven sintió que Henry los observaba. La miró de reojo y vio que tenía una sonrisa burlona dibujada en la cara. Magda volvió a mirar a James, que esperaba pacientemente.

—Uf, ven aquí —dijo.

Cruzó la habitación, agarró a James y lo atrajo hacia ella para darle un segundo beso.

—Bien hecho —murmuró Henry tras ellos—. Y ya era hora, caray.

Epílogo

Frank’s Books

Dos meses más tarde

En una gélida tarde de invierno, unas semanas después de la muerte de Frank, Magda se sentó detrás del escritorio de la librería y, a través del escaparate, contempló Bell Street mientras caía la noche. Estaban a finales de año, cuando las horas de luz diurna eran breves y fugaces y las noches, largas y oscuras, aunque ahora iluminadas por las luces y los adornos navideños. Era la época perfecta del año para acomodarse en un sillón con una bebida caliente y soñar despierta, para inventar historias, tramas y personajes. Magda no había vuelto a escribir aún, pero sabía que no tardaría en hacerlo. Tenía muchas ideas mezcladas en la cabeza: momentos, imágenes y recuerdos recopilados a lo largo de las últimas semanas. Necesitaba estructurarlos y organizarlos en forma de historias. Se tomaría su tiempo: el próximo libro surgiría cuando estuviera listo.

Se echó hacia delante para limpiar parte de la condensación del escaparate y sintió el frío helado a través del cristal. Un coche pasó por delante de la librería iluminando a los transeúntes, que iban abrigados con bufandas y gorros para protegerse del frío. Era casi la hora de cerrar y Magda albergaba la esperanza de que la última

clienta se marchara pronto y no entrara nadie más. Estaba deseando irse a casa.

Tras la muerte de Frank, y una vez que le transfirieron las escrituras de la tienda, Magda cambió el nombre de Bell Street Books por el de Frank's Books. Era un cambio sencillo, pero le pareció importante reconocer y recordar a su amigo con algún detalle, dejar constancia del impacto que su vida había tenido en la de ella. Ahora, en las estanterías detrás del escritorio, entre las primeras ediciones y los libros raros, había una foto de Frank. A Magda le gustaba tenerlo allí, sentía que ocupaba el lugar que le correspondía. Le parecía que, cuando volviera a escribir, sería bonito hacerlo en el escritorio, con Frank mirándola por encima del hombro.

El móvil de la chica empezó a vibrar y la sacó de sus pensamientos. Cuando lo miró, vio un mensaje de Henrietta. Era una foto de la mujer en el restaurante de fideos de Kowloon al que James la llevó el día que se conocieron. El mensaje que acompañaba a la imagen decía: «Estoy de viaje en Hong Kong. Aquí hay mucho trabajo para la gente de mi sector. (¡Es broma, lo prometo!). Se me ha ocurrido venir a probar este sitio».

—¡James! —gritó Magda.

El hombre bajó trotando desde la habitación de arriba con varios libros bajo el brazo.

—¿Sí?

Magda le enseñó el mensaje. Él lo miró y luego sonrió.

—Dile que tiene que probar los fideos con ternera. Si no, ¿qué sentido tiene?

Ella sonrió, tecleó el mensaje y, al levantar la vista, vio que James seguía de pie a su lado, que la miraba mientras una sonrisa le tiraba

de la comisura de los labios.

—¿Qué? —le preguntó, repentinamente cohibida.

—Nada —respondió él.

Se agachó y la besó en los labios, una sorpresa encantadora.

Iniciaron una relación sin ni siquiera tener que hablarlo, y Magda la estaba disfrutando al máximo. James dejó su empleo en Hong Kong para mudarse a Londres, y ahora vivían juntos en casa de Magda y trabajaban en la librería. A él no le habría costado conseguir un trabajo en el distrito financiero de la ciudad, pero, de momento, se alegraba de librarse de ese mundo. Magda también estaba contenta. Aún se estaba acostumbrando a los cambios que se produjeron en su vida: a la pérdida de Frank, a la llegada de James y a todas las demás cosas ocurridas. Pero estaba bien. James la ayudaba mucho.

Le estudió el rostro mientras la miraba. Su relación era fácil y bonita, más de lo que Magda pensó que tendría jamás.

«Ojalá Frank pudiera estar aquí para verlo. Y mamá. A mi madre le habría encantado James».

Las tablas del suelo crujieron y, cuando ambos miraron a su alrededor, vieron que la única clienta que quedaba en la librería bajaba las escaleras del piso superior. Era una mujer alta y rubia que llevaba un abrigo con capucha del color de las fresas.

—Te dejo —le dijo James con una sonrisa pícara—. Tengo un montón de libros que colocar en las estanterías; si no, mi jefa me reñirá.

Magda lo miró mientras volvía a subir las escaleras; sonrió para sí y pensó que nunca se había sentido tan feliz. Entonces, la clienta del

abrigo rojo la miró y también sonrió, como si compartiera la felicidad de la joven.

—Avíseme si necesita cualquier cosa —dijo la librera, y la mujer asintió y centró su atención en una estantería cercana.

Magda se estremeció debido al frío que se colaba por el escaparate. Encendió la lámpara del escritorio y volvió al libro que estaba leyendo: el diario que su madre escribió hacía tantos años, durante su última aventura, y que recuperó de la mochila que Lukas llevaba siempre encima. Iba leyendo las entradas poco a poco, dedicándoles su tiempo, saboreándolas, tratando de dosificar las últimas palabras escritas por su madre para que le duraran lo máximo posible. Había llegado hasta los Países Bajos, la última parada de Imelda antes de cruzar el Atlántico hacia Estados Unidos. Allí, paseó entre los campos de bulbos a finales de primavera, y en la entrada de su diario describía las grandes extensiones de vivos colores primarios que pintaban el paisaje llano:

> Esto es precioso. Traeré a Magda el año que viene. Podemos comprar tortitas y gofres, dar un paseo en bicicleta y ver las flores. Creo que no había visto tantos colores juntos en un solo lugar en toda mi vida. A Magda le encantaría.

El diario de Imelda estaba lleno de momentos que deseaba compartir con su hija, y aquel descubrimiento le causaba un dolor intensísimo a Magda, pero también le resultaba reconfortante saber que su madre siempre pensaba en ella.

—Iré a ver los tulipanes, mamá —murmuró para sí—. El año que viene. Iré a ver los bulbos, te lo prometo.

Suspiró, cerró el diario y posó una mano en la cubierta. Habían pasado muchas cosas, cosas terribles, pero, a pesar de eso, se

sentía feliz y optimista en cuanto al futuro, en cuanto a la nueva vida que construiría con James.

Apartó el diario cuando la mujer del abrigo color fresa se acercó con dos libros en la mano.

—Esta librería es preciosa —dijo la mujer, y Magda se dio cuenta de que tenía acento americano.

—Gracias —respondió mientras cogía los libros.

Se sorprendió al ver que ambos eran novelas de Miranda Hepworth. Durante un instante, se planteó revelarle a la mujer que ella era la autora, pero decidió no hacerlo: no había forma de decir algo así sin parecer presuntuosa.

—Yo trabajaba en una librería —dijo la mujer con una sonrisa mientras Magda metía los libros en una bolsa—. En Nueva York.

—¿En serio? —preguntó la joven.

—Ajá. Me encantan las librerías. —Magda la observó mientras recorría las estanterías cercanas con la mirada, saltando de un libro a otro—. Creo que fue mi época más feliz. A veces, lo echo de menos.

—¿Ya no trabaja en una librería? —le preguntó.

La desconocida negó con la cabeza mientras una sonrisa le curvaba los labios y el cabello rubio le rebotaba sobre los hombros.

—No. Me mudé a Escocia el año pasado. Pero sigue gustándome visitarlas siempre que puedo. Siempre estoy en busca de… Bueno…, de libros especiales.

Magda dejó lo que estaba haciendo y la miró fijamente. La mujer la observaba, aún sonriendo, con una insinuación en los ojos, como si hubiera un mensaje oculto en sus palabras. Entonces, la desconocida señaló el escaparate y la calle que había al otro lado.

—Hace un par de meses ocurrieron muchas cosas extrañas aquí mismo, ¿no?

Magda dobló la bolsa y la dejó sobre el escritorio. De pronto, el silencio le invadió la mente, toda su atención se centró en aquella mujer.

—Sí —contestó—. Cosas descabelladas. Han abierto una investigación gubernamental. Pero la verdad es que nadie sabe qué pasó en realidad.

La sonrisa de la mujer se hizo más ancha.

—Estoy segura de que alguien lo sabe.

«Es una sonrisa amable. Quienquiera que sea, es buena persona».

Se dio cuenta de que se había quedado mirándola sin decir nada, pero era incapaz de apartar la mirada. La mujer era guapa, pero esa no era la razón de que Magda la estuviera mirando. Tenía algo más, algo fascinante.

«Magia. Es magia, ¿verdad? Lo notas».

—Ah —dijo la mujer, que se rio de sí misma—. Se supone que ahora tengo que pagar, ¿no?

Se metió la mano en uno de los profundos bolsillos del abrigo para sacar un monedero. Extrajo de él unos cuantos billetes y se los entregó. Magda cogió el dinero y abrió la caja registradora para buscar el cambio.

—En realidad, estaba buscando algo concreto —dijo la mujer—. Tengo una colección de cuadernos usados. Son libritos de tapa blanda. Algunos están llenos de textos o dibujos extraños.

Aunque se le erizó el vello de la nuca, Magda no mostró nada en su expresión mientras le devolvía el cambio.

—¿Se ha topado alguna vez con algo así? —preguntó la mujer. Seguía sonriendo, pero tenía los ojos ligeramente entornados y la cabeza ladeada—. Son cuadernos de tapa blanda, pero a veces resultan un tanto extraños. Más pesados de lo esperable, quizá.

Magda negó con la cabeza e intentó reírse, pero la carcajada sonó torpe y forzada.

—Tenemos muchos cuadernos —dijo, y la voz se le quebró de una forma que la sorprendió. Señaló hacia la estantería que había a un lado del mostrador—. Pero están todos vacíos. No hay ninguno de segunda mano.

La mujer asintió despacio, como si dedujera algo de la respuesta de Magda. Se guardó el cambio en el monedero.

—Bueno, tal vez algún día se tope con algo así —dijo.

Magda se encogió de hombros tratando de parecer amable.

«¿Quién es esta mujer? ¿Qué sabe?».

Le entraron ganas de llamar a James, pero no quería hacer nada que pareciera extraño.

—Si encuentra un cuaderno así —prosiguió la mujer—, ¿podría avisarme? Porque tengo mucha experiencia con ese tipo de cosas. —Le sostuvo la mirada a Magda—. He ayudado a otras personas que han dado con ese tipo de libros.

Magda hizo un gesto de asentimiento.

—Por supuesto, sí —dijo intentando sonreír.

—Gracias —dijo la desconocida—. Se lo agradezco mucho.

Estiró la mano para agarrar la bolsa.

—¿Quién es usted? —preguntó Magda, incapaz de contenerse—. Lo digo porque necesitaré una forma de ponerme en contacto con usted si encontramos lo que busca.

—Me llamo Cassie —dijo la mujer.

Le tendió una mano y Magda se quedó mirándola sin decir nada durante un momento antes de darse cuenta de que Cassie le estaba ofreciendo que se la estrechara.

—Ah, vale. —Se echó a reír mientras sentía que la vergüenza le teñía las mejillas de rojo.

Le estrechó la mano: era cálida y suave, de tacto delicado.

—Si alguna vez se topa con un cuaderno de ese estilo, con un cuaderno especial… —dijo Cassie, que le soltó la mano para llevársela de nuevo al bolsillo—… envíeme un correo electrónico. Me encantaría recibir noticias suyas.

Dejó una tarjeta de visita sobre el escritorio.

Magda la observó mientras se alejaba, se fijó en que el abrigo rojo se sacudía al ritmo de sus caderas. Cuando Cassie llegó a la puerta —tenía una mano en el pomo, la otra en el bolsillo y la bolsa de libros bajo el brazo—, le devolvió la sonrisa a la librera.

—Ha sido un placer conocerte, Magda.

—Lo mismo digo —respondió esta, tan impresionada por la mujer que tardó un rato en darse cuenta de que esta había utilizado su nombre a pesar de que ella no se lo había dado.

Entonces, Cassie abrió la puerta y, a través del umbral, Magda no vio la gélida oscuridad de Bell Street. Al otro lado de la puerta lucía el sol y el cielo era azul, divisó un cálido día de verano y montañas de un color marrón verdoso a lo lejos.

La joven contempló con los ojos desorbitados e incrédulos aquella imposibilidad. Se agarró al escritorio para mantener el equilibrio, pues las rodillas amenazaban con fallarle.

—Volveremos a vernos, Magda —le dijo Cassie tras volverse hacia ella—. Muy pronto, te lo prometo.

Después, franqueó la puerta y la cerró a su espalda.

Al cabo de un momento, de unos segundos de silencio llenos de preguntas e incredulidad, Magda salió de detrás del mostrador y atravesó la librería a la carrera. Cuando abrió la puerta, no encontró más que aire gélido y oscuridad, y un taxi que pasaba a toda velocidad. No había ni cielo azul ni montañas, solo Bell Street. Cassie había desaparecido; por increíble que pareciera, se había esfumado en un día de verano que ni siquiera estaba allí.

—Dios mío —murmuró la joven mientras temblaba de arriba abajo.

Cerró la puerta y volvió al escritorio para estudiar la tarjeta de visita.

—La Biblioteca Fox —dijo tras leer las palabras estampadas en relieve.

Solo había una dirección de correo electrónico, ni número de teléfono ni dirección postal.

Magda se quedó en silencio junto al escritorio mientras reproducía mentalmente lo que acababa de suceder, mientras pensaba en lo que significaba todo aquello. Luego, corrió hacia el pie de las escaleras gritando el nombre de James, desesperada por contarle todo lo que sabía sobre la mujer del abrigo rojo y la Biblioteca Fox.

Agradecimientos

¡Hola y bienvenido a estas palabras de agradecimiento!

Permíteme comenzar con un poco de sinceridad: me ha costado mucho escribir este libro. Te aseguro que el fenómeno de «el segundo libro es difícil» existe. Esta es una historia mucho más sencilla que la de mi primera novela, *El libro de las puertas*, pero he tardado el triple de tiempo en escribirla y me ha parecido diez veces más difícil. Hay muchas personas que me han ayudado a lo largo del proceso, directa o indirectamente, y muchas más a las que debo agradecerles todo el apoyo que me han brindado durante el último año, tras la publicación de mi primera novela.

En primer lugar, gracias a ti, amigo lector, por comprar y leer este libro. Espero que hayas disfrutado del tiempo que has pasado con Magda y sus amigos. Saber que algún día la gente comprará y leerá algo que he escrito sigue siendo muy emocionante para mí.

Muchísimas gracias a mi agente, Harry Illingworth, que, como siempre, me dio sabios consejos acerca de lo que funcionaba y de lo que no funcionaba en esta novela durante la fase más temprana. También se merece mis más sinceras disculpas por haberle infligido mi primer intento de escribir un segundo libro, allá por principios de 2023, así como mi agradecimiento por ayudarme a ver mis errores.

Mis editores, Simon Taylor y David Pomerico, llevaron a cabo un trabajo considerable con el primer borrador de este libro y lo mejoraron muchísimo. Este es el tipo de cosas que los autores

suelen decir en los agradecimientos («¡Oh, mis editores han hecho que este libro sea mucho mejor!»), pero yo lo digo de verdad. Además de haberse mostrado extremadamente amables y comprensivos con un primer borrador que dejaba mucho que desear, Simon y David me señalaron todas las partes de la historia que no eran lo bastante buenas y me hicieron preguntas incómodas sobre cuál era el propósito de varias escenas, personajes y tramas. Todo ello fue muy acertado y valioso, así que gracias a ambos.

Ya que hablamos de editores, también quiero darles las gracias a los equipos de Transworld (Becky, Izzie, Melissa, Julia, Eleanor y muchos otros) y Wm Morrow (Sharyn, Beatrice y muchos más), que respaldaron de una forma brillante la publicación de *El libro de las puertas*. Todos vosotros convertisteis mi debut en una experiencia fabulosa.

Las librerías y los libreros me han brindado un apoyo tremendo desde que se publicó el libro, así que les debo mucho. Estoy en deuda con Dominika Klis, de Waterstones Edinburgh y Livingston; con Laura McCormick, de Waterstones Braehead; y con James Upton, de Waterstones Canterbury. Los tres hicieron todo lo posible por apoyar *El libro de las puertas*, y nunca me cansaré de darles las gracias. Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a Goldsboro Books por las preciosas ediciones exclusivas que crearon para *El libro de las puertas*. Hay muchas otras librerías y libreros de todo el mundo que se han puesto en contacto conmigo o me han enviado mensajes. Gracias a todos. Que sepáis que siempre es una sorpresa y un placer.

También he tenido la gran suerte de conocer a muchos lectores durante el último año, tanto en persona como *online*. Quiero

disculparme personalmente con la encantadora señora de un club de lectura virtual en concreto que, justo cuando yo me uní a la reunión, les estaba diciendo a los demás miembros: «No, no es para mí, no me ha gustado…». No se esperaba ver mi carota en la pantalla en aquel momento. (No pasa nada porque no te guste un libro, ¡no me lo tomé como algo personal!). Gracias también a los más que entusiastas lectores de las redes sociales y a aquellos que se han puesto en contacto conmigo: siempre me alegra el día ver o saber de personas que han disfrutado de algo que he escrito.

Uno de los mayores placeres del último año ha sido poder conocer a otros escritores. Quiero darle las gracias a Illers Killers por los consejos, los ánimos y las bromas. También al grupo ESFF, una fabulosa comunidad de escritores que se apoyan los unos a los otros, y a los autores que tuvieron la amabilidad de decir cosas bonitas de *El libro de las puertas* y de permitirnos incluir sus palabras en la cubierta del libro: Beth Lewis, A. J. West, Rosie Andrews, Lee Child, Anita Frank, Stu Turton, M. W. Craven, Frances White y Sunyi Dean.

Un agradecimiento especial a Helen Edwards por su labor como subagente y por conseguir que mi libro se publicara en muchos países. Nunca imaginé que tendría ejemplares de mi propia novela en tantos idiomas diferentes, ¡ni que tendría la oportunidad de rellenar tantos formularios fiscales distintos!

Gracias a Alastair Haig, que fue el ganador de la subasta de Cymera en 2024 y que ganó el derecho de ponerle nombre a un personaje de mi próximo libro. El resultado, que puede leerse en estas páginas, fue Waverly Weir.

Como siempre, gracias a todos mis amigos, familiares y compañeros de trabajo, que me han apoyado muchísimo durante los últimos dieciocho meses y que me han aguantado cuando empezaba a aburrirles con historias sobre el mundo editorial. En especial a Tasmin, que tiene que escuchar todas esas cosas más que el resto de las personas con las que trabajo.

Por último, gracias a mi esposa, May, que ha sido un apoyo constante en esta aventura, una gran defensora de *El libro de las puertas* cuando mi torpe reserva británica me lleva a querer relegarme silenciosamente a un segundo plano, mi compañera de viaje para todos los desplazamientos relacionados con el libro por todo el país por ser una relaciones públicas entusiasta, mi consejera para hablar en público, correctora, la encargada de sacudirme los pelos de perro del jersey antes de todos los eventos y, en general, mi mejor amiga y el amor de mi vida. Tengo la suerte de tener en mi vida a una persona que apoya con fiereza mis historias inventadas. (¡El *château des chiens* llegará pronto!).

Ah, y finalmente, en último lugar, pero no por ello menos importante, gracias a Dougal y a Flora. Todavía no leen a nivel adulto, lo cual es decepcionante. Supongo que tienen una vida bastante ajetreada ladrando a todo lo que se mueve y que la falta de pulgares oponibles también les dificulta el tema de sostener los libros. Aun así, apreciarán mi agradecimiento… Y lo sabrán sin tener que leer esto. Porque son perros, y los perros siempre lo entienden.

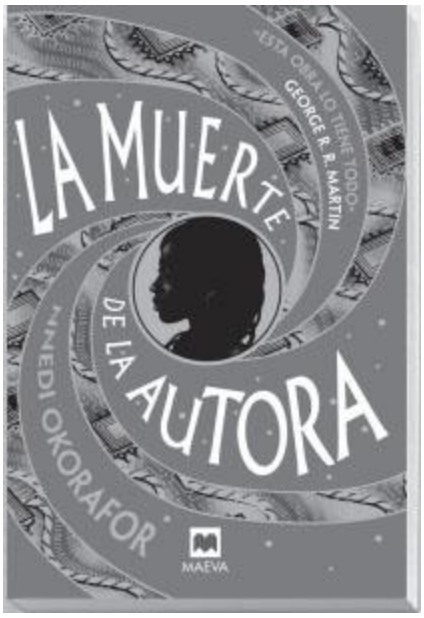
(Y, por último, por último, por último… Perdón a todos aquellos a los que haya olvidado mencionar. Es del todo accidental, lo prometo).



Descubre historias donde la magia empieza al abrir un libro

Imagina un libro que te permite viajar en el espacio y el tiempo, pero acaba en las manos equivocadas

Cassie recibe un libro misterioso con un mensaje: «Este es el Libro de las puertas. Si lo sostienes en la mano, una puerta será todas las puertas». Descubrirá que otorga el poder de viajar en el espacio y el tiempo. De repente, Cassie y su mejor amiga, Izzy, se enfrentan a la violencia y al peligro. La única persona que puede ayudarlas es Drummond Fox, que custodia una biblioteca secreta de libros mágicos.



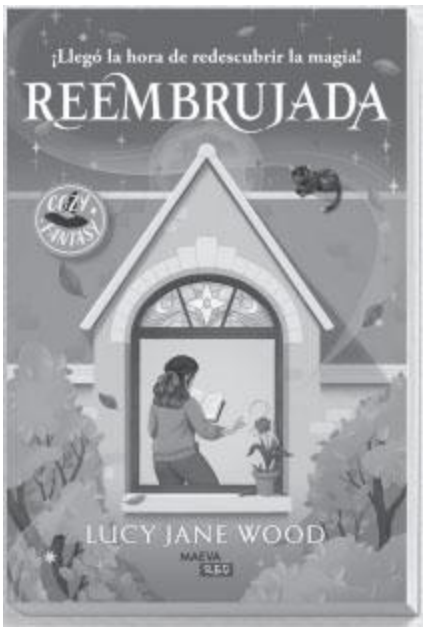
Una novela especulativa sobre el poder de la creación. ¿Puede una historia cambiar el futuro del mundo?

La vida le ha dado algunos golpes a Zelu, pero cuando la despiden de su trabajo y rechazan su última novela, su vida da un vuelco. Escribe un libro muy diferente a los demás. Una historia sobre androides e inteligencia artificial tras la extinción de la humanidad. Y todo cambia. Lo que viene después es una historia de amor y pérdida, fama e infamia, donde la línea entre la ficción y la realidad se difumina.



Una hermana desaparecida, un misterioso cuento, una novela mágica sobre el poder de las historias

Las hermanas Hazel y Flora son evacuadas a una zona rural para escapar de la Segunda Guerra Mundial. Hazel inventa un universo secreto e imaginario al que pueden escapar, pero Flora desaparece de repente. Veinte años después, la vida de Hazel da un vuelco cuando cae en sus manos un libro titulado igual que el mundo que había imaginado para Flora.



Una novela sobre la fuerza de la magia chispeante y la pasión por los libros

Belladonna Blackthorn no ha perdido su pizca mágica, pero tampoco la ha usado en mucho tiempo. Cuando su cumpleaños le trae una convocatoria del aquelarre y una prueba que examinará su valía como bruja, Belle se arriesga a perder su magia para siempre.

Título original: *The Society of Unknowable Objects*

MAEVA defiende el copyright©.
El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 9791388136207
Conversión a formato digital: www.acatia.es